



ESTOCOLMO

RODOLFO ALPÍZAR
CASTILLO

ESTOCOLMO

RODOLFO ALPÍZAR
CASTILLO



Estocolmo

© Rodolfo Alpízar Castillo

Primera edición:

© Editorial Storyside (audiolibro), 2018

Sobre la presente edición:

© Rodolfo Alpízar Castillo, 2019

© DECO Mc Pherson S.A., 2019

Diseño: DECO Mc Pherson S.A.

Edición: DECO Mc Pherson S.A.

Fotografía de cubierta: *Síndrome*, de Eduardo Rodríguez Martínez Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita

de los titulares del copyright,

la reproducción total o parcial de esta obra.

D'Mc Pherson LLC

5040 NW 7TH ST

Suite 705

Miami, FL 33126

e-mail: editorial@decomcpherson.com

<https://dmcphersoneditorial.com>

DmcphersonEdit

dmcphersoneditorial

dmcphersoneditorial

Mi agradecimiento a:

Gisela Odio, Gretchen González,

Margarita Linares, María del

Carmen González, Olga Pantaleón,

Ramón Moya y Sal y Llana.

Por el apoyo y el estímulo constantes,

por las ideas que me sugirieron y las

historias que me contaron.

Para Ale y Rodo

Preámbulo

(Llamada a visita)

Es la hora indicada por los reglamentos y los guardias ocupan sus posiciones. Las rejas de las celdas se abren de forma automática; sin esperar indicación alguna, pues cumplen una

rutina, los hombres salen y se paran frente a el as. Se miran

unos a otros, por costumbre, sin curiosidad; algunos sonrían,

pero son los menos, y ninguno habla: Saben que la menor

indisciplina, o cualquier hecho que pudiera ser interpretado

como indisciplina por quienes rigen sus vidas, puede significar una espera de al menos otro mes para tener derecho a disfrutar de ese momento tan apetecido que es el día de visita.

Se oye una orden por los altavoces, y de inmediato todos giran hacia la derecha; otra orden, y echan a andar por pasillos interminables, uno detrás de otro, siempre en silencio. Según avanzan, hay puertas enrejadas que se abren para darles paso y vuelven a cerrarse tras ellos. Todo automático. El sonido que emiten al girar ya no es aquel chirrido de antaño, que estremecía a quienes lo oían por primera vez, pero igual acompaña la cotidianidad de estos hombres, cuya vida estará pautada durante años, una vez que entran en este lugar por el ruido, ahora tenue, de ese girar de puertas sobre sus goznes.

9

Con el tiempo, el paso de los reclusos se acompasa: Ni muy despacio ni muy apresurado. El de atrás marcha con los ojos

fijos en la nuca del que tiene enfrente, o mirando al suelo.

Ninguno intenta sobrepasar al que va delante; ninguno se rezaga. Algunos acaso llevan prisa en su interior, pero nada

pueden hacer para alterar la velocidad o el lugar en la fila: En la cárcel todo tiene un ritmo prefijado que nadie altera.

Y siempre llegan a cada punto a la hora exacta. Espacio limitado, vida cronometrada.

Recorren los espacios más estrechos hasta llegar a las secciones más amplias, los puntos de reunión. De ahí han de

dirigirse al salón donde los esperan los escasos familiares o amigos que, una vez por mes, acuden a confirmarles que aún no han muerto por completo para los que dejaron allá fuera, y a llevarles noticias de una vida a la cual ya no pertenecen.

Algunos no encontrarán a nadie al llegar al locutorio; esperarán sentados una presencia que no se hará realidad por esta vez. .

O por siempre.

Unos pocos, muy pocos, son más afortunados: Por su buena conducta recibirán también el estímulo extra de una visita conyugal.

Hace cinco años que El Ingeniero realiza ese recorrido mensual desde la celda al locutorio. Hace cinco años lo condenaron a permanecer en ese mundo de rejas y disciplina

de horarios, y faltan algunos para que salga de él, pero nunca se ha dado el caso de no encontrar a nadie esperándolo en

el locutorio: A él, que apenas tiene familia, lo visitan con regularidad. Sin embargo, quien lo observe advertirá que

10

no muestra interés ni desinterés en lo que está ocurriendo; para él significa tanto tener visita como no tenerla, al recibirla apenas cumple una rutina más de las que componen esta vida que le impusieron injustamente.

Además, sabe de antemano quién lo espera en el salón y hasta lo que van a hablar, que no será mucho, y los silencios que habrá entre ambos, que serán bastantes.

Mas, hoy es un día algo diferente, aunque él marche con la

misma impasibilidad que en otras ocasiones. Hoy se cuenta entre los que componen la minoría afortunada. Él también recibe, como estímulo a su buen comportamiento, a su mujer.

11

Primera jornada

En un último estremecimiento, aferrado a los hombros de María S como si intentara arrancárselos, el cuerpo arqueado

hacia atrás, la boca abierta reclamando el oxígeno que parecía faltarle, como en un estertor de muerte, El Profesor terminó

de expulsar de sí las últimas gotas de fluido seminal y se desplomó sobre el pecho de la muchacha. Con la cara vuelta hacia la pared de la derecha, descansó así unos segundos, en espera de que se le moderara la respiración, y de inmediato se echó hacia un lado, con un movimiento brusco, cual si la posición le repugnara.

Se sentía molesto. Insatisfecho con el a. Consigo mismo.

Con todo.

En silencio, acostado de espaldas, con la mirada fija en

el techo y el brazo derecho sobre la frente, solo deseaba que el tiempo transcurriera, que llegara la noche, mejor, que ya

fuera otro día, y acabara por olvidar lo sucedido esa tarde.

«¿Por qué tenía que sucederme esto?», se preguntaba, disgustado. Salvo el instante mínimo del orgasmo, ¿qué había sacado de ese encuentro?

«¿Por qué no me dijiste que eras virgen?», había preguntado en tono de reproche, cuando, al penetrarla, advirtió el

leve quejido dejado escapar por la muchacha, mitad de dolor, mitad de sorpresa, acompañado de un involuntario

15

movimiento defensivo de rechazo, como el de quien toca inadvertidamente un agujón y, por un reflejo, rehúye al

contacto agresivo. El a lo miró con expresión culpable, como pidiendo indulgencia por la terrible imperfección, esbozó un remedo de sonrisa y pareció querer decir algo, pero permaneció en silencio y rehuyó la mirada. Viéndola así, le pareció tan estúpida, falta de gracia y simplona, que llegó a sentir un ligero reblandecimiento en su órgano: Acababa de descubrir que ya no le interesaba el sexo con esa mujer.

¿Mujer? ¿Eso? ¿Una virgen?

Pero ya estaba encima de el a, desnudo, penetrándola; aunque lo mereciera, no podía levantarse y decirle que se fuera. No iba a arriesgarse a las molestias de una segura orquitis por una tonta.

«Debí haberlo hecho...», se reprochó. Debió haberla mandado a paseo sin más ni más, decirle «Vete a que otro te dé clases, que yo no me ocupo de chiquil as» y olvidarse de

el a. Pero no lo hizo, y ahora, a su lado, cargaba con la desazón que lo embargaba, y con el sentimiento de haber perdido un

tiempo valioso con alguien que no valía ni el esfuerzo de zafarse el cinturón. «...Hubiera sido lo correcto», continuó su monólogo silencioso. Admitía, sin embargo, que había experimentado una fuerte erección mientras la desnudaba

—si bien él mismo no sabría explicarse la razón, pues nada visible en el a lo justificaba; tal vez aquel cuerpo menudo y hasta entonces desconocedor de cuerpos de hombre, como sabría en instantes, guardaba escondida alguna especial promesa de voluptuosidad captada por sus sentidos antes que por el cerebro, por eso el órgano había reaccionado con tanta urgencia—. Esa erección exigía satisfacción inmediata, seguir adelante, olvidarse de la fastidiosa virginidad recién

16

descubierta que se interponía en el camino al goce pleno, aplacar al demonio que lo agujoneaba... Después tendría

tiempo para reprocharse. Levantarse y despedirla, como castigo merecido, estaba muy bien, pero después se vería obligado a correr a masturbarse como cualquier infeliz carente de hembra, so pena de sufrir el dolor que la irritación de los genitales le provocaría.

¡Y pensar que todo era culpa de una mentecata que, por

no saber, ni sabía por qué dos se van a la cama, quizás todavía estuviera creyendo cuentos de hadas y príncipes azules!

Y no se trataba solo de eso. Estaba además el riesgo del odio que cualquiera se gana si despide a una mujer de su cama; nadie es capaz de imaginar hasta dónde puede llegar el despecho femenino, peor en un caso así, no conocería límites. Quién quitaba que echara a rodar la especie de que él, El Profesor, por cuya cama era fama que había pasado un número incalculable de alumnas de la Facultad, no había sido capaz de romper un himen. O, peor, no había

tenido erección ante una muchacha desnuda. Su bien ganado prestigio podía verse afectado, y de codiciado galán maduro que tantas se disputaban, podría pasar a ser tenido por un donjuán de opereta, un impostor.

Sobrevaloraba el riesgo, desde luego, y lo sabía; pero, aunque exagerara, existía y no había que descuidarse.

Detestaba a las vírgenes. Las rechazaba desde aquel día —aunque de eso había pasado bastante tiempo— en que sus oídos asombrados oyeron a una bobalicona de veinticuatro años hablar de vida en común y de hijos por venir, ¡solo porque habían disfrutado de unos minutos agradables sobre una cama! Lo más grave, lo que no olvidaba, era aquel a afirmación: «Mi papá quiere conocerte». En ese mismo

17

momento se juró que por nada del mundo se enredaría nuevamente con una primeriza, por balsámica que fuera su

figura para los ojos. Nunca se había visto en la disyuntiva de romper la promesa, pues, si alguien había bien abastecido de

sexo entre los varones de la facultad, ese era él, sin lugar a duda. De repente y sin saber cómo, se había encontrado con

una de esas tontas entre las piernas...

Una que ni siquiera tenía nada sobresaliente que mostrar.

«Las vírgenes son una peste», se defendía ante los amigos, algunos de los cuales blasonaban de las muchas que según ellos, habían desflorado. «Para mí son estúpidas de remate. Han oído mil historias y se han forjado un millón de sueños

fantasiosos, pero nada saben de la realidad...; después pretenden que uno pierda el tiempo enseñándoles lo que creían saber. Esas todavía pudieran pasar, pero están las peores, las que imaginan que uno queda amarrado a él por el simple hecho de haberse metido entre sus piernas antes que otros... No, eso no es conmigo».

Y, si siempre fue así, ¿por qué tuvo que cometer ahora la torpeza de liarse con esa novata desconocedora hasta de lo más elemental en una cama? Nada lo había obligado, por eso no se perdonaba el descuido que le había echado a perder una tarde que había pretendido perfecta. En todo caso, debía admitirlo, lo tenía bien merecido; la culpa era suya por entero, imposible ocultarlo de sí mismo. ¿Se le había ofuscado el buen sentido? ¿De dónde había sacado él que esa chiquil a de mirada espantada conocía alguna cosa de la vida? De ninguna parte, se lo inventó porque quiso, pues no había en él a indicio alguno de que valiera la pena dedicarle

18

apenas un minuto. Como cualquier principiante, había imaginado lo inexistente y confundió señales que no había

manera de interpretar mal. Acostumbrado a las tácticas de

asedio de las más atrevidas y ya iniciadas en el arte del flirteo, tomó lo que no era más que un montón de ingenuidades

de enamorada inexperta por elaboradas fórmulas de

seducción. El día que le colocó una mano en el hombro y

la apretó suavemente, como era su costumbre, a modo de

caricia amistosa y masaje erótico combinados, captó un ligerísimo estremecimiento en respuesta. Era una reacción conocida por él; solía ir acompañada de una sonrisa unas veces leve, otras veces abierta, siempre cómplice, indicativa de aceptación y de convite a seguir adelante. En el caso de el a, no estuvo la sonrisa, sino una mirada extraña, que no supo clasificar si era sorpresa, susto, aceptación o rechazo. Pero hubo algo más que lo desconcertó: Junto con ese leve estremecimiento sintió algo parecido a una descarga eléctrica que corría del hombro de el a a la mano de él. Se sorprendió agradablemente: Esa muchacha poseía algo especial.

Vio lo que quiso ver, para qué engañarse, y el hecho de estar ahora acostado al lado de una mujer que ni sabía moverse en una cama era el castigo merecido por su tontería.

«El estúpido soy yo».

La miró de reojo. Había aceptado en silencio la brusca separación de los cuerpos sin intentar retenerlo unos segundos más encima de el a, como hacían tantas, ni había exigido esas frases de estímulo que algunas necesitan oír...; al menos en ese sentido no había nada que censurarle. Estaba aovilada y cubierta por completo por la sábana, que solo le

19

dejaba descubiertos los ojos, cerrados. El Profesor sintió insinuarse dentro de sí un sentimiento de conmiseración,

«¿Será que sufre?», alcanzó a preguntarse, pero se detuvo:

No podía reblandecerse. «Tal vez su interés haya sido ese,

perder la virginidad para sentirse libre, y ahora está feliz por haberlo logrado, no necesita más».

Era imposible adivinar la verdad, pero no iba a preguntarle; saberlo no cambiaba nada y tampoco le interesaba.

Escuchó un suspiro muy tenue y temió que comenzara a llorar. Lágrimas de mujer era algo que no soportaba.

O que soportaba tan mal como la idea de la virginidad.

«Solo eso me faltaría», comentó consigo mismo.

Asistir a una escena de llantos y reproches a saber por qué tontería femenina que anidara en una cabeza hueca (¿arrepentimiento quizás?) completaría el fastidio de esa tarde desperdiciada. No iba a tolerarlo, se levantaría de inmediato y le diría que se marchara —en definitiva, ¿qué hacía al lado de esa mujer?, ¿por qué no se levantaba de una buena vez y se marchaba?, ¿esperaba qué?, ¿simulaba qué?

Había juzgado mal, advirtió de inmediato con alivio:

Ningún otro sonido siguió al suspiro que había oído o creído oír; ella permanecía en la misma posición en silencio, sin señal alguna de pretender iniciar una conversación. Acaso se sintiera avergonzada de su atrevimiento; acaso desconcertada por el paso dado, se preguntaba: «¿Y ahora qué?».

Pues que se preguntara lo que le viniera en gana, porque

una respuesta sí estaba garantizada de su parte: Lo que pensaba de el a no tenía nada que ver con él, ni lo tendría

20

alguna vez. Él había cumplido su parte, le había satisfecho su curiosidad por conocer qué es el sexo y la había convertido

en mujer. Suficiente.

El resto sería con el a.

«¿Y ahora qué?», se preguntó la muchacha cuando El

Profesor —luego de aquel a convulsión final que la asustó, de apretarle los hombros como si quisiera romperlos con las manos, y de expulsar hacia dentro de el a un líquido tibio— se dejó caer sobre su pecho un instante y enseguida, de un tirón, se separó, se echó a un lado y se quedó así, desnudo, sin cubrirse y con un brazo sobre la frente, mirando al techo.

Y sin pronunciar una palabra.

Se sentía repleta de dudas e incertidumbres. Empero, algo le

quedaba claro: La quimera que esa tarde la había conducido has-ta la cama donde ahora se encontraba se había esfumado, y la

frustración que la embargaba era cuanto había resultado de el a.

Entonces, ¿eso era todo? El dolor inicial por la penetración

de un órgano masculino en una vagina seca, los movimientos

de él encima de el a —que, justo era reconocerlo, en algún

momento, breve, brevísimo, le habían hecho experimentar

cierto cosquilleo agradable en el bajo vientre, si bien mínimo, solo eso, nada más—, y ahora él echado a su lado, pero no con

el a, ausente en espíritu y pensando a saber qué, cual si nada hubiera ocurrido entre los dos... ¿Era eso aquello que tanto

festejaban sus amigas y la hacía, por instantes, envidiarlas?

Un sentimiento extraño, mezcla de frustración y vergüenza, la envolvía y la hacía sentirse un ser inferior.

Lo que había experimentado en nada se parecía a lo que le contaban: Algo estaría equivocado, algo había salido mal. Eso.

21

Algo le había salido mal. Y la culpa era de el a, por no haber sabido comportarse como correspondía y haber defraudado

al hombre; por esa razón él ni siquiera la miraba, no la acariciaba como hubiera deseado, no pronunciaba alguna frase agradable, no la consolaba y le decía que más adelante todo iba a estar bien, no debía preocuparse, la primera vez siempre sucede así, la próxima vez les iría mejor. ¿Próxima vez? ¿Mejor? Estaba convencida. No habría segunda vez, la fantasía terminaba ahí. Y todo por su culpa, por no saber comportarse como mujer y ahora, aunque en silencio, tenía que estar lamentándose como una chiquil a.

Por su culpa él se encontraba a su lado como si no estuviera, insatisfecho y mirando hacia el techo. Y, no lo disimulaba, decepcionado. Frustrado por culpa de el a, claro, por no decirle que era virgen y no tenía experiencia ninguna, que no sabía cómo darle placer a un hombre tan conocedor como él.

¿Sería que el a no era capaz de darle placer a un hombre?

Lo había intentado.

«Él sabrá qué hacer, seguro», se había dicho; el a solo tenía

que secundarlo, y lo hizo lo mejor que pudo. Le dejó toda la iniciativa y lo siguió con docilidad. Cuando la apretó contra su pecho y le hurgó la boca con la lengua, se asustó un tanto, pero lo dejó hacer y después, cuando la tomó por el pelo, la hizo arrodillarse ante él y le frotó el rostro contra el pubis, entendió la orden, entreabrió la boca y sorbió el órgano que le presentaba.

Ya en la cama, con él encima, abrió las piernas cuando le puso una mano entre los muslos; se relajó cuando quiso entrar... Solo no pudo evitar que se le escapara un gemido y un movimiento inconsciente de rechazo al sentirse penetrada sin estar convenientemente húmeda. «La primera vez a veces duele un poco,

22

pero no es nada del otro mundo, es más el susto..., y enseguida se olvida», había oído alguna vez a mujeres mayores. El a no

sabría expresar con certeza si había sido mucho o poco lo sentido, porque también era cierto que no tenía mucha resistencia al dolor, y aquello le pareció un alfilerazo sorpresivo.

Quizás ni siquiera fue intenso, pero la tomó por sorpresa:

No estaba preparada, no había imaginado que fuera tan pronto, y no pudo contenerse.

No estaba preparada... ¿Para qué no estaba preparada?

Para nada. El a no estaba preparada para nada, era una inútil.

Lo sabía de siempre, siempre se lo repitieron, lo comprobaba ahora.

Y no solo eso comprobaba.

Bien que se lo advertía su familia: «Tienes que esforzarte y estudiar mucho, para que puedas brillar en algo, porque tienes muy poca gracia..., y la verdad es que esa carita tuya tampoco ayuda demasiado».

Si seguía como hasta entonces, no habría nadie que se fijara en el a.

«Así, ¿quién se va a fijar en ti? ¿Quién...?».

Si seguía como siguió.

Y eso fue verdad durante mucho tiempo: Nadie se fijaba en el a. Al menos no como en las demás.

Sin embargo, El Profesor se había fijado en el a. Las amigas le comentaban que él era un coleccionista al que cualquier pieza le venía bien con tal de incrementar el inventario de conquistas; le advirtieron que no se ilusionara, que él solo buscaba pasatiempos, pero con seguridad se lo decían por envidia, pues el a veía el modo en que todas se esforzaban para 23

que las individualizara y las distinguiera del resto del grupo; en cambio, el a había logrado, sin saber siquiera cómo, porque sí, eso que para las demás era apenas un sueño. Había dejado de ser del montón para él. El anhelo inalcanzable de las otras era una realidad para el a.

Lo había conseguido a pesar de no haber imaginado que

tendría la menor probabilidad de éxito, a pesar de ni siquiera habérselo propuesto. Quizás esto último no fuera exacto,

cierto que no lo había procurado de modo consciente,

intimidada por la posibilidad de entrar en competencia con

otras más atractivas y simpáticas, pero lo había deseado

mucho, y hasta fantaseado con formas de atraerlo, pero

siempre así, como algo inalcanzable. De ahí su sorpresa, y

de las amigas, cuando de repente él comenzó a diferenciarla

entre las demás estudiantes.

Se derretía por él y no podía ocultarlo, le comentaban

algunas de sus colegas de estudio. Ciertamente que intentaba

disimular cuánto la atraía, pero le resultaba imposible evitar mirarlo. «Con esos ojos de animalito asustado que pones», le

hubiera dicho su madre de haberla visto. Rehuía su mirada

cuando él le dirigía la palabra, clavaba los ojos en el suelo, le entraban taquicardias, le temblaban las rodillas, pero, sin proponérselo de manera consciente, buscaba la manera de

encontrarse cerca de él.

Y él no la veía.

Hasta que la vio, hasta que dejó de ser del montón para él.

Por eso ahora se encontraba ahí.

Rememorar que hasta entonces nadie la veía la llevó a recordar que antes hubo alguien para quien existía. Era él, su Amigo, cuyo nombre el a había sustituido por este por el cual lo evocaba en ese momento de tanta soledad en que

24

tenía, por primera vez en la vida, un hombre a su lado en una cama.

Amigo... Un ser excepcional, con aquella ternura que lo desbordaba. Y se había fijado en el a desde siempre, la había visto...

Con él, ¿cómo habría sido este día? No permanecería en silencio a su lado, como acusándola de algo, sino estaría mirándola a los ojos, sonriendo malicioso, «¿Viste la travesura que hemos hecho?». Acaso le dijera un poema escrito por él, o la besara en la frente, como a una hermanita.

La haría sentirse importante.

Pero Amigo nunca le dijo nada. Nunca le dio siquiera un beso. Solo estaba presente, ahí, alentándola. Y un mal día desapareció. De su presencia solo le quedó el recuerdo de lo que nunca fue.

Después de su partida, otra vez nada, nadie.

De repente, el milagro. Sin que hubiera abrigado nunca

la menor esperanza de que al fin se fijara en el a, El Profesor comenzó a distinguirla de manera ostensible ante las demás.

Al principio no lo podía creer. Hasta que comenzaron los rumores y las advertencias.

«Cuidate, que El Profesor te tiene echado el ojo..., eso me da mala espina», le comentó María T, su amiga más cercana.

Que fuera su mejor amiga no significaba que no pudiera estar celosa de el a, llegó a pensar. Seguramente, porque se veía más bonita, más graciosa, imaginaba que lo merecía más. Y lo cierto era que tenía razón.

¿Que tenía que cuidarse? ¿Por qué? ¿Acaso no era mayor de edad hacía rato?

25

Mayor de edad, dueña de sus actos. No había nada que cuidar.

Porque era mayor de edad hacía rato, dueña de sus actos y no había nada que cuidar, cuando El Profesor la invitó a

tomar un té en su apartamento y conversar sobre algunos asuntos de la cátedra no dudó en aceptar... ¿Qué serían esos

asuntos de la cátedra que quería tratar con el a?, pudo haberse preguntado, pero no se le ocurrió. Como si eso importara...;

con el mismo entusiasmo que aceptó habría aceptado dar

un paseo por la Antártida..., ¡en bermudas! ¡El Profesor la

invitaba a visitarlo en su casa!..., a el a, a la sin gracia, a la que nadie le dirigía piropos. Su opinión acerca de algún tema

era importante para él: Eso era lo que contaba. ¡Cuántas la envidiarían, si lo supieran!

Pero ninguna se enteraría, estaba claro. Ni María T.

Aunque por el camino iba imaginando mil escenas románticas, música delicada, frases de amor, poemas con que

seguramente él intentaría iniciar una relación sentimental,

no imaginaba que, en esa primera ocasión, se le ocurriera

avanzar algo más. O tal vez sí lo intentara, pero luego de una larga sesión de coqueteos, de un cortejo en que él haría galas de sus dotes de seductor y con sus palabras la envolvería

en un sueño del que no querría despertar más que para ser

consciente de que se encontraba entre sus brazos...

Aunque no se le entregaría así como así...

«Va siendo hora de que te vayas», indicó El Profesor

pasados unos minutos; hablaba sin inflexiones en la voz y

sin volverse hacia el a. Como si le hablara al techo. «Se está haciendo tarde y todavía tengo clases que preparar».

26

El a había permanecido en silencio, inmóvil, en la misma posición, como esperando por él, como si no supiera qué

hacer.

Era eso mismo: No sabía qué hacer. Comprendía que

debía levantarse, ir al baño, asearse y vestirse; acaso hacer

un comentario banal, hablar de cualquier nadería, o quizás

ofrecerse a preparar un café, romper, en fin, aquel letargo del tiempo y las palabras. Mas no se atrevía, esa ruptura también

significaría quebrar los últimos fragmentos de la magia que,

al menos para el a, aquel instante había prometido. Sin

ser consciente de ello por entero, alejaba, con el mutismo y la inmovilidad, el momento en que se materializaría una despedida carente de afecto que equivaldría a un contundente «Hasta nunca más».

«Hasta nunca más», la despidió mentalmente él cuando, obediente, ella se levantó, tratando de envolverse lo mejor posible en una sábana y sin dejar por un momento de mirar hacia el piso. «Usa la toalla de la derecha», recomendó con

una entonación que intentó ser amable, pero a los oídos de ella delató hastío. Tampoco se volvió hacia ella al decirlo, aunque continuaba observándola de reojo, sin poder sustraerse a lo que constituía una vieja costumbre suya: Mirar a la mujer con

quien hubiera estado en la cama cuando se levantaba a asearse.

Aunque muchos de los gestos son similares en tal caso, a él se le antojaba que cada una le daba su toque peculiar, sin descontar que algunas, acaso intuyendo que eran admiradas, alcanzaban

a llenar esos gestos de sensualidad extrema. El movimiento

de ella, al intentar cubrirse en evidente reacción de pudor, le resultó, acaso por eso mismo, particularmente sugestivo.

Por ese motivo volvió la cabeza para mirarla con más

comodidad; de todos modos, ella no lo vería. La sábana le

27

dejaba desnuda la espalda hasta un poco más debajo de la cintura, y dejaba adivinar lo que venía a continuación. «Si

lo hiciera a propósito no le saldría mejor», pensó. Sí, aquel día tarde había sido, en general, un desperdicio de tiempo, pero

se le antojaba que en aquel pequeño cuerpo se encerraba,

esperando ser descubierto, un potencial de sensualidad

que, con un poco más de práctica, prometía sorpresas muy

agradables. Quizás no estuvo tan equivocado en su juicio

aquel día en que le puso la mano en el hombro. Tal vez lo especial que creyó haber sentido realmente existía.

«Tal vez dentro de unos años valga la pena volver a intentarlo...».

Pero él no iba a hacerlo.

Encerrada en el baño, María S abrió la ducha y se metió

debajo. En algo se había equivocado El Profesor: El a sí había llorado esa tarde. Solo que no por fuera. Nunca lo hacía.

Había aprendido, muchos años atrás, a llorar solo hacia adentro.

28

Al tomar un avión por primera vez en su vida para realizar el servicio que su empresa le había encomendado,

María S no sentía aquella agitación que muchos viajeros primerizos experimentan. Tenía su cerebro tan abrumado por preocupaciones de otro tipo, que no le alcanzó el tiempo para ponerse nerviosa. Eran varias, pero la principal era no poder saber qué estaba ocurriendo dentro de su organismo desde la noche anterior. Y saber, en cambio, que no se encontraba preparada para enfrentar las consecuencias.

La preocupaba también no llegar a explicarse cómo su marido, siempre tan metódico en cuanto al cumplimiento del ritual impuesto al practicar el sexo con el a, se había descuidado precisamente esta vez, y le había eyaculado dentro. Cuando

el a se dio cuenta, era demasiado tarde y no había nada que hacer: Echada, con el hombre encima de el a, le vino a la

mente el recuerdo de aquel tiempo en el bachillerato cuando le encargaron preparar un seminario sobre reproducción. Las ilustraciones del texto cobraron vida en su imaginación y comenzó a ver como en un documental lo que ocurría en su interior en ese momento: El semen, con su carga reproductora, se le desplazaba por dentro, en una carrera donde millones de minúsculos seres se disputaban llegar primero al objetivo. Los veía correr, empujarse, darse con las colas, perderlas... Sabía que la competencia podría terminar en nada y todos los contendientes quedar en el camino, pero también sabía que, si

29

por casualidad uno de ellos se encontraba con un óvulo fértil antes de que se le agotaran las fuerzas, era bastante probable que quedara embarazada. No podría asegurar ni negar la posibilidad de tal contingencia, pues su ciclo menstrual era bastante irregular y nunca estaba segura de la fase mensual en que se encontraba, y esa inseguridad la asustaba más.

Alarmada con la idea de encontrarse en etapa fértil, recordó que una de las recomendaciones que se hacen a las parejas para ayudar a la concepción, cuando tienen dificultad en lograrla, es permanecer la mujer acostada después del coito el mayor tiempo posible, recoger las piernas y levantar un poco las caderas. ¿No sería conveniente, por tanto, hacer lo contrario cuando se quiere evitar el embarazo?

«Seguro que sí», se dijo.

Debía adquirir la posición vertical de inmediato, marchar hacia el cuarto de baño y asearse rápidamente, con bastante

jabón, acaso evitara una posible fecundación.

Intentó incorporarse sin demora...

No pudo moverse: Algo la inmovilizaba sobre la cama.

No algo: Alguien la inmovilizaba.

El hombre, que normalmente no permanecía encima de ella más que unos segundos cuando terminaba de vaciarse, en esta ocasión no mostraba intención de mudar de posición. Parecía desplomado; de no ser porque sentía su respiración, ella hubiera pensado que había muerto, tan rígido lo sentía y tanto le pesaba. Lo tocó suavemente en un brazo para que se echara a un lado y poder levantarse, pero él no se dio por enterado. ¿Se habría quedado dormido? ¿Así..., tan pronto? Debía decirle algo, tocarlo con más fuerza... Prefirió no averiguarlo. De sobra conocía su mal humor cuando le interrumpía el sueño, mejor se resignaba

30

a permanecer acostada, a expensas de lo que podría estar aconteciendo en esos momentos en su interior.

«No quiero ni imaginarlo...».

Pero lo hacía.

«Mañana conversamos», fue el único comentario que él hizo cuando, minutos más tarde, se levantó para ir a asearse y ella le llamó la atención hacia las posibles consecuencias de lo que acababa de suceder. La frase fue suficiente, El Ingeniero no necesitaba decir más para ser entendido por su mujer. María S no la oía por primera vez, y había aprendido a traducirla por su significado más genuino: «No se habla más del

tema, salvo que yo lo

traiga a colación»..., lo cual casi nunca sucedía. Recordó que, siempre que se atuvo al sentido literal de las palabras y pasó por alto la advertencia implícita en el as, las consecuencias

no habían sido agradables. No era aconsejable arriesgarse a una equivocación esta vez, a pocas horas de su viaje.

Durmió mal, asaltada por constantes pesadillas relacionadas con embarazos y achaques de mujer gestante.

Al día siguiente, ya instalada en su asiento en el avión, de repente comenzó a temer que algunos de esos malestares la sorprendieran en pleno vuelo. «Tan pronto sería imposible», intentaba calmarse, pero de inmediato se decía que en la naturaleza nada es exacto, todos los organismos no reaccionan igual, y pudiera ocurrir que ella tuviera achaques desde el primer día: «Casos se han dado».

Ese temor ya no la abandonó durante los días que duró su trabajo en el extranjero.

31

Su compañera de viaje, la jefa de departamento a quien asesoraría en la negociación, al advertir su intranquilidad,

de inicio imaginó que por su inexperiencia se preocupaba en exceso con la tarea encomendada, «Todo va a salir bien, vas a ver», trató de infundirle confianza.

No demoró en advertir que el desasosiego de la colega no se relacionaba con el trabajo. En parte movida por la curiosidad, en parte por un sincero afán de ayudarla, más tarde, ya instaladas en el hotel donde permanecerían

alojadas, aprovechó la primera oportunidad para iniciar una conversación que le permitiera conocer lo que sucedía en el espíritu de su acompañante. Aunque en un primer momento rehuyó hablar de sí misma, María S terminó por ceder ante las palabras cariñosas de la otra y le confesó la verdadera causa de su nerviosismo.

«Te preocupas por una bobería, niña», le dijo sonriente la colega, «Eso no es así como te piensas».

Era una mujer madura, con dos hijas ya adultas, una de ellas embarazada reciente, por tanto, con experiencia en el asunto.

«Y sé muy bien lo que te estoy diciendo... Primero, porque no todos los embarazos son iguales... ¡No me digas que no sabes eso...! ¿Entonces? ¿Por qué tendrías que ponerte ahora mismo a sentir náuseas y a vomitar? ¿Al mismo día siguiente? ¡Niña!, ¿de dónde sacaste eso? No digo que no pueda pasar, pero... Vaya..., que es poco probable... Además, ¿y si nunca tienes achaques? Hay mujeres que no los tienen o son muy ligeros, como en mi caso. Y lo más importante..., te lo digo porque me ha pasado... Solo porque una vez una se descuidó no quiere decir que ya quedó embarazada... Si fuera así ya no cabría la gente en el mundo».

32

La concepción tiene mucho de milagro, le aseguraba.

«¡Un verdadero milagro..., hija mía! A pesar de lo que

la gente imagina, quedar embarazada es menos fácil de lo que parece. Hay quien nunca usa precauciones y pasa la mar de tiempo esperando por una preñez que nunca llega, y de repente, un día cualquiera, cuando menos se espera..., ¡comienza a crecerle la barriga! Nada, que Dios le concedió su bendición..., porque los hijos son la bendición de Dios... Otras parejas, en cambio, hasta tratando de evitarlo ven aparecer los hijos uno tras otro. No hay nada escrito, hija mía..., y contigo lo más probable es que no haya pasado nada».

También pudiera ser que hubiera quedado embarazada, resumió, pero eso no quería decir que obligatoriamente se le presentaran achaques, aunque fuera primeriza. Lo principal era no temer que el trabajo se afectara si se sintiera mal, porque el a la apoyaría.

«Las mujeres tenemos que ayudarnos unas a otras».

Insistió, ante la expresión escéptica mostrada por María S:

«Hay primerizas que pasan su embarazo como si nada; ¿quién quita que tú seas una de esas?... Es como te dije: Ni todos los embarazos son iguales..., ni lo somos todas las mujeres. Mi madre nunca supo lo que son malestares del embarazo, ni conoció los dolores de parto..., ¡y mira que tuvo hijos!».

Mientras escuchaba a la colega, María S pensaba que era así como hubiera deseado que su propia madre le hablara, pero eso

jamás había podido ser, sin que el a lograra nunca descubrir el motivo de tal imposibilidad. La colega-ahora-madre, por su

parte, aunque había comenzado inspirándole confianza en sí misma y tratando de que no se preocupara antes de tiempo por

33

lo que, de todos modos, no sabía si iba a ocurrir, poco a poco comenzó a desvanecerse, hasta desaparecer por completo en

su pensamiento; en su lugar apareció otra persona, su amiga

María T, quien no le dejaba un minuto de respiro cuando

comenzaba a analizar la forma como llevaba la vida. No era

el a en lo físico, visto que la imagen de la colega continuaba a su lado, sino en las palabras, pues, casi en los mismos

términos que habría utilizado la amiga, le comentó que, para

el a, su marido había sido muy irresponsable, «Para no decir

desconsiderado», por haberse despreocupado, como si fuera

un adolescente impetuoso, en algo tan importante como es la

maternidad, precisamente cuando el a estaba a punto de dar

los primeros pasos en una carrera que la podía llevar muy lejos en su profesión.

«Debió haberte cuidado un poco... Y si tanta prisa tenía por

tener un hijo, al menos debió consultarlo primero contigo...,

pienso yo. A fin de cuentas, una es la que carga nueve meses

el hijo en la barriga, ¿no?... Una es la principal interesada en saber lo que va a suceder, la que tiene que decidir cuándo lo

tiene o no lo tiene. ¿No te parece?».

¿Le parecía? ¿Que debía ser consultada, o que su marido

podría querer un hijo?

Bajando la voz como si se avergonzara de sus palabras,

María S admitió que hasta entonces no le había parecido que su marido tuviera prisa por más hijos, sino todo lo contrario, «Como ya tiene dos de un matrimonio anterior, no sé, no me parece..., nunca hemos hablado de eso».

La respuesta que oyó era, cómo dudarlo, salida de labios de María T, no de la colega:

«Ven acá, hija mía... ¿Tú estás segura de que a tu marido le gusta la idea de que te desarrolles en tu profesión? ¿No será

34

que está celoso porque tú avanzas cuando él se ha quedado estancado? ¿No estará envidioso de ti, en el fondo? ¿No se

sentirá disminuido viendo cómo progresas...? Yo no sé tú

lo que pienses, pero, lo que soy yo... Vaya, que mucho me temo que ese descuido no fue ninguna casualidad..., ¡eso fue con

intención!».

Y dale con lo mismo. ¿Qué se pensaba María T? ¿Cómo se atrevía a insinuar que su marido había intentado embarazarla para impedirle el desarrollo profesional? Él no era así, jamás lo haría.

María S negó firmemente esa posibilidad. Por segunda vez oía a María T emitir un comentario como ese, aunque ahora se escondiera en la figura de su compañera de viaje para hacerlo. Y en ambas ocasiones había negado con la misma vehemencia.

Con mucha vehemencia, a decir verdad.

Acaso demasiada para quien la escuchara.

Por ejemplo, esta María T disfrazada de su jefa de

departamento, que sonrió con tristeza al oírla, llegó a pensar que tal vez, en el fondo, María S no estaba tan convencida de

su negativa como trataba de demostrar.

El Ingeniero no miraba con buenos ojos el reconocimiento que ante sus jefes María S ganaba día tras día, tanto por sus amplios conocimientos como por la seriedad con que enfrentaba cualquier gestión que le encomendaran.

Si de él dependiera, su mujer no continuaría en la empresa:

¿Acaso no le habían enseñado desde niño que cada sexo tiene su lugar en la vida? Lo manda la naturaleza misma,

35

así fue siempre en su casa, y él bien lo recordaba: El deber de la mujer es atender al marido cuando llega agotado de

la faena cotidiana, convertir el hogar en un refugio donde su hombre pueda descansar y reponer energías para al día siguiente continuar en la lucha por traer a casa bienestar y alimentos. Era una convicción heredada de sus mayores y que encontraba muy metida en razón. Al á sus colegas que simulaban pensar de otra manera. Estaba convencido de que todos opinaban como él, pero se plegaban a las conveniencias sociales de los discursos políticos dirigidos a contentar a esas feministas que no son más que un montón de lesbianas que quieren ser iguales a los hombres, «Como si eso fuera posible».

Dios las hizo diferentes.

Sin embargo, tenía que soportar que María S trabajara, hasta él reunir el dinero suficiente para hacer realidad su sueño, poner un pequeño negocio; ahí sí podría laborar el a todo el tiempo del mundo, bajo sus órdenes, con su guía, a su lado.

Como debe ser.

Mientras eso no fuera posible, el salario de el a —un poco por encima del suyo, por cierto, una muestra más de las injusticias de la vida— le resultaba muy necesario.

Mas llegó un momento en que la situación pareció volverse insostenible.

«Me llamaron a la oficina del director», informó María S a su marido cuando se le unió a la salida del trabajo, «Quieren enviarme como asesora en unas negociaciones».

Al principio no le prestó ninguna atención, como era

norma en él. El a comenzaba a contarle del día de trabajo, él no la oía; el a sabía que a él no le interesaba su relato, pero 36

insistía en hablar, necesitaba hacerlo, quizás porque se veía obligada a permanecer muchas horas en silencio en la oficina

donde trabajaba sola y adonde, desde su matrimonio, raras

veces acudía alguien que no tuviera una razón profesional

para hacerlo. El a misma se había encargado de que así fuera,

pues temía que, si él aparecía de repente en la oficina, como

solía, y la encontraba a solas con algún colega, ello podría

ocasionar un disgusto.

Aunque El Ingeniero no atendiera la conversación, algo

en su espíritu se avivó como ante una señal de alerta: La entonación en suspenso y el silencio que siguió al vocablo negociaciones daban a entender que había en el ambiente algo más al á de las palabras, y obligaron a volverse hacia el a, intrigado.

«¿Negociaciones...?».

Que el a fungiera como asesora en negociaciones era habitual, formaba parte de sus funciones; por lo general, se producían durante una jornada o dos, rara vez le robaban tiempo fuera del horario normal, y en muy contadas ocasiones implicaban desplazamientos hacia otras ciudades, pues se realizaban en la sede principal de la empresa, donde radicaba su oficina. Pero aquel silencio de María S —nada inocente, pues estaba dirigido a l amar su atención— tuvo la propiedad de obligarlo a fijarse en lo que le decía. Algo indicaba que no se trataba de lo mismo de siempre. Que la hubieran llamado a la oficina del director para hablarle de esa labor, por ejemplo, era un hecho fuera de lo común; normalmente la informaba su jefe inmediato, si se trataba de algo no contenido en el plan mensual de trabajo. El a mantuvo el suspenso durante unos segundos, como si no hubiera oído la pregunta, en espera de alguna

37

otra reacción. Ante el silencio prolongado, él no tuvo más alternativa que mostrar el interés que, en definitiva, ya

ciertamente sentía:

«Ah, sí, te llamaron..., ¿para unas negociaciones, dijiste...?»

¿Y qué hay con eso? ¿Qué tiene de diferente?».

Había, y mucho, de diferente.

«Pues que me envían al extranjero... El director quiso informármelo personalmente, porque dice que son negociaciones delicadas y necesita a alguien como yo».

Se trataba de algo más que realizar una labor de asesoría.

En esencia, la encomienda equivalía a un examen. Había planes de promoción para ella y debía ir preparándose, para que cuando llegara el momento estuviera lista. De la forma en que se desarrollara en la misión confiada, dependía incluso la posibilidad de pasar a representar a la empresa en otro país durante un tiempo, acaso un año o dos, según las necesidades. No se lo habían expuesto de manera directa, aclaró, pero se lo dejaron entender.

«Interesante, sí... Pero... ¿¡Y qué hay conmigo!?».

El Ingeniero había realizado un gran esfuerzo para no demostrar su incomodidad, pero no pudo evitar la exclamación.

No dijo más, pero quedó pensativo. ¿Qué era eso? ¿Viajar

el a al extranjero? ¿Sola? O, peor, ¿con alguno de sus colegas, quien seguramente trataría de aprovechar la oportunidad para

algo que no tendría nada que ver con el trabajo? ¿Y que acaso

partiera después al extranjero por un año o dos? ¿Y qué lugar

ocupaba él en esa historia? ¿El de marido buena gente? ¿Acaso

nadie había pensado en el marido de el a? ¿Y el a se lo decía así, tan tranquila, como si fuera la cosa más natural?

«¿En qué mundo estamos viviendo?».

38

Pues se habían equivocado con él, qué se creían, con él no era así tan fácil. Equivocados el a y sus jefes. Una falta

de consideración de ellos, y un atrevimiento muy grande de el a, ¿pensaba que se iba a quedar sin respuesta? Quizás lo pensara, la muy ignorante, haciendo caso a tanta propaganda como hay ahora... Progreso para la mujer, ascenso para la mujer, igualdad de la mujer..., y el marido que se fastidie, ¿cuándo se había visto eso...?

Al á los otros maridos si querían dárselas de complacientes, que lo que era él..., ¡él no iba a permitir el abuso!

Pero necesitaba más información antes de decidir qué

hacer con exactitud. No se inician guerras si no es para ganar, y no podía actuar sin conocer primero el terreno que pisaba.

De momento, decidió afectar indiferencia o escepticismo ante lo que oía; debía darse tiempo a sí mismo para evaluar la situación y elaborar la estrategia correspondiente. Y no transparentar sus sentimientos si quería vencer en esa batalla a que de repente se le presentaba. Y que vencería, claro estaba, no albergaba duda.

«¿Y todo eso que me estás contando te lo dijeron así, con esas palabras, o son ideas que te haces por lo que te dijeron? ¿No estarás exagerando...?», preguntó con el tono más despreocupado que pudo encontrar. «¿Qué te dijeron exactamente...?».

Claro que no se lo dijeron exactamente así, explicó el a, con

esas palabras, casi todo se lo dieron a entender. En concreto, solo le informaron que la habían escogido para ese trabajo.

Solo eso. Y que debía viajar dentro de unos días; no había mucho tiempo para prepararse, porque era una situación que se había presentado a última hora y la empresa no podía perder una oportunidad de negocios tan prometedora.

39

Estaba en su derecho de no aceptar si así lo entendía, no se trataba de ninguna imposición; la empresa se lo pedía,

no se lo ordenaba, pero sabría recompensar oportunamente su colaboración. Pero, a la vez, debía tomar en cuenta que también era una prueba de confianza, no debía defraudarlos.

Y ella era una mujer joven, sin hijos, con muchas perspectivas de desarrollo.

«Eso fue lo que dijo el director, y otras cosas más, para que yo comprendiera la importancia del encargo...».

El resto de lo que contaba María S a su marido era lo que podía inferirse de una conversación entre el director y los otros jefes que estaban en la oficina.

«La conversación supuestamente no era conmigo, hablaban entre ellos, pero estaba claro que querían que la oyera».

«¿Y eso fue todo...? ¿Él no te hizo ningún comentario

más..., lo aceptó así, tan fácil...? La verdad es que me extraña, mi hermana...», se asombraría María T una semana después,

cuando su alborozada amiga le contó sobre la propuesta de

la empresa y, lo más importante para el a, la forma positiva en que su marido había reaccionado.

«¿Por qué el a será siempre así?», se interrogaba

María S mientras oía las preguntas de la amiga, llenas de

escepticismo, como de costumbre. «Por qué no puede

admitir que él de veras se alegra de mis éxitos». Ciertamente era

que a veces se mostraba demasiado receloso, que desconfiaba

de todo el mundo, no solo de el a. Tenía esos y otros defectos, como cualquiera, pero no era mala persona. Y, sobre todo, la

quería. ¿Una prueba? Pues la tenía: Ahora mismo, al saber

40

que debía viajar al extranjero, no puso ninguna objeción, como el a había temido; por el contrario, la apoyó y hasta la

llevó a comprarse ropa nueva, qué era eso de que su mujer

fuera a viajar al extranjero con la misma ropa que todos le

conocían en el trabajo, él no iba a permitirlo. «Esas fueron

exactamente sus palabras, no estoy inventando nada...».

Hasta había sido una exageración de su parte: El a tenía

bastante ropa nueva, pues casi nunca salían a ningún lugar,

pero él insistió, quiso hacerle ese regalo como forma de

felicitarla.

«Y hasta se negó a que me llevaran al aeropuerto, dijo que

no, que él mismo me llevaba».

María T debió admitir que en la actitud asumida por El

Ingeniero no había nada reprochable; se había mostrado

como un marido satisfecho al ver los progresos profesionales

de su mujer.

Debió admitir consigo misma que sí, que lo que oía

mostraba un hombre diferente al que el a creía conocer. Pero

no creía ni la mitad de la historia: Algo no encajaba en lo que contaba María S. Ese cambio de actitud en tan poco tiempo

no podía ser sincero.

Esas amabilidades que a el a no la engañaban de seguro

respondían a algún plan oculto.

«Demasiado bonito para ser real», comentó consigo

misma, «Por eso mismo no me lo creo».

Y su amiga, que debía conocerlo bien, pues convivían, no

debería creerlo tampoco. Pero creía.

«En algún momento todo se sabrá».

Estaba convencida, algo había oculto y con el tiempo

habría de saberse, pero intuía que habría que esperar mucho

antes de que se llegara a conocer la historia completa.

41

Como había contado María S a su amiga, el día anterior a la partida de su mujer en misión de trabajo al extranjero, El

Ingeniero estuvo muy atento, casi solícito, con el a. Incluso

—él, que no ponía las manos en nada que pudiera evocarle

ocupación femenina— la ayudó a escoger la ropa que llevaría

para el viaje, y después a hacer la valija. Aunque nunca había subido a un avión, se esmeró en darle consejos dignos de

un experto y, para relajarla, hasta hizo algunos chistes sobre viajeros primerizos.

María S se sentía a la vez complacida y asombrada, y hasta

deseando que ese día no concluyera nunca, ¡él se mostraba tan maravilloso!, ¿por qué el a no era capaz de llevarlo a actuar siempre de esa manera? Qué sencillo resultaba, después de todo: Era solo demostrarle que también tenía cabeza y sabía usarla cuando hacía falta, que no era tan tonta como él pensaba. «¿Qué diría María T ahora, si pudiera ver el comportamiento de mi marido? ¿Dejaría de ser tan escéptica?».

Nada, que por fin él se había dado cuenta de cuánto valía su mujer; la confianza depositada en el a por sus jefes lo había llevado a evaluar otras cualidades que quizás no había advertido hasta entonces, y con su actitud se lo estaba demostrando. Con el tiempo descubriría otras cualidades: A su regreso, el a se esforzaría más de lo que se había esforzado hasta ahora por conseguirlo. Transcurrió el día; llegó la noche, y él fue menos desabrido que en otras ocasiones al ir a la cama con el a, hasta ensayó algunos esbozos de ternura en la forma de entrar en su cuerpo. No llegó a extremos de quemar incienso o poner música romántica para ambientar la habitación, mucho menos de intercambiar posiciones o esmerarse en saber

42

si el a disfrutaba o no lo que él le hacía —sería exigirle demasiado para una primera vez; acaso más adelante y poco

a poco..., alcanzó a pensar el a—, pero al menos se esmeró, lo suficiente para permitirle disfrutar de algo bastante semejante al placer. Gracias a ese esfuerzo del hombre, el a,

la esposa frígida de El Ingeniero, pudo ascender esa noche hasta el punto más cercano al orgasmo que alguna vez había conseguido..., y acaso hubiera llegado a conocerlo si él, como de costumbre, no se hubiera apresurado a alcanzar su final.

Fue en ese momento, mientras sentía que el cálido líquido se esparcía dentro de sí, cuando María S se enteró de que su marido, contrariamente a lo que solía, no había usado protección esa noche para penetrarla.

43

En un futuro que se aproximaba a una velocidad que no podría imaginar, muchas oportunidades tendría María S

de oír a El Ingeniero decirle: «Mañana conversamos», pero aquel a primera vez, a continuación de un sorpresivo beso que no fue más al á de un leve contacto labio con labio, la frase tuvo la facultad de regresarla al estado de total alejamiento de la realidad del cual él mismo la había sacado por unos minutos. Si enajenada había estado antes de llegar él, más enajenada estuvo después. Solo se modificó el motivo de la enajenación. Momentos antes de aquel beso —aunque en realidad apenas esbozado— era una mujer a quien atormentaba el sentimiento de, por su falta de tino, quizás haber perdido la oportunidad esperada: Ser como cualquier otra, casarse, tener un buen hombre a su lado, constituir una familia, tener hijos... En cambio, ahora, después del escaso tiempo transcurrido desde la entrada de El Ingeniero y su despedida, la asustaba la certeza de que aquello que había

sido un sueño podría convertirse en realidad en pocos días. Y el milagro acaso llegaría de la mano de ese hombre que jamás le había hablado de amor, ni siquiera se lo había insinuado, si bien nunca escondía el interés que despertaba en él. Apenas le había dado ese inesperado y fugaz beso como indicio de que sentía algo especial por el a, y de inmediato se alejó a toda prisa de la oficina —seguramente tenía algún trabajo urgente esperándolo, como de costumbre, fue la

44

explicación que se dio para tanto apresuramiento, parquedad de palabras y esa retirada antes de recibir una respuesta

suya..., ¿o habría sido por timidez?—, y el a aguardaba, con los nervios crispados, que pronto regresara, ya con algo más de calma, para conversar con el a, acaso para otro beso un poco más demorado.

No, sería de otra manera: Él pasaría un poco más tarde a

pedirle que lo esperara al terminar el trabajo, e irían juntos a alguna parte, a conversar y organizar entre los dos los

preparativos de la boda recién anunciada —«Y también para darme un beso como Dios manda, porque aquel...».

Entonces se realizaría por fin aquel a conversación que

nunca se produjo por la tontería de el a de no aceptar su

invitación en el momento justo. ¿Y si, además, venía ya con

la fecha de la boda en la mano? ¿Si él llegaba al poco rato y le decía «Oye, tal día nos casamos»?

Tampoco sería así. Además, ¿fecha de la boda tan rápido?

¿A quién se le ocurre?

Como fuera, lo cierto era que le había parecido que estaba de veras muy exaltado, por más que intentaba contenerse..., «¿Qué tal si se marchó con tanta prisa porque estaba tan entusiasmado que temió decir alguna frase cursi, él que tanto se cuida para no expresar lo que siente, y no porque hubiera un trabajo esperándolo?».

Era demasiada felicidad de una sola vez. Tanta era que la asustaba. La asustaba y la abstraía de la realidad.

Más de lo acostumbrado en el a.

Aunque en ese momento no era consciente de ello —como lo sería más adelante, cuando comentara los hechos de ese

día con María T y la amiga tratara de alertarla contra la forma poco usual de esa propuesta de matrimonio—, el esbozo

45

de beso de El Ingeniero, a pesar de no haber contenido el menor asomo de atrevimiento erótico, había revuelto en el a

sensaciones tenidas por muertas o inexistentes, de tanto no recordarlas. Acaso otro gesto más cargado de pasión —un beso de los que la dejan a una sin respiración, un abrazo de los que hacen crujir los huesos, una caricia en región vedada— no hubiera surtido efecto tan radical en su interior.

Él no tuvo esa consecuencia como intención, dígase de pasada —el gesto de besarla no había sido más que la señal dada a sí mismo de haber alcanzado el objetivo propuesto, si bien, complejidades del ser humano, al inclinarse hacia el a y besarla no fingió y lo hizo de manera espontánea—, pero

con aquel simple roce labio contra labio había despertado a la mujer-hembra, en todo el sentido de la palabra, que habitaba bajo la piel de quien, para el resto de los colegas, no pasaba de ser una excelente profesional, a la cual, por no conocer de ella más que sus manifestaciones externas —timidez y eficiente desempeño profesional—, tenían casi por un ser asexual.

«Puesta en funcionamiento de ciertas glándulas endocrinas que, estimuladas por terminaciones nerviosas excitadas por el roce de las respectivas mucosas, descargaron sus complejos hormonales en el torrente sanguíneo de la protagonista», opinarían los expertos si los consultáramos sobre lo que acontecía en el interior de María S. Pudiera ser así mismo, por qué no. Pero hay fenómenos demasiado complejos en las personas para que su explicación se encuentre en una simple reacción química. En el organismo de María S ciertas hormonas se activaron, como afirma la definición científica, al punto de llegar a producirse en ella —se enteraría solo cuando saliera del arrobamiento en que se había sumida—

46

un inicio de humedecimiento en la zona más íntima de su cuerpo. Humedecimiento mínimo, hágase la salvedad,

de qué otro modo podía ser, pero no por ello menos real, existente, perceptible. Mas no había sido el único prodigio en echar a andar dentro de ella: Cuando por fin volvió en sí, María S sintió como si en ese instante hubiera nacido para la

vida. ¿Le diría María T que era una cursi de tomo y lomo si le repetía la frase?

Mejor no lo decía, entonces.

Pero lo sentía. Y agradecía al hombre que la había hecho sentir de esa manera.

«Mi novio me propuso matrimonio», informó radiante

de felicidad María S a su amiga María T cuando, después de

varios intentos, por fin se encontró con el a a la entrada de la biblioteca adonde acostumbraban acudir para escuchar

música clásica.

No le había sido fácil encontrarla porque, con toda

intención, María T había permanecido aislada del mundo

durante algunas semanas. Necesitaba estar sola para meditar.

No para tomar una decisión que habría de modificar

radicalmente la vida llevada hasta entonces —la había

tomado sin intención de dar marcha atrás desde el momento

exacto en que se vio empujada a hacerlo, y no albergaba duda

alguna en cuanto a llevarla hasta el fin—, sino para poner

orden en su cabeza después de haber decidido y, con calma,

precisar consigo misma cómo organizaría su existencia en

adelante.

María T había resuelto divorciarse después de cinco años

de matrimonio, se enteró María S al encontrarla. Hasta

47

entonces no había oído de labios de la amiga la menor alusión a esa posibilidad.

«¿Pero tú te volviste loca, mi hermana? Con el tiempo que

llevaban juntos... Con lo bien que se llevaban... Una pareja

tan linda..., tan..., tan perfecta», fue su reacción al enterarse de por qué la amiga había estado ilocalizable durante

tanto tiempo. «¿Y cómo estás segura de que no te vas a

arrepentir?... ¿Lo pensaste bien? Tal vez te apresuraste..., no sé..., te dejaste llevar por un impulso, no te diste tiempo a

pensarlo fríamente... Yo te conozco..., a veces eres un poco

arrebatada..., ¡demasiado! No sé... Me parece que cuando lo

pienses mejor...».

Aunque dejaba a la amiga hablar libremente, María T no

concordaba con el a. Que hubieran sido una pareja bonita,

que llevaran mucho tiempo juntos, o que el a hubiera actuado

en caliente o en frío, o en tibio, nada importaba, esa no era

la esencia del asunto. Ni siquiera consideraba importante

detenerse a pensar si se arrepentiría.

«Aunque de eso sí que puedes estar segura, de que no voy

a arrepentirme... Aunque lo eche de menos, aunque tenga

ganas de acostarme con él cien mil veces... No y no... ¡Por

esta! Pase lo que pase, no hay marcha atrás. Ya lo decidí...Y

que salga el sol por donde salga...».

María S no lograba entender el radicalismo de su amiga.

Hacía una tormenta en un vaso de agua, no había que

llevar las cosas tan a la tremenda; no era inteligente tomar

decisiones apresuradas en asunto tan serio. Después viene la

angustia por no saber qué depara el futuro, es el desasosiego, el arrepentimiento.

Aunque la amiga porfiara en que no daría marcha atrás

en el paso dado, insistió en el intento de disuasión. ¿Acaso

48

no era su deber de amiga aconsejarla, llevarla a actuar con serenidad?

Debía hacer todo lo posible para hacerla reconsiderar la idea del divorcio.

«Además, según tú misma me contaste, tú tuviste la culpa..., comenzaste la discusión... Y piensa que él se arrepintió enseguida, se avergonzó de lo que hizo, te pidió perdón, ¿no?... En el mismo momento... No es que yo lo diga, es que tú me lo dijiste, que...».

«Sí, sí, claro...», la interrumpió María T, «Visto así, como lo ves tú, está todo muy bonito... Yo empecé, él me siguió la rima..., poco a poco se subió la parada y... Y, claro, cómo no, enseguida se arrepintió... Ven acá, dime: ¿Qué otra cosa podía hacer? Porque ya el daño estaba hecho».

María S intentó replicar, pero la amiga no la dejó continuar.

Le puso una mano en la boca.

«Cál ate, ¿quieres?». Esbozando una sonrisa como para suavizar el gesto, repitió, cual si hablara consigo misma: «Muy bonito, cómo no..., muy bonito. Y él se arrepintió...

Claro que se arrepintió...».

Para María S el problema estaba resuelto de la mejor manera posible: Él se arrepintió de lo hecho, juró que no ocurriría más, ¡y hasta pidió perdón! Todo eso era verdad, sucedió exactamente de esa manera...

Cualquiera que pensara como su amiga afirmaría que había suficiente motivo para la reconciliación. Pero ella no era María S, no pensaba igual que ella. No aceptaba que con pedir perdón y mostrar arrepentimiento se borraba lo sucedido...

Borrón y cuenta nueva, la vida no va a detenerse por una nimiedad.

49

Un desenlace demasiado sencillo para aceptarlo.

«Haya prometido lo que haya prometido, para mí eso no cuenta... Lo que cuenta es la acción... Y eso sí que no se borra con nada».

Cierto, había sido el a quien había comenzado la discusión.

«¿Y eso qué es lo que cambia?... Ah, sí, claro. Yo podía haberme calado y así no hubiera habido ningún golpe, porque no hubiera habido discusión. Yo soy la culpable de todo entonces, por discutir, por defender lo que pienso...».

Siendo así, para evitar la repetición del problema, para que no hubiera más golpes y mantener su matrimonio a

salvo, lo que debió hacer antes, y debía hacer en adelante, era bajar la cabeza delante del marido, no protestar por nada, no

discutir por nada, no defender sus ideas aunque le asistiera la razón. De ese modo él no se vería obligado a levantarle la mano en alguna ocasión futura.

Así entendido, tal vez era el a, María T, quien debió disculparse por haber recibido un golpe.

«Según tú, ¿si me someto mansamente a lo que él diga,

si no tengo voluntad propia, si no pienso con mi cabeza ni defendiendo mi espacio o mis derechos, no hay más problemas y salvo el matrimonio? ¿Eso es lo que tengo que hacer, ser una niña buena, portarme bien y callarme la boca aunque tenga la razón?... ¿Es así como se mantiene un matrimonio?».

María S negaba con la cabeza, no era eso lo que había querido decir. Pero la amiga no le hacía caso, seguía con su idea, para ella no era importante establecer quién había comenzado la discusión, sino quién había pasado la frontera.

Y esa no había sido María T.

«Es el hecho en sí mismo lo que cuenta... La acción de golpear... Nadie tiene ese derecho, ni mujer, ni hombre..., nadie, ninguno».

50

En toda relación hay una parte de magia, si es verdadera, explicaba María T a su amiga, «Es lo que la hace llevadera

a pesar de los embates de la cotidianidad. Esa magia tiene como base el respeto dentro de la pareja..., sin el respeto no puede haber amor, ni nada». Aquel golpe significaba una ruptura del respeto que ella no podía aceptar, era un choque inesperado con una realidad que le era ajena y repugnante.

«¿Qué magia puede haber en una pareja después de algo así, dime, si se acabó el respeto?».

María S podía pensar lo que le viniera en ganas, pero ella no estaba dispuesta a continuar viviendo al lado de un hombre capaz de pegarle, por más enamorada de él que

hubiera estado cuando se casaron...

«O ahora... Porque no te lo voy a negar..., todavía lo quiero un poco... Fueron cinco años de mi vida..., cinco años en que tuvimos que enfrentar juntos muchas dificultades... Pero hasta aquí llegamos... Se acabó la relación...».

«¿Y no piensas que solo por un manotazo...?», preguntó María S, asombrada por la enormidad de lo que oía.

Por lo general María T no compartía los criterios de su amiga sobre el matrimonio:

«Te me estás convirtiendo en una dinosauria, amiga..., hace mucho que eso no es así... Hablas como una abuela... ¿Se te olvidó en qué tiempo vivimos? Despierta, mujer...».

«Es verdad, ya no es así. Ahora vivimos el tiempo de las dinosaurias y los dinosaurios», replicó riéndose María S.

En aquel entonces se había molestado porque echara a broma la conversación, a falta de argumentos que oponer, pero pensó que una discrepancia sobre lo que corresponde hacer a cada uno en el hogar no debía echar a perder un encuentro con la amiga y se puso a reír por el chiste.

51

Esta vez, sin embargo, no se trataba de diferencias de criterio ante algo que pudiera pasar por alto sin demasiado

esfuerzo. La pregunta encerraba conceptos inadmisibles para sus principios como persona. Le puso una mano en la boca para impedir la conclusión del enunciado.

«¡Cómo que solo un manotazo!».

¿Era posible que no hubiera comprendido nada de lo que le había explicado? ¿En qué mundo estaba viviendo María S, tan ignorante de todo?

Más clara ni el agua; sin embargo, la amiga no veía nada.

«El problema no radica en que haya sido un manotazo», quiso explicarle. «¿No te das cuenta de que no hay diferencia?».

Que fuera un pequeño manotazo o fueran muchos, que se tratara de un golpe dado con la mano o de una pateadura con todas las de la ley, con huesos rotos y dientes arrancados, ¿qué diferenciaba una agresión de otra? ¿La intensidad? «No es la cantidad de golpes que una reciba, ni la fuerza con que se los dieron... Es lo que ese golpe significa».

Además, le recordaba, siempre se comienza por un manotazo, un empujón algo fuerte, una sacudida. Casi nunca se empieza por una paliza.

«Lo demás viene solo, con la repetición, la costumbre del manotazo, del empujón, de la sacudida, hoy más suave, mañana más violenta... Eso es así, no hay que darle más vueltas al asunto».

«Sigo pensando que exageras... Lo ves todo en blanco y negro..., pero la vida no es así, hay matices... Tú misma lo dices a cada rato, no hay que asumir posturas rígidas ante cualquier problema, hay que tratar de entender las razones del otro...».

«Así que las razones del otro, ¿no?».

María T no pudo evitar una mueca de disgusto al ver que la amiga usaba contra el a sus propios argumentos de otro

momento, pero se controló.

«Mira, no me andes con subterfugios para esconder la realidad... Aquí no se trata de si uno escucha al otro o no; se trata de atender a la esencia de lo que ocurrió, como te dije, de su significado, del camino que se abrió...». Se detuvo un instante. «Que se abrió no, porque conmigo esa historia llegó al final..., conmigo ahí mismo se acabó el camino».

Se dio cuenta de que María S la miraba como si no comprendiera. Peor, como si sintiera lástima por la amiga que había roto su matrimonio por algo que se podría solucionar con una conversación sincera.

«Según tú, claro».

Claro que sí, pensaba María S. ¿Acaso una relación de tanto tiempo no merecía un perdón, una segunda oportunidad?, se preguntaba, convencida de que María T estaba cometiendo el mayor error de su vida.

A la otra no le resultó difícil adivinarle el pensamiento.

Respondió como si la hubiera oído pensar.

«Estás equivocada, amiga, yo sé bien lo que estoy haciendo».

Para el a el problema era sencillo: Si María S no lo entendía era porque no lo planteaba en los términos correctos.

«Como en las matemáticas, si no tienes el planteamiento

correcto, nunca llegas a la respuesta correcta».

Y el planteamiento en su caso era uno solo y, como le había afirmado antes, no había que darle más vueltas al asunto.

«No importa siquiera que se trate de mí, de ti, de quien sea, la esencia es una misma todas las veces: un hombre se consideró con la potestad de pegarle a su mujer, sea porque

53

discutían y se molestó, sea porque lo disgustó algo que el a hizo o dejó de hacer... Y eso, ¿en razón de qué? ¿De que es

el hombre de la casa...?».

María S podía tener toda la razón del mundo al pensar que valía la pena salvar una relación de tanto tiempo; en definitiva, no era la primera vez, ni sería la última, en que algo así sucediera en una pareja. Pero María T insistía en que eso no funcionaba con el a y no debía funcionar con ninguna otra mujer.

«Por más que después ese hombre que le pegó a su mujer jure y vuelva a jurar que se arrepiente, que algo así nunca más ocurrirá, esa relación ya murió... Al menos así lo veo yo».

Para serle sincera, el a ni siquiera dudaba de que el marido hubiera estado convencido del juramento que le había hecho. Era posible que hubiera sido sincero por completo. Pero, aunque fuera la mayor verdad del mundo, el a no iba a esperar el resto de su vida para enterarse de si volvía a ocurrir o no que le levantara la mano. Ese manotazo había

sido el punto en que se separaban los caminos de la pareja.

«Si le gusta golpear, que se busque una loca a quien le guste que la pateen, y que se realicen los dos, entre golpes y perdones». Pero que no experimentara con el a, que no estaba hecha de esa madera. «Lo que soy yo, no le aguanto a nadie que me levante la mano. Así me lo enseñó mi madre, y me lo enseñó también mi padre».

Y el a siempre fue buena alumna. Contó del aprendizaje.

«Mi madre me contó un día, cuando tuve edad para ello —y poco después me lo ratificó mi padre, pues le pregunté—, que en cierta ocasión, siendo yo una niña, por algún motivo él me asestó una bofetada. Mi madre permaneció calada

54

en ese momento; sin embargo, al cabo de un rato lo llamó aparte y le advirtió que no le permitiría que me pegara

otra vez, que esa era la primera y la única vez que lo hacía.

Él se disgustó y exigió explicaciones, qué tontería era esa, dónde se había visto que un padre no pudiera aplicarle un correctivo a su propia hija. No quiero que mi hija se adapte a la idea de que un hombre puede golpearla por la razón que sea, respondió mi mamá. Él, aunque fuera mi padre, no debía hacerlo nunca más, para que yo no me acostumbrara a que un hombre podía golpearme. Si en el futuro alguno se equivocaba y trataba de golpearme, yo podría decirle que fuera a equivocarse con otra, porque a mí ningún hombre, ni mi padre, que me hizo y me crió, me puso la mano encima

nunca. Y que lo mandara a paseo en el acto, porque quien me levante la mano una vez me la dejará caer en el cuerpo mil veces más si se lo dejo pasar».

Después de ese día, el padre de María T nunca más le pegó siquiera una nalgada a su pequeña.

Si María S deseaba continuar siendo su amiga como hasta entonces, mejor haría en no insistir con sus argumentos para que volviera con el marido. Nunca iba a convencerla y solo estaba consiguiendo disgustarla. El a no iba a arrepentirse de su decisión.

«Y ahora dime: ¿Qué novio y qué matrimonio son esos?... Me has dejado intrigada».

Regresó a la conversación inicial, sonriente, como forma más apropiada de terminar con la que ya se había vuelto demasiado enfadosa para el a. Le sonaba extraña la información que le había dado María S, pues hasta entonces nunca le había comentado que anduviera de novia con alguien, y eso de que se apareciera de repente

55

con la afirmación no solo de la existencia de un novio, sino también de un matrimonio en perspectiva, como quien dice

a la vuelta de la esquina, le resultaba, más que asombroso, inconcebible. ¿Se trataba de una broma? Tal vez, aunque la amiga no era aficionada a hacer bromas. Era cierto que hacía al menos dos meses que ni conversaban por teléfono, pero estaba convencida de que, si en ese tiempo hubiera llegado

un hombre a la vida de María S, de alguna manera se las hubiera arreglado para hacérselo saber. ¿Qué podía ocurrirle a una de ellas que de inmediato no comunicara a la otra?

«La historia del noviazgo es un poquito enrevesada», comenzó confesando María S. Pero no estaba bromeando, hablaba en serio. Era cierto lo del novio, tanto como lo era la oferta de matrimonio. «Todo es así, como te lo cuento».

María T olvidó que poco antes se había molestado con la amiga y se alegró mucho por ella.

María S comenzó la historia desde el principio, a su manera, desde luego: No le pareció que la amiga pudiera entenderla si le contaba todos los pormenores.

«Ah..., ese», exclamó desencantada María T, interrumpiéndola sin querer, cuando María S especificó quién era su novio.

¿Ese que le ofrecía matrimonio a María S era aquel mismo personaje que, a poco de conocerla, la había engañado cuando se le quedaron las llaves en casa? «Más que engañarla, se burló de ella, la trató como tonta», dijo dentro de sí. ¿Cómo su amiga iba a involucrarse con alguien capaz de actuar así? «Lo peor es que la noticia no me toma totalmente por sorpresa..., casi la estaba esperando», continuó su diálogo interior. Sí, por la forma en que había oído a María S referirse a El Ingeniero había advertido la fascinación que ejercía sobre ella. «En realidad, se veía venir». Sin conocerlo en persona, solo por las historias que la

amiga le contaba, se le hacía evidente que no era alguien con quien le agradaría mantener una relación. Ni siquiera amistosa.

«Me da la idea de alguien muy retorcido... Ojalá esta experiencia no le haga daño», siguió conversando dentro de sí. No pudo contener la pregunta irónica, casi sarcástica por lo amarga:

«Entonces..., ¿ese es tu novio?, ¿el mismo que te tomó el pelo aquel a vez?».

«Sí, ese mismo; ya te he hablado de él... Y, en realidad, no me tomó el pelo, nada», respondió María S y continuó contando entusiasmada, sin advertir el tono de las preguntas ni la expresión de disgusto en el rostro de la amiga.

«Sí, está fascinada con ese hombre, ¿qué le encuentra?...; ojalá no le pase como al pichoncito con la mirada de la serpiente», pensaba María T viendo cómo el rostro de la amiga se animaba mientras hablaba de su reciente noviazgo y del próximo matrimonio. «¿Será posible que de veras esté tan perturbada?..., ¿no estará exagerando un poco».

Preferiría que se tratara de una exageración, pero aquel a exaltación respondía al verdadero estado de ánimo de María S; aquel a animación en la voz y en los gestos reflejaba lo que en verdad sentía. Sin embargo, el relato de los hechos no guardaba igual exactitud. Algo en el interior de María S le impedía ser sincera por entero con la amiga. No se trataba de falta de

confianza —«Cómo no confiar en el a, con tantos años de amistad; es la única persona en el mundo en quien puedo

57

confiar sin ningún temor»—, sino de algo más complejo. La asustaba la posibilidad de que con sus argumentos la llevara

a dudar de El Ingeniero y le echara a perder la felicidad

que la embargaba. —«El a lo quiere perfecto...; va a querer

demostrarme que no debo casarme con él».

Sin ser consciente de la decisión que tomaba, eligió no

contarle los pormenores de la forma en que se había establecido su compromiso. De esa manera a su entusiasmo no le caería

encima el seguro balde de agua fría de un análisis de María T.

«No deja de resultar curioso», comentó de repente María

S, al darse cuenta del escepticismo reflejado en el rostro de la amiga, «Hasta el sol de hoy, te has pasado la vida alertándome para que no fuera tan exigente...: Que no buscara más al

hombre perfecto y me conformara con el bueno a secas

que aparezca en el camino..., que los príncipes azules no

existen...».

María T ahora estaba intrigada..., ¿adónde querría llegar

María S con esa introducción?

«No me mires así... No te cansas de repetírmelo, que todo

el mundo tiene defectos, que lo importante es que la persona

sea buena en su esencia..., que haya amor en la relación».

«¿Y bien...? ¿A qué viene eso ahora?... ¿Qué me quieres

decir?».

«Tú sabes bien a qué viene...».

«No, no lo sé..., si no me lo dices tú, que parece saberlo».

María S prefirió no discutir:

«Nada, no me hagas caso...».

Hizo una pequeña pausa, como si con esas palabras

hubiera terminado. Ganó nuevo impulso de repente.

«Bueno, sí..., quiero decirte que yo sé que él no es ningún

príncipe azul, que es diferente, y hasta un poco difícil a

58

veces... Si te dejas, vas a enumerar un montón de defectos que le encuentras... Pero lo que importa es que es una buena

persona, muy respetado por su trabajo... Además, se ha

enamorado de mí, quiere casarse conmigo... ¡Y me gusta!».

«¡Pero si yo no he dicho nada!», exclamó María T, tratando

de mostrar una sonrisa complaciente, «Me alegro por ti..., de

verdad... Te felicito».

Nada que le dijera valdría la pena. Ya la vida se encargaría

de presentar los mejores argumentos.

«Ojalá que no sea demasiado tarde para entonces», pensó.

Ambas callaron durante unos segundos. Todavía con-

versaron unos minutos más, sin tocar el tema del compro-

miso, y luego se despidieron. María S comprendía que la

amiga había preferido no expresarle su opinión, porque es-

ta en desacuerdo con ella. «Por fin, ¿en qué quedamos?»,

se preguntaría más tarde, recordando el encuentro. «¿Sigo

buscando el príncipe azul inexistente, como me decía que

no debía hacer, o me adapto a las posibles imperfecciones

de este simple ser humano que he encontrado, como me recomendaba?».

«Mañana conversamos», había anunciado El Ingeniero y, efectivamente, durante ese día María S no volvió a encontrarse con él; sin embargo, al otro tampoco lo vio hasta casi el final de la jornada; en ningún momento halló manera de coincidir con él en la empresa, aunque lo buscó con disimulo. No preguntó a nadie si lo había visto, por timidez, pues tenía la sensación de que todo el mundo estaba al tanto de la propuesta de matrimonio, de que en su rostro lo llevaba escrito.

59

Y acaso lo llevara, pues se sentía tan feliz que sentía deseos de cantar a toda hora.

Feliz, pero intranquila, porque él no pasaba a verla, porque el a no sabía dónde encontrarlo. Por fin, cuando faltaba poco

para la conclusión de ese segundo día, él entró en la oficina, la saludó con naturalidad y habló unos minutos sobre algunas

intrascendencias relativas al mucho trabajo que había tenido

ese día y lo cansado que se encontraba. Aunque fueran

intrascendencias, María S estaba pendiente de cada una de

sus palabras, en espera del momento en que anunciara la

materialización de aquel conversamos del día anterior. No

sería en ese momento ni en ese lugar, imaginó, sino, como

era de suponer, en algún otro adonde él la invitaría a ir para conversar con cierta libertad al final de la jornada.

Y para convertir en verdadero beso el que se había

esbozado la tarde anterior.

Pero ni invitación, ni conversación, ni transformación de casi-beso en beso-como-Dios-manda. Charla de pocos minutos, unas cuantas frases para dejar establecido que estaba muy atareado y no debía demorar más allí, un nuevo —y apresurado— ensayo de beso como despedida y..., ya fue todo. María S quedó confundida, sin saber qué pensar del comportamiento del hombre que se había titulado su novio.

No pudo evitar que le cruzara por la mente la idea de que su paso por la oficina había sido solo para recordarle que existía una relación entre los dos, no para cumplir la promesa de

conversar sobre el compromiso. No obstante, le encontró justificación: «Se ve que está sobrecargado de trabajo; es demasiado cumplidor. Por eso anda siempre con tanta prisa...». El a no podía ser tan egoísta, debía comprenderlo.

En definitiva, iban a casarse. Ya tendrían tiempo suficiente,

60

más adelante, para conversar sobre todos los temas del mundo.

Y para darse también todos los besos del mundo.

De todos modos, esa parte de la historia no la contó a María T; estaba segura de que para el a carecerían de valor los argumentos que a sí misma se daba para explicarse la conducta de El Ingeniero. Y no podía darle la oportunidad de convencerla de que estaba equivocada.

No le contó tampoco —acaso por la misma razón, aunque no fuera consciente de ello— que El Ingeniero se

le desapareció durante dos días; al tercero llegó a la oficina y le contó que estaba ocupándose de todo lo relativo a la boda,

que no se preocupara por nada y dejara las cosas en sus manos, «Vas a ver lo bien que saldrá todo». Él le avisaría en cuanto las condiciones estuvieran listas. Todavía no estaba fijada la fecha, pero eso era lo menos importante, se resolvía al momento.

María S lo escuchaba con atención extrema, pero no acababa de descubrir si le resultaba agradable o desagradable lo que él contaba. Por una parte, era grato comprobar que estaba llevando el asunto de la boda tan en serio que se ocupaba de todo sin que él debiera esforzarse por nada.

Con lo meticoloso que era, no tenía la menor duda de que nada quedaría al azar, que tendrían una bonita boda. Por otra parte, sin embargo, no se explicaba cómo él podía ponerla a un lado en asunto de tanta trascendencia para él misma.

Además, ¿a qué condiciones se referiría él? Por sencillo que sea son innumerables las pequeñas cosas que forman el gran todo de una ceremonia de matrimonio. Y algunas de esas pequeñas o grandes cosas son de la exclusiva incumbencia de la novia, por más que el novio desee participar o pretenda

61

ayudar en su preparación, tiene que ser él a quien se ocupe.

Sin contar que hay que pensar con tiempo en los invitados, pues cada miembro de la pareja tiene su círculo de familiares y amigos a quienes convidar.

«Aunque, pensándolo bien, los míos siempre serán bien

pocos», concluyó la conversación que llevaba consigo misma mientras él hablaba.

En fin, no refirió a María T de la breve conversación del segundo día, ni mencionó los tres que pasaron sin verse ni, mucho menos, las aprensiones que, por más que intentó sobreponerse a ellas, terminaron por apoderarse de su mente cuando El Ingeniero salió de la oficina y se quedó a solas consigo misma.

Sobre todo, se dio cuenta de que por nada del mundo debería confesarle a la amiga que, una vez más, también aquel segundo día posterior al compromiso se quedó esperando por algo más que el roce de labios recibido como despedida la primera vez.

En cambio, con gran complacencia y muchos detalles, le narraría más adelante lo sucedido cuando él la llevó a mostrarle una gran sorpresa.

María T la escucharía en silencio y sonriente, aparentando más atención de la que en realidad prestaba. Si le hubieran preguntado sobre lo que oía, acaso habría confesado que en la narración sospechó algún que otro adorno de la realidad: Conocía lo suficiente a su amiga como para adivinar que buena parte de la maravilla a que estaba viviendo era real solo en su imaginación.

María S soñaba despierta, pero ella nada podía hacer para despertarla. ¿Y despertarla serviría para algo?

«Espérame cuando termines por la tarde, vamos a que veas lo que tengo que mostrarte», le indicó El Ingeniero al

otro día, pocos minutos después de el a haber comenzado a trabajar en su oficina. Y, como se estaba haciendo ya costumbre, se marchó sin más explicaciones.

Y ni roce de labios esta vez, por añadidura.

Estuvo todo el día preguntándose qué sería eso que debía ver, pero no se le ocurría ninguna respuesta que la satisficiera.

Estaba segura, eso sí, de que cualquier cosa que fuera estaría relacionada de manera directa con el tema del casamiento.

En esa ocasión no ocurrió como cuando El Ingeniero dijo

«Mañana conversamos» y nunca vino, porque llegó a la hora indicada, y el a no debió esperarlo ni un minuto de más.

Llegó, saludó, se inclinó y, desde el otro lado de la mesa, unió levemente sus labios con los de el a.

Ese beso parecía volverse costumbre, pensó.

«¿Estás lista?», preguntó él; ante la respuesta afirmativa, ordenó: «Vamos entonces». Echó a andar, y se detuvo junto a la puerta en espera de que María S se le uniera.

«Es una sorpresa que te quiero dar», condescendió a informar minutos después, ante la insistencia de el a en conocer a qué se debía esa salida inesperada —y no se le escapaba que era la primera que iban a realizar juntos, a pesar de que eran una pareja a punto de casarse—. No añadió más.

«Si te lo digo, ¿dónde está la sorpresa?».

«Tienes razón», admitió María S y no preguntó nada más.

Él, en cambio, ganado por una locuacidad que no mostraba a menudo, aprovechó el viaje hasta el lugar de la sorpresa para exponer algunas de sus ideas acerca de la vida en común de un hombre y una mujer.

63

«El hogar es el lugar de reposo de un hombre», comentó —«Y de una mujer», añadió mentalmente María S, que ya había notado que para El Ingeniero, el tema del lenguaje incluso no se había descubierto todavía. No se atrevió, sin embargo, a rectificarlo, interesada como estaba en oír lo que viniera a continuación—, «Por eso, en el a todo debe estar preparado para ese descanso».

De manera que debía existir cierto orden interior, porque, sin orden, ¿cómo puede haber reposo?

«No que sea un cuartel, eso está claro, pero sí que haya cierta disciplina en la casa, un mínimo de disciplina, orden y respeto para que todo fluya como es debido».

Por ejemplo, horarios de vida. El Ingeniero no concebía un hogar sin horarios de vida.

«Que haya una hora para levantarse y otra para acostarse es el único modo posible de rendir al máximo con un mínimo de agotamiento... ¿no lo ves así?».

El a asintió, aunque no muy convencida. Se consideraba bastante disciplinada con el tiempo, pero de vez en cuando sentía la necesidad de dejar de serlo y se olvidaba de los horarios.

«Claro que sin exagerar», se oyó decir.

«Desde luego, sin exagerar», concedió él, pero aclaró:

«Puede haber ocasiones en que los horarios se alteren..., pero siempre por motivos justificados. Lo importante es hacer en cada momento lo que haya que hacer, sin enredarse..., no andar perdiendo el tiempo en tonterías».

También por eso había que disponer los enseres de la casa de manera que todo lo que se hiciera resultara lo más eficiente posible.

«Un lugar para cada cosa, y cada cosa en su lugar, como dice el dicho».

64

María S sonreía al oírlo hablar, recordando frases similares dichas por su padre en relación con el orden que debía

reinar en una casa y el respeto a los horarios por quienes en ella habitaban..., nada de lo cual vio cumplido alguna vez en la práctica cotidiana: Aquello era como un ideal de comportamiento al cual todo el mundo aspiraba, pero al que en la práctica nadie dedicaba excesivo interés. Tal vez, como su padre, El Ingeniero estuviera exponiendo ideas que había oído repetir, sin que nunca se aplicaran.

Desde luego, si su futuro marido quería ordenar la vida de modo que todo resultara más sencillo en la casa, bienvenido fuera, ella nada habría de objetarle.

«Ahora vas a conocer la sorpresa», anunció El Ingeniero al llegar a un pequeño edificio en un barrio periférico de la

ciudad. Subieron por una escalera hasta el segundo piso, se detuvieron ante una puerta y, en el momento en que extraía una llave y la introducía en la cerradura, anunció:

«Aquí tienes mi casa... Nuestra casa».

Era un apartamento modesto, casi completamente vacío;

en el pequeño recibidor apenas se veían una mesa y cuatro

sillas. Después comprobaría que, en el único cuarto de la pieza, también había una cama matrimonial, aunque sin vestir.

Él continuaba mostrando deseos de hablar.

«Alquilé esto, es lo que podemos tener por el momento...»,

explicó, y la condujo a revisar pieza por pieza. «Es bastante chico, pero no me parece incómodo para dos personas... Más adelante tendremos algo mejor, esto es para ir comenzando».

Con el salario de los dos, poco a poco irían completando los muebles que faltaban. Y también llegarían a adquirir con el tiempo algo mayor y propio, no iban a pasar el resto de la vida pagando alquiler, ni en tan poco espacio.

65

«Tengo algunas ideas en mente..., ya vas a ver...», anunció, pero no especificó en qué consistían tales ideas. Él no hizo pregunta alguna, conocía que no era dado a ofrecer adelantos

sobre sus proyectos, ya era bastante que le proporcionara tanta información. El propio hecho de que durante esos días se hubiera dedicado a la búsqueda del apartamento, a formalizar el alquiler y, además, que hubiera comprado parte del mobiliario, sin darle la menor noticia de lo que se encontraba haciendo, era una prueba bastante contundente

de que no gustaba de compartir sus planes.

María S lo observaba todo mientras lo oía, y solo emitía pequeñas exclamaciones de sorpresa o de júbilo. Tampoco imaginaba qué podría decir, no se le ocurría ningún comentario. Estaba, a la vez, cohibida y gratamente impresionada. La asombraba comprobar que él había podido dedicarse en tan poco tiempo a resolver tantos problemas, y sin su ayuda.

«Claro, por eso se me desaparecía», pensó; esa era la explicación de que anduviera siempre apresurado y diera la impresión de que, después de haberle hablado de matrimonio, se había desinteresado del tema. ¡Y pensar que él a hasta había llegado a temer que algo no anduviera bien, que todo no pasara de una broma o, peor, de una burla! Menos mal que no lo comentó con María T; de haberlo hecho, acaso la amiga le habría llenado la cabeza de ideas desagradables, la hubiera vuelto contra él; acaso, por atenerse a sus criterios, hasta habría roto el compromiso, y jamás hubiera disfrutado

de la experiencia tan maravillosa que estaba viviendo, la de un hombre dedicado por entero a satisfacerla.

Al llegar a ese punto sintió que algo como un pequeño rechazo hacia María T pugnaba por nacer dentro de él. Ojalá que, en su afán de protegerla, no se convirtiera en obstáculo

66

para su felicidad, ¡eran tantos años de amistad! No quisiera perderla, pero, por otra parte..., ¿malograr la oportunidad

del matrimonio con un hombre tan preocupado por su

bienestar? Bien vistas las cosas, lo verdadero, lo que valía y contaba, era que el a estaba a punto de casarse con un hombre

envidiable, y su amiga, con lo atractiva e inteligente que era, se encontraba sola, por pretender ser más independiente de

la cuenta y no admitir que, si una deseaba ser feliz en la vida, era necesario y aconsejable dar el brazo a torcer alguna que

otra vez.

El punto final del recorrido que realizó María S por la

que pronto sería su casa fue la cocina, según el programa de

visita previsto por El Ingeniero. Al llegar a el a, él le indicó colocarse en un punto medio de la pieza y levantar los brazos.

«Eres bastante bajita», comentó mientras sonreía. «Eso

puede ser un problema...». Siempre sonriente, la rodeó,

mirándola como si evaluara sus posibilidades físicas, «Pero

eso no importa, ahora mismo vamos a resolverlo». La hizo

desplazarse pegada a las paredes desnudas. «Pon las manos

aquí...», dijo de repente, «Así, como si fueras a agarrar algo que está en la pared...». Repitió la operación en distintas

direcciones: La desplazaba unos pasos y le indicaba que

apoyara las manos en la pared: «Aquí... Ahora aquí... Y

aquí...». En cada lugar donde el a apoyaba las manos, él hacía una pequeña cruz con un lápiz de punta gruesa. Después

regresó a cada uno de los puntos donde estaban las cruces

y volvió a marcarlas cuidadosamente, sin proferir palabra,

como ensimismado. Unió algunos puntos con una línea.

Resultaba evidente que calculaba distancias y alturas antes

de realizar cada trazo, como si se tratara de una operación

complicada.

Silenciosa y extrañada, sin entender qué pretendía El Ingeniero con lo que hacía y lo que le ordenaba hacer, María

S, no obstante, acataba sus indicaciones sin preguntar nada.

A decir verdad, encontraba divertida la operación. Dio en imaginar que se trataba de un ritual, que aquello formaba parte de algún juego inventado por él para los dos, y seguía de forma mecánica sus instrucciones, esperando lo que vendría al concluir la sesión de inscripciones en la pared.

Mirándolo actuar, se le antojaba que estaba ante un hombre bastante fuera de lo común, pero no sabía responderse si

ello le agradaba o no. Desnudando de adornos la situación, la realidad era que él la había conducido hasta allí, que se

encontraban solos y sin posibilidad de ser molestados y, sin embargo, se había dedicado a mostrarle cada uno de

los rincones del lugar sin el menor intento de acercamiento erótico en ningún momento del recorrido. Y ahora aparecía

ese juego de las marcas en las paredes que no lograba descifrar,

¿adónde conduciría? Nada de lo que ocurría era lo que cabía esperar en una pareja que aún no había tenido oportunidad

de al menos besarse. Aunque su experiencia al respecto fuera

nula, estaba convencida de que esa no sería la forma de actuar de la generalidad de los hombres. Acaso se debiera a que él

pretendía parecer distinto a los demás, y por ello desplegaba

calma y moderación ficticias ante el a. Timidez no podría

ser, porque manifestaba mucha seguridad en cada uno de

sus gestos y en sus palabras. ¿Intentaría demostrarle que era capaz de ejercer control sobre sus emociones en cualquier circunstancia? ¿O deseaba hacerle saber que podría tener confianza absoluta en él?

Claro está que una gusta de saber que tiene al lado un hombre que la respeta, que no se aprovecha de las

68

circunstancias para acceder a aquello que todos buscan, hasta los que aparentan ser muy modosos, pero iban a casarse,

se encontraban solos en un apartamento, cerca estaba una cama..., condiciones como a propósito para acercamiento íntimo...

Algo más sucedería y el a estaba esperándolo. Seguramente formaba parte de la sorpresa, sería su remate.

No pudo evitar rememorar que todavía se debían el primer beso. Lo esperaba desde que él cerró la puerta tras ellos, imaginó que sería lo primero que harían. No sucedió, pero ya no faltaría mucho para que se hiciera realidad. El recorrido por el apartamento llegaba a su fin, ahora vendría lo que faltaba.

«No quiero que pases trabajo por gusto», dijo él al fin, cuando concluyó de poner marcas en la pared.

El a lo miró, sorprendida. La frase no guardaba relación alguna con lo que le había estado dando vueltas en la cabeza.

Interpretando la expresión del rostro de María S como manifestación de que no había sido capaz de darse cuenta

de lo que él pretendía —lo cual era absolutamente cierto—, y sin advertir el desencanto que reflejaba, consideró oportuno explicarle el objetivo de las marcas que ahora mostraban las paredes. Antes volvió sobre la idea de que la casa es el lugar de reposo para un hombre. Eso no quiere decir que no sea también un lugar de trabajo...

Se trabaja en una casa, claro está, y hasta mucho, pero de una manera diferente.

Con tanto como hay que hacer en una casa, si uno se descuida, no acaba nunca..., el tiempo no le alcanza para nada...

Una mujer debe saber aprovechar el tiempo, ser eficiente...

Ser organizada, no desperdiciar esfuerzos...». Como ocurre

69

en cualquier oficina o cualquier taller, la eficiencia ante todo.

«¿No te has fijado en la cantidad de mujeres que se quejan porque no les alcanza el tiempo?

Eso sucede porque se trata de malas organizadoras, porque dejan las cosas en cualquier lugar y luego no recuerdan dónde las pusieron, invierten una cantidad espantosa de esfuerzo y tiempo en localizarlas cuando las necesitan.

Parte de una buena organización es que todo esté al alcance de la mano, resumió.

María S oía a su futuro marido maravilada de tan largo discurso; hasta donde lo conocía, él prefería alternar frases breves y silencios, dejar entender más que explicarse, «Mejor pocas palabras que demasiadas», recordaba haberle oído

afirmar.

Pero en esta ocasión parecía entusiasmado por oírse exponer su teoría de la eficiencia doméstica.

Por fin, El Ingeniero apuntó hacia las marcas que había hecho en las paredes:

«¿Ves eso...? Esos serán los lugares donde vas a colgar los cacharros de la cocina...».

Le tomó ambas manos y fue haciendo que con el as tocara cada uno de los puntos marcados con lápiz.

«¿Ves qué fácil...? Así no pierdes tiempo tratando de encontrar las cosas... Y siempre al alcance de la mano, sin esfuerzo. Vas a ver cómo todo te va a salir bien y rápido».

70

«Verdad que es un hombre muy organizado», comentó María T; su amiga, entusiasmada con el relato de la visita al

apartamento en que viviría con su marido, no se percató del tono ligeramente burlón de la frase. «Por lo que veo, no dejó nada a tu improvisación. Seguro que tiene planeado hasta los adornos que han de ir en la pared».

«Pues mira que sí..., más o menos».

En efecto: En cuanto a adornos en la pared, el futuro esposo de María S también tenía criterios bien establecidos acerca de lo que podía ir o no en las paredes. Por ejemplo, había sido muy tajante en un punto: Nada de fotos familiares ni de esas litografías horribles que suelen encontrarse en tantos hogares de empleados pobres, a falta de recursos para

colocar verdaderas obras de arte; el a concordó de buena gana con una idea que también era suya. También era difícil no concordar con alguien como El Ingeniero, quien lo tenía

todo muy bien pensado, como si toda la vida hubiera estado pendiente de ello, y María S se sentía fascinada viéndolo hacer y decir. A todo cuanto disponía decía que sí y a cuanto comentaba sonreía.

No pudo evitar, no obstante, que más adelante surgiera un pequeño desacuerdo entre ambos, el día cuando, ya viviendo juntos, él intentó colocar en la pared de la sala un cuadro con su diploma de graduada universitaria.

71

«Ni lo sueñes...», se negó rotundamente él. «En esta casa, no... De ninguna manera».

¿Cómo podía ocurrírsele semejante ridiculez?

Él no entendía cómo había tanta gente que se enorgullecía de semejante payasada; por eso no podía ni imaginar que su mujer quisiera imitar algo así.

«¿Al menos en el cuarto...?», pretendió negociar él.

«De eso nada..., ni en el cuarto ni en ninguna parte.

Un título es algo para mostrarlo por una necesidad, en el momento preciso; se guarda y se saca solo cuando hace falta... Es un documento oficial, no un adorno para la pared».

«Pero todo el mundo lo hace...».

«Será que todo el mundo es ridículo, pero yo no lo soy...».

Calló por un momento, como reflexionando. Pareció conceder:

«Bueno, está bien... Si quieres ser ridícula tú también, eso es asunto tuyo; ponlo donde te dé la gana, en la sala, en el

cuarto de baño o en la cocina...»

Volvió a calar, y se quedó mirándola fijamente, con expresión grave.

El a sonrió, entendió el mensaje en forma equivocada. Él la desengañó de inmediato:

«Pero lo haces al á, en tu casa..., porque aquí, en la mía...

¡De eso nada!».

El a no pudo evitar, ante la pasión con que él defendía su criterio, que por la mente le cruzara la sospecha de que su planteamiento ocultaba algo no exteriorizado por el discurso.

Acaso le molestaba que, siendo conocido como El Ingeniero,

el a fuera quien tuviera título de graduada universitaria y no él. Fue solo un instante; no tenía razón para pensar así. En

definitiva, él tampoco era la única persona con tal opinión;

72

mirado con imparcialidad, lo que el a había pretendido hacer respondía a antiguos criterios de prestigio social que

no se correspondían con los usos de la modernidad; el título colocado en la pared de la sala de la casa de muchas personas no era, si bien se mira, más que una forma anticuada de señalar pertenencia a una categoría superior.

En resumen, y para hablar con propiedad, quien estaba equivocada era el a.

María T, cuando oyó sus argumentos en defensa del razonamiento del marido, no estuvo tan segura como el a de la última afirmación. Como de costumbre, no se contuvo y

lo expresó.

«¿Y de verdad tú crees que es así? ¿Ya te preguntaste cómo

habría actuado si las cosas fueran al revés, si él tuviera un título y tú ninguno?... ¿No te lo preguntaste? Pues mira, yo sí que me lo pregunto y me lo respondo... ¿Quieres que te diga? Pues

estoy más que segura de que, si fuera al revés, si él lo tuviera y tú no, colgaba su título de lo más orondo..., en el mismo medio de la pared de la sala, para que todos lo vean, sin que le interesara en lo más mínimo que fuera ridículo o no... Y mucho menos

lo que puedas opinar tú... Estoy tan segura de eso como de que estamos ahora mismo aquí las dos, conversando...».

María S no pudo sostener la mirada de la amiga: Temía que descubriera que la estaba convenciendo.

María T lo advirtió y, cambiando su voz hacia un tono más confidencial y poniéndole cariñosamente una mano en el hombro, preguntó, aunque estaba segura de conocer de antemano la respuesta:

«Ven acá..., mi amiga, dime la verdad, a ver, dímelas... ¿De verdad que no pensaste así como yo, aunque fuera por un segundo?».

73

Claro que lo había pensado y que, como sabemos, al instante se amonestó en su interior por haber tenido

pensamiento tan negativo sobre quien ya era su esposo. Pero negó a la amiga que tal disparate hubiera pasado por su mente, del mismo modo que tampoco lo había exteriorizado ante él aquel día. Entonces se aconsejó ocultar lo imaginado; suponiendo que la sospecha fuera cierta, se había dicho, no ganaba nada con iniciar una discusión por algo de tan escaso

valor, y nada menos que cuando estaba en los inicios de su matrimonio, qué preámbulo tan negativo para una vida en común sería ese. En fin, si a él le molestaba que el a colgara el título, por la razón que fuera, pues no se colgaba y ya, nada se perdía con eso. «Hay cosas más importantes en qué ocuparse, incluso de qué discutir, para andar una echándose a perder el día por un cuadro puesto o no en una pared», se dijo entonces. Lo que importaba en definitiva, era que había alcanzado una licenciatura con excelentes notas, y tenía el camino profesional abierto ante el a al recibir ese diploma, no aquel a manera a todas luces presuntuosa de anunciarlo. «Está bien, mi amor; será como a ti te parezca más conveniente», había sido la frase de María S para dar por concluido el tema.

Él la miró con condescendencia, aunque el a no lo advirtió.

«Así está mejor».

Y sonrió por fin.

El a sintió que aquel a sonrisa era una recompensa a su habilidad para evitar problemas.

«Eres un ave de mal agüero», exclamó María S cuando la amiga, al oír el final de la anécdota del título, le advirtió que 74

no se hiciera muchas ilusiones con un matrimonio como el que acababa de formalizar, pues presumía que en algún

momento iban a surgir contradicciones irreconciliables entre los intereses de ambos.

«¿Cómo puedes no darte cuenta? Por lo que hasta ahora

me has contado, y esa historia del diploma me lo confirma, no veo en tu ingeniero al tipo de hombre que acepta que su mujer esté por encima de él profesionalmente. Ojalá me equivoque, pero me parece muy evidente... Y eso no promete nada bueno».

Al cabo del tiempo —y ante su desasosiego por la contingencia de un embarazo que, de ser cierto, significaría cuando menos una limitación en su trabajo futuro—, esta persona que la acompañaba en el viaje —esa colega-madre-María T que apenas la conocía hasta hacía poco, pero acumulaba más experiencia de la vida que el a y su amiga juntas y, por tanto, debía de saber de qué hablaba— repetía casi con total exactitud el criterio que en aquel momento anterior había expresado María T. Mientras negaba con exaltación la posibilidad de que fuera cierto lo afirmado por la colega, María S luchaba por convencerse a sí misma de que esos argumentos estaban equivocados. Antes una María T había errado al evaluar a su marido —pues de eso estaba convencida—, la otra lo hacía ahora.

«El as no entienden», se repetía, «Tal vez sea mi culpa, que no me sé explicar bien, no sé plantear las cosas como se debe».

Seguramente era eso, ambas, la colega ahora, María T

antes y siempre, estaban engañadas en sus juicios, por el a no saber contarles. No podía aceptar —no podía soportar— que

tuvieran razón, porque eso significaba que habían sido en vano 75

todos sus esfuerzos para construir la vida que había soñado.

La solicitud, los trabajos, las concesiones, los desvelos para alcanzar la meta de ser la mujer que su marido deseaba tener

a su lado, todo carecería de sentido. Y con ello las pequeñas amarguras diarias, desde los mismos inicios de la relación, hasta aprender a adivinarle los gustos y las manías —como el orden dentro de casa, como los rituales del sexo, como los tipos de comidas para cada día—, todo eso que pensaba que

había logrado al fin, carecía de sentido. Si tenían razón, había trabajado por una estabilidad familiar que no existía.

«No puede ser», casi gritó en su interior.

No era cierto, no podía ser cierto, no admitía que fuera cierto.

Le faltaba aprender mucho todavía sobre cómo se lleva un

matrimonio. Era eso. Bastante bien le iba, después de todo, si siempre había sido la inútil de la casa. Era lo que su madre le repetía cada vez que, en la cocina, algo se le caía de las manos.

Por mucho que estudiara, le advertía, no le serviría para nada el día de mañana si no aprendía cómo manejar una casa. Y no

lograba hacerlo.

«No es un montón de libros lo que un hombre quiere

llevarse a la casa..., es una mujer que sepa hacer las cosas a su gusto, así que aprende con tiempo, antes que se te haga tarde...».

Tal vez a él se le había hecho tarde.

«Eso no es cierto», se enmendaba, «Nunca es demasiado tarde; ya he aprendido mucho, y voy a seguir aprendiendo».

Todos —él, su madre...— lo reconocerían con el tiempo.

Ya era asombrosa la cantidad de veces en que había debido iniciar nuevos aprendizajes para garantizar la armonía dentro de casa.

76

Y lo había logrado.

María T o su jefa podían pensar lo que les viniera en gana, que el a sabía que tenía la razón.

«Verdad que algunas veces es difícil; pero, ¿quién dijo que un matrimonio es cosa fácil?... Y yo hasta ahora logré mantener el mío».

Claro que no siempre el aprendizaje le había resultado sencillo. Aunque nunca lo confesaría a nadie, consigo misma tenía que admitir que la disciplina en cuanto a los horarios de las comidas y lo que se debía comer en cada ocasión en su casa le había costado bastante.

Le dolió incluso, pero, bien mirado, él tenía razón.

«Claro que sí, todos los animales comen, pero nosotros somos humanos; como él dice, comer no debe ser para las personas lo mismo que para los animales».

Las comidas con El Ingeniero, como todo lo suyo, eran un acto trascendente.

En su momento el a debió aprenderlo.

Un día, poco tiempo después de casada, María S decidió regalar a su marido con lo mejor de sus conocimientos

culinarios. En las pocas semanas transcurridas había advertido que solía ser muy exigente con el servicio de mesa —«Porque

en casa no éramos ricos, pero teníamos modales»— repetía. De modo que se esmeró para que todo quedara perfecto. Dispuso copas, cubiertos y platos como para una cena de lujo, encendió inciensos a una distancia prudencial, para que su aroma no entorpeciera el propio de la comida, y puso una música suave a un volumen que no molestara la conversación. Él se sentó, sonriente, abarcó la mesa con la mirada y comenzó a comer,

77

sin ningún comentario. Comió con ganas, pero se mantuvo en silencio, sin siquiera un simple monosílabo de aprobación o

rechazo, y todo el tiempo con los ojos clavados en lo que tenía enfrente.

El a lo miraba, expectante, pero él parecía no verla.

Ya levantada la mesa, en vista de que no se producía el comentario esperado, favorable o negativo que fuera, María

S preguntó, esbozando una sonrisa tímida:

«¿Qué te pareció todo?... No has dicho nada..., ¿acaso no te gustó...? ¿No estaba buena la comida?..., ¿la sazón?».

«Sí, la comida estuvo bien...», respondió él en voz demasiado baja para no portar algún sentido, y dejó la frase en suspenso.

¿Qué diría a continuación?, se preguntó el a durante los segundos que duró su silencio. Repasaba en la mente cada uno de los gestos del hombre e intentaba encontrarles significados. Él estaba muy interesado en inspeccionar el cuchillo de mesa que portaba en una mano, sin pronunciar sonido alguno, olvidado de su presencia.

¿Qué estaría pensando? ¿Qué iría a decirle?

Sintiendo que comenzaba a ganarla un punto de angustia, se atrevió a interrumpir el monólogo interior que acaso él sostenía.

«Pero no te gustó, ¿verdad? Lo noto en tu cara...».

Arriesgó un poco más, en busca de repuestas.

«Algo no me quedó bien, ¿verdad?... Dime: ¿No estaba bien montada la mesa? Yo traté de...».

«La mesa estaba bien..., bastante..., casi como la preparaba mi mamá...».

«Entonces..., ¿fue la comida...? ¿No te gustó la comida?, ¿estuvo mal?».

78

«No te voy a decir que estuvo mal, no..., estuvo buena, sí. Pero...».

«Pero..., ¿pero... qué? Dímelo, por favor, que me pones nerviosa».

«No veo por qué tienes que ponerte nerviosa..., lo que tienes es que fijarte más, poner atención...».

«¿Fijarme en qué?».

«Yo pensaba que ya te habías dado cuenta..., que atendiste el día que te lo dije... Parece que voy a tener que repetirlo...».

«Repetirlo..., repetirlo..., pero, ¿qué cosa?».

«Pues qué va a ser..., lo que tenías que saber, porque ya te lo dije una vez..., tú bien sabes que no me gusta repetir...».

«Pero qué cosa... No entiendo de qué me hablas... Por favor...».

«¿¡Cómo que no entiendes!? Lo sabes muy bien, porque

te lo dije..., ¡que yo no como pescado los miércoles!... ¿No te acuerdas...? Y hoy es miércoles, ¿no?, ¿o es que todavía

no te enteraste? No imaginaba que fueras tan entretenida...

Claro, sí lo sabías, que hoy es miércoles..., lo veo en tu cara... Pero pusiste pescado..., porque te dio la gana... ¿Lo hiciste por molestar, o qué?».

No respondió; tampoco sabía qué responder. Claro que sabía

que era miércoles, ¿cómo no iba a saberlo, si él había colocado un gran calendario en la cocina, donde acostumbraba hacer

anotaciones? También sabía que a él le gustaba el pescado de alta mar, pero estaba segura de que nunca habían conversado acerca de lo que le gustaba comer o no comer cada día, ni jamás se le hubiera ocurrido pensar que había días en que no se pudiera comer esto o lo otro.

Sobre todo, nunca hubiera imaginado que para él fuera tan terrible alterar ese orden.

79

«Y yo jamás en la vida hubiera deseado molestarte».

Cal ado y ahora observándola con detenimiento, El Ingeniero, a su vez, trataba de imaginar lo que ocurría en la cabeza de su mujer. Acaso adivinando, pues finalmente concedió:

«Está bien, voy a tragarme el cuento de que no quisiste

molestarme, y que se te olvidó que hoy no era día de servir
pescado, ni así fuera el mejor del mundo... Por cierto..., te
quedó bastante bueno, te lo digo por si te interesa saberlo... No me quejo de eso, aunque yo lo he
comido mejor... Mi mamá
era mejor cocinera que tú, claro...; el a hacía bien cualquier cosa... Y me adivinaba los gustos...
Eso sobre todo... Tú tienes que aprender a hacerlo también».

No dejaba de mirarla fijamente mientras hablaba, como
comprobando el efecto de sus palabras en la expresión del
rostro de María S, quien unas veces sonreía, otras, la mayoría, adoptaba una expresión culpable.
Hizo una pequeña pausa,
como para permitir que el a asimilara el valor de su última
afirmación, y continuó:
«Me adivinaba, ¿entiendes?, porque siempre estaba
pendiente de mí..., y yo quisiera que mi mujer hiciera lo
mismo, que siempre esté pendiente de mí, que me atienda...,
y no tener que estar todo el santo día repitiendo las cosas
como si fuera un papagayo... ¿Entiendes...? Eso no es vida».

El a no respondía, ni él pretendía que lo hiciera, pero
asentía repetidamente con la cabeza y con todo el cuerpo.
«Claro, ya veo que contigo no puede ser igual...; contigo
va a ser distinto y voy a tener que repetirte muchas veces las cosas para que entiendas.... Sí, veo
que eres bastante lenta,
no eres como el a... Muy lenta... Después de todo, qué se le
va a hacer, si te hicieron así... Ni siquiera tienes la culpa... En 80
fin..., vamos a ver qué puedo hacer contigo... Tienes mucho que aprender».

Volvió a cal ar, como para darle oportunidad de asimilar lo
que oía. El a bajó por un momento la mirada, avergonzada de

ser como era. Él tenía razón, el a era lenta, no era capaz de seguir a un hombre de tanta chispa y tantos requisitos como él. Y

ahora, ¿qué podía hacer, sino esperar a que él le perdonara la falta y la aceptara como era?

Esforzarse por ser mejor, desde luego. Eso debía hacer. Lo

intentaría. Claro que sí. Sería la esposa que él había soñado, sería mejor que su mamá.

«Perdón...», se le escapó.

«Está bien, está bien, no se hable más del asunto»,

condescendió él. «Pero debes estar más atenta cuando te

explico. A veces te quedas lela cuando uno te habla, después

pasan estos problemas, porque yo pienso que entendiste lo

que te dije..., y nada..., entonces vienen los disgustos. Uno

no puede vivir con tantos disgustos... Mira, te voy a explicar

bien cómo es el asunto de las comidas aquí en mi casa. Hay un

día para cada cosa, igual que hay un lugar para cada cosa...,

así es el asunto conmigo. Si tienes que escribir para que no

se te olvide, escribe, pero que esto no vuelva a suceder más...

No voy a estar molestándome todos los días a la hora de la

comida... Eso no es vida».

«No va a suceder más..., te lo juro», se apresuró a afirmar el a.

Y no iba a escribir nada, prometió, ni iba a tener que

hacerlo...; escucharía con atención y lo guardaría todo muy

bien en su cabeza. No olvidaría nada. Podía estar seguro de

que jamás olvidaría nada que él le dijera.

Le iba a demostrar que no era tan tonta como él suponía.

Eso no lo expresó, lo formuló para el a.

Le tomó su tiempo, pero algún fruto obtuvo de su esfuerzo.

Al menos, logró que nunca más protestara por tener delante una comida que no fuera la correspondiente a ese momento.

Y que en ocasiones hasta expresara algún elogio.

Eso no ocurría todos los días, desde luego, pero ocurría.

Y la hacía sentirse muy feliz.

82

«¡Ahhh...!», exclamó El Ingeniero en medio de un estremecimiento que abarcó todo su cuerpo, ganado por

una contracción más violenta y placentera que las anteriores.

Disfrutó el supremo deleite de sentir cómo de su interior

escapaba aquel pequeño chorro de vida que por unos

segundos lo transportaba a otras dimensiones del universo

y lo convertía en un ser diferente. Quedaba enajenado de sí

mismo al punto de permitirse, por ese instante, experimentar

sentimientos de debilidad. Siempre que, como ahora,

terminaba de vaciarse en un cuerpo de mujer, quedaba

embargado por un estado de deliciosa lasitud, como suele

ocurrir a la generalidad de los hombres. Solo que, como él

no era un hombre de la generalidad, en su caso esa languidez

llegaba acompañada de un inhabitual sentimiento de

generosidad.

No se trataba de que de repente le entraran deseos de

ser bueno con el primero que le pasara por delante, de que,

durante los escasos minutos que, como máximo, le durara

ese estado de semiconciencia, muriera de amores por el resto

de la humanidad. Nadie lo hacía, por qué iba a hacerlo él.

No había que exagerar.

Se trataba apenas de que lo ganaba la convicción más absoluta de que era el mejor hombre del mundo en todos los sentidos, capaz incluso de perdonar a su peor enemigo si se presentara la ocasión. En consecuencia, en ese momento

83

se amaba intensamente, más que en ningún otro, y sentía que los demás deberían sentirse felices con la sola idea de que él existiera sobre la faz de la tierra, porque su bondad era

transmisible y gracias a él pronto se viviría en un planeta marcado con su signo, el del altruismo sin límites.

Era una sensación bien extraña, a decir verdad, pues no lo impulsaba a emprender nada a favor de quienquiera que fuera, ni siquiera de aquel a sobre cuyo cuerpo se apoyaba.

Se sentía bueno y magnánimo, era cierto, pero en forma pasiva, solo hacia su interior, su generosidad no necesitaba dejar huella en los demás.

De cualquier modo, aquella sensación no duraba demasiado, apenas el tiempo que demoraran sus energías en recuperarse.

Apretado el cuerpo contra el de la mujer que yacía debajo de él, su mente abandonaba el mundo por un período mínimo.

Enseguida volvía en sí, se echaba al lado de ella y reposaba un poco más, como terminando de despertar de un sueño,

antes de levantarse e ir a asearse. Aseo que realizaba, eso era invariable, antes que ella, quienquiera que fuera. Esa acción

era, acaso, la señal de que volvía a ser la persona de siempre.

Puesto de pie, la posición vertical lo llevaba a regresar a sí mismo.

Ya no reposaba encima de el a, pero todavía no se había levantado. Todavía estaba embargado por la idea de ser el hombre más bondadoso sobre la tierra. Olvidado de todo lo que no fuera el recuerdo físico del goce acabado de experimentar, descansaba al lado de María S. Por unos minutos, escasos, la vida quedaba detenida.

Se sentía sereno, sosegado, relajado, plácido. Su mano derecha, en gesto automático, jugueteaba con los pelos del pubis de la mujer. La somnolencia lo iba ganando poco a

84

poco, y sentía cómo iba cayendo en la inconsciencia; los dedos se movían cada vez más despacio, los ojos le pesaban..

Se encontraba a punto de dormirse profundamente. En ocasiones le sucedía.

Algo lo impidió esta vez. De súbito, los dedos se contrajeron. Todo él se crispó y, de un tirón, se sentó en la cama, sobresaltado. Al sentirlo, María S, acaso también adormecida, se asustó:

«¿Qué pasó?, ¿te sientes mal?».

También se sentó, intrigada por el comportamiento del hombre.

Vuelto hacia el a, la miraba de una manera extraña, como si hubiera recordado de repente algún hecho espantoso en que hubiera tomado parte y todavía lo tuviera ante los ojos de la imaginación. La miró fijamente a la cara, con expresión

iracunda, mas sin proferir palabra. Le recorrió con la mirada el cuerpo desnudo, continuó por las cuatro esquinas de la cama; luego le palpó los muslos con torpeza, tomó las sábanas entre las manos, que le temblaban, y las inspeccionó con minuciosidad. Buscaba algo que no expresaba y el a no alcanzaba a imaginar.

Algo que tampoco él hubiera alcanzado a imaginar. Ciertamente, el repentino recuerdo de algo terrible lo había despertado del letargo en que estuvo a punto de sumirse. Rompió por fin el silencio y lo dijo de un tirón, mientras tomaba la sábana sobre la cual habían estado acostados, la estrujaba con las manos y se la mostraba:

«¡Mira esto!....., ¿dónde está...? ¡Dónde está la sangre...!
¡Tú no eras virgen...! ¿Por qué no me lo dijiste...? ¡Dime!».

85

Por un instante el a no entendió la pregunta ni qué debía ver en la sábana o de qué sangre le hablaban.

«¿Por qué no me lo advertiste? Me hiciste creer que...

¿Dónde está la sangre?!», repitió él, soltando la sábana y sacudiéndola por un hombro.

«Yo no sé... ¿Qué fue lo que te hice creer?», balbuceó el a, sin saber qué responder a lo que todavía no entendía.

De pronto advirtió el sentido de la palabra sangre que él acababa de pronunciar. Nunca hubiera imaginado que, en un momento como ese, él fuera a hacerle una pregunta que nunca había hecho, menos en tono tan agresivo, con esa

agitación de todo su cuerpo, esa mirada enrojecida y ese temblor que la asustaban.

«Qué sé yo... Tú nunca me preguntaste nada... Tampoco pensé que eso te importara».

«Que nunca te pregunté... Que no te pregunté... ¡Pero sí me importa, ¿me oíste?, sí me importa...! ¡Y tú tenías que decírmelo..., era tu obligación! ¿Quién te crees que soy yo?».

Seguía sacudiéndola por el hombro, con tanta rabia que le provocaba dolor. Sintió miedo, trató de zafar el hombro, inútilmente, y no supo qué responder. Él continuaba profiriendo palabras, muchas inconexas, sin soltarla, y como si pretendiera que le entraran no solo por los oídos, sino también por la piel. Palabras agujas, que se le clavaran en cada rincón del cuerpo. Que dolieran.

«Confíe en ti... Yo..., que no confío en nadie..., confíe en ti... Y me traicionaste, me hiciste creer...».

Era exacto al manifestar que no confiaba en nadie, el a debía saberlo; quienes lo conocían podían atestiguar hasta qué punto era cierta la afirmación, nunca desmentida en sus actos. Tampoco era la primera vez que lo dijera, no

86

estaba admitiendo nada que tuviera por deshonroso; por el contrario, estaba orgulloso de ser desconfiado y blasonaba

de mantenerse siempre alerta y preparado para responder ante lo que pudiera aparecer. Con él no había imprevistos, era su consigna, y nadie podría engañarlo: «Duermo con

un ojo cerrado y el otro abierto para que nunca me agarren desprevenido».

Pero no era exacto en la primera afirmación: No había confiado tampoco en el a. Su eterno ojo abierto no le hubiera permitido esa flaqueza. Si no se fiaba de ningún hombre, mucho menos se fiaba de mujer alguna. Aunque no tenía algún motivo especial para ello, las consideraba a todas capaces de cualquier traición:

«Con el as nunca se sabe..., la más santa te da la puñalada cuando más confiado estés».

No hizo excepción con María S, pues.

Al conocerla, el mismo día en que el a llegó por primera vez a la empresa, algo que le vio lo convenció de que tenía ante sí a la mujer que necesitaba para casarse, y se impuso ese matrimonio como meta que no dejaría de alcanzar. Pero tampoco quería arriesgarse y comprometerse en algo tan inseguro sin primero tomar sus precauciones. Se encargó de acopiar la mayor cantidad posible de información; cómo había sido su comportamiento en la etapa de estudiante, quiénes habían sido las personas con que se relacionaba.

Con el máximo de sigilo, la vigiló para conocer de primera mano la manera en que ocupaba su tiempo y quiénes conformaban su círculo más cercano. Le gustó saber que tenía apenas un grupo pequeño de amigas con quienes se encontraba en ocasiones para asistir a teatros y conciertos;

con una o dos de ellas acudía cada semana a las bibliotecas

87

para oír música clásica, el resto del tiempo estaba en casa.

Rara vez la vio andar con hombres, nunca con alguno en particular y, por más que se esforzó, nunca sorprendió gestos que pudieran interpretarse como algo más que meras expresiones de cortesía con ellos. De cualquier modo, siempre que una figura masculina se le individualizaba por alguna razón, registró mentalmente su cara, así como los lugares y las circunstancias en que vio a esa persona, por si en algún momento llegaba a encontrar señales de peligro. Al cabo de un tiempo admitió consigo mismo, satisfecho, que no las había, como no había en el comportamiento anterior o actual de ella nada que pudiera calificar de incorrecto, ni en su entorno más inmediato se vislumbraba algún hombre que pudiera considerar un posible competidor.

Por otra parte, sus averiguaciones en busca de indicaciones sobre la posible vida sexual de María S siempre conducían al mismo tipo de respuesta: «Era demasiado retraída», «Era poco comunicativa», «Era tímida», «Prefería andar sola».

Un antiguo discípulo lo llevó a dar por seguro lo que quería averiguar por encima de todo: «Si en nuestra Facultad alguna vez hubo una virgen, esa fue ella».

De lo ocurrido con El Profesor jamás oyó la menor alusión, pues nadie llegó a saberlo. Muerta en el primer encuentro,

aquel a relación quedó sepultada en la memoria de ambos participantes; por razones diferentes, ambos prefirieron darla como no existida: En cuanto a María S, la forma en que descubrió que ser virgen podía constituir un grave pecado no fue confesada ni a la mejor de sus amigas, y al Profesor no le interesó sumar su nombre al catálogo de conquistas de que alardeaba entre sus íntimos.

88

En fin, a El Ingeniero sus indagaciones lo llevaron a asegurarse a sí mismo que había encontrado a la mujer que

deseaba para sí. Ni manoseada por otros hombres ni viciada de manías feministas; en pocas palabras, alguien a quien podría modelar a su gusto. Las pequeñas pruebas a que había ido sometiéndola sin que el a diera por eso se lo aseguraban.

De todos modos, siempre debería hacerla cambiar algunas costumbres para que el futuro matrimonio funcionara como es debido, ajustado a sus expectativas. Todas esas amistades que ocupaban el tiempo de María S, aunque fueran femeninas, deberían desaparecer de su horizonte, para que no se convirtieran en malas influencias y la relación funcionara de manera perfecta.

«El matrimonio es una relación entre dos», se decía, y le repetiría a el a muchas veces después de casados. «Todos los demás sobran».

Claro estaba que no pretendía lograrlo de una vez, alcanzar el estado de perfección en un matrimonio exigía ir poco a poco, hasta alguien tan persistente y meticuloso como él

debía tomarse su tiempo. Aunque estaba convencido de que lo lograría con el tiempo.

Si se había protegido contra errores, si había tomado tantas precauciones, ¿cómo era posible que se hubiera equivocado?

No lo entendía, pero la realidad era que él, El Ingeniero, acababa de enterarse, nada menos que en el momento más inconveniente que se pudiera pensar, de que sus cuidados habían sido en vano. De que había sido engañado. Y, si bien

se negaba a admitirlo, una voz en su interior le advertía: «No te engañó el a, fuiste tú». Esa certeza lo enfurecía más y le

impedía razonar. Solo atinaba a hacer preguntas sin mucho sentido y amenazar.

89

«Dime, ¿cuándo fue eso?... cuándo». Continuó sacudiéndola con fuerza.

De hecho, ni siquiera se daba cuenta de lo que hacía; del mismo modo le hubiera retorcido una mano, o el cuello.

Apenas liberaba energía.

«¿Cuándo fue?... ¿Hace mucho?...».

De repente, una idea más terrible todavía se agregó a su preocupación por el tiempo transcurrido:

«¿Con cuántos hombres...?».

María S continuaba sin responder. Lo habría hecho, no sentía que hubiera alguna incorrección por lo cual debiera disculparse, mas no era capaz de reaccionar: No sabía qué expresar, qué argumentar, qué replicar, qué defensa generar ante el cúmulo de reproches que, como interminable cascada,

se dejaban caer sobre sus oídos. El dolor en el hombro, que El Ingeniero continuaba apretando cual si intentara romperlo, la mirada furiosa clavada en su rostro y la vehemencia de las preguntas la aturdían al punto de enmudecerla. Tampoco hubiera valido la pena que hablara, tanto le valía como seguir callada, él no habría escuchado. En ese momento no era capaz

de oír o sentir otra cosa que la rabia que lo quemaba por dentro.

El Ingeniero no necesitaba respuestas, necesitaba oírse desplegar su furor contra ella.

Sería por eso que no paraba de hablar y de agitar el hombro de María S.

Por segunda vez en su vida, las palabras de un hombre la maltrataban por culpa de la virginidad.

Había demorado más que cualquiera de sus compañeras en sentir el peso de un hombre sobre su cuerpo. Primero

90

El Profesor, ahora El Ingeniero, nadie más antes ni después, y resultaba que en ambas ocasiones se encontraba ante el

mismo problema, aunque presentado en sentido opuesto.

El Profesor, El Ingeniero. Entre uno y otro no había pasado demasiado tiempo, y en eso debería callar para siempre: Si el simple hecho de haber estado con alguien anteriormente alteraba de esa manera a su marido, ¿qué reacción cabría esperar si llegara a saber que ambas presencias no estaban muy distantes entre sí? Aunque aturdida al punto de no poder juntar dos palabras con sentido, comprendió que, si la relación

recién iniciada no terminaba en ese instante, y si aspiraba a mantenerla con vida, debería comenzar a mentir a partir de ese momento, al menos en cuanto a ese tema. Debería inventarse una historia sobre la pérdida de la virginidad y repetirla a sí misma hasta convencerse de que ocurrió así y no de otro modo, para que aquel primer hombre con que una vez había pasado por su vida se convirtiera en un accidente tan perdido en el tiempo que prácticamente dejara de existir.

La actitud de su marido no solo la había desorientado.

También, por más que se esforzara por ahuyentarla de la cabeza, sus reproches la hacían evocar la imagen de El

Profesor recriminándola a su vez por todavía ser virgen, y las figuras de los dos hombres se alternaban ante el a. A ambos

los oía recriminarla, a ambos los veía, uno decepcionado y desdeñoso, el otro enfurecido y amenazador. Y todo por algo que, en el fondo, ninguno ignoraba que carecía de importancia. Para uno, ser virgen era una imperfección inaceptable. Para el otro, no serlo resultaba la peor ofensa que alguien hubiera podido hacerle.

En aquel a ocasión temió que El Profesor se levantara, le lanzara la ropa a la cara y le ordenara irse; no la echó, cierto, 91

era educado y sabía contener sus impulsos, pero igualmente se sintió humil ada por la actitud desdeñosa, por el silencio

o las medias palabras, por la forma de despedirla.

¿Y ahora?

Ahora también se sentía humil ada, rebajada, como

entonces; acaso más, porque la injusticia le parecía mayor.

Pero, si aquel día sufrió por el desaire, el sentimiento de ahora era mucho peor: Ahora sentía miedo, mucho miedo. Más que

miedo: Temía haber llegado al final de su vida. La amenaza que se encerraba en el tono de la voz de El Ingeniero, en sus gestos, en su mano que le lastimaba el hombro como descargando en

ese punto la ira que lo consumía, podría desatarse en cualquier momento y llegar a un extremo sangriento. Lo anunciaba su

mirada. Esa mirada de Gorgona que la petrificaba y le impedía

realizar el menor movimiento para rehuir el cuerpo a lo que le producía dolor, mucho menos aducir cualquier razonamiento

en su defensa. ¿Un razonamiento? ¿Cuál? ¿Intentar razonar

con quién, sobre qué? ¿Qué podía explicar el a que no lo

enfureciera más, y quizás lo condujera al arrebato final, cada vez más cercano?

Además del miedo, algo incomprendible la sobrecogía y

desorientaba: Nunca hubiera imaginado tal descompostura en

él. Cierto que a veces lo había visto exaltarse ante hechos que no ameritaban mayor atención, y en ocasiones resultaba algo

intransigente y tozudo, pero siempre había algún motivo que

explicara su reacción. En definitiva, era un hombre de carácter fuerte, cuya vida había estado llena de dificultades. Y, por lo general, el a siempre encontró alguna excusa con qué justificarlo.

Pero no en este caso. Ahora su comportamiento le

resultaba completamente inexplicable. Irracional. Eso la

asustaba más.

92

Decidió callar y no hacer nada por disculparse, mucho menos reclamar respeto a su derecho de tener una vida

antes de conocerlo, del mismo modo que él había tenido

la suya. Puesto que nada iba a mejorar con lo que dijera,

para qué hablar; oiría en silencio sus reproches, hasta que terminara de desahogarse, o hasta que se cansara de tanto hablar. Acaso más tarde podrían conversar con calma y él entrara en razón.

Mas aquel repertorio de recriminaciones daba la impresión de no agotarse nunca.

¿Cómo el a podía haberle hecho una cosa así a una persona como él? ¿Cómo podía engañarlo en algo tan importante para cualquier hombre como saberse el primero en la vida de la mujer escogida para vivir con el a?

Había sido una simuladora; lo había engañado.

«Casi ni hemos empezado y ya me engañaste con otro...».

María S se estremeció con las últimas palabras. ¿Que lo había engañado con otro? ¿De dónde sacaba esa atrocidad? Se le escapó un ¿cómo? de asombro que rompió, sin que se lo propusiera, el mutismo en que estaba sumida.

Él no pareció oírla.

«Casi ni hemos empezado y ya me engañaste con otro...», repitió. Y, como si pensara que el a simulaba no haber entendido y por eso cal aba:

«¡No te me hagas la sorda!».

María S se sintió repentinamente impulsada a rechazar la acusación, mas le resultaba demasiado dificultoso hilvanar alguna frase con sentido para contraponerla a aquel despropósito; era tan disparatado que no encontraba

argumento para responderle: ¿Cómo era posible que el a lo hubiera engañado, si cuando estuvo con otro hombre faltaba

93

mucho para que se conocieran? Con voz inaudible, casi en un susurro, alcanzó a decir:

«Pero si yo ni te conocía...».

Él la miró, como sorprendido porque se hubiera atrevido a hablar. ¿Era que no lo entendía?: El a debía haberse dado cuenta ya de que no tenía ningún derecho a hablar, de que el único autorizado a hacerlo era él, porque era el ofendido.

El a era quien había faltado a la fe, la traidora. Debía guardar silencio. Volvió a sacudirla con fuerza, ahora con las dos

manos, mirándola enfurecido...

Temió que, por fin, la matara. Quizás ahora fuera a

tomarla por el cuello, a apretar hasta asfixiarla; sus fuerzas no le alcanzarían para defenderse. Instintivamente, sus manos

agarraron las de él.

Pero no tenía ninguna fuerza en el as. Ni en ninguna otra parte del cuerpo. Si hubiera estado de pie, habría ido contra el suelo.

«No me contradigas..., ¿está bien?». La empujó contra la almohada, con violencia, y repitió: «No me contradigas...».

Todavía la miró unos segundos. El a notó que le temblaban los labios.

Después se sentó en la cama, de espaldas a el a, los brazos cruzados sobre el pecho, los pies asentados en el piso. Por fin había llegado al silencio. Solo un ligero estremecimiento de los músculos del rostro, que el a no alcanzaba a ver,

denunciaba que en su mente el discurso no había concluido.

Al no oírlo decir nada más, él pensó que quizás debía aprovechar que él mismo se había interrumpido para tratar de hacerle comprender que, si bien lo pasado ya no tenía remedio, tampoco tenía demasiada importancia, que lo importante era el presente. El único hombre en su vida era

94

él, y era eso lo que contaba. De lo sucedido antes no habían quedado huellas, podría jurárselo, aquello había sido

apenas un accidente, un error cometido por inexperiencia y nada más.

Debía aprovechar y hablar.

Respiró hondo, tratando de sobreponerse al miedo.

Hizo acopio de valor y comenzó a organizar sus ideas. Le pediría disculpas por no haber podido ofrecerle lo que había esperado; le prometería que en su vida jamás habría otro hombre que no fuera él...

Él no le dio tiempo a comenzar. Retomó el discurso, pero en otro punto, no agresivo, sino de queja. Se lamentaba de lo falsa que le había salido, a él que tanto había confiado en que ella era la mujer que buscaba.

«Una mujer para mí, como la merezco, que fuera solo mía, de nadie más... ¿Es que no tengo derecho?... ¿es que era pedir demasiado a la vida?». Volvió a callar, aunque solo unos segundos, como quien detiene el discurso para cambiar de asunto.

Y cambió, pues pasó a amenazarla con terribles represalias:

El a iba a saber quién era él, de él no se burlaba nadie.

«Vas a saber lo que es bueno...».

Solo no llegó a especificar en qué consistían las puniciones anunciadas.

Oscilando entre el temor y el asombro según oía las amenazas, María S se preguntaba cómo el hombre inteligente que la había impresionado desde el primer día era capaz de trastornarse a tal punto. Si al menos fuera por algo realmente importante...

Él pareció adivinarle el pensamiento.

95

«Así que eso no es importante, ¿no?... Así que no me interesaba saberlo... Sí, claro..., no es importante..., no me interesaba y por eso no pregunté, por eso no lo dijiste... ¡No te dio la gana!, te lo guardaste... ¿Qué importancia tenía? ¡Eso

dices tú!... Pero alguien te tocó antes que yo..., ¿verdad?...

¿Eso no cuenta? Dime que no, anda... ¿Alguien te tocó y eso

no es importante? No, para ti no... Claro, cómo vas a darte

cuenta... Pero para mí sí es importante, ¡y mucho!..., ¡yo te-

nía que ser el primero en tocarte!, ¿comprendes?... ¡Yo!... El primero y el único..., ¡nadie más!».

«¡Pero en lo que importa tú eres el primero para mí!...

¿No te das cuenta?»), se atrevió el a a interrumpirlo, ahora

también en voz alta, acaso impulsada por el propio temor,

súbitamente exaltada. «Y seguirás siendo el único para mí,

¿me oíste? El único... Yo no voy a ser de nadie más... De

nadie... De nadie más que tú... Tú eres mi único hombre...».

Y calló, ahora de forma definitiva, agotada por el esfuerzo

de esas palabras. Había manifestado todo lo que era

capaz de decir, qué más pudiera agregar que añadiera algo de sustancia. Si dijera una palabra más rompería a llorar, y eso no podía ser, porque el a no sabía llorar hacia afuera.

Él continuó hablando sin darse por enterado de la interrupción, unas veces amenazando y otras quejándose de haber sido burlado, sin que la promesa de fidelidad proferida por el a entrara por sus oídos y alcanzara su entendimiento.

Eso último no podía suceder porque no la había oído; estaba sordo, enajenado de cuanto no fuera el hilo de su propia retórica, hablaba para sí mismo.

María S no ignoraba que había estado casado y tenía dos hijos, pues él se lo había comentado en alguna ocasión —alguna vez

había mencionado una foto de sus dos hijos del matrimonio

96

anterior, pero nunca la mostró—. Por un instante pensó:

«¿Y él no se acuerda de que tampoco es virgen, que ha tenido mujeres, que hasta tiene hijos? Yo también podría reclamar mi primicia...», pero no se atrevió a valerse de ese argumento. Actuaba como si tampoco lo recordara.

Pero su olvido lo era solo en apariencia. Aquel a contradicción fue lo primero que le vino a la mente cuando él proclamó su supuesto derecho a ser el primer hombre para el a, pero era como si su inteligencia se hubiera dividido en dos partes contrapuestas: Una le hacía ver que, si el hombre

exigía en el a lo que para él no se exigía, la demanda carecía de sentido y no tenía por qué oírla siquiera. «¿Por qué lo dejó

decir eso? Lo que yo debía hacer es decirle las cosas por su nombre, ¿en qué siglo se cree él que estamos viviendo?».

Pero la otra parte le advertía que era más conveniente no traer el tema a colación, que mencionarlo podía resultar inconveniente: «Total, no gano nada con decírselo, porque él no está en condiciones de entender nada que le diga, a saber qué es lo que entiende». Ciertamente se aseguraba, lo más probable era que, en el estado de alteración en que se encontraba, tomara esas palabras como una agresión, como una forma de tratar de disminuirlo, «Y hasta pudiera imaginar que intento justificar eso que considera un engaño».

De ninguna manera, de ahí no podría resultar nada bueno para el a, era mejor que ni lo intentara, para qué enfurecer al hombre más de lo que ya estaba. Mejor esperar, ya habría tiempo de tratar el tema con calma; seguramente cuando se le pase la furia entenderá. De hecho, parecía que ya se estaba aplacando.

En resumen: Una parte de María S le reclamaba defender sus derechos hasta las últimas consecuencias. No era bueno

97

comenzar una relación admitiendo un atropello, con el tiempo se volvería costumbre.

La otra parte le aconsejaba defender la paz hogareña aprendiendo a bajar la cabeza cuando fuera necesario. No era bueno comenzar una relación con una guerra, ya el tiempo se encargaría de poner las cosas en su sitio, y él terminaría por reconocer su error.

Dos opciones. Se imponía escoger una.

Se impuso la segunda opción. Era mejor dejar las cosas como estaban. Que hablara todo lo que le viniera en ganas, que se desahogara cuanto quisiera, que fuera injusto cuanto quisiera. Ya se le pasaría el furor, ya se le aclararía la mente y recapacitaría; no demoraría mucho en darse cuenta del

error que estaba cometiendo y arrepentirse de las palabras que ahora profería.

Mejor cal ar, pues.

Cal ada el a, terminaría por cal ar él. Para que haya pelea han de haber dos dispuestos a pelear.

Sin oposición de el a se apagaría el fuego, se alcanzaría la paz.

La paz es lo más importante.

La paz tiene precio.

El a pagaría el precio de la paz.

«Ya se le pasará y todo volverá a la normalidad», se consoló.

Súbitamente, El Ingeniero enmudeció, sin transición,

como si de repente se hubiera quedado sin aliento, o se le

hubiera agotado el caudal de argumentaciones. O se hubiera

dado cuenta de que lo que hablaba carecía de sentido. Ya no la zarandeaba, ya no la tomaba por los hombros para reafirmar

lo que decía. El a se maravilló de cómo, solo de pensarlo, lo

había logrado: Había actuado acertadamente, con su silencio

se había alcanzado la tranquilidad; sonrió, satisfecha. Él se

98

colocó las zapatillas y se incorporó trabajosamente; desnudo como estaba, se dirigió lentamente al

baño. Parecía muy agotado. Él oyó el agua de la ducha caer sobre su cuerpo durante varios minutos, como si intentara refrescarse del ardor que lo abrasaba. Regresó al rato, ahora envuelto en una toalla que se quitó y colocó doblada sobre una silla, costumbre suya que él aprendería; tomó la ropa de dormir, la vistió y se acostó a su lado, en silencio y sin mirarla. Ya acostado, continuó sin emitir frase alguna durante varios segundos, al cabo de los cuales anunció, mirando al techo, sin inflexión particular en la voz, como si nada de lo anterior hubiera ocurrido: «Mañana conversamos».

Se volvió sobre un costado, de espaldas a él, y no dijo más. Al poco tiempo, su respiración acompasada anunciaba que dormía tranquilamente.

Por su parte, cuando logró conciliar el sueño, mucho más tarde, María S apenas reposó; pasó el resto de la noche saltando de pesadilla en pesadilla que la asaltaban en forma de fragmentos aislados de su vida que aparecían y desaparecían, retazos inconexos de sueños que, sin razón alguna, la hacían temblar tan intensamente que se despertaba. Cuando lo hacía, en su interior volvía a escuchar la frase «Mañana conversamos». Él la había pronunciado antes, estaba segura, no era la primera vez, pero..., ¿cuándo? Ser incapaz de recordarlo la atemorizaba. Era un temor difuso, sin asidero en algo concreto. Como si ese mañana fuera el augurio de amenazas terribles que habrían de

concretarse en cuanto terminara la noche y comenzara un nuevo día.

99

La primera persona que la recién graduada María S vio al llegar a la empresa era un hombre unos pocos

años mayor que el a, alto, fornido, aunque en el vientre comenzaba a insinuarse una incipiente barriga, con los cabellos escrupulosamente peinados que, más tarde se daría cuenta, intentaban disimular una también incipiente calvicie.

La cabeza quizás era algo más aplanada de lo normal a los lados, pero, igualmente, le pareció muy atractivo.

Al verlo, quedó con la duda de si la estaría esperando, pues desde que entró por la puerta principal advirtió que la observaba con curiosidad, y se le acercó cuando el a se dirigía al mostrador donde una recepcionista atendía a los visitantes. «Hola», dijo y le tendió la mano. El a tendió la suya, y él se la apretó con tanta fuerza que le dolió.

Le dolió, pero al mismo tiempo le agradó.

«Soy El Ingeniero», se presentó sin soltarle la mano, y a continuación dijo su nombre, aunque enseguida advirtió:

«Aunque por El Ingeniero es como me conoce todo el mundo aquí; si dices mi nombre nadie va a saber de quién hablas».

Más adelante el a aprendería que él nunca se presentaba de

otra manera: «Soy El Ingeniero», era su tarjeta de visita, con lo cual él mismo contribuía a hacer realidad que nadie lo conociera por su nombre. A partir de ese momento, y durante bastante

tiempo, el a también lo llamó Ingeniero. No demoraría mucho

en advertir que ser llamado así lo complacía sobremanera.

100

No era ingeniero, por cierto. Eso lo sabría más adelante, aunque no por él, sino por una casualidad. Revisaba algunos

expedientes en el archivo de la oficina de control del personal, encontró el de El Ingeniero, y no resistió la tentación de

hojearlo. Le llamó la atención no ver la copia del diploma de graduado.

«Qué raro...», comentó con la empleada que tenía más cerca, «En este expediente no aparece la copia del título universitario».

«No puede aparecer porque en ese archivo no se guardan los expedientes de los graduados; esos están en otra sección», fue la respuesta que oyó.

Debía de haber un error, seguramente aquel expediente estaba mal situado; lo extrajo y lo mostró a la empleada. No había error, el documento estaba donde debía estar.

«No está graduado, nunca terminó la carrera; de todos modos, si miras bien en las páginas de datos generales, verás que estudió los tres primeros años de ingeniería. Te confundiste por el apodo...».

¡Ingeniero era un apodo, no un título!

Advirtió que saberlo le provocaba un leve sentimiento de frustración. Acaso no tan leve, pues en algún momento llegó

a sentir que él la había engañado, y durante unos días incluso lo esquivó. Hasta que se dio cuenta de que no tenía razón

alguna para disgustarse.

«¡Qué bobería la mía!», se recriminó, «¿Por qué tengo que pensar que me engañó?... La que se engañó fui yo; él nunca dijo que fuera graduado ni cosa por el estilo, solo dijo que todo el mundo lo conoce por ese apodo, y es verdad. Lo demás lo inventé».

101

Pasado algún tiempo, en una conversación cualquiera sobre estudios realizados, el a le daría a entender que conocía que no estaba graduado. El Ingeniero se sintió sorprendido en falta, pero supo ocultar su disgusto.

«Esa fue una decisión que me vi forzado a tomar», aseguró.

«Fue dura, sobre todo para mis padres, que no esperaban eso de mí, pero nunca me he arrepentido... Hice muy bien».

No declararía la razón que lo había llevado a esa determinación; no obstante, dejó entrever que no consideraba a los profesores suficientemente preparados para enseñarle algo útil.

A María S le pareció un despropósito lo que entendió de las palabras del hombre, pero ni entonces ni después intentaría conocer los pormenores. No valía la pena:

«Damos demasiada importancia a las formalidades...», se

dijo, «Si él se siente bien así como está, sin título ni profesión; si disfruta de un trabajo bien pagado, si lo respetan..., ¿qué

más le hace falta? Eso de tener un título..., o no tenerlo...

Para alguien tan especial como él... Bueno, yo no lo haría, pero...».

Además, él no era apenas un práctico, se decía María

S, ya autoconvencida de los razonamientos del hombre; los conocimientos teóricos no le escaseaban —aunque, con el tiempo, tendría ocasión de advertir que no eran tan abundantes como acaso él mismo creía—. Y, como quiera que se mirara, hacía justicia al mote de Ingeniero por las habilidades para resolver los más disímiles problemas técnicos en la sede central de la empresa, donde jefes y empleados lo consideraban un verdadero manitas —acaso demasiado jactancioso para el gusto de quienes alternaban con él más a menudo, pero ese era otro tema.

102

De eso último quizás el a no estuviera muy enterada, pero en alguna ocasión llegaron a sus oídos ciertos comentarios

desfavorables.

«Me tiene sin cuidado lo que esa gente piense de mí», fue la respuesta de quien ya era su marido cuando se lo refirió.

«Son unos envidiosos..., porque yo puedo hacer lo que hacen ellos, pero ellos no son capaces de hacer lo que yo hago».

Los había que llegaban muy orondos a la empresa, con sus títulos universitarios bajo el brazo y aires de quien lo sabe todo, pero al poco tiempo se veían obligados a acudir a él.

«Tal vez tengan mucha teoría», se burlaba, «Pero no saben nada de nada», en la realidad del trabajo de todos los días se perdían y debían acudir a la brújula que él constituía para

todos, porque él no tenía diploma, pero no había problema

que no fuera capaz de resolver. «Y, para que sepas, ¡eso duele!.. Seguro que les duele..., por eso hablan...».

A decir verdad; no era tan cierto que siempre tuvieran que acudir a él, ni mucho menos que fuera capaz de resolver cualquier problema, pero era innegable que en no pocas ocasiones los ingenieros, sobre todo los más jóvenes, consultaban con él aspectos prácticos del trabajo.

«Es un hombre hábil, con muchos años de experiencia y algo de teoría», comentaba María S consigo misma mientras lo oía describir cómo había resuelto algún problema cuya solución los demás no encontraban, «Y gente así hace falta en todas partes».

Descontando la jactancia —que algunos tenían por inaceptable, pero no afectaba la calidad del trabajo, y María S no 103

la encontraba tan evidente—, ciertamente era un empleado muy valioso para la empresa. Y no era la única en pensar de ese modo, le constaba.

María S se había despertado con unos minutos de retraso, y se vio obligada a andar con más celeridad de lo acostumbrado para llegar a tiempo al trabajo; aunque con mucho esfuerzo, logró marcar su llegada a la empresa justo en el momento en que el reloj señalaba la hora en punto.

Se encaminó hacia su oficina, se detuvo frente a la puerta, introdujo la mano derecha en su bolso y..., por más que hurgó en todos los espacios, no encontró la llave.

En su premura, la había dejado en casa.

Eso no podía sucederle de ninguna manera, debía terminar un informe para entregarlo en menos de dos horas, si regresaba a casa en busca de la l ave demoraría demasiado, no le alcanzaría el tiempo, ¡tanto que el jefe le había encarecido la urgencia del informe! ¿Por qué no se quedó un par de horas más en la oficina el día anterior?, ¿por qué se había quedado dormida? ¿Cómo confesar que por andar pensando en las musarañas había incumplido? Le resultaba tan espantosa la idea de la falta en que iba a incurrir, siendo todavía una recién llegada, que no le pasó por la mente otra posibilidad.

Entró en pánico.

Incapaz de razonar, enajenada de cuanto no fuera imaginar la reprimenda que recibiría, estaba paralizada frente a la puerta y no se le ocurría nada. De repente, como en un chispazo, recordó haber oído a El Ingeniero aseverar que era capaz de resolver cualquier problema en la empresa,

104

tanto los grandes como los chicos, «Desde el cambio de una cerradura hasta la renovación de una instalación eléctrica».

«Si lo dijo, no va a ser mentira; seguramente también es cerrajero... Este es un problema sencillo para él».

Sencillo y sin importancia para él, ponderó, pero para el a muy grande e importante.

No le fue difícil localizarlo. Incluso lo hubiera encontrado sin buscarlo, y el a lo sabía: Ya se había percatado de que

le resultaba sospechosamente fácil tropezarse con él en cualquier momento de la jornada, como si de forma intencional él se colocara en situación de ser halado por el a a cada paso.

Lo cierto era que esa persistencia del hombre en estar cerca de el a no le desagradaba.

Ahora menos que nunca: Ahora podía significar su salvación.

«Vuelve a la oficina y espérame al á», le indicó El

Ingeniero, mostrando una amplia sonrisa que reflejaba su

complacencia, después de oír el motivo por el cual, a esa hora tan temprana, el a acudía a él, «Enseguida te resuelvo eso,

vas a ver; pero primero tengo que buscar las herramientas...

Espérame al á».

Pocos minutos después apareció ante el a, portando un maletín negro de cuero.

«Un hombre con herramientas es casi semejante a Dios», comentó, sonriente, al tiempo que daba unas palmaditas cariñosas en el maletín, «Con lo que guardo aquí, hasta las puertas del cielo se pueden abrir».

Colocó el maletín en el suelo, se puso frente a la cerradura, la observó con una atención que era pura teatralidad, si bien el a la tomó como profunda meditación; luego se agachó,

105

lo abrió, introdujo las manos e hizo como si buscara algo dentro, entrecerrando los ojos mientras lo hacía. De repente

se detuvo y dijo, dirigiéndose a el a:

«Ahora date vuelta y no me mires; no me gusta que estén mirando mientras hago mi trabajo».

«Bueno», contestó el a, «Si te parece importante...».

Tampoco tenía interés en curiosar, lo que le interesaba era el resultado, entrar al fin en su oficina, terminar el informe.

Se encogió de hombros y se volvió hacia otra parte.

«Claro que me parece importante», respondió él, como para sí. Pero no lo dijo en voz tan baja que el a no alcanzara a oírlo.

El Ingeniero se colocó de manera que su cuerpo ocultara lo que sus manos hacían. Se volvió con disimulo hacia el a, para comprobar que no miraba, y extrajo una llave de un bolsillo. La introdujo en la cerradura y abrió con sumo cuidado, tratando de no hacer ruido. Volvió a agacharse, revolvió dentro del maletín nuevamente, se paró y exclamó:

«¡Problema resuelto! Ya tienes tu oficina abierta».

María S se volvió antes de él terminar la frase; jamás hubiera imaginado que ese tremendo problema se pudiera resolver con tanta rapidez.

Realmente, él era una joya.

«Gracias, de veras, muchas gracias... De verdad que eres el mejor».

Él se sonrió e hizo un gesto con la mano, como si le restara importancia al asunto.

«No es nada, muchacha... Esto es una bobería para mí», replicó, afectando humildad; María S no advirtió que se

burlaba de el a, y registró la expresión en su mente como una manifestación de modestia extrema. Recordó algunos

106

comentarios acerca de su petulancia que había sorprendido en alguna ocasión, y se sintió solidarizada con él.

«No es tan fiero el león como lo pintan; seguro tiene sus momentos malos, pero cualquiera los tiene», comentó consigo misma.

«No hables de esto con nadie», le recomendó El Ingeniero, «Pueden pensar que eres una descuidada, o cualquier cosa peor, y eso puede perjudicarte».

El a volvió a agradecer, ahora por el consejo, y prometió no decirlo a nadie.

«¿Es nuestro secreto, entonces?».

«Es nuestro secreto», aceptó el a, sonriente. Se sentía extremadamente feliz. Se dirigió a la puerta y él se hizo a un lado para permitirle la entrada a la oficina.

«Esto no debió haber pasado nunca», comentó de repente, en el momento en que se cruzaron; la expresión de su rostro en ese instante mostraba la severidad del profesor que reprende al alumno por no haber realizado los deberes. «Tienes que ser más cuidadosa la próxima vez». Sonrió al terminar la frase, como para suavizar el tono de la amonestación.

A el a le pareció graciosa la recomendación.

«Qué simpático», comentó consigo misma. «Ni que fuera

un papá regañando a la niña que se portó mal».

107

El Ingeniero entró a la oficina de María S sin tocar a la puerta ni pedir permiso; mientras cerraba, soltó un

inaudible «Hola», como de pasada. Sin dar tiempo a que el a respondiera al saludo, o a lo que pudiera manifestar ante la invasión repentina de su espacio de trabajo, la dejó muda con una afirmación asombrosa:

«No sé si ya has pensado en eso, pero nosotros vamos a casarnos un día de estos».

Que se apareciera de repente en la oficina, en cualquier momento de la jornada, y que soltara un comentario sobre

algún tema, viniera o no viniera a cuento, o que se ofreciera a ayudarla en cualquier nadería, no la sorprendía, era la forma

de conducta que él había convertido en habitual después del incidente con la llave de la puerta. Esa costumbre solo había tenido una pequeña interrupción durante los días que siguieron al descubrimiento por parte de el a de que él había hecho trampa, pero eso ya era pasado. No era frecuente que entrara sin al menos llamar antes a la puerta o decir, desde fuera, «Permiso», pero tampoco era para asombrarse que no lo hiciera, había ocurrido antes alguna vez.

La afirmación sí que era una sorpresa, por lo inesperada.

Una tremenda e inesperada sorpresa —aunque, en el fondo, deseada, se confesaría más tarde.

Deseada en un fondo tan escondido de el a misma que

podía tenerse por inexistente. En momentos de ensoñación

108

—de esos en que uno da rienda suelta a la imaginación a sabiendas de que nada de lo que le pase por la mente es

alcanzable—, había imaginado que algo parecido pudiera ocurrir, que de repente lo tendría frente a él y lo oiría hacerle una declaración de amor, incluso una propuesta de matrimonio en toda regla, pero esas eran divagaciones, como aquellas a las que desde niña se abandonaba en ocasiones, sin concederles la menor posibilidad de realización. Volvía a ellas, cierto, pero lo hacía como un pasatiempo, como un simple juego en que se contaba historias a sí misma. Si se había acostumbrado a que sus sueños nunca se hicieran realidad, ¿qué importaba que fantaseara con ellos?

Tal vez la fantasía que involucraba a El Ingeniero estuvo a punto de realizarse en aquella ocasión, cuando él la invitó salir después del trabajo, pero por culpa de ella misma no llegó a realizarse. Acaso aquella había sido su oportunidad y la dejó escapar.

Y, ahora, sin más preámbulos, él se le aparecía con esa afirmación: «No sé si ya has pensado en eso, pero nosotros vamos a casarnos un día de estos».

Lo miró sonriente, imaginando alguna broma. Intentó seguirla.

«Cómo no, claro... Un día de estos, no faltaba más».

«Mira que estoy hablando en serio», insistió él con tono

ambiguo, en el que el a no logró descifrar si bromeaba o si, por el contrario, lo decepcionaba su respuesta. Prefirió imaginar lo primero. Él no estaría hablando en serio, como afirmaba; esas cosas no se dicen así, llevan una preparación, la creación de un clima propicio, conversaciones previas. No bastaba con que él se le hubiera hecho casi imprescindible por su asiduidad. No se le ocurrió pensar en una tercera

109

posibilidad: Que la propuesta fuera en serio, pero él se cubría las espaldas con la posibilidad de alegar después que se trataba de una broma si —contingencia que en realidad consideraba

improbable, pero de todas maneras se precavía—, a el a se le ocurriera darle calabazas. Si eso ocurriera, bastaría con echarse a reír y hacerla creer que se trataba de un chiste.

«Pues si es en serio vete pensando en otra gente», replicó María S. Acompañaba las palabras con una sonrisa más amplia todavía, que no podía ocultar la satisfacción por lo oído —y el temor a que no fuera realidad—, mientras con las manos le indicaba que siguiera por otro camino, «Porque, lo que soy yo..., no tengo cabeza para pensar en esas cosas por ahora... Lo mío es trabajar. Tengo mucho trabajo, y hoy mismo no sé ni a qué hora voy a terminar lo que estoy haciendo».

«Pues vete pensando —insistió él, ahora sin el menor matiz festivo. De súbito se le había quitado la intención de parecer ambiguo y adoptó un tono grave—, porque yo estoy hablando en serio...».

Y se marchó sin despedirse.

María S se quedó pensando en el incidente. Trataba de entender en su exacta significación las frases oídas y el tono con que fueron pronunciadas. En fin, ¿había sido una broma, o no? Que no lo era, se decía. Pero no entendía cómo podría calificar lo ocurrido de petición de matrimonio, mucho menos de declaración de amor, si en ningún momento El Ingeniero había traído a colación alguna de las fórmulas que, más o menos actualizadas, se suelen sacar a relucir cuando se intenta iniciar una relación, sobre todo cuando, como indicaban sus palabras desde el inicio, el objetivo perseguido era un casamiento.

110

El tono empleado por él al inicio, y la forma intempestiva de comenzar a hablar, podían llevar a pensar que apenas se

trataba de una jocosidad de las usadas por los hombres con sus compañeras de trabajo más jóvenes. Además, si bien él le prodigaba su presencia en forma bastante evidente desde su llegada a la empresa, jamás había entrado en un verdadero coqueteo, ni mucho menos dado a entender que albergara ese tipo de planes. Pero el tono de disgusto que

adoptó al oír la respuesta de ella, y la forma brusca de dar por terminada la conversación, apuntaban a que sus palabras

no repondrían a un interés jocoso. Debía entenderlas en un único sentido: Estaba convencido de que iban a casarse.

Llegada a ese punto, no pudo evitar ilusionarse con la idea.

«¿Por qué no? ¿No soy yo una mujer, y él un hombre, qué más hace falta?».

Claro que también esa manera de tratar de un tema tan importante resultaba, cuando menos, insólita. ¿Por qué no habló como todo el mundo? ¿Una declaración de amor y una propuesta de matrimonio a la vez? Sí, eso pareció ser, pero, ¿por qué de esa manera? ¿Era él tan especial que no se daba cuenta de la trascendencia de lo que acababa de hacer?

Que era una persona muy especial no era muy difícil advertirlo. ¿Pero hasta ese punto? Tal vez no era capaz de expresar sus sentimientos como cualquiera, por la poca costumbre, por timidez —aunque admitía que eso de la timidez no tenía nada que ver con él—, o a saber por qué.

A falta de mejores recursos para expresarse, había ido directamente a lo que deseaba, sin andarse con rodeos.

¿Eso estaba bien, o estaba mal? Visto de una manera no convencional, lo único que había hecho era quitar los adornos, los rodeos, la hojarasca, e ir a lo esencial.

111

En cambio, debía tomar en cuenta que no había hecho alusión a algún tipo de relación sexual incidental o sin

compromiso, ni a una convivencia sin obligaciones: Se había referido nada más ni nada menos que a casarse, asunto del cual incluso algunas parejas estables que conocía nunca hablaban.

«De todos modos, mejor no pienso más en eso, mejor

espero a ver qué pasa..., ¿y si todo fue una broma, como me pareció al principio? Él siempre anda inventando cosas para sacarme conversación».

Era fácil decirlo, pero difícil cumplirlo. Inútil pretender no pensar una y otra vez en la propuesta, «O lo que sea». Porque lo cierto era que, con ese abordaje tan fuera de lo común, él acababa de proponerle matrimonio de forma bien explícita, y en un futuro próximo él iba a casarse con un hombre serio, trabajador, inteligente, hábil y, comparado con los demás con quienes se relacionaba, excepcional. «Nada, que los príncipes azules existen. ¿Los cuentos de hadas podrán darse en la realidad?».

Por momentos se decía que estaba loca. ¿Qué opinaría María T cuando se lo contara?

Lo cierto era que tenía derecho a considerarse una mujer afortunada. Una mujer que había encontrado al hombre que la haría feliz. Valió la pena la espera del hombre ideal que tanto le criticaba María T. Esta vez no estaba equivocada como cuando se ilusionó con El Profesor. O con Amigo, aquel ser escapado de algún libro de cuentos que nunca se decidió a decirle nada y por último desapareció de su vida. Ahora se había producido la maravilla y este hombre por el cual se sentía atraída se había fijado en ella al punto de proponerle matrimonio.

Un hombre real, príncipe azul de carne y hueso.

Ya no se convertiría en aquel a solterona que le habían anunciado desde los primeros años de su adolescencia.

«Espera un poco, María S, no te ilusiones más de la cuenta», se alertó en un momento de claridad; no debía apresurarse haciendo planes ni ponerse a levantar los famosos castillos en el aire, que siempre terminan por caer, y en su caso acostumbraban desplomarse incluso antes de terminar la construcción. Para no equivocarse, pasó revista en su mente no solo a las palabras de esa tarde, y los tonos empleados, sino también a los pequeños acontecimientos anteriores que pudieran haber llevado a esa conversación.

Encerrada en la oficina, despreocupada de sus obligaciones, elaboró en su cabeza un inventario de los pequeños y variados eventos que la relacionaron con El Ingeniero desde su llegada a la empresa como especialista recién graduada y de las posibles motivaciones para la propuesta de ese día.

«¿Y lo dio todo por sentado, así, sin más, sin preguntarte qué pensabas? ¿No se le ocurrió pensar que tenías derecho a estar en desacuerdo?».

Esa pregunta no se la hizo en ese momento, ni se la haría nunca. Sería su amiga María T quien la formulara, cuando se lo contara.

«La forma en que te habló», insistiría María T, «Como quiera que se mire, al menos para mí, lo único que indica

es que trazó el objetivo de casarse contigo, por la razón que sea, sin atenerse más que a su propia opinión, convencido de lograr su propósito y sin que en nada de eso haya contado tu voluntad».

María S, en cambio, no encontraba nada que objetar a algo que, si se miraba sin prejuicios, no significaba otra cosa 113

sino que, dentro de algún tiempo, el a se convertiría en la mujer de un hombre que podía hacerla feliz.

«Tan simple como eso..., ¿qué más tengo que exigir?».

«¿No te das cuenta de que no se trata de una verdadera propuesta de matrimonio, ni de ninguna declaración de amor o cosa por el estilo, sino, simplemente, de que te ha expuesto una idea que le pasó por la mente, quién sabe si un mero capricho, y lo hizo porque está convencido de que tú siempre vas a hacer lo que él se le ocurrió?», trataba de disuadirla María T, convencida de que algo que comenzaba de una manera tan extravagante no prometía nada bueno para el futuro. «¿Y eso te parece bien? ¿Estás dispuesta a actuar siempre como a él le dé la gana?».

«Estás exagerando, no es así como tú dices».

«¿No es así...?».

«¡No!».

«¿Y tampoco te das cuenta de que simplemente te informó

que va a hacer algo que decidió..., y que ya por eso tú tienes que estar de acuerdo...? Piénsalo bien. Él no te preguntó si te

quieres casar con él, no te lo pidió, no trató de convencerte...

Te dijo que te ibas a casar con él y ya..., te lo informó...,
porque sí..., porque se le ocurrió. ¿No ves la diferencia? Tú no decides nada, decide él por ti».
«Pero él no sabe si voy a aceptarlo o no...; además, ya te lo
dije, a lo mejor todo fue un juego... Y yo solo te lo comenté; eso no quiere decir nada...».
«Sí, sí, ya lo sé, un juego..., un juego que puede ser verdad...
¡No me vengas con esas ahora!».
«Pero si nunca me ha dicho nada..., nunca hablamos de
nada que tenga que ver con eso... Es un juego, tú vas a ver...
Además, yo tampoco tengo interés en él».

114

«Sí, claro, y yo tengo que creerte... Ni siquiera estás interesada...; es solo un comentario que me
hiciste... ¡Para

que vea qué simpáticos son tus colegas!».

María T permaneció unos segundos en silencio, negando
con la cabeza; finalmente afirmó:

«Nada sale de la nada, muchachita...»; dejó en suspenso

la expresión; miró a María S fijamente a los ojos, le puso las manos en los hombros y, sonriendo,
le dijo: «Oye, a mí no

me vengas con cuentos, ¿sí? ¿Quieres que me trague eso de
que no tienes interés en él?... Si estás que se te cae la baba...».

Tal vez por la forma en que el a había expuesto ante la
amiga la propuesta de El Ingeniero podría considerarse
intempestiva, algo surgido de la nada, sin antecedentes ni
señales previas, concedió María S, pero el a no encontraba
nada malo en eso; además, no era exactamente así, había que
tomar en cuenta la forma en que se había ido desarrollando

esa relación desde que se conocieron, y no olvidar que él era un hombre un poco especial, si María T lo conociera lo comprendería mejor...

«Cuando yo lo digo..., mira cómo te babeas toda cuando hablas..., estás perdida».

María T intentó bromear, pero la preocupaba aquel entusiasmo imprudente de su amiga, capaz de justificar una actuación que consideraba anormal por entero y, por ello mismo, indefendible.

«No es la primera vez que actúa raro...», intentó recapitular con él algunos antecedentes, «Recuerda cuando...», intentó hacerle recordar anécdotas que, si bien podrían aisladamente considerarse inocentes, sumadas daban mucho que pensar.

115

María S debió admitir que había algunas cuya explicación resultaba bastante enrevesada.

La mayor de todas había sido, sin duda, el asunto con la llave de la oficina, aunque había más. En aquel momento María S

no pensó otra cosa sino que se había tratado de un acto de

solidaridad entre compañeros, y así lo había relatado a la amiga; incluso la advertencia de El Ingeniero «Tienes que ser más

cuidadosa» era exactamente eso, el consejo de un empleado

veterano en la empresa a una novata. Y había que admitir que

en eso él tenía toda la razón del mundo: Si otros se enteraran de su tontería sería negativo para él, podría ganar fama de

persona descuidada y, por tanto, poco confiable.

«Cuando menos, hubiera tenido que soportar un montón

de bromas y burlas», le replicó a María T cuando la amiga le dijo que exageraba las consecuencias de algo tan poco trascendente como que a una se le queden las llaves en casa, «Eso le ha pasado a todo el mundo alguna vez... a mí también, claro». Estuvo convencida de la bondad del gesto de El Ingeniero hasta que oyó el comentario de María T, a quien no le pareció tan inocente ni tan desinteresado aquello que había llamado acto de compañerismo.

«De supuesto compañerismo», le rectificó la expresión.

«¿Y no se te ocurrió suponer que en la administración tenía que haber al menos una copia?... Pudiste ir hasta allí... Es elemental...».

A decir verdad, no; no se le había ocurrido, ya se lo había comentado al principio. «Estaba aterrorizada, qué querías, no sabía qué hacer, hubiera querido morirme, qué sé yo... Con tan poco tiempo en el trabajo...». Había sido una tontería, verdad, no debió ser tan atolondrada, pero, fuera como fuera, lo que contaba era que él se había prestado a sacarla del apuro, 116

«Y también que el asunto quedó entre nosotros dos..., nadie más se enteró de mi estupidez y no hubo consecuencias».

«No hubo consecuencias... Y, claro... Con sus herra-

mientas, él resolvió el problema..., es lo que importa, lo que cuenta... El caballero con su espada salvó a la princesa de

que el dragón se la comiera asada...».

María T permaneció unos segundos mirando a su amiga

y sonriendo. Se burlaba, y a la vez sentía el dolor de su propia burla... ¿Por qué era tan fácil tomarle el pelo?

«¿De qué te burlas?... ¿no estás de acuerdo? ¿No crees que fue así como pasó? Eras tú la que estaba allí, verdad... ¿Y cómo

fue, entonces?... Cuéntamelo, ya que parece haber estado

allí... Ven acá... No me digas que crees que... Claro, claro,

si ya lo veo venir... Tú piensas que él..., que hizo, ¿qué?... La verdad es que nunca te convence nada de lo que te cuento».

Sin dejar de sonreír, María T movió varias veces la cabeza

en señal de desaprobación.

«Muchacha, muchachita..., mira que eres crédula...».

«No te entiendo..., ¿por qué me dices eso?».

«Ven acá, hija mía...».

A María S le molestaba cuando la amiga asumía el tono maternal para hablarle a pesar de que la diferencia de edades entre el as era mínima—no llegaba a los dos años—. Lo peor era la convicción de que, al final, habría de darle la razón.

«Lo primero es que... Vamos por partes, ¿sí?... Según tú misma me contaste, fuiste, le planteaste el problema, pero él no tomó de inmediato el maletín de las herramientas y se fue contigo a la oficina a resolverlo..., ¿verdad o mentira?».

«Verdad».

117

«¿Y no te parece que eso hubiera sido lo más normal, puesto que tú tenías prisa...?».

«No sé, no pensé nada..., tal vez tenía que buscar otras herramientas..., porque las que tenía en el maletín no le servían..., digo yo, ¿no?».

«Sí, es verdad, pudo haber sido eso...». Se interrumpió,

pareció aceptar el argumento, pero de inmediato retomó el hilo del discurso inicial. «O sea, no viste qué hizo cuando tú ya no estabas allí..., te fuiste a esperarlo junto a la puerta de tu oficina como te dijo que hicieras y no viste nada..., ni lo que hizo..., ni si fue a alguna parte...».

«Pues, claro, ¿cómo querías que fuera a ver algo...? Fue así como te dije: Me dijo que lo esperara y me fui a esperarlo...».

«Eso es lo que digo..., no te quedaste con él, te fuiste de su lado; por eso mismo no te consta que haya hecho o dejado de hacer esto o aquello... O que haya ido a...».

«No entiendo adónde quieres llegar... ¿Y adónde él habría ido, según tú?».

«Muy fácil... Por ejemplo, como no estabas mirando, no sabes si fue buscar una herramienta que le faltaba o..., o a la administración a buscar una copia..., vaya, a hacer lo que debías haber hecho tú...».

María S se sentía cada vez más disgustada con la amiga; al mismo tiempo, cada vez más confusa: María T estaba volviéndole al revés todo lo que hasta entonces había considerado al derecho. No podía aceptarlo.

«Ya te estás inventando una historia con eso..., ¿qué idea se te metió en la cabeza ahora? Es lo que yo digo..., debiste estudiar para literata, siempre estás en lo mismo, inventándote novelas... ¿Por qué tiene que ser como tú dices, y no como yo digo que fue?... Yo era la que estaba allí...».

118

«Está bien, está bien, no te disgustes conmigo..., tienes razón, estoy inventando..., imaginando

historias que a lo

mejor no fueron como yo digo... Si quieres, me callo. Pero primero dime: ¿Tú estabas mirando cuando él abrió la puerta?

¿Tú lo viste usando las herramientas, forcejeando...?».

«Ya te dije que no vi nada, que me dijo que mirara para otro lado y lo hice, le molesta que...».

«Sí, sí, es verdad, me lo contaste, ya me acuerdo... Le molesta que lo miren mientras trabaja..., tal vez se pone nervioso, torpe, le tiemblan las manos... Seguro que te consta que es así, que otras veces...».

«A mí no me consta ni tiene que constarme nada, lo dijo y ya... No miré... Me estaba haciendo un favor, ¿no? ¿Qué querías que hiciera? ¿Ponerme pesada?».

«Sí, es verdad, se me olvidaba... Te estaba haciendo un favor..., y no miraste, como te dijo... Por eso no viste lo que él estaba haciendo».

«¡Y dale con lo mismo! ¿Qué capricho es el tuyo con esa bobería?... A decir verdad, yo no le encuentro ninguna importancia... Que si miré o no miré, que si vi o no vi... ¿Por qué no hablamos de otra cosa?».

«Así mismo es, hermanita, así mismo es...; seguro que no le encuentras ninguna importancia... Yo no debía..., tampoco... Debía cambiar de tema...».

«¿Entonces?, ¿cambiamos el tema?».

«Cambiamos..., con mucho gusto... Pero..., espera...

Resulta que a mí me parece que ese asunto de la llave no es ninguna bobería, que tiene importancia para ti, aunque no se la veas, y mucha... Y no puedo estar así tan tranquila pensando que alguien juega contigo... Yo quiero saber bien qué fue lo que pasó ese día...».

119

María S no reaccionó de inmediato. Meditaba.

Por fin contestó, mirando hacia el suelo.

«Yo lo sé, hermana; yo sé que te preocupas por mí..., como siempre. Pero esta vez no hay motivo, no tienes que ponerte así. A fin de cuentas, suponiendo que fuera como tú dices, que me hizo trampas, eso no pasó de ahí. ¿Qué otra cosa podía pasar?».

María T aparentó aceptar. No insistiría en el tema, aseguró.

Admitió que podía haber exagerado en su preocupación; suponiendo que El Ingeniero le hubiera tomado el pelo a su amiga, eso no tenía por qué convertirse en un problema.

«Si no fuera por el riesgo de que te hayas dejado impresionar más de la cuenta, claro... Te conozco desde hace mucho y estoy segura de que el asunto no fue tan sencillo como dices..., significó más... Con eso él te dejó impresionada..., se te convirtió en un héroe».

María S abrió muchos los ojos, mostrando su inconformidad; ¿no acababa de asegurar que no hablaría más del asunto?

«Está bien, no me mires así, me callo... Ya me callé».

Hizo una pausa; durante unos segundos aparentó que no volvería a hablar. Mas, cuando María S comenzaba a pensar que había terminado, volvió a la carga de sopetón.

«Bueno, mira, para cal arme, ahora sí de verdad, y no volver a tratar más el asunto... Solo respóndeme una cosa, una única cosa: ¿Oíste al menos el ruido de las herramientas cuando él trabajaba en la puerta?... Porque algún ruido tiene que haber habido, ¿no? Metal contra metal..., siempre algo suena, algún chirrido...».

Calló, en espera de respuesta. María S intentó recordar durante unos segundos. No se acordaba de haber oído ruido

120

de herramientas, ni de nada. Guardaba solo el recuerdo del sonido producido por una mano que revolvía entre los

hierros, pero a su mente no acudía nada más después de eso. En aquel momento no se había dado cuenta, cierto, pero ahora sí, ahora recordaba con total claridad que no había oído nada mientras El Ingeniero trabajaba en la cerradura. Y, cierto, María T llevaba razón en eso, al menos un chirrido debió haber escuchado, estaba muy cerca de la puerta.

«No...». confesó finalmente. «Es extraño, pero la verdad es que no se produjo ningún ruido... No..., ningún ruido..., fue un silencio completo hasta que él me dijo que había terminado... Y todo pasó muy rápido; aquello

no le dio mucho trabajo».

«¡Pero mira que es fácil tomarte el pelo, muchacha!», exclamó María T mientras agarraba a la amiga por la cabeza y le alborotaba el cabello, ahora estoy más que convencida de que su suposición era exacta. «¡Mira que es fácil!».

El rostro de María S traslucía la desilusión que la embargaba, pero hacía esfuerzos por ocultarla.

«Está bien, está bien, seguro que hizo trampa... Digamos que abrió con una llave... Pero, aunque así sea, te repito lo mismo...: ¿Qué importancia puede tener eso?... No le veo nada malo. Cuanto más El Ingeniero quiso congraciarse conmigo y se inventó todo, pero eso no quiere decir que lo hiciera por burlarse, ¿no? Sería más bien para que me fijara en él, para que lo viera como un héroe, como piensas que lo veo... Pero eso no está mal, ¿no?; cualquier hombre hace algo así, y hasta cosas peores, con tal de llamar la atención de una mujer... Después de todo..., eso es un elogio..., ¿no? Así como un piropo».

121

María T sonreía al oír la justificación que la amiga había encontrado, pero estaba lejos de compartirla.

«Bueno, si lo tomas de esa forma, no está mal... Pero ándate con cuidado, un tipo mentiroso siempre es un peligro. Y, mira, para que salgas de duda..., ¿por qué no vas a verificar un día de estos si hay alguna copia de tu llave en la administración? Quién sabe, tal vez te lleves

una sorpresa...».

María S se molestó.

«No sé de qué sorpresa hablas...: Además, ya te dije que eso no me importa; si acaso fue mentira, con eso no me hizo daño, ¿no?, y pude entrar en la oficina, que es lo que cuenta..., pude cumplir con mi trabajo».

«Está bien, no digo más, pero te conozco... A mí no me engañas...».

«¿Y por dónde vienes ahora?».

«Nada, solo que no me gustaría que, después de tanto tiempo esperando a tu príncipe azul que nunca aparece, te hagas ilusiones con un tipo que hace trampas; alguien así no es de fiar, pienso yo... Perdóname, pero algo me dice que este personaje no es tu camino, y sospecho que se te quieren ir los pies detrás de él. Yo tú, andaría con pies de plomo...».

La idea de ir a la administración a preguntar por la posible existencia de una copia de la llave de su oficina le parecía

absurda a María S. Suponiendo que, en efecto, la hubiera, ello no significaba que María T tuviera la razón. La existencia de la

copia no era prueba de que El Ingeniero la hubiera engañado haciéndole creer que había resuelto el problema con sus herramientas.

122

«Y, aunque así fuera, eso no es nada del otro mundo...

No hay que tomar algo tan banal a la tremenda», se repetía, como si necesitara convencerse. En todo caso, admitía, había sido una picardía para ganarse su amistad y nada más, «Hasta es

como para sentirme halagada. Quiso que me fijara en él...

Ya desde entonces...».

Sin embargo, aunque había asegurado que no le importaba haber sido engañada, a sí misma no se podía mentir. Por eso durante varios días estuvo debatiéndose en su interior, sin decidir si hacer o no hacer la pregunta acerca de la copia de la llave. No se decidía. Por fin, por coincidencia, unos diez días después de la conversación con María T, muy temprano en la mañana, se encontró con una colega que andaba con un juego de llaves en la mano.

Antes de pensarlo, ya estaba preguntando el motivo.

«Se me quedó la mía en casa», oyó la respuesta. Ante su expresión apenada, la otra sonrió, restándole importancia. «No es la primera vez. No quieras saber tú cómo anda esta cabeza

mía..., menos mal que existen estas copias, que si no...».

Tampoco pensó la pregunta que de inmediato salió de su boca:

«¿Dónde se guardan esas llaves?».

Agradeció la respuesta de la colega, y se dirigió al lugar indicado. Mientras se acercaba se decía que para qué iba a preguntar, si nada iba a cambiar con ese conocimiento, ya el a había aceptado que todo estaba bien. Entre pensamientos encontrados, llegó a la administración y preguntó a una secretaria si allí había copias de la puerta de su oficina.

«¡No me digas que a ti también se te quedó otra vez la

l ave en la casa!», exclamó la mujer, mientras se dirigía a una gaveta y la abría, como para extraer algo de su interior.

«No es por eso..., no es por eso, gracias...», balbuceó, y se retiró casi corriendo.

123

Tener la certeza de que El Ingeniero la había engañado en el asunto de la llave de la oficina molestaba a María S, pero más la disgustaba pensar que él le hubiera hablado de mantener lo ocurrido como un secreto solo entre los dos cuando lo cierto era que, desde el principio, en la administración lo sabían todo, él lo había informado al solicitar la copia.

Por una parte, sentía rabia; por otra, la vergüenza de saberse burlada.

Durante un tiempo intentó evitarlo, pero él encontraba forma de que sus pasos se cruzaran en algún momento; cuando sucedía, no mostraba señal alguna de haber advertido que el a lo rehuía.

«¿Lo estará haciendo a propósito?», se preguntaba. «¿Se habrá dado cuenta de que no quiero verlo y lo hace por molestarme?».

Deseaba por momentos tomar venganza, ofenderlo de alguna manera; cuando menos, hacer algo para que entendiera que no era ninguna chiquil a tonta y estaba al tanto de su jugarreta. Sin embargo, pasaban los días y, por más que recreaba una y otra vez en su cabeza la conversación en que lo pondría en su lugar, no se le ocurría cómo iniciarla, las variantes eran demasiado fantasiosas para convertirlas en realidad; de hecho, nunca que coincidían se sentía preparada para manifestarle siquiera que conocía la verdad. Pensó en aprovechar alguna de las visitas que él le hacía como por

124

casualidad y decirle cuanto pensaba de su comportamiento, pero pronto encontró argumentos que la convencieron de

lo contrario: No era conveniente actuar así, no valía la pena

buscarse disgustos con un colega que, como quiera que

fuera, siempre se había mostrado servicial con el a.

«Es mejor dejarlo todo como está», dictaminó por fin.

Algún día, cuando hubiera pasado el tiempo, cuando ya no

le molestara tanto y pudiera hablar del asunto sin exasperarse, lo diría, como al acaso, como si no le importara: «Trataste de tomarme el pelo el día que se me quedó la llave en casa...».

Él se quedaría sin palabras, asombrado, y el a continuaría:

«No vayas a imaginarte que no lo sé». Él, desconcertado, preguntaría: «¿Y desde cuándo lo sabes». Y el a respondería,

como si no le diera darle la menor importancia: «En todo momento lo supe...». Sería su momento de tomar venganza

cuando le mintiera afirmado que había mirado con disimulo

y lo vio introducir una copia en la cerradura. Y remataría:

«Me hice la ignorante para ver hasta dónde eras capaz de llegar con tu juego».

Él quedaría convencido de que, en definitiva, era la más lista de los dos.

Disfrutaba imaginando ese diálogo. Sentía que conocer

la verdad y dejarlo creer lo contrario era, de alguna manera,

burlarse de quien antes la había burlado. Saber el a, sin que

El Ingeniero supiera que sabía, era su desquite. Su manera de ponerse por encima de él.

«La cara que va a poner cuando se entere...»

Solo que el tiempo pasaba y el a seguía sin encontrar la oportunidad para materializar la conversación. Terminó por no decir nunca que conocía la verdad.

Total, ¿qué ganaba con eso?

125

Por su parte, El Ingeniero, viendo que María S la había tomado con mostrarse esquiva, y que ya no se mostraba

sonriente cuando se hacía el encontradizo con el a, comprendió que algo no andaba bien, y que lo que fuera no era ningún problema que enfrentara y la hiciera andar con humor sombrío, sino algo relacionado con él. Aunque no creía que el a hubiera llegado a darse cuenta de la jugarreta que le había hecho, sospechó que aquel lance se relacionaba de alguna manera con el repentino desabrimiento.

«¿Se habrá enterado de alguna manera? ¿Habría averiguado algo?... No me parece..., su cabeza no da para tanto».

O acaso la molestaban sus reiteradas alusiones al tema, que quizás interpretara como recordatorios que le hacía de su descuido.

«De su tontería», se rectificó, «Porque en realidad eso es lo que fue, una tontería más de una chiquil a tonta».

De cualquier modo, decidió romper con la costumbre: No volvió a aludir al asunto cuando se veían. Mas el a continuaba dando muestras de desapego cuando se encontraban. Ya no

sonreía cuando la miraba, ni se le encendían los ojos de alegría cuando se le aparecía de repente en la oficina con algún pretexto; incluso llegó a dar muestras de impaciencia si demoraba en

retirarse.

Su primer pensamiento, al darse cuenta de que, ciertamente, María S lo rechazaba, fue cortar el vínculo que se había ido creando entre los dos. «¿Quién se cree que es esa muchachita tan sin gracia para hacerse la interesante conmigo?». Feliz debería sentirse el a, hasta orgullosa porque un hombre como él le prestara atención y hasta le dedicara una parte de su tiempo. «¿Cuántas no la envidarían si supieran cómo la estoy malcriando?».

126

Lo que él debía hacer era no verla más, desaparecérselo de una vez; de seguro se le bajaban bien rápido esos humos que,

por haber sido tan atento con el a, se le habían subido.

«Sí, eso tengo que hacer; que sepa que conmigo no se juega».

Dejaría de mostrarse atento con el a, no ir por su oficina, evitar cualquier encuentro con el a, hasta dejar de saludarla si se cruzaban en el camino.

A última hora lo pensó mejor y se dijo que era un error.

Mejor esperar la oportunidad, no tenía por qué apresurarse:

«Ya habrá tiempo de pasarle la cuenta...». Ante todo, él no debía dar marcha atrás en la decisión que había tomado al conocerla.

Desde que la vio entrar en la oficina de la administración por primera vez, se dijo que el a le pertenecía. Ya lo había logrado, prácticamente, cómo iba a abandonar su proyecto

a esas alturas, sería como si se arrepintiera de su decisión, y no era de los hombres que se arrepienten de lo que hacen.

Algo en el a —la mirada, la voz, la forma de moverse— lo hizo imaginarla dulce, ingenua y frágil, como en poco tiempo descubriría que realmente era.

Había encontrado lo que esperaba.

«Esta no me va a salir una protestona como la otra».

La otra, era esa mujer con quien estuvo casado para su desgracia, siempre insatisfecha, siempre con algo que objetar a cuanto él dijera o hiciera, y que llegó al extremo de plantársele delante un día, con una demanda de divorcio en la mano.

«¡Dejarme el a a mí, cuando tenía que haber sido yo quien lo hiciera!».

¿Y todo por qué? Solo porque él, en un momento de exaltación, no pudo contenerse y le asestó un puñetazo más que merecido.

127

«Más que merecido, sí, señor».

Claro que sí, pues había sido culpa de el a, que lo había

sacado de sus casil as. Cuando él llegó del trabajo, el a, que había llegado antes, estaba sentada en la sala, esperándolo, en lugar de atender a sus quehaceres. Sin siquiera saludarlo, se

puso a decirle mil disparates y exigirle explicaciones. Había

descubierto que tenía otra mujer. Como si eso fuera algo del

otro mundo. Pero el a no se cal aba, se puso insufrible. Debía obligarla a parar, no soportaba más sus protestas.

Hizo lo que tenía que hacer. El a dejó de hablar. Tomó su

bolso, abrió la puerta y se marchó sin decir adónde.

Al día siguiente regresó con la demanda de divorcio.

Para colmo, en contubernio con una abogada, lo obligó a dar una parte de su salario como mesada para la manutención de los hijos.

«Un poco más y me dejan en la miseria».

También había estado a punto de perder el derecho a ver a los hijos. Debió hilar muy fino para que no se salieran con la suya. No era que ello significara un grave quebranto para él, «Ni que yo fuera a aflojarme por tan poca cosa», pero no le daba la gana de admitir que la mujer que lo había despreciado se saliera con la suya, y se dispuso a hacerlo todo por impedirlo. No demoró en advertir que por la fuerza no lograría nada. Debió admitirlo: «Esa abogada será mujer, pero no es ninguna tonta»; por el contrario, se mostró como un verdadero lince para cuanto fueran leyes, y lo obligó a emplear una táctica que nada tenía que ver con él. Se mostró compungido, juró arrepentimiento ante el juez, casi lloró expresando su pena por la posible separación de sus hijos. Más tarde se felicitó a sí mismo por actuación tan convincente, aunque pensó que jamás

128

podría perdonar a esas dos mujeres «Que me obligaron a rebajarme de esa manera».

Por suerte, su fama de hombre de carácter no sufrió menoscabo, pues el asunto no trascendió del tribunal

donde se dirimió el litigio, y nadie fuera de los involucrados conoció de aquel a, aunque fingida, muestra de debilidad

que había dado.

Además, el disgusto se compensaba de cierto modo, pues ganó la pelea y las mujeres no se salieron con la suya al menos por esa parte.

«Lo que cuenta es ganar; el cómo no es importante», se consolaba.

A los pocos días de tratarla llegó a la conclusión de que, en efecto, su primera impresión era acertada, esa tal María S que acababa de aparecer en su camino prometía no resultar como la exesposa ni como otras mujeres que conocía.

Decidió arriesgarse con el a, no para un amorío cualquiera —si bien suponía que no le sería difícil si se lo propusiera, «Esa todavía juega con muñecas y lee cuentos de hadas, seguro, solo hay que ver cómo me mira», se había dicho al poco tiempo de tratarla—, sino apuntando a una meta de más peso: Le propondría matrimonio.

Nunca se le hubiera ocurrido pensar que estuviera a su altura, «Ninguna mujer lo está, y el a seguramente menos»; pero hacía mucho tiempo había llegado a la conclusión de que era del tipo de hombre que necesita tener una mujer a su lado —como algunos necesitan un perro, o una mascota cualquiera, no para dar o recibir cariño, que al menos él no necesitaba, sino para tener a la mano alguien por quien

129

sentirse adorado—. Su padre lo había dicho alguna vez: «Un hombre, para estar completo, debe tener una esposa que lo

atienda y se ocupe de él..., pero no puede olvidar quién es el que lleva las riendas del caballo».

Él llevaba demasiado tiempo sin alguien que lo atendiera; era hora de que estuviera completo según el criterio de su padre.

Imaginó que en la nueva empleada podría encontrar la mujer que necesitaba con él; se dispuso a poner en práctica el plan de acercamiento, abordaje y conquista que, no lo dudaba, terminaría con el a aceptando ser su esposa.

«Esta vez no hay engaño, voy sobre seguro».

A esta la amoldaría a su gusto, la haría perfecta.

Eso sí: Llevaría las riendas en todo momento y no las aflojaría bajo ninguna circunstancia.

Estaba convencido de haber elegido bien, pero antes de dar el paso decisivo debería tomar sus precauciones. No era cosa de dejarse guiar solo por sus intuiciones.

«No fuera yo si no lo hiciera».

En rigor, antes de decidir de manera consciente poner en práctica el plan de conquista ya había estado adelantando cuidados. Aquel apretón de mano inicial, exagerado en su fuerza, ya iba encaminado hacia ese objetivo. Lo había hecho por puro antojo, era cierto, pero también —lo comprendió después— para comprobar la reacción de la recién llegada ante una muestra de su superioridad física. Y le agradó verla sonreírle, complacida, aunque era evidente que la mano le dolía.

Aquel a sonrisa le advirtió que debía fijarse más en la

recién llegada.

El asunto de la llave fue diferente. Fue un producto de la casualidad, un inesperado golpe de suerte que supo

130

aprovechar muy bien, aunque era enemigo de la improvisación. Y valió para darle a él a otra muestra de su superioridad, esta vez intelectual.

Con esa jugada no planeada quedó convencido de haberse ganado la voluntad de María S de una vez por todas. Los pasos que diera a continuación para alanzar el objetivo constituirían un mero trámite: «Esa plaza ya está rendida aunque todavía no se ha enterado... Cuando se me antoje estará ocupada».

Todo había ido muy bien hasta entonces. Que de repente asumiera esa actitud de rechazo resultaba más desagradable precisamente por eso, por esa certeza suya de estar en pleno dominio de la situación. Había transcurrido más de una semana con él en aquella actitud distante, aquel rechazo no expresado en palabras ni gestos desagradables, pero innegable. Él había dejado de mencionar el asunto de la llave cuando se encontraban, por si ahí radicaba el problema, como pensó en algún momento, pero no vio que María S modificara su conducta.

¿Se habría equivocado él en sus apreciaciones?

«Ni pensarlo, es imposible, ¿me he equivocado alguna vez? Esta no va a ser la primera...»

¿Entonces? Si él siempre había mostrado su satisfacción por tenerlo cerca, ¿por qué había cambiado de actitud?

¿Dónde estaba el problema?

Ese pensamiento lo condujo a considerar una posibilidad que no había tomado en cuenta: «¿Y si alguien me está haciendo la competencia...?»

¿Sin que él lo hubiera advertido? Lo consideraba difícil, pero, ¿cómo estar seguro? Y ¿quién sería? ¿Alguien de la empresa? ¿Un antiguo colega de estudios?

131

¿Cómo no se había dado cuenta?

No disponía de elemento alguno que lo afirmara en esa idea, la lógica le indicaba lo contrario, «Pero con las mujeres uno nunca sabe».

O sí se sabe, él sabe:

«Ninguna es de fiar... Y cuando sienten que hay más de uno interesado en ellas, son lo peor».

Era ese el motivo, naturalmente, cómo no lo pensó antes:

No había ningún disgusto, lo de la llave no tenía nada que ver con que se hiciera la esquivada.

«Hay algún tipo rondándola..., solo eso. Y, claro, ahora a él le ha dado por hacerse la interesante conmigo..., como tiene dónde escoger. Como si yo no conociera a las mujeres...».

Si, como ahora pensaba, alguien se había interpuesto en sus planes con María S, debía averiguar de quién se trataba.

No para quedarse tranquilo, desde luego, no iba a dejar de

actuar en consecuencia, pero por el momento no iba a pensar en lo que haría al descubrirlo: Lo primero era descubrirlo, estudiarlo; después vería cómo sacarlo del camino. Porque habría de sacarlo, en eso no cabían alternativas.

No admitía competidores, pues era el mejor.

«Al que sea, que Dios lo proteja cuando sepa quién es».

Se puso al acecho. Trató de sorprender si algún colega de trabajo la rondaba, o si a la hora de la salida alguien solía acompañarla. Al cabo de varios días comprendió que nadie sobresalía en ese sentido. «Bueno, de la empresa no parece ser».

Pero podía ser de otro lugar, tal vez alguien con quien coincidía por el camino, o de su barrio. Decidió seguirla hasta la casa; cuando lo hizo por primera vez supuso que

132

era de manera excepcional, pero a los pocos días repitió el seguimiento..., y ya no perdería la costumbre. Tampoco

en esa búsqueda halló nada que apuntara a la existencia de un competidor. Salvo una amiga con la que se encontraba una vez por semana, no advirtió ninguna otra cara que se repitiera, ni masculina ni femenina; no parecía mujer de muchas relaciones sociales. «Al menos por esa parte de las amistades puedo estar tranquilo».

Llegó a la conclusión de que nadie se le interponía en el camino. Pero si el desapego de el a no era por esa causa, ¿cuál era? ¿Por qué había dejado de mostrarse feliz al verlo?

De repente, una idea novedosa le surgió. Ahora sí había dado en el clavo:

«¡Pero qué bruto soy! Hasta parece mentira...».

¿Cómo no se había dado cuenta desde el principio? Se había llenado la cabeza de tonterías, había complicado lo que en sí mismo era muy sencillo. Por tan sencillo no lo había visto.

«Es eso, claro... El motivo soy yo mismo, yo mismo..., ¿cómo no me di cuenta antes?».

Lo que ocurría con María S era culpa de él.

Había exagerado en su actitud solícita hacia el a. Había demostrado demasiada asiduidad, había sido obsequioso en exceso, la había acostumbrado a tenerlo siempre a mano, ¡la había malcriado!

Era eso. Qué sencillo, después de todo.

«Más claro, ni el agua; cuando una mujer advierte que alguien anda detrás de el a, comienza a hacerse la interesante».

Como el comerciante, cuando adivina que uno está interesado en adquirir cierto producto, busca la manera de venderlo más caro de lo que cuesta, aunque esté loco por

133

salir de la mercancía; así hace la mujer con el hombre que la mimó demasiado.

«¡Bien que las conozco yo!».

Pues él le pagaría con la misma moneda.

«Si el asunto es de regateo, yo también voy a regatear».

Si él pretendía venderse caro, él no iba a regalarse; a fin de cuentas, no valía más que él, ni siquiera lo mismo.

Si se las daba de esquivo, esquivo también sería él.

«A ver quién se rinde primero».

Comenzó a espaciar poco a poco los supuestos encuentros casuales con él, acaso con eso fuera suficiente.

Luego de evitar verla durante más de una semana, debió admitir consigo mismo, con disgusto, que tampoco él había hecho nada por coincidir con él en ese tiempo.

Pasado un mes sin apenas encontrarse con María S —aunque

sí viéndola, pues se había aficionado a seguirla sin propósito determinado, solo por la curiosidad de conocer qué hacía cuando

no estaba en la empresa—, y sin querer darse por enterado de

que, bien mirado, con eso sería el primero en rendirse —«Lo que cuenta es ganar, lo demás no importa»—, decidió realizar un

ajuste de táctica.

Una jugada sorpresiva acaso tuviera la propiedad de romper las defensas en que él estuviera escondiéndose.

«Vamos juntos al cine hoy, cuando salgamos del trabajo...

En lo que esperamos el comienzo de la función podemos tomar algo y conversar... Me parece que tenemos algunas cosas pendientes que tratar».

Había irrumpido de repente a la oficina de María S, aprovechando un momento en que se encontraba sola; a

134

continuación de un breve saludo que no esperó por respuesta, soltó la proposición de rondón. No

intentó siquiera un esbozo de introducción a la invitación, mucho menos inició algún diálogo que sirviera de puente entre la última vez que habían coincidido y el momento presente.

No era esa irrupción lo que cabría esperar luego del tiempo transcurrido, a él le podría resultarle chocante.

Ese era el plan.

María S, sorprendida doblemente, por verlo ante ella luego de tantos días sin contacto, y a la vez por la propuesta tan fuera de contexto, quedó sin palabras por unos instantes.

Presencia y propuesta la asombraban, con certeza, pero esa no era la única sensación que embargaba su espíritu; había otra, ambigua, difícil de clasificar, consecuencia de verse frente a él de manera tan repentina, sin haber preparado su espíritu, desarmada.

Desarmada y desguarnecida, indefensa por completo, pues no solo eran armas lo que le faltaba, sino también quien las empuñara. Se le había entibiado la determinación de defenderse.

Según pasaban los días, primero, y después las semanas, había comenzado a reconsiderar la decisión de evitar aquellos encuentros falsamente fortuitos con él —a los cuales, no podía engañarse a sí misma, se había aficionado poco a poco y ahora los echaba en falta—. Ahora, al volver a tenerlo frente a sí, se producía lo que deseaba y no sabía cómo propiciar.

Sin ser consciente de su decisión, ya aceptaba como hecho

consumado que, si se encontraran, no rehuiría la conversación que de seguro se produciría —en cualquier caso, el a misma la comenzaría, ¿acaso eso tendría algo de malo?—, y le daría oportunidad de disculparse.

135

Después de tanto meditar, entendía que lo hecho por él no había sido nada tan grave, apenas una pillería de hombre

interesado en ganarse la simpatía de una mujer; el a lo había complicado todo influida por las ideas de su amiga. Si no hubiera sido por los sermones de María T, tal vez hubiera pasado por alto lo sucedido.

«Pero el a todo lo toma a la tremenda... La boba soy yo, que me dejo llevar».

Si hubiera dado al hombre la oportunidad de un reencuentro, en lugar de andar haciéndose la interesante, acaso él hubiera aparecido al poco rato con un hermoso ramo de flores, quizás no tanto, una simple rosa, o cualquier

otra flor, daba lo mismo, lo que vale es el gesto, y le hubiera ofrecido cualquier excusa por su jugarreta de aquel día. Por

mal hilvanada que la excusa estuviera —porque seguramente sería poco consistente—, el a la tendría por muy bien argumentada. No eran importantes las palabras, se decía, ni que pidiera un perdón concedido antes de ser solicitado —«¿Para qué mentirme? Esa es la verdad», se confesó a sí misma, «Perdonado estuvo siempre»—, sino el hecho de él haber sentido la necesidad de excusarse ante el a.

«Está bien, vamos a dejarlo ahí...», le diría, magnánima.

Ni lo dejaría terminar, para qué gastar palabras, pero le dejaría bien claro que ese tipo de bromas —porque de eso se trataba, ¿verdad?, de una broma entre colegas— no podía volver a repetirse.

Todo el mundo tiene derecho a equivocarse, él también, aunque fuera en algo tan importante como la forma de ganarse la voluntad de la mujer que quiere.

«¿La mujer que quiere?, ¿yo?».

«Sí, tú», contestó algo dentro de él. «¿Y por qué no? ».

136

Era la mujer que él quería. Equivocadamente, pensó que la pequeña picardía serviría de excusa, para acercarse a

el a, para hacérsele necesario. Había hecho trampa, ¿cómo negarlo?; pero María T se engañaba en las conclusiones, ¿acaso olvida aquello de que en la guerra y en el amor todo vale?

También pequeñas mentiras y picardías.

Podrían continuar siendo amigos, pero que algo así no

podía repetirse, puntualizaría al final de la conversación para que quedara bien claro. Y no se hablaría más del asunto. El

camino quedaría expedito para lo que viniera después.

¿Pero que se presentara de ese modo, sin buscar un pretexto, entrando sin pedir permiso a su oficina y casi sin saludar? ¿Que de sopetón la invitara al cine, sin la excusa esperada, sin oír lo que el a tuviera para decirle? Aparecía

frente a el a como si fuera lo más natural del mundo, como si la relación amistosa entre ambos no hubiera desaparecido prácticamente. Eso no tenía nada que ver con lo que había imaginado. ¿Sería posible que él no se percatara de que esas no son formas de reanudar lazos aflojados? Era de esperar, en un hombre con su edad, su inteligencia y su experiencia de la vida, un mayor conocimiento de los rituales en que se apoyan las relaciones humanas.

¿Sería que, en su premura por reatar los lazos, no había sabido cómo actuar? ¿Estaría tan nervioso como el a?

Se lo pasaría por alto, pero...

Pero esa invitación al cine... No, una invitación de ese tipo era inaceptable en ese momento, al menos en la forma como la había planteado. Que viniera otro día, que empleara un vocabulario más apropiado a la situación, que fuera más persuasivo.

137

En definitiva, que mostrara un poco de respeto por cuanto el a pudiera haber sentido y pensado...

«Lo siento, no puedo...», respondió cuando logró recuperarse de la sorpresa y hablar, «No puedo, de ninguna manera..., me esperan en casa..., mis padres no están acostumbrados a...».

«¡No puedes porque te esperan en casa...! Dios mío, ¿qué es eso?».

El Ingeniero a duras penas logró contener el despecho

que el pretexto para la negativa le provocaba. Lo expresado por María S no solamente era un argumento muy flojo para justificar el rechazo, era además ridículo. ¿Qué era eso de que, siendo mayor de edad, con un título universitario y empleada en una empresa muy importante, no podía salir un día a distraerse un rato, solo porque sus padres la esperaban temprano en casa?

¿Lo creía tan estúpido como para aceptar excusa tan mal hilvanada?

Aunque no había descartado la posibilidad de una negativa, incluso que se mostrara ofendida y lo rechazara en forma tajante, no pudo evitar el comentario sarcástico ante esas palabras,

incluso porque bastaba una simple llamada telefónica a la casa para avisar a la familia que llegaría más tarde; con seguridad otras veces lo habría hecho por razones de trabajo:

«¿Así que tienes que pedir permiso a tus padres para llegar tarde? Qué interesante... Y yo, que no me había dado cuenta de que todavía eres una niña...».

Ante la expresión ofendida de ella, y para no exteriorizar en demasía la ira que lo estaba ganando —acaso ello la haría sentirse importante, razonó, y se contuvo—, suavizó la expresión:

138

«No lo digo por nada... Es que... Vaya... Me parece que ya tienes suficiente edad para disponer de tu tiempo como

mejor se te antoje, ¿no?».

«Yo sé muy bien que no soy ninguna niña... no me hace

falta que nadie me recuerde que soy mayor de edad», replicó

María S, amoscada.

Siempre la había molestado que algunos hombres de

la empresa se dirigieran a ella llamándola niña, forma en

apariciencia cariñosa de tratarla, pero que en el fondo ocultaba la intención de disminuir el valor de sus competencias

profesionales. Y ahora él no encontraba mejor manera de

rebatir su argumento de rechazo que recordarle su juventud.

Como si fuera un pecado.

La entonación de las últimas frases mostraba a las claras

que se burlaba de ella. Su disgusto crecía.

«Y tampoco nadie tiene que decirme cómo disponer de mi tiempo...».

El Ingeniero hizo ademán de interrumpirla, pero no habló,

y ella continuó, aunque, por alguna razón, el gesto la hizo

suavizar el tono de su protesta, que pasó a ser explicativo,

como arrepentida de la exaltación inicial. Sus padres eran

bastante viejos, justificó, estaban acostumbrados a verla llegar a una misma hora a su casa..., podrían preocuparse, quién

sabe, sentirse mal. Él advirtió el cambio de ánimo y sonrió

satisfecho —«¡Suficiente!», pensó.

No le hacía falta más, lo que ella expresara a continuación

carecía de importancia. Esa tarde él se había anotado una

victoria sobre ella, pequeña, pero victoria al fin. Poco a poco vendrían otras mayores, podía preverlo.

María S no preveía nada. En ese momento el futuro no

existía. Para él solo existía el rostro de El Ingeniero, del 139

cual no apartaba la mirada, preocupada por el efecto que sus palabras pudieran provocar. Una cosa era rechazarle la

invitación, demostrarle que no podía aparecerse así, sin más

ni más, a invitarla a lo que fuera, como si antes no hubiera

una explicación pendiente entre ellos, y otra ofenderlo

sin necesidad, quizás hasta el punto de que, por ejemplo,

a partir de ahora no quisiera volver a hablar con él. La

preocupaba tanto esa posibilidad, que no reparó en que en

ningún momento él había mostrado el menor indicio de

remordimiento por haberle tomado el pelo ni de comprender

que debió intentar un abordaje más armónico para reanudar

la relación. Mucho menos reparó en que la sonrisa dibujada en

el rostro del hombre reflejaba la satisfacción de quien se siente dueño de la situación. Al contrario, imaginando en esa sonrisa que la disculpaba por su exaltación —que ahora se le antojaba

excesiva e injustificada—, volvió a pensar que había actuado

con demasiado apresuramiento al declarar su negativa.

Sin duda, aquella expresión, algunas cosas pendientes que

tratar, significaba que la invitaba para tener la posibilidad

de disculparse como era debido. Por no haber aceptado de

inmediato —y ahora no podía desdecirse; debía dejar pasar el

momento—, había perdido la oportunidad de oírlo.

«Cómo no me di cuenta...».

Trató de negociar:

«Si te parece bien, hoy, cuando llegue a casa, hablo con ellos para que mañana no me esperen...; así no se preocupan».

Él la miraba fijamente y en silencio mientras el a hablaba.

Cuando terminó de oír sonrió y pareció asentir. Demoró unos segundos en responder:

«No..., mañana yo no puedo..., tendrá que ser en otra ocasión».

140

No le pasó inadvertida la expresión de contrariedad de María S al oír la respuesta, seguramente adivinaba que

representaba una especie de castigo por su negativa inicial.

«¿Pensabas que conmigo iba a ser tan fácil?», pensó satisfecho de sus palabras. Le colocó la mano derecha en un hombro y oprimió suavemente, mientras la observaba como si intentara traspasarla con la mirada.

«Nos vemos, ¿bien?».

La entonación ambigua no permitía discernir si se trataba de una despedida amistosa, de una invitación a verse en breve plazo..., o de todo lo contrario. Él advirtió el gesto defensivo de el a al sentir su mano, y que sustraía el cuerpo para escapar a la presión en el hombro..., pero también alcanzó a percibir el ligero estremecimiento que la recorrió al recibir esa presión.

El Ingeniero regresó a su hábito de encontrarse con María S siempre que le era posible; cual si nada hubiera ocurrido, ninguno de los dos se refería a la tarde de la invitación frustrada ni a lo conversado entonces. El a imaginó que en alguno de los siguientes días él repetiría el ofrecimiento, y

había decidido aceptarla de inmediato; para que sus padres
estuvieran preparados, les anunció la posibilidad de, en algún momento próximo, quedarse a
trabajar hasta más tarde, sin
que tuviera tiempo de avisarles. Pero pasó una semana y El
Ingeniero no hacía alusión a alguna salida juntos.
Al cabo de diez días, el a no soportó más la espera y se
decidió a abordarlo:

«Bueno, ¿por fin en qué quedó aquel a famosa invitación?
¿Te arrepentiste?».

141

Él demoró en dar la respuesta, como si la pensara; en realidad estaba preparada desde el primer
día; solo esperaba la

oportunidad de enunciarla. Si ahora el a se la proporcionaba,
no iba a desperdiciarla:

«Yo nunca me arrepiento de nada... Tienes que acostum-
brarte a que conmigo las cosas son cuando tienen que ser...».

Permaneció unos segundos mirándola en silencio a los
ojos, antes de completar.

«O no son».

Sí, el a había oído bien: Tienes que acostumbrarte.

Esa fue la expresión exacta, que durante varios días dio
vueltas en la cabeza de María S. Y el tono imperativo, sin
ambigüedades posibles, también se le quedó grabado.

Tenía que acostumbrarse... Sin más ni más. ¿Acostumbrarse?
¿A qué? ¿Con él? ¿Y acostumbrarse por qué, en virtud de
qué tipo de relación que no existía entre ellos?

¿Existían una relación entre ellos? ¿Eran tal vez amigos? Sí, más o menos, aunque no podría afirmarse que lo fueran de manera muy cercana. Cuando menos, no eran amigos íntimos; hablando con propiedad, solo eran compañeros de trabajo que se veían a menudo. Solo eso. A el a le gustaba tenerlo cerca, y a él, era evidente, le sucedía otro tanto. Pero hasta ahí.

¿De dónde, pues, sacaba él eso de que el a tenía que acostumbrarse a..., a lo que fuera..., con él?

Más que comprobado: Con él las cosas son cuando tienen que ser... O no son. La comprobación fue que nunca llegó a producirse una nueva invitación a salir juntos nunca llegó a producirse, no fue, y según pasaban los días María S se repitió muchas veces que sí, que con El Ingeniero las cosas

142

se realizaban en cierto momento que él decidiera o jamás y, sin dar por ello, se fue a acostumbrando a esa idea.

Aunque no le gustara que fuera así, encontraba que estaba bien: «Cada persona es un mundo, cada cual tiene sus manías y hay que respetárselas».

Por lo visto, esa era la manía de él, la de tomar una decisión y ejecutarla al momento o nunca. Como quiera que se

mire, eso no tiene nada de malo, sino todo lo contrario, es algo que da seguridad, una sabe que no es hombre de decir una cosa hoy y otra mañana. Peores son los inconstantes,

o los vagos, los mentirosos, los mujeriegos, los bebedores. Él no era nada de eso; era un buen trabajador y, hasta donde

conocía, no era peor que los demás en cuanto al resto de las

cosas. Lamentó no haber aceptado su propuesta cuando se produjo, y se convenció de que, por culpa de él a la misma, había desperdiciado la oportunidad de oírlo disculparse y darle las

explicaciones que se merecía por el asunto de la llave...

Y a saber la oportunidad de cuántas más cosas había perdido al rechazarla, oyó que la amonestaba una voz salida de su interior.

«¿Por ejemplo, de que me enamorara?», respondió.

Sintió que la sangre le subía al rostro. ¿De dónde sacaba esas ideas? «Que nos llevemos bien no quiere decir nada...».

Él no dejó de pasar a verla con regularidad a la oficina después de la conversación sobre la invitación, como si su rechazo no lo hubiera disgustado. Continuaba demostrando el mismo interés por él, solo no hacía una nueva invitación.

Pasó el tiempo. No hubo más invitación, era cierto; en cambio, hubo algo más importante, esa tan inusual propuesta de matrimonio:

«Nosotros vamos a casarnos un día de estos».

143

¿Y qué había de reprochable en que la manera de decirlo fuera inusual?

¿Acaso no es la esencia de las cosas lo que cuenta? Y la esencia era esa misma:

«¡El Ingeniero me propuso matrimonio!».

Cuando se lo contara a María T...

Era evidente que por esa razón él se había disgustado cuando él a no le respondió afirmativamente, como

esperaba. ¿Por qué sería tan tonta? ¿Por qué tuvo que decirle esa simpleza de vete pensando en otra gente? Había sido una inmadurez de su parte: Él era muy capaz de tomar sus palabras al pie de la letra... —«¿Y de quién habrá sido la culpa?», volvió a oír la vocecita interior. De el a, de nadie más que el a, admitió—. ¿Qué más le daba haber respondido como él quería, o al menos no haberse burlado, si también era lo que el a deseaba, aunque hasta ese momento no se hubiera dado cuenta por completo?

De repente se asustó. ¿Y si, al igual que sucedió con la invitación a salir, que nunca se repitió, esta había sido la única oportunidad de aceptar y la había desperdiciado? Si él decidía el momento en que las cosas tenían que suceder, y esta propuesta no había sido por la respuesta de ella, ¿habría pasado el único momento en que la cosa matrimonio podía ser para él?

Ya no pudo concentrarse en el trabajo. Constantemente se asomaba a la puerta por si él pasaba cerca. Cada vez que alguien llamaba para entrar imaginaba que era él que regresaba a repetir sus palabras y exigirle una respuesta

positiva. Pero no lo vio en el resto del día, como si con toda intención la evitara. Lo que iba conociendo de él le avisaba que era eso lo que sucedía, que no quería dejarse ver por el a.

144

Y acertaba. Él, en efecto, había decidido desaparecer de su vista durante el resto del día, pero no porque hubiera desistido, sino para, con esa ausencia obligarla a tomar una decisión.

«Una decisión no», se rectificó, «Sino la decisión», porque

tendría que ser la que él quería, no había otra posibilidad.

«Acepta o acepta, ya tiene que haberse dado cuenta de que

no estoy jugando». Eso sí, si a el a se le ocurriera la peregrina idea de rechazar, en serio o en broma, su propuesta —aunque

no lo creía posible—, no iba a andar rogándole: Aceptara o no

aceptara, pero lo que hiciera tenía que ser de una única vez:

«Yo no soy ningún chiquillo para andar gastando suelas

de zapatos detrás de una mujercita».

María S llegó enferma esa tarde a la casa; la jaqueca no se le aliviaba con ningún calmante. Llamó varias veces a María T,

seguramente si conversaba con el a se sentiría mejor, pero la

amiga no le respondió. Se acordó de que por esos días andaba

disgustada con el marido, quizás se había ido con la madre,

fuera de la ciudad, en tal caso se habría aislado como era su

costumbre, alejada de teléfonos y comunicaciones de cualquier

tipo, para meditar con calma y tomar alguna decisión radical.

María S tendría que sufrir su angustia sin compartirla con la

amiga, y esperar hasta la mañana siguiente para saber, una

vez que se encontrara con él nuevamente, si había forma de

enmendar su error.

No comió, y apenas pudo dormir esa noche.

¿Y cómo comer y descansar, si había cometido la estupidez

de no aceptar la propuesta de matrimonio de El Ingeniero

por no haberla entendido, si se había reído como si se hubiera tratado de un chiste?

Eso no tenía perdón; estaba bien que sufriera.

«Me lo merezco por lenta...».

Ojerosa por el insomnio, temblando sin saber por qué, al día siguiente llegó más temprano que nunca al trabajo.

Ansiosa, buscó en todas direcciones y no lo vio. Encendió los equipos de la oficina, se sentó frente a sus papeles, tomó algunos en las manos, pero no supo qué más hacer.

Estaba paralizada. Por fuera y por dentro: Tenía la mente en blanco, ninguna idea le cruzaba por la cabeza. Si algo no la interrumpía, podría ocurrir que pasara el resto de la jornada en esa especie de letargo.

Permaneció así por algo más de una hora. Presente en cuerpo y ausente en espíritu.

Entonces sucedió:

En algún lugar muy distante, en otra galaxia, en otra dimensión, alguien expresó:

«Por fin, ¿qué día marcamos para la boda?».

El sonido voló, atravesó sus oídos, llegó a algún punto del encéfalo, pero él no lo oyó. O, mejor: Oyó, pero no descifró el mensaje sonoro.

Él había entrado sin llamar y le hablaba, parado junto a la puerta. Él, al igual que no lo había oído hablar, tampoco lo había visto entrar. Ni siquiera lo veía ahora que lo miraba,

porque su espíritu continuaba ausente.

«Por fin, ¿qué día marcamos...?», repitió El Ingeniero, esta vez un poco más alto. La miró, extrañado, y comprendió que algo raro le ocurría. Avanzó, tomó una silla, rodeó la mesa de trabajo y se sentó al lado de ella.

No lo sintió.

Cuando volvió en sí, se sorprendió de verlo a su lado.

¿Cómo había llegado? ¿Qué había hablado? Las palabras pronunciadas en otra dimensión empezaron a llegar a lo profundo de su cerebro. Logró descifrarlas por fin. No

146

podía creer que de veras significaran lo que el a entendía.

¿Correspondía a la realidad lo que supuestamente había oído? ¿Él había dicho lo que el a creía haber oído? ¿No lo habría imaginado?

Se había quedado dormida con los ojos abiertos, bien podía haber soñado esas palabras.

«¿Qué te pasa, ¿estabas dormida?», preguntó él, mientras le tomaba un brazo y la sacudía, como para obligarla a despertar por completo. «¡Dormida y con los ojos abiertos!».

«Paaa-rece quee sí...», respondió el a, tartamudeando, el rostro iluminado, la sonrisa amplia.

«¿No oíste lo que te dije?».

Sin hablar, porque las palabras ya no sabían cómo salir en orden de su boca, María S respondió que sí, con repetidos gestos de cabeza, con los ojos fuera de sus órbitas.

«¿Entonces?, ¿qué dices?».

La entonación de El Ingeniero ahora se había vuelto un poco más vehemente. Había obtenido lo que pretendía, no había duda, pero quería tener ya en sus manos el control

de todas las posibilidades. Las palabras hacen realidades; él necesitaba sus palabras.

Pero él no hablaba. Solo lo miraba fijamente.

Él insistió:

«Entonces..., responde..., ¿qué día marcamos?».

Ya no se trataba de una pregunta, sino de un emplazamiento, de una orden perentoria que él debía cumplir.

María S lo percibió como la manifestación de un arrebatado de pasión.

¿Y cómo podía ser de otra manera?... Le resultaba evidente,

Él estaba ansioso por escuchar su respuesta, necesitaba que él le hablara, que lo hiciera escapar de su incertidumbre.

147

Un hombre como él, con tanto control sobre sí mismo, que no acostumbraba expresar sus emociones. ¡Y que en ese

momento las estuviera dejando escapar a causa de él!

Inspiró varias veces, tratando de disciplinar la respiración.

Recordó la frase: «Tienes que acostumbrarte a que conmigo las cosas son cuando tienen que ser... O no son. O no son».

No iba a fallar esta vez.

En esta ocasión no se trataba de una mera invitación a un paseo.

En esta ocasión las cosas serían.

«El día que te parezca mejor...», dejó escapar de una sola vez, en un susurro casi inaudible.

Él apenas oyó las palabras, pero entendió la respuesta.

«Qué bueno, me alegra que sea así. Despreocúpate..., yo me encargo de todo».

Acercó un poco más la silla y se inclinó hacia ella. De repente, le dio un beso breve, apenas un roce instantáneo en los labios que la tomó desprevenida, y de inmediato se levantó y se dirigió a la puerta.

«Mañana conversamos», dijo al traspasar el umbral.

El pacto quedaba sellado. Lo indicaba un beso.

Y la meta que El Ingeniero se había propuesto al ver por primera vez a María S estaba alcanzada.

148

«Si existe el amor a primera vista, por qué no imaginar también lo contrario, la antipatía a primera vista», comentaría consigo misma María T un poco más tarde, el día en que

María S le presentó a su novio, ya a solas y mientras se embadurnaba la mano derecha en una pomada analgésica y se friccionaba.

Desagrado, rechazo, repulsa, repugnancia, asco fue parte de la cadena de vocablos sinónimos que cruzaron por su mente en el mismo instante en que El Ingeniero le estrechó la mano que, por mera cortesía y por no desairar a la amiga, ella le había extendido. No alcanzaba a entender cómo una persona inteligente y sensible como María S había sido capaz de fijarse en alguien con aquella mirada que reflejaba, cuando menos, la más acendrada fatuidad y el más absoluto desprecio hacia los demás.

«Solo hay que mirarlo a los ojos para darse cuenta de

quién es y de lo que lleva dentro».

«Mira qué casualidad, por ahí viene mi novio... Qué bueno, así aprovecho para presentarlos», había exclamado María S

cuando, agradablemente sorprendida, vio que El Ingeniero

se acercaba a ella. Salían de la biblioteca municipal, adonde acudían con frecuencia a escuchar un poco de buena música,

cuando se lo encontraron de repente. Sin reparar en lo que

149

decía, María T repitió su exclamación de algunas semanas antes, cuando la amiga le contó quién era el hombre con

quien estaba a punto de casarse:

«Ah..., ese».

Se dio cuenta de que su tono había sonado bastante

despectivo cuando observó la expresión del rostro de su amiga, y se disculpó:

«Perdona, no quise ofenderte, pero... Pero..., nada, no sé por qué dije eso. Ah, mira, después recuérdame que quiero contarte algo importante».

Cuando volvieron a encontrarse, al cabo de dos días, María S no se acordaría de la petición de la amiga de recordarle algo que le contaría, pero María T no necesitaba el recordatorio:

No lo había olvidado.

Se sentía en el deber de explicar a María S el motivo por

el cual había exclamado «Ah..., ese» por segunda vez, en esta

oportunidad al tener a El Ingeniero frente a ella, y por qué su tono nada amistoso al pronunciar la frase.

«Se me escapó, es verdad, no quise hacerlo, pero no fue

por gusto que se me escapó...; de eso quería contarte...

Tienes que oírme..., es algo importante... Sí, debo decírtelo ahora mismo».

Había existido una razón poderosa para su exclamación, insistió.

«No tiene nada que ver con el asunto ese de la dichosa l ave», aclaró, ante la expresión de desagrado de María S, quien de inmediato supuso que la amiga volvería a referirse al episodio..., hasta cuándo pensaba seguir el a con la misma cantinela. Aburría... «No es eso», insistió. Era algo mucho peor que una tomadura de pelo, por injustificable que hubiera sido. Que prestara mucha atención, porque no

150

se trataba de ninguna bobería, sino de algo muy serio que tenía que poner en su conocimiento.

«Tienes que pensar bien el paso que vas a dar, hermana...

Creo que vas demasiado rápido... Tú no conoces a ese hombre y ya estás dándole entrada en tu vida de manera definitiva...

Definitiva, sí, porque sé cómo eres..., te vas a entregar para siempre y con los ojos cerrados, cuando te enteres de que cometiste un error no vas a querer echarte atrás... O no vas a poder... No sé, pero..., hay algo en él que no está del todo

claro, lo veo, lo siento..., ¿cómo vas a lanzarte así, ignorante de todo, a una cosa tan seria? Piénsalo bien... ¿Acaso te

volviste loca?...».

María S replicó con exaltación:

«¿Acaso tú lo conoces mejor que yo? ¿De dónde?».

La exasperaba que la amiga insistiera siempre en lo mismo.

Desde el primer momento había estado buscando defectos en ese hombre, sin siquiera conocerlo, sin haber hablado aunque fuera unos minutos con él.

«¿Cómo puedes hablar así de alguien que solo viste un momento?».

Repitió el emplazamiento:

«¿Acaso tú lo conoces mejor que yo?».

¿De qué información tan especial disponía el a para llegar a conclusiones tan ridículas? Además, suponiendo que estuviera equivocada, que se hubiera apresurado al aceptarlo, ¿acaso el a no se había equivocado también en su momento? ¿No se había divorciado después de varios años de matrimonio? Entonces se había equivocado antes, por casarse, o ahora, por divorciarse; para el caso daba lo mismo, ¿no? ¿Por qué no tenía derecho el a también a ensayar y equivocarse?

151

«Tienes todo el derecho del mundo», respondió María T también exaltada, aunque no tanto como la amiga. «El mismo derecho que cualquiera a probar mil veces, a equivocarte mil veces, y a probar otras mil más».

Pero ese no era el problema. El problema era que cualquiera puede ensayar cuantas veces sea necesario, pero eso no significa que lo haga con los ojos cerrados, como andaba

el a. Y era muy injusto y hasta grosero lo que acababa de decir, una ofensa innecesaria, ese divorcio había sido muy duro para el a, pero se lo iba a pasar por alto.

«Por encima de todo soy tu amiga y no voy a fijarme en eso que dijiste..., sabes que me dolió..., mucho... Pero veo que

estás cerrada, que no quieres oír nada que no sea para apoyarte en esa locura..., porque sabes que es una locura, claro, por eso te pones así de agresiva...; tú misma te das cuenta, pero no

quieres aceptarlo... Te han propuesto matrimonio como si te invitaran a tomar un helado, y tú tan campante...».

Se interrumpió unos segundos, tratando de contenerse.

Respiró profundo antes de continuar, ahora en un tono más reflexivo.

«Mira..., de todas maneras, lo que tengo que contarte no es ninguna bobería, ya te lo dije... Es algo muy importante,

te lo repito, algo tienes que saber. No te va a gustar saberlo, pero te lo cuento porque es mi deber decírtelo, para eso

soy tu amiga... No me importa si hasta dejas de hablarme después..., yo te cumplo...».

Se detuvo nuevamente, esta vez buscando las palabras más adecuadas. María S la miraba con los ojos muy abiertos, casi sin respirar, ansiosa.

Por unos segundos ambas permanecieron en silencio, mirándose.

152

«Y sí, es verdad que eres bastante grandecita..., puedes hacer con tu vida lo que te dé tu real gana..., tirarla por el inodoro si te place..., a fin de cuentas es tuya... Pero, si lo vas a hacer, si ya lo decidiste, al menos hazlo con conocimiento

de causa, a sabiendas de lo que arriesgas... Oye lo que te digo y acaba de abrir los ojos, que estamos hablando de tu vida,

no de ningún juego de niños...».

María S continuaba oyendo en silencio, mientras en su interior replicaba a la amiga que considerar algo como muy importante, o todo lo contrario, depende del punto de vista que se asuma, pero se dispuso a oír lo que le dijera sin demostrar su contrariedad. A fin de cuentas, aunque estuviera equivocada, y era seguro que lo estaba, eran amigas de muchos años y nada que dijera sería con el interés de interponerse en su camino, sino con el de ayudarla; debía ser paciente con el a.

«Bueno, por fin... ¿Qué es eso muy importante que tienes que contarme?».

«Ya vas a oírlo... Escúchame bien... y no me interrumpas, por favor...».

El a estaba convencida de que ese hombre que María S le había señalado como su novio y futuro esposo había estado vigilándolas aquel día en que se encontraron con él, supuestamente por casualidad... Y también en muchas otras ocasiones.

«No son suposiciones mías, porque lo he visto y no guardo la menor duda en cuanto a que es él y no otro el que vi».

Le había llamado la atención la presencia de aquel desconocido que sorprendió cerca de el a en más de una ocasión.

No lo conocía, y sospechó que las vigilaba, no imaginaba

por qué razón; ¿quién sería para estar vigilándolas? Como

153

no fuera un loco... Cuando María S se lo presentó como el novio de quien antes le había hablado, y supo que era el

mismo Ingeniero de otras conversaciones, se dijo que ya entendía lo que sucedía. ¿Cómo no contarle a María S?

«Nos vigilaba, no solo ese día, sino desde antes... a saber desde cuándo... Para mí, esa vigilancia es una señal de que

algo no está bien..., algo no está bien en él, en su cabeza... Esa actitud no es de gente normal, es morbosa».

Quien procedía de esa manera sería una persona, cuando menos, en exceso desconfiada y celosa, y eso nunca promete nada bueno para el futuro de una relación.

«Y ojalá que la equivocada sea yo, pero no lo creo. Un

hombre que vigila así a una mujer, que desconfía de él a hasta el punto de vigilarla, no es de fiar... Perdona que te lo diga, pero ese matrimonio tuyo es una equivocación. Si desde ahora las cosas son así, ¿qué se puede esperar para más adelante?».

María S no había advertido nunca que alguien la estuviera siguiendo, «Pero yo te puedo hacer el recuento de las veces que lo sorprendí espiándonos».

Podía recordar en qué lugares y en qué circunstancias lo había visto, porque lo había sorprendido varias veces. Claro, como se trataba de un desconocido, jamás le habría pasado por la cabeza la idea de que ese hombre fuera el mismo de quien con tanto entusiasmo María S hablaba.

«¿Te acuerdas de cierta ocasión en te comenté que me

parecía que un hombre nos vigilaba y no era la primera vez que lo veía?».

María S se había vuelto hacia donde el a le indicó, pero ya no se veía a nadie por los alrededores; se burló de la amiga y le dijo que leía demasiadas novelas de espionaje, qué tontería era esa de que alguien la vigilara.

154

«Ni que fuéramos gente importante. Ya me lo imagino..., seguro que era un periodista tratando de hacer el reportaje

sobre nosotras que lo hará famoso...». No había razón para que alguien las siguiera, a no ser que se tratara de un enamorado bobo de alguna de las dos, «Tuyo seguramente, que eres la más bonita..., de mí no va a ser...».

María T había preferido no repetir el aviso en otras ocasiones en que creyó ver al fisgón, para que no se burlara nuevamente, pero había sorprendido a aquel hombre cerca de ellas en suficientes oportunidades como para estar convencida de que no se trataba de coincidencias ni de casualidades, sino de que las espiaba por algún motivo. «Y ese encuentro supuestamente casual a la salida de la biblioteca, estoy convencida, se produjo porque él no reaccionó a tiempo y no pudo esconderse... Para salir airoso de la situación fingió que se disponía a entrar en el momento en que nosotras salíamos... Ven acá, ¿alguna vez lo oíste hablar de que iba a biblioteca por alguna razón?».

El día del encuentro y la presentación sintió deseos de interpelarlo y exigirle explicaciones por aquel espionaje,

pero se contuvo para no poner a la amiga en una situación embarazosa; también por esa razón le extendió la mano para saludarlo —aunque sin ofrecer la mejil a para un beso amistoso como era su costumbre—. Sintió el apretón exagerado de él y comprendió el mensaje implícito: No se trataba de un exceso de efusividad, sino de una agresión deliberada, de una declaración de guerra: Que el a supiera que él era su enemigo, y que él así la consideraba. Aceptó el reto.

No manifestó el dolor que sentía en la mano y hasta esbozó una sonrisa displicente, como si no se hubiera enterado de su mayor fuerza, para a su vez dejar constancia de que el a

155

también arrojaba el guante. Si él era fuerte, el a no era débil.

Cuando por fin él le liberó la mano, en vista de que todo quedaba claro entre los dos y no tenía nada de qué conversar con ese individuo, luego de las breves fórmulas de cortesía habituales, inventó un pretexto para separarse del grupo y los dejó.

«Hay algo demencial en la actitud de ese hombre..., no puede estar bien de la cabeza», comentaría consigo misma poco después, «Y el a también está completamente loca si pretende unir su vida a la de él».

Si hubiera podido introducirse en la mente de El Ingeniero,

María T hubiera sabido de la fuente más fidedigna que las cosas sucedieron exactamente como el a las imaginó: Se percató

de que lo habían sorprendido; echó una rápida mirada a su

alrededor y comprobó que no tenía tiempo de ocultarse como otras veces, y tampoco manera de disfrazar su presencia en el lugar. Decidió adelantarse a los acontecimientos, pensando que la ofensiva es la mejor defensa: Se encaminó hacia donde se halaban las amigas, con naturalidad y forzando la mejor de sus sonrisas. Estaban en un lugar público, ¿no?, ¿entonces por qué no podían encontrarse allí por casualidad?

Tampoco se había equivocado María T al suponer recíproca la sensación de repulsión que la invadió al conocer al futuro marido de su amiga —tampoco era tan difícil de adivinar, pues hasta María S se percató, aunque no quiso admitirlo consigo misma—. El Ingeniero, aun antes de llegar junto a ella, solo de mirarla, sintió que esa mujer podía resultar peligrosa para él, y la declaró su enemiga en ese mismo instante.

156

No pudo evitar que sus ojos revelaran lo que pensaba cuando estuvieron frente a frente. Tampoco se esforzó

demasiado en ocultarlo.

Que ella lo supiera.

Y ella lo supo, se lo dejó bien claro.

«A esta puta tendré que quitármela del camino un día de estos», fue la frase que le circuló por la mente mientras, con intención de lastimarla, le apretaba exageradamente la mano. Que la puta fuera sabiendo, con ese gesto, con quién tendría que vérselas si osaba atravesarse en su camino.

Por esa razón lo enfureció tanto que él no emitiera al menos un quejido. Y hasta sonriera. ¿Se sentiría capaz de enfrentarlo?...; ¿quién se creería que era? ¡Pretenciosa! Hubiera seguido apretando aquel a mano hasta romperle los huesos, pero reaccionó y la soltó: No era el momento, ya tendría oportunidad de cobrarle su arrogancia.

«¿Qué más señales quieres de que algo anda mal con ese hombre?», reclamaba María T a su amiga, «Primero, el asunto de que te tomó el pelo cuando acababan de conocerse, al que insistes en restarle importancia... Después, que estuviera vigilándote todo el tiempo, incluso desde antes de proponerte matrimonio, como si, para enamorarse de ti, tuviera que asegurarse primero de quién eres... ¿Te imaginas que todo el mundo hiciera lo mismo..., espíar a la persona que le interesa antes de proponerle una relación?, ¿dónde quedaría el misterio del amor? Pero incluso sin tomar todo eso en cuenta, la propia forma de proponerte matrimonio..., ¿no te resulta, por lo menos, para decirlo de una manera suave..., bastante rara? No vengas ahora a negármelo».

157

No dejó de referirse al exagerado apretón de mano, como una muestra de que él no estaba en sus cabales. No conocía

ningún hombre capaz de esa demostración de fuerza.

«Como para que me doliera, para mostrarme quién es el más fuerte».

«Estás prejuiciada... Ves lo que quieres ver... Lo tuyo es

pura paranoia».

Que fue intencional, que trató de lastimarme, insistía María T, pero María S se negaba a aceptarlo. Cómo se le ocurría pensar algo así. Si nunca antes se habían visto, ¿por qué querría él lastimarla? Quien andaba mal de la cabeza era el a, viendo agresiones por todas partes.

«Estás paranoica», insistió. Él era un poco machista, lo admitía, y hasta algo rudo en algunos momentos, pero eso era su forma natural de ser, era así con todo el mundo, no se trataba de nada especial contra el a, a quien ni siquiera conocía. A

el a también le había dolido un poco la mano cuando se la apretó por primera vez, era su manera de saludar, ruda, demasiado masculina tal vez. Además, suponiendo que fuera cierto que hubiera intentado lastimarla, ¿qué sentido tenía hacerlo? Sabiendo que eran amigas, ¿para qué querría enemistarse con el a?

«No, te lo digo..., es que estás predispuesta contra él... No sé por qué..., porque sí». Era eso todo lo que ocurría.

«Y quizás ni se dio cuenta de que te dolía... Como tú sonreías mientras te apretaba la mano, ni se enteraba... Viéndote, yo tampoco hubiera imaginado que te dolía...».

María T comenzaba a pensar que María S estaba, poco a poco, dejando de ser la mujer que hasta entonces había conocido, «¿O será que siempre fue así». Sentía deseos de no continuar insistiendo en el tema, de dejarla que se diera

158

de cabeza contra la realidad, que aprendiera con los golpes.

Pero ¿cómo estar tranquila sabiendo que su amiga iba por un camino que la conduciría al desastre? Tampoco quería asumir una actitud intransigente que pusiera en peligro la amistad que se profesaban. Nada, que debía comenzar a tener paciencia con el a.

Se dijo que su pensamiento no era tan exacto: A decir verdad, no se trataba de que María S estuviera cambiando: «Ya lo hizo; ya hace rato que no es la misma persona». Se deslumbró al conocer a aquel hombre, y estaba ciega por él. «Ciega porque no quiere ver, que es peor».

Esa ceguera voluntaria la llevaba a justificar cuanta actitud extravagante o decididamente anormal él asumiera, cuanta acción irracional realizara, incluso sus defectos más que evidentes. Él era un hombre excepcional para el a, y no tenía por qué actuar como todo el mundo, «Y a mí eso no me molesta, al contrario», se justificaba a sí misma.

Era todo lo contrario, verdaderamente: El a se sentía muy feliz de que alguien tan especial como El Ingeniero se hubiera fijado en el a. Un futuro radiante la esperaba a la vuelta de la esquina, tal vez imaginaba.

«Aunque la verdad es que el a siempre tuvo esa tendencia», admitió María T consigo misma, «Tampoco debería tomarme por sorpresa».

Al decirse eso, le venía a la mente cuánto se había ilusionado María S con Amigo —él sí era una persona maravillosa, recordaba con algo de nostalgia—, pero que jamás hubiera podido enamorarla. Pero el a se empeñó en no ver en Amigo

lo que todo el mundo veía, y que, él por su parte, estaba lejos de esconder.

159

«¿Pero es que al menos alguna vez te enamoró..., alguna vez te dijo Te amo?», emplazó a la amiga, rompiendo el

silencio en que se había envuelto por unos instantes.

Ante la pregunta, María S —la misma María S de quien en otros tiempos se burlaban las amigas por su romanticismo pasado de moda, quien hasta hacía poco buscaba al hombre perfecto y acaso soñaba con príncipes azules— se rio con ganas: María T acababa de mostrarse como una perfecta retrógrada en cuanto al vocabulario amoroso:

«¡Y que nada menos que tú me lo pregunte!... Tú sabes bien

que eso de decir *Te amo* es cosa de películas y telenovelas, mi amiga; eso ya nadie lo usa..., ¿en qué siglo estás viviendo?».

María T no se daba por vencida, aunque comprendía que se le agotaban los argumentos.

«¿Entonces, tampoco es nada que te haya vigilado, que te siguiera por todas partes, sin que lo supieras?, ¿es normal eso, como si quisiera tener el control absoluto de tus movimientos?».

Una exageración suya, desde luego. Para María S aquello no era más que una muestra del interés de un hombre por una mujer. Además, para qué negarlo si era verdad: Él era desconfiado, la desconfianza formaba parte de su naturaleza, no podía evitarlo. La culpa era de sus vivencias anteriores.

«A él la madre de sus hijos lo traicionó..., eso tiene que

dejar huellas».

También era verdad que no la conocía lo suficiente, ¿por

qué iba a confiar en él, así, a ciegas? «Eso de el amor es ciego es una tontería, un hombre como él siempre va a preferir no

arriesgarse».

160

Pero a él eso no la preocupaba.

«Porque eso se le pasa con el tiempo, tú lo vas a ver...

Cuando comprenda que en mí puede confiar...».

Precisamente, gracias a esa vigilancia y ese espionaje que

a María T tanto preocupaba, él conocería mejor a la persona

que escogió para casarse.

«Y entonces todo va a ser diferente».

161

María S, en definitiva, no había quedado embarazada, como temía, aquella noche anterior a su salida al extranjero.

Habrán de transcurrir todavía dieciocho meses para que

ello suceda y nazca su primer hijo, pero por ahora no podría

imaginarlo; ahora lo único que sabe es que se preocupó sin

necesidad, y que ya está de regreso, satisfecha consigo misma

por el éxito de su viaje de trabajo.

A pesar de que de la empresa habían enviado un auto

a recibirla en el aeropuerto, no lo utilizó, pues su marido

estaba esperándola a su llegada, quién mejor que él para

conducirla a casa luego de una ausencia de más de una

semana. Lo notaba algo expectante durante el trayecto —«Y

no es para menos», comentaría cualquier testigo presencial a quien le comentaran, habiendo sido aquel a la primera separación de la pareja, y nada menos que por un viaje internacional, cualquier hombre estaría ansioso por volver a ver a su mujer—, aunque él hacía evidentes esfuerzos por no demostrarlo. Contrariamente a su modo habitual de manifestarse, se mostró amable y cariñoso en extremo con ella al recibirla y, si bien casi no le preguntó sobre los resultados del trabajo, sus experiencias en un lugar antes desconocido, o lo nuevo que hubiera aprendido allí, en repetidas ocasiones se interesó por pormenores acerca de su estado de salud o de cómo había sobrellevado las posibles incomodidades de los viajes de ida y vuelta, si le habían caído bien los alimentos a los que tal vez no estaba acostumbrada, si había sentido mareos mientras volaba, o después, en tierra, si había sufrido de vómitos en alguna ocasión. Ella respondía entusiasmada que no, que todo había estado bien, feliz de comprobar cuánto se preocupaba su marido por su salud. «Tendrá sus cosas, pero me quiere».

El Ingeniero repitió las mismas preguntas varias veces, como si dudara de las respuestas, como si se extrañara de que ella no hubiera experimentado ningún malestar físico durante esos días en el extranjero; solo dejó de preguntar cuando por fin se convenció de que todo había transcurrido con normalidad. Entonces pronunció un «Menos mal, qué bueno» que a los oídos de María S sonó de manera extraña, como si el hecho de no haber ocurrido ningún contratiempo pudiera resultar de alguna manera negativo; por un instante llegó a pensar —como secue-

la, acaso, de ciertas dudas expresadas antes por su compañera

de viaje María T— que él estaba disgustado por esa causa, como si por alguna extraña razón hubiera deseado oír que las cosas

habían ocurrido de modo opuesto.

«Claro que no está disgustado por eso, qué disparate es ese»,

espantó de sí la mala influencia, «Es que no lo cree posible...; tal vez hasta piense que no le digo la verdad». Seguramente él no la consideraba capaz haberse sentido bien todos esos días.

«Y después de todo no es nada raro que lo piense...». Viendo

cómo no lograba estar a la altura de sus expectativas como

marido, acaso estaba convencido de que fuera de casa —y,

más todavía, fuera de su país, entre personas desconocidas,

sin él para guiarla— el a tendría que haber regresado, cuando

menos, con el aparato digestivo estropeado, si no por las

comidas, sí por los nervios disparados. «Y ahora se sorprende

al saber que ni siquiera tuve una ligera indisposición ».

163

María S tenía algo más que informar a su marido y no veía llegar el momento de hacerlo: No solo su organismo se

había portado muy bien ante el sobresalto de un primer viaje

en avión y la introducción de una dieta que, en efecto, no le

resultaba habitual. También el a —y esta era la gran noticia—

se había lucido en esa primera experiencia profesional

internacional. Rebosante de anécdotas agradables y con el

recuerdo de las felicitaciones recibidas, estaba ansiosa por

contarle los pormenores. Durante más de diez minutos se

mantuvo hablando sin cesar, describiendo entusiasmada

cuanto había realizado en esos días y los elogios que había merecido, mientras él conducía y permanecía en un silencio que el a tuvo por atento.

De repente, el hombre dio un frenazo violento, volvió el rostro hacia el a con furia y le gritó:

«¿No puedes cal arte un rato?... No dejas que me concentre..., ¿no viste que por poco chocamos?».

No había visto nada, en efecto, pero no porque estuviera concentrada en su monólogo, sino porque no había nada que ver: No solo no había ocurrido ningún percance, ni siquiera algún vehículo pasaba cerca de ellos en ese momento.

No obstante, el a se disculpó por su irresponsabilidad: La conducción de un vehículo exige el máximo de atención de quien está al timón, se amonestó, cómo se le ocurría distraerlo con su cháchara. Ya habría tiempo de contarle cuando llegaran a casa.

Lo había perturbado, lo había obligado a desatender el timón, ¡con lo cuidadoso que era en cuanto se relacionara con su auto!

«Lo siento mucho, disculpa», repitió varias veces, casi avergonzada por su imprudencia egoísta...

164

¡Pero sentía tanta necesidad de hablar!

Estaba henchida de satisfacción por esa primera experiencia exitosa, por la manera en que se había desenvuelto a pesar

de su habitual timidez, por haber logrado ir no solo más allá de las expectativas de sus jefes, sino también, y sobre todo, más allá de lo que ella hubiera esperado de sí misma. ¿Cómo no

continuar hablando, cuando tenía tanto que contarle!?

Pero recapacitó. Hizo un esfuerzo y calló: Sería imperdonable que ocurriera un accidente por culpa de ella, y nada menos que ese día que debía ser de fiesta.

Entonces, si mientras él conducía no era el mejor momento para contarle historias..., habría que procurar otro. «¿Cuándo?», se preguntaba, anteviendo en su mente el momento de la llegada a casa. Primero sería llegar, desempacar, darse un baño, acomodarse. Un poco más tarde, ya cuando él estuviera menos tenso y ella menos cansada, conversaría con calma y le contaría cuanto tenía que contar.

Disfrutaba por adelantado la expresión de asombro y satisfacción que su marido mostraría.

Imaginarse la escena la ayudó a controlar los deseos de continuar hablando.

Solo que tampoco al llegar a casa encontró ese momento de reposo en que podría hablar con su marido de esas jornadas durante las cuales su vida había transcurrido de una manera tan diferente de lo habitual, en que descubrió dentro de sí cualidades que desconocía. No apareció el momento, pues en cuanto extrajo del portaequipajes las valijas de su mujer, él salió y regresó muy tarde y cansado, sin deseos de hablar.

Por más que ella lo procuró en los días posteriores, nunca encontró ese minuto especial en que él se dispondría a oír las historias que ella traía para contar.

María S no pudo evitar

165

que le regresaran a la memoria aquel as preguntas de su jefa de departamento que parecían formuladas por María T:

¿Tú estás segura de que a tu marido le gusta la idea de que

tú te desarrolles en tu profesión? ¿No será que está celoso

porque tú avanzas cuando él se ha quedado estancado?

¿No estará envidioso de ti, en el fondo? ¿No se sentirá

disminuido...?

«¿Será posible que el as tengan razón?».

Asombrada, advirtió que había usado el plural en su

mente, como si en verdad hubieran sido la amiga y la jefa

quienes hubieran hecho las preguntas, al unísono.

También se dio cuenta de que tenía miedo de responderles.

Si bien el marido de María S no exteriorizó entusiasmo

excesivo por el éxito profesional obtenido por su mujer durante el viaje, lo mismo no ocurrió con los jefes de la empresa,

quienes, no satisfechos con leer el informe sobre la negociación que entre ambas emisarias redactaron, las citaron de manera

extraordinaria a una junta para que expusieran al consejo de

administración no solo los pormenores de los acuerdos a que

se había llegado gracias a el as, sino, sobre todo, las impresiones personales de ambas acerca del proceso que había conducido

a que obtuvieran tan buen resultado, además de sus criterios

acerca de la contraparte negociadora.

Cuando concluyó la reunión, convertida prácticamente

en un homenaje de los directivos de la empresa a las dos

empleadas que tan bien habían sabido representar sus intereses, María S regresó a casa —hasta donde la condujo, como deferencia adicional, el chofer del gerente general.

166

Se sentía doblemente feliz: El reconocimiento a la forma en que había cumplido la tarea más importante que le habían

encomendado desde que trabajaba en la empresa la llenaba de regocijo. Pero eso no era lo que más placer le reportaba:

El verdadero gozo que la embargaba nacía de su convicción de

que, cuando se enterara de las noticias que en la reunión le habían dado, su marido reconocería que los méritos de el a, si bien todavía no alcanzaban a superar los suyos, al menos eran suficientes para colocarla en pie de igualdad con él. En

un raptó de inmodestia que no se perdonaría por un tiempo,

llegó a pensar que su mérito, en esencia, era superior a los

de El Ingeniero, pues, si con él contaban para lo relativo a la buena marcha de procedimientos mecánicos internos, en este

caso se trataba de algo mucho más relevante, nada menos que

la proyección internacional de la empresa.

«Y yo supe cumplir el encargo..., por todo lo alto. Y hasta

fui felicitada ante el consejo de administración en pleno, cosa pocas veces vista en la empresa, como me comentó la jefa».

Desde luego, de inmediato se recriminó por haberse

permitido pensamientos tan pretenciosos. Los méritos de su

marido no eran por un solo hecho, por destacado que fuera,

como era el caso de el a, sino por la labor de muchos años...

Eso valía más, no había comparación.

«Me alegro por ti», fue la expresión más efusiva —y la única— que María S oyó de su marido cuando le resumió el

desarrollo de la reunión a que la habían invitado. Se sintió un tanto desalentada por la evidente falta de entusiasmo ante

algo que resultaba tan importante para el a, pero supuso que no había sabido expresarse bien.

Entonces fue peor: El Ingeniero no se mostró satisfecho, como el a imaginó, cuando oyó de labios de su mujer que en

167

los próximos meses se produciría una nueva negociación en la que el a participaría; esta sería de mayor importancia para la empresa, tanto que el mismo gerente general encabezaría el grupo.

«Y si el consejo no se opone, me gustaría llevarme a estas dos mujeres excepcionales conmigo», había declarado el directivo, en presencia de ambas.

«Y la aprobación fue unánime», contaba María S, tan exaltada que no advertía las muecas de disgusto del hombre.

Acaso algo notó, aunque no de modo consciente, porque, sin saber por qué, no expuso todas las razones alegadas por el gerente general para llevarlas a las dos mujeres y no a una sola. La jefa de departamento sería promovida próximamente, por lo cual era conveniente que participara de la negociación que se preparaba, y a la vez se valoraba la posibilidad de que María S la sustituyera o, como también se había pensado con anterioridad, pasara a ocupar una

representación en el extranjero.

«Con cualquiera de las dos variantes, y en vista de la excelencia de su reciente desempeño», había concluido el gerente general, «Sería muy conveniente que la colega nos acompañe, para que siga acumulando experiencias que de seguro nos resultarán muy beneficiosas en el futuro».

«¿Y yo tengo que estar de acuerdo con eso?». El marido

de María S no tenía necesidad de enterarse de las interioridades de la reunión del consejo de administración de la empresa

para indignarse con sus resultados. ¿Quiénes se creían esos señores que eran para disponer así de la vida de los demás?

¿Acaso olvidaban que su mujer tenía obligaciones con él?

Verdad que era la empleada de ellos, que eran ellos quienes le pagaban, y nada mal, pero, ¿qué significaba eso? Ante

168

todo, era la mujer de él, él era su marido, ¿acaso eso no pesaba más?... «El matrimonio es sagrado, el núcleo de la

sociedad..., ¿ellos no lo toman en cuenta?»

Además, si se oponía a ese viaje, ¿qué iban a hacer ellos?

Cuando él se ponía así, a monologar con preguntas, María S se espantaba. Sabía que podría perderse por cualquier camino, sobre todo por el más absurdo, cuando comenzara a darse las respuestas, y por lo general terminaría enfilando todos los cañones contra su mujer, quien sería la culpable principal de cualquier cosa que en ese momento se le ocurriera. En tales casos, ella nunca estaba segura de cuál

opción escoger: Cal ar, restar importancia al asunto, o intentar desviar la atención hacia otro tema; todas resultaban erradas

por igual. En esta ocasión optó por restarle importancia:

«Todavía es pronto para preocuparse, todavía no es seguro que haya que viajar para la negociación... Incluso es posible que sea la contraparte extranjera la que se desplace y venga».

«A mí no me vengas ahora con ese cuento para

tranquilizarme», la interrumpió El Ingeniero al darse cuenta de que el a se disponía a enumerar las razones por las cuales

acaso no viajaría, «¿Te crees que no me doy cuenta de lo que hay detrás de todo esto?».

El a admitió que no entendía qué era eso de lo que él se daba cuenta.

«¡No te hagas la ignorante!».

Él había oído hablar bastante del gerente general; todo el mundo sabía que le gustaba enredarse con mujeres casadas.

Que el a no se hiciera la que no lo había oído, porque era seguro que también estaba al tanto.

«Anda detrás de una de ustedes, me la juego; por eso el dichoso viaje se va a dar, por el interés personal de él...»,

169

y si viaja con las dos es para disimular, para no levantar sospechas». Pero a él nadie lo engañaba: «Es más, yo sé muy

bien hacia dónde está apuntando, y no va a ser hacia la vieja esa, no».

¿Imaginaba el a que su marido era tonto?, ¿que había

nacido ayer...? ¿Qué quería decir eso de enviar a su propio chofer a llevarla hasta la casa? ¿Una atención con la empleada eficiente? ¿Cuándo se vio? «¿Qué considerado, verdad?... Pero esa no me la trago yo, aunque me quedé calado y no dije nada cuando vi la jugada no quiere decir que me la hayan pasado por las narices... Es demasiada cortesía para ser gratuita, estos ricachones no dan nada si no hay algún interés particular... Alguno tiene él... Y a saber qué señales tú le habrás dado a él... Porque algo vio que lo decidió, nadie se lanza a la piscina sin mirar primero si tiene agua».

En el primer viaje, mientras no supo que con su mujer iba una jefa de departamento y nadie más, había permanecido bajo los efectos de un ataque de celos que no le dejaba un minuto de reposo. Lo sosegó enterarse de que no iría ningún hombre, sino solo la jefa, mujer madura, casada...

«¿Quién sabe?», comentó consigo mismo cuando lo supo, acaso ese viaje le resultaba beneficioso, visto que una mujer con tantos años viviendo con el mismo hombre, con hijos, tendría muchos buenos consejos que darle a la suya, que hasta entonces siempre había estado a expensas de las malas influencias de sus amigas de la universidad, por más que él hubiera intentado contrarrestarlas.

Pero enterarse ahora de que María S volvería a salir al extranjero —por lo tanto, nuevamente estaría lejos de su control durante varios días—, y para colmo acompañando

a un hombre con aureola de donjuán, maduro, inteligente y podrido en dinero, lo llevó a un estado de zozobra

insoportable.

Tenía que encontrar la manera de liberarse de ese tormento.

Meditó durante días, buscando la idea salvadora que pudiera ayudarlo a salir de esa complicación que había aparecido en su vida. No era justo; él que todo lo hacía para que su vida fluyera como las aguas de un riachuelo, sin turbulencias ni crecidas, tenía siempre que andar enfrentando situaciones que intentaban sacarlo de cauce.

Y ahora, nada menos que a esa inútil que tenía como mujer se le ocurría creerse importante. Importante y sin compromisos con él.

«Tengo que encontrar un modo de terminar con esa payasada».

No obstante, por más que estudió la situación, no dio con la fórmula que le resolvería el problema. Disponía de una, desde luego, muy efectiva, pero extrema: Si se lo proponía, podía obtener que María S se negara a cumplir la encomienda

de la empresa, lo lograría sin gran esfuerzo. Era una solución sencilla a que estaba al alcance de la mano, pero no se decidía

a ponerla en práctica, porque resultaba inconveniente.

No era un jefe cualquiera quien había escogido a María S de acompañante, sino el más importante de todos, aquel contra cuyas decisiones no cabía apelación, pues encima

solo tenía al consejo que él mismo encabezaba; de modo que negarse a cumplir un encargo suyo, menos en asunto de tanta trascendencia, no sería nada conveniente para el a —sin descontar alguna represalia contra él, si sospechaban, como seguramente harían, que tenía responsabilidad en una

171

negativa de María S—. En realidad no le importaba ni mucho ni poco cuanto sucediera con el a y su empleo; de hecho,

no le gustaba que trabajara, preferiría que no lo hiciera y dedicara todo el tiempo a atenderlo...

Pero debía admitirlo: «Me hace falta su salario todavía...».

Ya llegaría el tiempo en que no lo necesitara más, ni a su propio salario, pero ese momento aún no llegaba, debía esperar. Hasta ahora había sabido tener paciencia, debía continuar teniéndola.

Había ido labrando su futuro paso a paso desde antes de conocer a María S. Con sus ahorros y pequeños negocios — de los que prefería no conversar con el a—, había adquirido una propiedad que poco a poco estaba habilitando para convertirla en motel y dedicarse al trabajo independiente; al casarse con María S había logrado hacerse de la asociada ideal para llevar adelante sus planes. Los contratiempos que constantemente surgían le habían impedido hasta entonces dar el salto definitivo, pero no abandonaba la idea; por esa razón se veía obligado a la concesión de que su mujer continuara trabajando bajo las órdenes de otras personas, y no bajo las suyas en el negocio familiar. También por ese

motivo le molestaba el entusiasmo que el a ahora manifestaba ante los elogios recibidos en los últimos tiempos.

«Como si hubiera olvidado nuestros planes».

Porque en los planes de El Ingeniero se contaba que el a se responsabilizara con el buen funcionamiento del motel, no que pasara su vida sentada en una oficina. O dando viajecitos de trabajo, Dios sabe haciendo qué mientras él no se encontraba cerca de el a.

Estaba claro que de momento no podía permitirse el lujo de que María S dejara el empleo, y también estaba claro que

172

no podía permitir que el a llegara a sentirse capaz de tomar otro camino que no fuera el que él había trazado para ambos.

«Tiene que haber alguna forma».

Y bien que la había, siempre estuvo ahí:

«Tengo que embarazarla».

Recordó que no había obtenido resultado en la ocasión anterior, pero tenía que admitir consigo mismo que le había

exigido demasiado a la suerte: «Con una única vez, habría sido casi un milagro...». Tenía que intentarlo con más frecuencia,

con tiempo, hasta poner a la naturaleza a trabajar a su favor.

«El embarazo es el remedio santo contra los aspavientos liberales de las mujeres».

Estaba convencido.

Como para embarazar por medios naturales ha de producirse eso que científicamente llaman coito —aunque

también se conozca por muchos otros nombres menos elegantes, pero más expresivos—, María S se encontró de repente con que El Ingeniero, que hacía mucho había llegado a la conclusión de que tener sexo con él a una vez al mes era suficiente para cumplir su obligación de marido —y en él las costumbres tenían fuerza de ley inamovible, como él no desconocía—, modificó de repente su modo de actuar y comenzó a reclamarla una noche por semana. Cada sábado, para ser exactos: Tampoco había que arriesgarse a afectar el horario de llegada al trabajo por culpa del compromiso nocturno.

Compromiso que se consumaba sin protección, valga la aclaración, según la nueva tradición impuesta la noche anterior al primer viaje de María S —dicho sea de paso, en

173

aquel a ocasión ocurrió más de una alteración en las costumbres maritales, pues esa noche al hombre no le correspondía

cumplir la obligación y sin embargo lo hizo; él lo entendió como una forma de despedida amorosa. Había sido un detalle, se podría afirmar.

Pasaron algunos meses, durante los cuales a María S no le habían hablado más en su empresa del anunciado segundo viaje al extranjero —lo cual advertía que no desagradaba a su marido, aunque ninguno de los dos trajera el tema a colación—.

Por otra parte, no obstante el nuevo régimen impuesto en la vida íntima de la pareja y la hebdomadaria emisión seminal

que recibía en su vientre en virtud de esa novedad, el a no presentaba el menor signo de embarazo —incluso, como si la naturaleza se burlara, las irregularidades menstruales habían desaparecido y dado paso a una puntualidad asombrosa.

El Ingeniero llegó a sospechar que el a estuviera tomando algo para evitar la concepción y entorpecer sus planes, sin prestar atención a que los médicos le habían prohibido consumir anticonceptivos, y revisaba botiquines y gavetas en busca de pruebas para confirmar su presunción. Nunca encontró nada, porque no era cierto, pero de todas formas la acusaba de no querer tener hijos suyos —aunque no se atrevía a recordárselo, el a se asombraba de esa repentina preocupación del hombre por la descendencia, pues el tema de la reproducción no hubiera sido tratado antes entre ellos, pues quien realmente nunca había estado interesado en el asunto —ni lo estaría si hubiera otra opción, sabemos nosotros— era él.

«Tú mira a ver qué es lo que te pasa, porque el problema no es mío, yo tengo hijos, y tú bien que lo sabes...».

174

Si él no tenía problemas para engendrar, como constaba a ambos, y si no había sorprendido indicio alguno de que el a estuviera medicándose para evitar la concepción, la única explicación era que su mujer era estéril. Si fuera así, sus esfuerzos para embarazarla estaban condenados al fracaso.

Pensar en esa posibilidad lo conducía a accesos de furia.

Se sacrificaba por nada.

«Solo eso te faltaba, que además fueras machorra».

La calificación estaba bien como forma de castigarla por su

falta de fertilidad, por eso la repetía con gusto, pero no constituía ningún consuelo para él, que se sentía encerrado en un callejón sin salida. ¿Sería posible que debiera darse por vencido, y en algo tan importante, solo por la mala suerte de haberse casado con una mujer que no podía concebir?

La ecuación para

describir su conflicto era sencilla, por eso mismo desesperante:

«Si no la embarazo, no podré impedir que sigan

enviándola a cuanto lugar se les ocurra a los jefes de la empresa».

¿Y si a cuenta de esos viajes le salían ínfulas de gente

importante y terminaba por pretender independizarse de

él? Ya algo de eso se había oído en las peroratas de María S

sobre los reconocidos que estaban sus jefes por aquel supuesto

buen desempeño en el extranjero.

¿Independizarse ella? ¿De él?

Ni como hipótesis. No lo admitía ni lo admitiría. Muchos

desvelos le había costado moldearla a su gusto para aceptar

la posibilidad.

Debió consentir, sin embargo, que el segundo viaje de

María S se materializara, a pesar de su insistencia en el

empeño semanal en busca de aquella estúpida gravidez que

no acababa de aparecer.

175

Y lo peor, debió tolerar además que, al regreso, de nuevo la felicitaran por sus buenos resultados.

Eso no podía estar bien. ¿Ella felicitada? Y no una, sino dos

veces.

Definitivamente, ya no entendía la vida. Al menos, la que estaba viviendo era totalmente absurda: No tenía sentido que él, que siempre obtenía lo que se proponía, porque era un hombre de carácter firme y con ideas precisas sobre todas las cosas, estaba empantanado sin encontrar la solución a un problema, y ni siquiera conseguía algo tan sencillo como embarazar a su mujer; en cambio el a, una buena-para-nada, una persona inútil en toda la línea, como bien le constaba a él, solo porque una vez hizo sonar la flauta por casualidad —«Bueno..., dos veces, pero, igual, la misma mierda»—, ahora recibía elogios por cualquier tontería.

Decididamente, en el mundo no hay justicia.

«El mundo está loco».

«Esta muchacha ha sido el descubrimiento del año», comentaría el gerente general ante el consejo, al concluir la lectura de su propio informe sobre los resultados de la negociación recién concluida. «Nadie que la vea, tan modosita y tímida, podría sospechar el potencial que esconde. Creo que ni el a misma... Estoy asombrado».

En las reuniones iniciales con la contraparte apenas se notaba su presencia, contó; permanecía en el más absoluto silencio y casi ni se movía en su asiento mientras realizaba algunos apuntes.

«Al verla tan apagada, casi invisible, llegué a preguntarme

si había tomado una buena decisión al llevarla conmigo,

176

pero no demoré mucho en darme cuenta de que no me había equivocado. Un poco más tarde, cuando entre los

tres repasábamos lo ocurrido durante la jornada, el a

me solicitó permiso para decir unas cositas... Y ahí fue

el gran descubrimiento para mí. Admito que me quedé

asombrado... Las cositas eran nada más ni nada menos que

un análisis detallado de todo lo que nuestra contraparte había expuesto... Fue señalando uno por uno los puntos donde

podíamos obtener ventajas y donde nuestras posibilidades

eran escasas o nulas. Que no eran pocos, por cierto... Le

pregunté si era todo y me respondió que le faltaban otras

notas... ¿Y cuáles eran esas notas? Pues algunas ideas que,

una vez que las redondeamos entre los tres, al día siguiente

nos permitieron superar las dificultades que se nos habían

presentado en la negociación... Tremenda intuición para los

negocios, ¿quién lo iba a imaginar?».

El gerente general no ocultaba su satisfacción mientras

relataba la anécdota a sus colegas. Pero no había concluido.

«Eso no fue lo más asombroso. Lo que más me sorprendió

fue que, ya en la última sesión, se atrevió a halarme por un

momento mientras yo exponía algunas ideas, con tal insistencia

que me vi obligado a detenerme. Me volví a él, molesto

por la interrupción, y algunos de los presentes me miraron

embarazados. Me comentó algo al oído, apresuradamente...

Déjenme aclararles que no me dijo cualquier cosa... Me estaba salvando de cometer un error costosísimo».

María S había se había atrevido a algo que empleados con más tiempo trabajando cerca de él no hubieran ni soñado hacer, comentó el gerente general, y gracias a eso había prestado un gran servicio a la empresa.

«¡Y con esa miradita tímida que tiene!».

177

A María S no la informaron de los pormenores de lo tratado en la reunión del consejo, al que esa vez no fue

invitada, y nunca llegó a conocer los comentarios del gerente general y del resto de los asociados, de modo que El Ingeniero no debió sufrir oyéndole el relato. Tampoco supo que uno de los acuerdos adoptados ese día fue comenzar con el a un plan de adiestramiento que, a mediano plazo, la conduciría a ocupar un puesto de mayor responsabilidad y, en consecuencia, de mucho mejor remuneración. No le comunicaron la decisión de inmediato porque dependía de análisis posteriores, pero en cambio le anunciaron que se había acordado comenzar con el a un reciclaje profesional, por lo que tendría que matricular en algunos cursos a cuenta de la empresa, y pronto comenzaría a visitar instalaciones situadas en otras ciudades, como parte de su entrenamiento. Junto a ello un modesto, pero no poco significativo, incremento en el salario.

178

Señales

Los senos, antes no pequeños, pero tampoco de un volumen tal que llamaran demasiado la atención, que de repente una siente como más llenos, ligeramente más pesados y tirantes.

La punta de los pezones, ahora algo sensible al roce con la tela de los sostenes.

La sialorrea, como dicen los especialistas, que son estos continuos deseos de escupir porque la boca se llena de saliva constantemente.

Los accesos de repugnancia sin razón alguna, que la llevan a una a salir corriendo de la reunión con colegas; a veces el tiempo no alcanza y se ha de vomitar delante de todo el mundo.

Qué vergüenza.

La menstruación, que demora en su visita mensual más allá de lo esperado; una ha sido siempre bastante irregular, es cierto, pero nunca se ha atrasado tanto como esta vez, y se sospecha, se sospecha: Algo sucede. «Esto no es normal, ¿qué me estará pasando?».

Por fin, ya no hay lugar a la duda. Se suman señales, se compara, se analiza, y se descubre que no está pasando nada, porque está pasando todo. En su interior una está produciendo un milagro, el milagro de la formación de un nuevo ser humano.

Más adelante, cuando el médico dé su dictamen especializado, no nos habrá descubierto nada nuevo, solo confirmará, con sus llanas palabras de hombres, como diría el Poeta, lo que ya una, indocta, sabía de mucho antes.

No será solo eso: Más adelante vendrá el abultamiento cada vez mayor del vientre, que algunas temen porque creen que les afecta la figura, sin entender que es una manera diferente y mágica de la belleza.

Manera diferente y mágica, porque es la belleza del surgimiento de la vida. Ninguna otra se le iguala.

¿Y las pataditas? Nadie que no haya experimentado esa sensación indescriptible podría imaginarla. Una salta del susto la primera vez que la siente, pero después la espera con ansia, porque es un género de goce que no es posible comparar con ningún otro, nacido desde dentro de una misma, para una misma. Goce que no se puede compartir y, sin embargo, para que sea completo una necesita que alguien más participe, e invita a los demás para que vengan y prueben que ese prodigio es real, que no lo soñamos, «Toca, toca aquí, míralo», decimos al marido, a las amigas, y hasta a personas ajenas, a quienes en otras condiciones jamás hubiéramos permitido poner la mano sobre nuestro cuerpo.

¡Y las pataditas entonces se niegan a aparecer!

Los tiempos que corren son científicos y materialistas, ya no hay lugar para las expectativas y quimeras de

antiguamente, cuando nos guiábamos por la abundancia o la falta de estos signos o de aquellos para pronosticar si traeríamos al mundo una mujercita o un hombrecito. O los trucos de abuelas y tías, que lo profetizaban según la silla donde nos sentábamos: Si te sentabas sobre el cuchillo, sería varón; si sobre la tijera, hembra. «Recurso que nunca falla», 180

nos aseguraban ancianas respetables, la experiencia de siglos lo afirmaba y muchas mujeres podían atestiguarlo, aunque

los hombres, descreídos, se burlaran. Si, al cabo de los nueve meses, no resultaba cierto lo que auguró la abuela o la tía, ya habría algún recurso al cual echarle mano para justificar el error, y tanto el acierto como la equivocación serían motivo de regocijo.

Con el progreso tecnológico, esa fantasía ha desaparecido:

En cualquier farmacia se compra el reactivo que nos reafirma en lo que sospechábamos; los médicos disponen de aparatos, mediciones y pruebas de laboratorio con los cuales nos informan del sexo y el grado de maduración de la criatura que se está formando dentro de nosotras. Algunos hasta nos avisan de enfermedades que quizás algún día habrá de padecer.

Hoy una está más segura de lo que lleva dentro.

Algunos aseveran que así la espera resulta menos poética, porque desaparece la sorpresa. Olvidan, o desconocen, que no es en la sorpresa donde se encierra la poesía, sino en la espera en sí misma. Poesía son los nueve meses y el fruto que madura con ellos. En cualquier caso, es poema que se

escribe dentro de una, con la sangre de una, ¿deja de serlo porque lo miren con lentes?

El a está embarazada.

En su vientre se forma un nuevo ser. La sangre de una mujer y la sangre de un hombre se han unido para engendrar nueva vida. Es temprano para saber si se trata de una muchachita o de un muchachito. Pronto la ciencia lo dirá, ya no hay que esperar al nacimiento como antes: El tiempo

181

de no saber si soñar azul o rosado ya no se alarga por nueve meses. Pero aún es pronto, la ciencia todavía no habla; el

doctor solo corrobora que sí, que es como el a ha afirmado:

María S está embarazada.

No soy ninguna machorra, estoy embarazada, era la frase surgida en su mente, la que deseó expresar para hacerse justicia, pero prefirió enunciar solo la segunda oración, su felicidad era demasiada para permitir que la respuesta del hombre empañara el momento en que hacía el anuncio más trascendente de su existencia hasta entonces. Pasó por alto en su regocijo que, si el embarazo le resultara difícil, los malestares podrían afectar los planes de la empresa con el a. Podría suceder, pero, ¿no resultaba más trascendente traer un hijo al mundo que todos los planes juntos de todas las empresas del planeta?

Además, con ese embarazo lo complacía a él, tan ansioso como se mostraba por su aparente imposibilidad de concebir.

Y se reafirmaba ante sí misma como mujer, como persona.

¿Qué más pedir? Eran razones suficientes para sentirse radiante.

Que los jefes se armaran de paciencia, pues, y esperaran a que cumpliera su función de madre, ya habría tiempo para el resto más adelante.

Se dice que las hembritas son del padre y los varones de la madre; por eso hay hombres que, luego de tener hijos con

varias mujeres, anclan la nave de su vida en el puerto de quien, en el primer parto, puso en su mano una deliciosa chiquil a

llorona que él no sabía cómo sostener: ¿Si apretaba mucho y

le hacía daño? ¿Si no la sostenía lo suficiente y la dejaba caer 182

al piso? No, mejor no cargarla, que la cargue la madre, el a es mujer y las mujeres nacen sabiendo de eso, lo llevan en la

sangre; uno mejor ayuda con los bultos, no vayan a decir que abusa de la infeliz.

Transcurre el tiempo y es verdad, aquel a chiquil a con su risa y sus caricias aleja las amarguras del padre, que olvida cuánto le duele existir cuando se pierde en la mirada de su

niña. Llegada a adulta, y él a viejo, a veces el a equivoca los términos y comienza a actuar como si fuera la madre de su

padre, sobre todo si el paso de los años lo ha dejado solo.

Aquel a chiquil a será su nueva madre en la vejez, pero siempre será la niña de papá.

¿Y si es un varoncito? ¿Qué sabor inolvidable tendrá esa tarde única en la cual, sentados a una mesa, se dispongan a

beber la primera cerveza de sus vidas, no como padre e hijo, sino como dos amigos reunidos para hablar de sus asuntos de hombres?

Quizás a partir de entonces el que fuera un chiquillo sea el definitivo compinche de papá.

La sangre de una mujer y la sangre de un hombre se juntan y realizan el prodigio.

Un muchachito, una muchachita, algo milagroso se gesta en ese vientre de mujer, y un hombre lo recibirá como el mayor premio de su vida. ¿Comprenderá él la dimensión del regalo que recibe?

Un nuevo ser está germinando en el interior de el a.

Por tanto, y ante todo, esencialmente, un nuevo ser que es de el a.

Desde antes de nacer, desde antes de ser feto o siquiera embrión, es de el a.

Pues lo conoció antes que nadie.

183

Lo sintió alentar antes que nadie.

No puede afirmar lo mismo el hombre, esa potestad no se la otorgó la naturaleza; podrá armarse de toda la prepotencia del mundo durante su paso por él, pero esa primacía no le fue concedida, ese privilegio nunca habrá de disfrutarlo.

Del hombre solo es el nuevo fruto después de transcurridos los nueve meses. Cuando el a lo comparta con él y con el

mundo.

Entonces se lo presentará: «Mira a tu hijo...».

Entonces lo conocerá.

Y tendrá que aceptarlo como suyo. Deberá creer que es suyo. Ser madre es certeza en la mujer; ser padre implica un acto de fe en el hombre: Lo toma o lo deja.

A veces duda: «Es mío, pero..., ¿en qué se me parece?».

A él a nadie habrá de presentarle nada, ni deberá aceptar lo dicho por otros, no duda, porque disfruta del privilegio de saber: El a sabe. Es dueña de toda la verdad y todas las certidumbres, porque la verdad y las certidumbres surgieron y le crecieron dentro, se formaron a partir de él a misma. Su hijo es su hijo. El de él a. De nadie más.

María S sostiene en los brazos un niño y sabe que es su hijo. El marido mira a ambos. Observa y medita.

¿Será verdad que es el de él? ¿Por qué ha de aceptar con los ojos cerrados y sin sombra de duda que esa criatura llorona

y llena de arrugas, solo por afirmarlo él a, es su hijo? ¿Y si no lo fuera? ¿No se ha caracterizado él, durante toda su vida, por la desconfianza? ¿Ponerla a un lado ahora?

María S ha presentado el hijo de él a a su marido: «Mira a tu hijo... Un varoncito».

184

Meses antes le anunció que estaba embarazada. No tuvo necesidad de completar la idea escondida en la mente, No

soy machorra como tú decías, porque él leyó en sus ojos el mensaje. De cualquier manera, aunque hubiera expresado su

pensamiento, él no se habría inmutado. Ni la hubiera oído, acaso. Ante la magnitud de la noticia, en esos momentos le daba lo mismo saberla machorra que paridora.

Ese no era el asunto. Su asunto.

«¿Cómo dijiste?».

No fue una pregunta, en esencia. No fue siquiera una exclamación de asombro. Era una protesta por la realidad incomprensible que se le echaba encima. ¿Qué era eso de estoy embarazada? ¿El a? ¿Después de tanto tiempo gastado encima de el a sin que hubiera resultado? ¿Y ahora, precisamente después de haber regresado de un viaje de dos semanas por el extranjero, acompañando nada menos que al gerente general, ahora venía a decirle estoy embarazada? No, ¿qué se pensaba el a?, eso no era así...

«¿Y cuándo fue eso?».

Esta vez sí era una pregunta, y su contenido iba más al á del significado de las palabras.

¿Cómo establecer el momento preciso en que una queda embarazada? María S comenzó a echar cuentas, a repasar los pequeños avisos que en su momento había pasado por alto...

Su marido la oía hablar, pero no la escuchaba. Tampoco era su costumbre, pero ahora tenía demasiado en qué ocupar su atención.

Durante los nueve meses cuyo conteo se iniciaba por esos días, el marido de María S no iba a preocuparse por si

debía soñar en azul o en rosado. No le interesaría imaginarse
cuidado por una segunda madre cuando fuera viejo, si el

185

resultado de aquel embarazo era una niña. Ni bebiendo la primera cerveza con el nuevo mejor
amigo, si era un niño lo

anidado en el vientre de quien le anunciaba lo que él debería
creer.

Él no era ningún infeliz al que cualquiera engatusa. No era
hombre de tragarse un cuento como ese, tan mal contado.

Menos si lo contaba una mujer. Menos si lo contaba esa
mujer que supuestamente era la suya.

Y que tal vez lo fuera también de otro. Del verdadero
causante de ese embarazo.

Fue directo a la esencia y lo declaró de una vez, para no dar
lugar a duda: Que no pretendiera hacerlo pasar por tonto:

«Ese hijo no es mío».

Él lo sabía.

Nada como posiciones definidas desde el principio de una
guerra que se iniciaba.

Las nueve lunas —los nueve meses solo son una forma
de hablar; nueve lunas pudiera resultar más exacto, afirman
algunos— que habrían de contar María S y su marido a
partir del momento del anuncio de su embarazo no solo
serían de achaques que le impedirían acompañar a su jefe en
otra negociación, además de incumplir el plan de reciclaje
que la empresa le había organizado. Serían, ante todo, los

días, las semanas y los meses de la lucha de él para obligarla a confesar la verdad: Que lo anidado en su vientre llevaba la

sangre de otro hombre, no la de él.

La otra lucha de El Ingeniero, la interior, era ambigua en su esencia. Por una parte, albergaba la convicción, que no sospecha, de que su mujer lo había engañado con alguien —pudiera haber sido el propio gerente general, oportunidades no habrían faltado en aquel maldito viaje,

186

pero también cualquier otro, las mujeres no escogen mucho a la hora de engañar a sus maridos—. Por otra parte, no se le

escapaba que la nueva situación llegaba en un buen momento y le resolvía un problema para el cual no había solución.

Con el embarazo, unido a lo floja que María S resultaba para todo, lo más probable era que los planes de la empresa con el a se interrumpieran. De manera que esa amenaza a sus proyectos de independencia económica quedaría eliminada por mucho tiempo. Por siempre, para ser exacto.

Él encontraría modo de impedir el surgimiento de otra amenaza.

Durante el tiempo del embarazo María S osciló entre los achaques, abundantes aunque soportables, el gozo de sentir cómo en su interior se iba formando su hijo, y las reclamaciones del marido, negado a aceptar la inocencia de una gestación aparecida precisamente después de el a haber estado separada de él por dos semanas. Día tras día se veía

obligada a jurar que en su vientre llevaba un hijo de él, el a nunca había estado con alguien que no fuera él.

«Pero no eras virgen cuando nos casamos», le recordaba entonces, con vehemencia, como si estuviera convencido de que la criatura por nacer era fruto de aquel a única y lejanísima relación de su mujer con otro hombre.

«Tú sabrás lo que hiciste...», había respondido su mamá cuando le comentó la actitud del marido ante su preñez, en busca de apoyo moral o consejo. «Si es verdad que es de él, no veo por qué tanta preocupación de tu parte... Ya se le pasará».

Si María S sabía que estaba casada con un hombre celoso, ¿qué otra cosa esperaba que pasara? ¿Qué lo aceptara así

187

como así, solo porque el a lo decía? Él estaba en su derecho de dudar, porque una es la que sabe lo que anduvo haciendo,

no el marido.

«Ellos no saben nada..., ¿cómo van a saberlo? Una es la que sabe. Tú eres la que sabe... ¡Porque tú sí sabes lo que anduviste haciendo!».

La miró a los ojos con la intensidad del fiscal al acusado de asesinato.

«Ven acá... ¿No será que él tiene razón? ¿Es eso lo que te preocupa?».

Pero María S no se preocupaba por esa razón; sabía muy bien lo que anduvo haciendo; esto es: Nada.

«No anduve haciendo nada, mamá; ¿qué cosa podía haber

hecho?». Ese hijo era de El Ingeniero, no de ningún otro, como había insinuado su madre. «No existe ningún otro, mamá...

¿Cómo puedes creer que yo...?».

La mamá solo la miraba. El fiscal solo la miraba.

Lo que preocupaba a María S y le dolía en ese mismo

instante era sentirse sola, descubrir que no podía contar con

la ayuda de nadie, porque la única era su madre y no le creía.

Y sin siquiera poder soñar en recibir ni el más elemental

gesto solidario de su marido, porque él solo sabía repetir Eso no es mío. De su boca únicamente le llegaban amenazas de

castigos no precisados.

Cercano ya el día del parto, la amenaza se hizo más

concreta. El hombre habló despacio y claro, sin dejar lugar a

ambigüedades:

«En cuanto nazca el crío haces un bulto con las pertenencias

de los dos y te vas de la casa».

188

Que no imaginara que iba a alimentar al hijo de otro; el a sabía quién era el dueño de eso, pues que lo buscara y se

fuera a vivir con él.

«Él lo hizo..., que él lo mantenga».

«A mí nada se me perdió allí, yo no soy médico ni

enfermero, para lo único que serviría es para estorbar», fue

la respuesta de El Ingeniero cuando corrieron a avisarle que

su esposa estaba en la maternidad. Que iría en el horario

normal de visita, respondió, no podía dejar el trabajo que realizaba en ese momento, y en el hospital ella estaba bien atendida.

«Es un hospital de primera, y el personal sabe lo que tiene que hacer; allí no hago nada, solo estorbar... Yo sé que va a estar bien...».

No obstante, ante la insistencia de los colegas, y el permiso de sus jefes para ausentarse antes de la hora de salida, comprendió que no debía continuar con los pretextos.

Marchó a visitar a María S.

Por el camino iba repitiéndose que debía mantener la serenidad en público y guardar las apariencias; ya tendría ocasión de ajustarle las cuentas en cuanto los tres estuvieran en casa.

Como culminación de una gestación llena de achaques que al menos en dos ocasiones la pusieron en riesgo de ser internada en el hospital antes de tiempo, el parto de María S resultó doloroso y demorado. Sin embargo, la mujer que El Ingeniero encontró intentando amamantar a su niño recién nacido era la personificación de la felicidad. Se notaba ojerosa, pálida, cansada, pero a la vez resplandeciente: Sus

189

ojos sonreían y cada poro de su rostro irradiaba luz mientras miraba a su hijo.

El rostro de su marido, en cambio, se mostraba hosco; no encontraba la razón para tanta complacencia por esa cosa, aunque solo había visto el bulto, no al niño. Una enfermera,

al verlo, le dijo sonriente: «No se preocupe, papá, ya todo pasó... Los dos están bien..., acérquese». Confundiendo las

señales, imaginó que el hombre estaba asustado, algo muy común entre los primerizos.

Él emitió un gruñido de respuesta que la enfermera no alcanzó a oír y se acercó a la cama.

«Mira a tu hijo... Un varoncito...», reclamó María S, viendo que él, aunque se había acercado a la cama, miraba hacia cualquier lugar menos hacia el recién nacido. «Es igualito a ti».

No tenía ninguna razón para mirar, ese no era hijo suyo, ¿qué pretendía el que viera?; era un crío como cualquier otro, con ojos, nariz y boca. Arrugado. Feo. Pero miró, sin saber por qué. Tal vez para mejor certificarse de la traición de que había sido objeto.

En un primer momento, no vio nada más que un chiquillo envuelto en pañales, lleno de arrugas y con los ojos cerrados.

Bastante feo. Como todo recién nacido, pensó.

«Ya miré..., ¿ahora qué más quieres que haga, que me lo coma a besos?».

«Que lo mires bien..., fijate..., fijate... ¿No ves cómo se parece a ti..., muchísimo?».

¿Que se parecía a él..., eso?

Otro gruñido del hombre. Pero esta vez de asombro.

¡Pues sí que se parecía, y mucho!

Demasiado.

El a podía haberle mencionado exactamente en qué se parecía, pero prefirió no mencionarlo; era en algo de lo cual

su marido no se sentía orgulloso. Mejor no sacarlo a relucir, aunque fuera la mejor prueba en su descargo.

Se trataba de una historia larga.

Antes, mucho antes de que respondiera por El Ingeniero, a

partir de un diploma que en la realidad no poseía, el marido de María S era conocido por un mote que, a diferencia de aquel

falso título, tanto le hacía justicia como se ajustaba a la realidad.

Siendo primero un niño, y más tarde un jovencuelo, más de una vez debió liarse a puñetazos con algún coetáneo por ese motivo, pero nunca encontró forma de impedir que algún gracioso se refiriera a él con un apodo que apuntaba hacia su característica física más notoria: La forma de la cabeza.

Achatada por los lados y alargada al frente y hacia atrás, dígame de una vez para ser exactos en la descripción.

No tendría razón para ser de otro modo, habría que señalar, pues padre y abuelo, hasta donde él recordaba, mostraban estructura cefálica parecida: Se trataba de una marca de familia, ni más ni menos, diríase un ensañamiento de la genética; solo un tío y su hermano habían escapado a la herencia. Pero no era legado del cual alguien pudiera enorgullecerse, al menos no él, que nunca perdonó a sus padres, incluso después de alcanzar la madurez, haberle otorgado esa apariencia cuando, en cambio, su hermano mayor, el preferido de la familia, ostentaba una cabeza

bastante redondeada, casi perfecta —apenas un poco pronunciada la frente, como pregonando la gran inteligencia que todos le achacaban.

191

Una verdadera injusticia con él.

Desde que tuvo algún grado de conciencia de sí mismo como individuo lo había molestado verse reflejado en el espejo, y no pocas veces otros niños se burlaron de él por la forma de su cráneo, imposible de disimular con el peinado. Era duro, pero al menos fue algo innominado durante los primeros años, y él conservaba su nombre. Lo que no tiene nombre no existe, por tanto el verdadero problema todavía no había nacido. Nació cuando andaba por cercano a los diez, una tarde cuando, mientras la maestra mostraba unas láminas referidas a la Primera Guerra Mundial, uno de los condiscípulos exclamó admirado, señalando hacia él:

«¡Pero si es igualito a la cabeza de este!».

La lámina mostraba un dirigible, y hacía referencia a su inventor, el alemán Ferdinand Zepellin.

En ese mismo momento, quien andando el tiempo sería conocido por El Ingeniero perdió el nombre para la memoria de todos: Había nacido Zepelín.

El problema.

Nadie que mirara y comparara podría albergar la menor duda. Sin necesidad de pruebas de ADN o de cualquier otro

tipo se podía afirmar, con la mayor certeza del mundo: Ese niño que María S mostraba orgullosa a su marido era su hijo. Su hijo y ostentaba su marca de fábrica. Andando el tiempo, sería también un Zepelín.

Al recibir a su pequeño en brazos y advertir la semejanza con su progenitor, María S imaginó la escena de la reconciliación de su marido con el fruto de ambos.

Nunca ocurrió.

192

Estaba perpleja.

«¿Y ahora qué? ¿Todavía no está convencido?».

¿Qué explicación tendría ese desapego?

En realidad, no era el a la única perpleja. Tampoco el hombre lograba definir lo que sucedía dentro de sí. Era innegable: El crío era igualito a él sin sombra de duda. Al mirarlo, se veía a sí mismo recién nacido. No había lugar para la menor duda: Estaba ante su hijo. No tenía castigo alguno que poner en ejecución, como había amenazado.

Y lo más trascendente: No era un cornudo.

Al menos eso.

Pero no conseguía aceptar la evidencia, no se apropiaba la realidad, no la convertía en parte de su vida. No era consciente de ello, pero hubiera preferido que ese niño no fuera su hijo, ser cornudo y tener motivos para continuar en su encono contra el recién nacido y su madre, castigarlos.

Se había acostumbrado tanto a rechazarlo, que ahora no encontraba manera de revertir el sentimiento, al menos todavía no podía hacerlo.

Meditaba. Llegó a una conclusión: No estaba listo para querer a ese niño tan parecido a él. Más exactamente: No aceptaba la idea de verse retratado en ese niño.

Porque ese niño traía de regreso a su vida al Zepelín que, por más que hubiera intentado olvidarlo, nunca había podido desterrar de sus pesadillas.

«¿Estás contento...? Estás contento..., ¿verdad?».

María S se esforzaba por sorprender en su marido al menos una mirada afectuosa hacia el hijo de ambos. En vano. No comprendía qué sucedía en lo íntimo del hombre que le impedía disfrutar del instante irrepetible de encontrarse por primera vez con el hijo cuya formación se ha acompañado

193

como testigo pasivo durante meses, sin disfrutar la maravillosa de sensaciones que solo la madre tuvo el privilegio de sentir.

Intentó entenderlo: «Está confundido».

Era eso, claro. Durante demasiado tiempo había estado convencido de haber sido traicionado, y ahora, ante la certeza de su error y su injusticia, no sabía cómo reaccionar.

Acaso por eso sus sentimientos paternos no lograban salir al exterior.

«Claro que está contento, pero se siente avergonzado por todo lo que dijo».

El a debía dar tiempo a que concluyera el choque de emociones enfrentadas en el espíritu de su marido.

El proceso no habría de demorar mucho, se dijo; de seguro él ya se estaba haciendo a la idea de que el hijo repudiado antes de nacer no era el fruto de una traición, y terminaría por acomodarse a la realidad venturosa de ser el padre de esa criatura que el a le mostraba.

Mirando expectante a su marido, queriendo adivinar lo que se movía en su espíritu, María S trataba de querer creer en el final feliz de la batalla que se libraba en el interior de su marido.

Y cómo no iba a ser feliz, si el amor siempre vence, más si es amor entre padre e hijo, y qué arma más poderosa en apoyo del amor que el halo de ternura que rodea a una criatura acabada de nacer.

«Solo tiene que acostumbrarse a él».

No se equivocaba del todo María S en sus conjeturas, pero lo que ocurría dentro de su marido era mucho más complicado de lo que el a podía imaginar.

194

Cierto, se sentía algo confundido.

Cierto, un tropel de imágenes inquietantes se le había echado encima al ver al pequeño y le había ocupado el espacio correspondiente a cualquier otro sentimiento.

Cierto, tendría que acostumbrarse a él.

Pero el proceso interior de El Ingeniero no tenía nada que

ver con lo que pudiera pensar.

Cuando reconoció, en el hijo que su esposa le ofrecía, a quien estaba llamado a ser un nuevo Zepelín, a la mente de El Ingeniero no acudieron ideas de reconciliación con la mujer a quien durante meses acusó de traicionarlo. Ni siquiera se acordó del tema, a decir verdad. No se preguntó si se adaptaría o no a esa criatura que había irrumpido en su vida. Tampoco

llenó su conciencia alguno de los sentimientos —positivos, negativos, ambiguos— lógicos en cualquier hombre en situación similar a la suya: Las ideas y las sensaciones que lo embargaron al tener aquel cuerpo diminuto delante no guardaban relación de ningún tipo con haberlo creído ajeno durante meses. Se hubieran hecho presentes de igual modo si lo hubiera considerado todo el tiempo obra suya. Porque sentimientos, ideas, sensaciones nacían exclusivamente de la relación —que nada podría hacer por evitar—, establecida a partir de ese momento entre ese niño y él.

Ese chiquillo no era solamente su hijo.

Era además su enemigo.

Era su enemigo porque era él mismo.

Era él mismo en lo único suyo que él detestaba.

El Ingeniero sentía en ese momento de conocer a su hijo que no sería capaz, ni más temprano ni más tarde —sobre todo más tarde—, de experimentar sentimientos tiernos hacia él, del mismo modo que era incapaz de sentir ternura

por quien él mismo había sido en otro tiempo. Rechazaba al futuro Zepelín acabado de nacer tanto como rechazaba al

que él había sido en el pasado.

María S no podía adivinar los sentimientos de su marido por no conocer su historia. Más exacto sería decir: Por solo conocer la versión contada por él, no la que se ocultaba detrás.

No conocía, por ejemplo —y jamás lo conocería, pues él nunca habría de confesarlo, así vivieran juntos cien años, ni él a tampoco se habría atrevido a preguntarlo—, la verdadera condición de la especial cocinera tan alabada por él cuando algo lo obligaba a admitir que su mujer se había lucido en la preparación de algún plato complicado, o había dispuesto la mesa con particular esmero en un día señalado. Cuando eso ocurría, después de aceptar que esto o aquello «Te quedó bastante bien» —raramente muy bien, y jamás exquisito o cualquiera de esas expresiones que consideraba hipócritas además de cursis—, era inevitable que apostillara, como para disminuir el efecto del elogio:

«Mamá sí que lo sabía hacer bien».

Tampoco conocía María S ni conocería, y ni siquiera sospecharía alguna vez, que aquella exquisita atención de la madre de su marido hacia él —recordada por El Ingeniero cada cierto tiempo, desde el día en que preparó pescado aquel miércoles— no pasaba de una fantasía que, de tanto repetirla, había llegado a sustituir a la realidad en sus recuerdos.

La realidad era que durante casi toda su vida Zepelín-Ingeniero se sintió algo así como el hijo no deseado de su madre. Su hermano, el de la frente amplia de hombre inteligente y la cabeza redondeada, era el preferido. Y no solo por el a, sino también por el padre y por todos en la familia.

196

Si ello se correspondía con la verdad, o era invención suya, carecía de importancia: Él lo sentía así, y eso era suficiente.

Su hermano: El hermoso, el triunfador, el que terminó dos carreras universitarias y residía en un lejano país donde había progresado y desde donde, después de la muerte de la madre, le enviaba cada fin de año una postal de felicitación en la cual invariablemente repetía la promesa de una próxima visita que nunca se cumplía. Ese había sido el preferido.

Porque no era Zepelín.

Nunca tuvo motivo alguno para la certeza, pero toda la vida Zepelín-Ingeniero sospechó que, si la madre manifestaba ese —según él— evidente desapego hacia su persona, la culpa la tenía la forma de su cabeza.

Con el paso del tiempo había logrado enterrar todos esos recuerdos en algún rincón de la memoria, pero ni un fragmento de la historia había muerto, apenas dormía. Lo descubría ahora. Por eso, viendo al pequeño futuro Zepelín envuelto en pañales, con los ojos cerrados y en brazos de quien lo tuvo en el vientre durante meses, El Ingeniero se dijo que, aunque lograra adaptarse a convivir con él, nunca

llegaría a aceptar por completo a ese hijo que había hecho despertar en su interior tantos fantasmas.

197

«Debo comenzar a tener paciencia con ella», había comentado María T consigo misma veinticinco años antes, cuando debió rendirse a la certeza de que María S había dejado de ser la persona que había conocido hasta ese momento, «Tal vez no, tal vez siempre fue, aunque el a misma no lo supiera...». La amiga se protegía cegando sus ojos ante la realidad, por temor a verle la fealdad. Dejó entrar a aquel hombre en su vida adornándole los defectos, y después no supo hacer otra cosa que lo que siempre había hecho: Escondarse de sí misma, negar lo que estaba pasando. Pasado un cuarto de siglo, no había predicción de entonces que no se hubiera cumplido.

«Todo lo que le pronostiqué se cumplió, y hasta más».

Día a día, año tras año, la propia vida se encargó de demostrar que cada una de las advertencias de María T respondía a la más estricta realidad.

Una realidad que resultaba mucho más amarga de lo que el a hubiera podido imaginar.

Después de casada su amiga, sobre todo durante los primeros tiempos de matrimonio, la amistad que hasta entonces las unía estuvo más de una vez a punto de romperse, por la dificultad en encontrar un nuevo

lenguaje común a ambas: Viendo desde fuera cómo se enlazaban los eslabones de aquella relación, María T la prevenía sobre las irregularidades sobre las cuales

198

se construía su vínculo sentimental con El Ingeniero; le aconsejaba no apresurarse, tomarse su tiempo para

analizar en frío las circunstancias, pero María S no le prestaba atención, inicialmente por no admitir su error; más tarde, ya casada, para disfrazar las repercusiones que sobre ella misma iban teniendo las pequeñas concesiones hechas a diario con el ánimo de que los asuntos en su matrimonio marcharan bien.

«¿Será que de verdad se ha convencido de que eso que el a tiene es un matrimonio?».

Quizás sí, acaso de tanto esconder la realidad ante quien intentaba guiarla y, sobre todo, ante sí misma, había formado otra: Una realidad ficticia que no la dejaba entender que se había dejado arrastrar hacia un pantano del que tal vez al inicio imaginó que podría salirse cuando se le antojara, sin advertir que el lodo la tragaba poco a poco, imperceptiblemente, y que el a, también poco a poco, cegaba cualquier posibilidad de evasión.

En ocasiones las discusiones entre ambas llegaron a ser ásperas, porque María S, al quedarse sin respuesta ante los argumentos de la amiga, se evadía con alguna réplica agresiva, si bien de inmediato se arrepentía: «Perdóname,

hermanita, yo no quise ofenderte..., perdóname...».

A María T la irritaban más esas peticiones de disculpa que cualquier ofensa que antes hubiera oído, porque en el as veía la plasmación del proceso de anulación de la personalidad en que la amiga estaba inmersa.

«El problema no es que aceptes o rechaces que te equivocaste, eso a mí no me interesa», insistía, tratando de hacerla entender, «Casi nadie admite ante los demás cuando se equivoca, pero eso no es lo más importante... Lo que

199

importa es admitir el error dentro de uno mismo... Y para llegar a eso primero tienes que verlo tú misma».

María S no quería admitir el error ante la amiga, pero, ¿tampoco ante sí misma? ¿No quería o no podía ver adónde conducía el camino que seguía?

«Que abras los ojos y veas el disparate que estás cometiendo..., que rectifiques a tiempo y te salgas de eso...

Que recuperes tu vida y seas tú de nuevo, antes de que sea demasiado tarde... Eso es lo que yo quisiera, lo que queremos las pocas amigas que te quedamos... ¿Pero no te das cuenta, mujer?».

Con el paso de los años, los hijos, las canas y las primeras arrugas, discusiones de ese tipo se habían atemperado; también los contactos con las amigas se fueron espaciando, solo María T mantenía la asiduidad. Sin embargo, también con el paso de tiempo ambas levantaron una especie de

burbuja protectora entre el as —formada por mil y una frases hechas y generalidades pronunciadas en cada encuentro para no aludir a lo que en verdad se hubiera deseado expresar— que mantenía a salvo la amistad, al precio de volverla superficial en sus manifestaciones. También se acostumbraron a una forma de relacionarse en que se alternaban, en una especie de ciclos irregulares, alejamientos y aproximaciones. A María T no escapaba el hecho de que esas alternancias estaban signadas, la mayoría de las veces, por la presencia o la ausencia física del marido de su amiga en casa. Cuando, cada cierto tiempo, él se ausentaba por algún motivo, María S la llamaba, la buscaba, la visitaba y hasta alguna que otra vez le pedía pasar a verla. De lo contrario, era María T quien llamaba si hacía mucho

200

que no tenía noticias de el a. Podría ocurrir que conversaran por teléfono con calma, que se pusieran al día sobre las respectivas vidas y volvieran a ser las grandes amigas de siempre —evitando María S introducir temas domésticos que obligaran a su amiga a criticarla; siempre evitando María T expresar en forma abierta sus pensamientos.

Pero eso no era lo que ocurría más a menudo. Lo normal era que, cuando llamaba a María S después de más de un mes sin saber nada de el a, la conversación fuera breve, entrecortada y —María T lo percibía en el tono de la voz—, con susto por parte de la amiga. No le era difícil comprender

qué sucedía. Llegó un momento en que decidió no llamarla más, luego de haber oído en dos ocasiones la voz del marido, que hablaba intencionalmente alto para que lo oyera:

«¿Qué?, ¿ya estás hablando otra vez con tu amiguita?, ¿qué mentira le estás contando?... Seguro que te está dando buenos consejos, ¿verdad?».

¿Qué mentiras contaba María S a su amiga?, ¿qué consejos recibía de ella? Aunque no se las daba de adivino, El ingeniero estaba convencido de que las mentiras serían muchas, los consejos serían más.

«Y todo contra mí».

Bien que supo valorar a esa víbora cuando la tuvo frente a sí por primera vez; ya desde entonces reconoció en ella a una enemiga peligrosa. Demasiado. La más peligrosa de todas las amigas de su mujer, si bien todas lo eran.

«Se pasa la vida metiéndole veneno en su tonta cabeza».

Había logrado desprenderla poco a poco de las demás, pero esta era una verdadera sabandija que no se despegaba y no se cansaba de interferir en su matrimonio,

201

a pesar de todos sus esfuerzos para deshacerse de ella.

Había alcanzado a distanciarlas un poco, al menos ya no era como al principio, que se veían o se hablaban constantemente, pero no había podido avanzar mucho más lejos, no había logrado sacarla de sus vidas, «Con aquella manía de meterse donde no la llaman; qué mujercita más

impertinente». Aunque ya no hablaran tanto y se vieran poco, estaba convencido de que se encontraban cuando él no estaba en casa por algún motivo; lo notaba en cuanto regresaba, por la actitud de María S, quien durante unos días se mostraba propensa a protestar y no obedecer, como si las conversaciones con la otra le hubieran lavado el cerebro. Por suerte la novelería no duraba demasiado, pues su mujer sabía suficientemente bien que con él no podía andar inventando revoluciones domésticas, pues estaba vacunado contra esa peste que tantos matrimonios echa a perder.

«¿Y qué podría hacer el a si se le ocurriera hacerle caso a esa...?, ¿dejarme? ¿Y pretender vivir sin mí?, ¿o irse con su mamá?... Ni en sueños».

La madre había muerto unos diez años antes. «Y aunque viviera tampoco le serviría de nada». Él lo sabía y María S no lo ignoraba, pues en dos ocasiones le demostró que no podía contar con el a para ningún invento de ese tipo. La primera vez que lo intentó fue antes del embarazo; la otra cuando ya tenía los dos niños.

Pero el resultado fue el mismo en ambas.

«Así que probaste a ver cómo te salía y te salió mal, ¿verdad?», fue la frase que se le ocurrió, acompañada de la

202

sonrisa más burlona que pudo mostrar, al verla regresar.

La tarde anterior, poco después de haberla regañado con aspereza —desde luego, con toda razón—, la vio con un maletín en la mano, como dispuesta a salir.

«¿Y tú adónde crees que vas?», le había preguntado él, sintiendo que la cólera lo inundaba y dispuesto, si fuera necesario, a agarrarla por un brazo y encerrarla en el cuarto.

¿Quién se creía el a que era para salir de la casa así, sin más ni más, y sin decir adónde iba?
¿Acaso se olvidaba de sus obligaciones para con él?

La respuesta que oyó, sin embargo, le aplacó un poco los ánimos: «Esta va a ser una guerrita ganada desde antes de empezar», comprendió.

«Tengo que ir a ver a mi mamá...».

No eran las palabras lo que en esa respuesta lo había apaciguado —a fin de cuentas, una excusa cualquiera para ocultar el hecho de que había pensado irse con la mamá por un disgusto con él—. La mirada huidiza, como de miedo a

lo que podría sobrevenir, junto al tono inseguro de la voz, le aseguraban que desde el primer momento la determinación

de la mujer se había debilitado.

Decidió humil arla:

«Así que pensaste irte sin decirme nada... ¡Qué interesante!... Quién sabe con qué idea, claro... Está bien, está bien, haz lo que te dé la gana, no te interrumpo el camino, vete... Pero no imagines que voy a caerte atrás...

Vete con tu mamita, dile que tu marido te regañó porque

eres una inútil...Vamos a ver qué te dice...».

Se detuvo un momento para que asimilara bien lo que le decía. Aunque hacía como que miraba hacia otra parte, con disimulo la observaba, y disfrutaba del efecto de sus palabras 203

reflejado en la expresión del rostro de su mujer. Comprendió que había llegado el momento de la estocada final:

«Eso sí, te quiero aquí mañana a primera hora, que hay mucho que hacer en esta casa... Al á tú si no haces lo que te digo...».

Él nunca le preguntaría lo ocurrido entre madre e hija, porque en verdad no le interesaba saberlo, pero lo cierto fue que al día siguiente el a regresó, temprano en la mañana, con su maletín en mano y en el rostro las huellas de haber dormido muy poco esa noche.

Pero todo no iba quedar en una frase burlona como bienvenida; debía dejar las cosas en claro:

«Así que ya lo probaste y no te salió... Y, mira, te la dejé

pasar, ¿quién te lo iba a decir, verdad? Pero ahora solo escucha esto: Ese jueguito no tiene segunda parte, ¿entendiste?... La

próxima vez te quedas en la calle».

Él no prometía en vano, le recordó.

Y cumplió la promesa unos años después, cuando intentó de nuevo salir de casa, esta vez con sus dos hijos pequeños.

El a lo había sacado de sus casillas y él se vio forzado a aplicarle un correctivo más que merecido —nada del otro mundo, a fin de cuentas, un simple bofetón sin demasiada fuerza, debió haber sido más duro— para lograr que se

tranquilizara, porque estaba demasiado alterada y agresiva.

María S reaccionó al tratamiento y se calmó. Él continuó con lo que estaba haciendo hasta entonces, que era alistarse para visitar a una amiga, precisamente el motivo desencadenante de la discusión. El a, al verlo en sus preparativos, se creyó con derecho a reclamarle información y, ante su negativa,

204

comenzó a hacerle reproches, ambos se acaloraron y fueron subiendo de tono hasta que él se vio obligado a poner fin al

pleito, aquello parecía no tener fin.

A punto de salir, él observó que el a estaba arreglando a los niños como si pensara llevarlos a pasear. Le llamó la atención, pues nunca los sacaba sin avisarle con tiempo, pero se hizo el desentendido: Se le hacía tarde para su propia salida.

Cuando regresó, ya de noche, no estaba el a ni estaban los niños.

No la llamó para preguntarle qué había sucedido: Lo adivinaba.

Después el a juraría que no había sido su intención abandonar la casa y llevarse los niños, como aseguraba él.

Era un malentendido, solo había ido a visitar a su madre para despejarse un poco la cabeza, «Me sentía tan atormentada...

Mi idea era regresar enseguida, antes de que tú llegaras...»,

pero se le había pasado el tiempo conversando, hacía varias semanas que no veía a su madre, se le había hecho tarde para regresar. También se complicó con el transporte, ya no

estaba acostumbrada a andar sola..., y llegó a casa sobre las dos de la madrugada.

Él sabía que era mentira, que él se había molestado por aquel simple altercado, y había decidido irse con los niños a la casa de sus padres, aprovechando que él había salido, de seguro con idea de no regresar. Que no le mintiera, porque se había llevado ropa de niño suficiente para varios días.

«¿Y quieres que te crea el cuento de que pensabas regresar en el mismo día?, ¿acaso me tienes por idiota?».

Lo había hecho de nuevo, era la segunda vez que intentaba dejarlo.

205

«¿Y eso para qué? Para andar suelta por ahí, como si fueras soltera, como si no tuvieras responsabilidades con un

hombre, con tu casa».

Y, claro, para encontrarse con sus amiguitas y contarles todos los chismes y las mentiras que se le ocurrieran, y que ellas la ayudaran a buscar hombres.

«Porque eso es lo único en que piensan todas esas putas amigas tuyas, en andar revolcándose con machos, hoy con uno y mañana con otro..., son todas unas putas...».

Como la María T esa, evidentemente, que se ha casado por lo menos tres veces...

«Y tú queriendo andar con el as... Es que en el fondo eres igual a el as, una puta».

Todas se la pasaban procurando que las imitara, cuando

la verdad era que la envidiaban, porque tenía un marido que ya hubieran querido para sí, un hombre que le daba todos sus gustos y le soporta todas sus malacrianzas.

«Y ahora..., seguro de que te dejaste llevar por sus consejos... Si hasta las estoy oyendo: Déjalo, vete con tu mamá... Pero te salió mal, ¿viste? ¿Y qué te imaginabas?, ¿que era así tan fácil dejar a un marido? ¿Qué mamá te iba a decir, sí mi hijita, ven conmigo y olvídate de ese hombre, yo te voy a cuidar?... ¡Infeliz!..., tú debieras saber que el a nunca va a hacer nada por ti...».

Dios la castigó, por pretenciosa. Estaba tan seguro de lo que decía como si hubiera estado presente. Cuando la madre la vio con los dos chiquillos, seguramente se asustó, ¿con qué iba a mantener aquel as bocas? ¿Y todo el mundo junto, en su misma casa? ¿Acaso era una pensión, un hotel? ¡Ni loca!

«Y tú, que eres tan inútil..., que no sabes hacer nada que valga la pena... ¿Qué pensabas hacer para mantenerte, a ti

206

y a dos chiquillos? Tu madre no hubiera podido hacerlo...

Es como si lo estuviera viendo hora mismo..., nada más de verte aparecer imaginó lo que le venía encima. Ni te dejó

hablar, te puso de patitas en la calle, para que regresaras con tu marido, que es donde una mujer decente tiene que estar».

Si bien las cosas no habían ocurrido exactamente como

las describía, El Ingeniero casi adivinaba. Y, en definitiva, lo que contaba era que el a se había visto obligada a regresar.

Y ahí fue el turno de él de cumplir lo prometido. Ya no se trataba solo de sermonearla cuando regresara pidiendo perdón o de ofenderla hasta donde más le doliera, ni siquiera de aumentar la dosis del castigo físico. Un bofetón más o menos bien asentado no alcanzaba. Había que aplicar un escarmiento definitivo, para que aprendiera... Una paliza en el espíritu cuando regresara.

«Porque va a querer regresar, eso está claro...», pero no iba a perdonarla. «Mejor para el a que ni regrese...».

De inicio, llevado por la cólera, pensó no admitirla de vuelta, pero pronto reflexionó: Ella no lo merecía, estaba más que demostrado, pero impedirle regresar a casa quizás no fuera una buena idea. Estaba más que visto: «Lo más justo no siempre es lo más conveniente».

Ante todo, porque no desconocía que, si ella se atreviera a tanto, podría hacerle una demanda. «¿Será que se va a atrever?», se preguntó en más de una ocasión durante esa noche, si bien siempre se respondía que no, que eso no podía suceder, los años que habían vivido juntos no habían pasado en vano. «¿Enfrentarse a mí?... ni pensarlo.

Ella no tiene valor para tanto». Pero si ella le ponía una demanda él tendría escasas posibilidades de ganar, «Ahora los jueces se la pasan con el cuento de proteger a los hijos,

207

y siempre le dan razón a la madre aunque sea la puta más grande del mundo».

Había una razón más, y no lo menos importante:

«Tendría que buscarme una empleada en lugar de el a... Por torpe que el a sea, no sería lo mismo, no tendría el mismo compromiso... Además, tendría que pagarle».

Vistas así las cosas, tal vez fuera mejor reconsiderar toda la situación. Si, como le estaba pareciendo, terminaba por aceptarla, lo primero era que el castigo fuera tal que nunca olvidara la enseñanza.

«Que nunca más se equivoque».

Así fue. Y lo sencillo que resultó, después de todo, recordaba El Ingeniero.

«Nada tan fácil para mí como cambiar la combinación de una cerradura».

La hubiera dejado tirada allí en la acera, como una perra, muriéndose de hambre y sed, al menos veinticuatro horas, para que aprendiera, pero la muy puta le jugó una mala pasada, y se vio obligado a dejarla pasar temprano en la

mañana, cuando un policía rompió la cerradura de la puerta del jardín y la ayudó a pasar a la casa. Él no le creería la historia, pero el a le juraría que no había llamado a nadie, que el

policia pasaba por ahí mientras hacía su recorrido y la había visto sentada en la acera, con los niños y los bultos a un lado.

«¿Qué hace ahí sentada en el suelo y con esos niños, señora? ¿Usted no es de por aquí?», preguntó el hombre

uniformado, y se acercó para olerle el aliento, pensando que

acaso estuviera borracha, no sería la primera vez que él viera a una mujer ebria en una acera cargando sus hijos, aunque

esta estaba bien vestida, al igual que los niños. El a le explicó que vivía en esa casa, que se le había hecho tarde para regresar y, por más que llamaba a su marido, él no le abría. Pero en

ningún momento dijo que él no le abría intencionalmente,

se lo juraba, cómo iba el a a querer enredarlo con la policía.

El agente oprimió el timbre varias veces y no recibió

respuesta, voceó otras tantas y tampoco. «¿Usted está segura

de que hay gente ahí, señora?», le preguntó, y el a afirmó que sí, que estaba segura, y cómo no iba a estarlo si él ya le había dicho, al darse cuenta de que era el a quien llamaba, que no

iba a abrirle, aunque esa parte no la informó al agente.

Finalmente, después de cerciorarse de que en verdad

moraba en el lugar, el policía le pidió autorización para

forzar la entrada y el a lo concedió, aunque se asustó mucho

pensando qué podría suceder después, pero no podía seguir

allí, con los niños a la intemperie.

Fue esa la forma en que María S pudo entrar a su casa el

día en que intentó independizarse.

«Así que me trajiste a la policía ¿eh? Si no es así no

entrabas más en mi casa... Yo te avisé con tiempo, parece que

se te olvidó». Podía morir convencida de que, de no haber

aparecido ese policía, no estuviera en ese momento frente a él.

«Hubieras tenido que volver por el mismo camino, a ver si tu

familia te aceptaba..., pero no te hagas ilusiones, porque ni

tu familia te quiere... Nadie te soporta, solo yo te aguanto».

Si no fuera por él, habría tenido que quedarse en las calles,

como la vagabunda que era.

«Te lo advertí pero te fuiste porque te dio tu realísima gana...
te creíste que podías vivir sin mí y ya ves, te equivocaste,
porque no eres nadie sin mí..., ¿no te ves?, tú casi ni existes».

209

«Te advertí con tiempo que si te ibas nunca volvías a entrar en mi casa... Tú te fuiste de aquí
porque te dio tu

realísima gana..., te creíste que podrías vivir sin mí y ya ves, te equivocaste, porque no eres nadie
sin mí..., tú casi ni
existes».

Le iba a permitir continuar en casa, pero que se lo grabara
en la mente lo ocurrido esa noche y nunca lo olvidara.

«Porque otra vez no vas a tener tanta suerte».

Tampoco creía nada de lo que el a le había contado; eso
de que el policía pasaba y la vio era un cuento muy mal
hilvanado: El a había llamado a la policía para obligarlo a
dejarla entrar y de paso meterlo en problemas, quién sabe si
para que se lo llevaran preso y así quedarse sola con la casa
y con todo lo que había dentro. De todos modos, para que
viera que no era tan malo como el a chismeaba a las amigas,
iba a dejar pasar lo ocurrido con el policía.

«Voy a hacer como que te creo la mentira».

Pero que de ninguna manera se le ocurriera imaginar que
la perdonaba, él nunca iba a olvidarse del mal rato que había
pasado, cuando vio a aquel hombre uniformado y con pistola
a la cintura metido en su casa, mirándolo como si fuera un
criminal, haciéndole preguntas que no venían al caso.

«Y todo por esa majadería tuya de querer irte con tu madre porque tuvimos una discusión... ¡Como si fueras una chiquil a!».

Él tenía toda razón, pensaba María S mientras lo oía con la cabeza gacha, si hubiera estado escondido en algún rincón, observando lo que había sucedido con su mamá, no lo hubiera descrito mejor. A pesar de todos los defectos que pudiera tener, en este caso se demostraba que sus palabras eran verdaderas: El a no existía para nadie, ni siquiera para

210

su familia, no tenía a quién acudir por ayuda cuando se le presentaba un problema.

Solo lo tenía a él.

«Y a María T, claro», se rectificó e su interior. Pero ya se veían tan poco..., además, casi nunca la comprendía, solo sabía criticarla.

No existía para nadie. Nadie la soportaba, ni su propia madre, que ese día le había demostrado por segunda vez que no habían sido simples frases de disgusto lo expresado tanto tiempo atrás, el día en que de repente le informó que iba a casarse:

«¿Cómo que casarte?, ¿así sin más ni más, sin contar con nadie, con tus padres y tu familia? Como si no tuvieras ninguna

responsabilidad con uno... ¿No pensaste en nosotros...?». Pues, estaba bien, que hiciera lo que le viniera en gana, en definitiva era mayor de edad y nadie podía interferir en eso. «Ya eres bien grandecita, tienes un buen empleo y te ganas tu dinero porque

tienes esa carrera que nosotros te ayudamos a terminar..., aun-

que pareciera que eso ya se te olvidó». Claro, era dueña de su vida, nadie se lo negaba, y por eso ya se sentía con derecho a hacer cualquier cosa que se le antojara, sin tomar en cuenta lo que pasara con los demás. «Ahora te apareces con eso de que te vas a casar, cuando ese novio nunca ha aparecido delante de tu familia, y sin que ni siquiera uno haya sabido antes que tenías novio». Que se casara enhorabuena, ojalá que le fuera bien...

Ellos verían cómo se las arreglaban sin su ayuda, porque seguramente una vez casada esa ayuda se terminaba...

Eso sí, que no se le ocurriera el día de mañana arrepentirse del paso dado y venir donde la familia reclamando auxilio, porque las cosas le salieron mal o porque ya el marido no le convenía.

211

«A partir de ahora tus asuntos no son más con nosotros; ahora tus problemas se resuelven entre tu marido y tú...

Entre marido y mujer nadie se debe meter».

De manera que con su madre no debía contar para sus metidas de pata, que se las arreglara como pudiera. Su madre también era persona que cumplía sus amenazas.

Sentada en el suelo, frente a la casa donde hacía años moraba con su marido y sin poder entrar porque la llave del portón del jardín no le servía, María S dispuso de mucho tiempo para meditar y aceptar que sí, que las amenazas que le hacían siempre se cumplían, y que esa noche se le habían cumplido dos.

Por ello, si él la perdonara esa vez y le permitiera permanecer a su lado, ya lo sabía, que la mejor opción para el futuro siempre sería no dar motivo a que se profirieran nuevas

amenazas.

212

María T a veces se preguntaba si no estaría actuando como una entrometida, si no era más correcto dejar a su

amiga vivir la vida a su modo. Si el a escogió vivir de esa manera, si, avisada de los riesgos, los despreció y no hizo caso de advertencias y consejos, ¿no sería ese su concepto de felicidad? «El concepto de felicidad no tiene por qué ser el mismo para todo el mundo, ¿por qué imponerle el mío a el a?».

Debía interrumpir su insistencia en convencer a María S de pensar como el a. Además, los años iban pasando, con la edad todo se iba asentando, las cosas se volvían costumbre, rutina, normas de vida. «Es difícil demoler lo que se construyó día a día, año tras año».

La recordaba cuando más joven: Era una persona inteligente, y en clases se contaba entre las primeras, si no sobresalía más era por demasiado tímida, no por falta de discernimiento, ¿cómo no iba a ser capaz de entender cuál era la opción más conveniente para su vida? «Cerebro tenía para ello, pero no supo usarlo». ¿María S había podido elegir? Suponía que sí; sin embargo, había elegido la peor opción. Siendo así, debía dejar de molestarla con sus consejos y l amadas de atención. Si lo que vivía era para el a la felicidad, ¿por qué no dejarla ser feliz a su modo? Si el marido era prepotente y dominante, pero la relación levantada sobre

esas bases funcionaba para los dos, ¿quién era el a para entrometerse?

«¿Por qué insisto? No tengo ningún derecho».

Eso, no tenía ningún derecho. Luego de tantos años, lo aceptaba y tomaba una decisión: Dejaría en paz a María S, por el bien de ambas, y como tributo a una amistad de tanto tiempo.

Era una decisión firme y definitiva.

Una decisión tan firme y definitiva que al momento se desdecía, como había ocurrido muchas veces:

No era cierto, María S no había decidido nada, la habían educado como una pusilánime, y en esas condiciones no tuvo demasiadas opciones. No decidió, aceptó que la vida lo hiciera por el a, se dejó llevar. Y no podía ser feliz.

«Nadie puede ser feliz en una relación en que no se realiza como ser humano. ¿Realizarse cuando la voluntad de uno está anulada, cuando se vive subordinado a los caprichos de otra persona?».

«He logrado mucho en la vida», solía afirmar la amiga.

Para María T eso no pasaba de un cuento que se hacía a sí misma pero en el cual no creía. ¿Cuál era el cuento?: Tenía dos hijos del mismo padre, cuando hay tantas con varios hijos de distinto padre, porque no eran capaces de conservar un matrimonio, y el a mantiene el suyo luego de un cuarto de siglo de convivencia. Había logrado cierto grado de holgura

económica, vivía sin penurias ni estrecheces, incluso algo mejor que la media...

Eran elementos de mucho peso si se ponían en una balanza.

214

«A ese conjunto de condiciones algunos dan el nombre de éxito, por cierto», se acotaba María T. Y era eso lo que

había atesorado María S en tiempo transcurrido: Había tenido éxito en su matrimonio. Medido desde ese plato de la balanza, disfrutaba de una relación envidiable.

«Pero la balanza siempre tiene dos platos; hay que ver lo que uno pone del otro lado», continuaba María T su monólogo, «¿Cuál es el contrapeso?».

El contrapeso siempre es el precio pagado por esa estabilidad, por esa solvencia.

Por ese éxito.

El éxito de su amiga María S.

¿Y el a, María T?

«¿Acaso he tenido éxito en la vida?».

No sabría decirlo. Por ejemplo, en ese momento, en que se

interrogaba sobre la vida de la amiga, andaba nuevamente sola, luego de romper una relación de varios años. ¿Otro fracaso?

Había andado siempre por sus propios pasos, cumpliendo metas impuestas por el a misma, obedeciendo a su voluntad,

no a la ajena. Cuantas veces entendió que el precio exigido no se correspondía con lo obtenido, prefirió buscar otra vía.

«Y estoy sola otra vez...».

Adivinaba las frases del marido de su amiga, que podía

blasonar de un matrimonio estable de veinticinco años, en

tanto las poquísimas amigas con quienes todavía se relacionaba estaban divorciadas, criando a sus hijos a saber cómo.

«Son unas perfectas nulidades», sentenciaría él, Y María S
acaso concordara.

«¿Soy también una nulidad, porque ando sola?».

Estaba sola una vez más, y ya no era una jovencita para
entrar con ventaja en la competencia por una pareja; sin
embargo, no sentía que fuera una nulidad, una fracasada.

215

«¿Y por qué tendría que ser una fracasada?».

¿No lograr una relación para toda la vida significaba ser
una fracasada? A veces dudaba y se lo preguntaba, pero
no sentía que la respuesta fuera afirmativa por obligación.
Verdad que no había logrado una relación de muchos años,
pero también era verdad que no aceptaba someterse a un
ideal de permanencia basada en apariencias: Su supuesta
inestabilidad era su elección.

«Depende de cómo se mire... Mi soledad es mi triunfo,
no mi fracaso».

En cualquier caso, ¿qué era peor, haber experimentado y
fallado, acumulando experiencias, disfrutando un momento

y sufriendo al siguiente, como transcurría su vida, o mantener indefinidamente un matrimonio sin
ilusión, ni ternura, ni

ningún otro lazo afectivo, apenas dos hijos engendrados sin amor? Aceptando que no disponer de una compañía para toda la vida significara no satisfacer una necesidad vital, ¿debía preferir, en consecuencia, una larga convivencia que fuera el alargamiento hacia el infinito de una guerra silenciosa y sin tregua, donde uno impone su voluntad y domina al otro, sometido y sin albedrío?

«Eso no es conmigo».

Pero también estaba la ausencia de hijos.

No tener hijos: La gran carencia de su vida. Un día supo que no procrearía nunca, pero eso era algo contra lo que no podía actuar, porque la culpa fue en parte de la naturaleza.

Y la otra parte, de unos doctores que en su momento no supieron aplicar el procedimiento debido y después fue demasiado tarde. Pero ese episodio de su historia pertenecía al pasado que cada cual debe empaquetar.

216

No había sido su elección, la dolorosa índole de madre imposibilitada de concebir hijos no tenía por qué entrar en

la balanza de los actos que componían su vida.

«Esa no fue mi elección: Otros lo decidieron por mí».

En cambio, María S, si bien podía mostrar un matrimonio estable y dos hijos como sus frutos, llevaba en el plato negativo de la balanza una carga desproporcionada.

¿Cuándo comenzaron a acumularse contrapesos negativos?

Según María S —en los raros momentos en que admitía que

su vida pudiera no estar tan bien enveredada—, los defectos de la relación con su marido surgieron al paso de los años, con las dificultades que la vida les puso en el camino. El Ingeniero tenía muchas virtudes, era el a quien no había sabido aprovecharlas

—era la culpable de los problemas que surgían en la pareja, en resumen.

«La verdad es que él me cuida mucho, a veces más de la cuenta...; es muy protector, trata de que no me falte nada, de que no me canse, no me enferme...».

Siempre estaba atento de que en la casa estuvieran las mejores condiciones para que no se esforzara demasiado al cumplir las tareas hogareñas. No olvidaba aquel día en que conoció el primer apartamento en que vivirían, cuánto él se esmeró para que todo estuviera organizado y al alcance de su mano.

«Y siempre está haciendo algo en la casa..., tiene mucha habilidad manual para casi cualquier cosa. La verdad es que tiene más ideas para la casa que yo... Yo sí que soy una inútil, no sabría explicar por qué... Él siempre tiene que andar explicándome...».

217

Casi todo lo que había que hacer en la casa lo hacía él, sin pedir ayuda a nadie, ni siquiera a el a. Siempre que

fuera tarea de hombre, desde luego, porque no entendía de limpieza de casa, de atención a niños, ni de cocina —salvo lo relacionado con la disciplina, claro está, como qué se podía comer o no ciertos días, como María T ya sabía—: Nada de eso era con él. Por tal motivo el a nunca se vio obligada a

acudir a nadie, ni pagado ni de favor, para un arreglo casero del tipo que fuera.

«Su frase es que a la casa no tiene que venir ningún hombre a hacer nada que pueda hacer él, y así mismo es, porque es un bueno para todo, lo sabe hacer todo».

Ello era tan cierto como que muy raras veces en un cuarto de siglo había entrado alguien en su casa para realizar alguna reparación, del tipo que fuera.

Si algunos defectos tenía el marido, habían ido surgiendo con el tiempo...

«Y no son nada del otro mundo..., un poco de celos, en todo caso».

Para María T, sin embargo, los defectos fueron ostensibles desde el primer día desde mucho antes del matrimonio...,

solo que su amiga no quiso verlos. La suma exquisita de atenciones que María S veía, podía ser también una forma de

posesión, pero era inútil explicarle. Como lo fue que, una vez comprometida, cada vez le resultaba más difícil relacionarse

con amigos y colegas en el trabajo, pues siempre había algo

en ellos que disgustaba o podía disgustar a su marido, y el a, casi sin darse cuenta, los evitaba, para que no se irritara por tonterías. Luego fue el turno de las amigas, porque con sus

chismorreos le robaban el tiempo que debía utilizar en atender al trabajo y a su casa. Fue disminuyendo imperceptiblemente

218

el tiempo que les dedicaba, hasta llegar un momento en que su círculo íntimo quedó reducido prácticamente a cero: María S

llegó a convertirse en el perfecto ejemplo de mujer hacendosa

cuya órbita vital se describe únicamente alrededor del sistema compuesto por casa, hijos y

esposo.

«Un satélite cuya órbita gira en torno a un astro mayor, tu marido», la amonestaba María T.

Pero ese era un pensamiento que él a nunca podría aceptarle:

«Esas son exageraciones tuyas que no tienen nada que ver con la realidad... Yo soy muy independiente... Todo lo independiente que se puede ser cuando una está casada y tiene responsabilidades que atender...».

«Tan independiente que ni siquiera aprendiste a conducir cuando se dio la oportunidad, ¿te acuerdas?».

¿Hacía falta mejor ejemplo?

«¿Para qué, si él me lleva a todas partes cada vez que me hace falta?», había alegado con mucha convicción María S cuando

su amiga le recomendó aprovechar y aprender, ahora que la pareja había adquirido un auto, para que se independizara un poco y no se viera obligada a esperar por su marido siempre que necesitaba trasladarse a algún lugar.

«Y para el futuro, cuando estén las condiciones económicas para ello, debías ir pensando también en tener tu propio vehículo, así los dos son más libres».

María S no se tomó la molestia de responder, apenas hizo un gesto de hastío y mudó de conversación. Si esa continuara, corría el riesgo de admitir que su decisión de no aprender no había sido nada espontánea.

El a sí había querido pasar un curso de conducción, hasta lo había expresado, pues ese aprendizaje había formado

parte de sus sueños de adolescente. Al principio, la atraía

la sensación de poder emanada de aquellas máquinas en

movimiento; más adelante, aunque eso no lo confesaba,

su ilusión era sentarse ante el timón y recorrer las calles de la ciudad, sumergirse en el bullicio del tráfico y, mientras

dominaba a su antojo aquel mecanismo maravilloso,

olvidarse de las pequeñas frustraciones diarias de que se

componía su vida.

«Eso es cosa de hombres...», fue la respuesta inmediata

del marido ante el tímido reclamo de María S, que apenas

se había atrevido a insinuar que desde jovencita le gustaba

la idea de conducir. «Pero, aunque no lo fuera, tú eres muy

entretenida, enseguida ibas a provocar un accidente».

El a no debía siquiera perder el tiempo en pensar en esas

tonterías, nunca iba a aprender..., y aunque aprendiera no

iba a servirle de nada, conducir es mucho más que poner

en marcha un vehículo. «Hay que tener los cinco sentidos

siempre alertas, y hasta más, hasta un sexto sentido bien

despierto, para no involucrarse en un accidente». Además,

tampoco le hacía falta, y eso era lo principal, porque cuando

necesitara moverse lo tenía a él, que podía llevarla a todas

partes, como corresponde al hombre de la casa.

Después de unos segundos en silencio, como buscando

redondear alguna idea, continuó:

«Claro, seguro que estás pensando en aprender para después tener también tu propio coche y andar suelta por ahí, sin que yo pueda saber lo que haces... ¿Es eso, verdad? Quieres andar por donde se te antoje sin que yo me entere de nada, sin ningún control de lo que haces...».

220

¿Cómo podría defenderse María S frente a tales razonamientos? De ninguna manera: Su marido utilizaba argu-

mentos demoledores, si hubiera respondido, más que un intercambio de criterios —significado exacto del vocablo discusión según la ciencia del lenguaje—, entre ellos se hubiera desatado una guerra verbal interminable —significado más conocido y generalizado de la misma palabra—, y le resultaría imposible convencerlo de estar equivocado, pues él siempre tendría a mano razones superiores a las que le opusiera; el a siempre debía esperar a mucho después de una discusión, cuando él ya no estaba presente, para dar con las frases adecuadas con que hubiera rebatido las afirmaciones de su marido. Él le adivinaba los pensamientos incluso antes de tenerlos —«Como esa idea de que yo quisiera tener el mío propio..., ¿cómo se dio cuenta?»—. No lo había pensado hasta entonces, pero cuando él lo expresó, con sus palabras dio vida propia a la realidad que hasta entonces el a desconocía que llevaba dentro; al oír a su marido, se dio cuenta de que era cierto, que anhelaba aquel a libertad que le otorgaría estar sentada frente al timón, sostenerlo firmemente con ambas manos, pone en movimiento la maquinaria.

Mejor no reclamar lo que de ningún modo habría de obtener.

Fue ese el momento en que se convenció de que no le interesaba aprender a conducir, y de ese convencimiento estaba imbuida cuando conversó sobre el tema con María T. No se dio el gusto de aprender a conducir, era verdad; renunció a la posibilidad de materializar un sueño, como le insistía María T.

«Pero evité discusiones que a nada conducen, más que a amargar la relación», pensó, pero no lo expresó.

221

«Una relación que de todos modos nunca ha sido dulce», le acotó dentro de sí María T, que le adivinó el pensamiento.

Y había sido una victoria personal, como quiera que se mirara, estaba convencida María S.

¿No es, acaso, una victoria personal ser una la responsable de la armonía en el hogar?

«¿Y tengo mi dos hijos?», también solía afirmar María S.

Dos hijos, ¿qué más pedir a la vida? Los hijos son el testimonio vivo del amor entre dos personas.

María T que no tenía ninguno, pensaba en que María S tenía dos:

«Al menos eso...».

¿Eran esos dos hijos el fruto del amor? María T se preguntaba a sí misma, y a sí misma se respondía que no lo creía. Podría ser cualquier otra cosa, pero nunca el amor lo

que había traído al mundo a los hijos de la amiga, «Aunque el a se esfuerce por convencerse de que sí, sus hijos son frutos del amor». Amando como amaba a aquellos niños desde la primera náusea y el primer malestar sufrido por ellos, no aceptaba —aunque tuviera todos los elementos para sospecharlo— la hipótesis de que esos embarazos respondían a razones en nada relacionadas con la ternura o, cuando menos, con su casi sucedáneo, el afán de procrear.

222

En algún momento ya perdido en la memoria, María S había confesado a su amiga la gran frustración de la primera noche con su marido, si bien lo relató en forma sesgada y tratando de no transparentar lo amargo que le supo aquel momento. Contó el disgusto del hombre porque el a no fuera virgen —en ningún momento se refirió a la forma en que había dejado se serlo, no formaba parte de esa historia— y la escena de celos retroactivos que hizo, aunque también realizó retoques a la realidad demasiado evidentes para que María T no los advirtiera. No se refirió a las amenazas proferidas por él entonces, por ejemplo.

Y mucho menos mencionó lo más trascendental de aquel incidente: Aunque por momentos había experimentado sensaciones placenteras, no había conocido el orgasmo esa primera vez.

Ni en las siguientes.

Ni nunca.

La primera vez con alguien, por mucho que se idealice, no es más que eso, una vez con alguien. Para hacerse una idea de cómo transcurre la vida erótica de una pareja, nadie se detiene en ese primer momento, sino en los que lo siguieron. En el caso de María S, si, pasados los días, los meses, los años, su amiga le hubiera preguntado sobre lo ocurrido durante todo ese tiempo —y si la interrogada hubiera aceptado responder con total sinceridad, lo cual nunca haría—, habría oído la respuesta que nunca oiría.

223

«Yo nunca he conocido el orgasmo».

¿Orgasmo?

María S tenía una vaga noción de lo que significaba el término, por lo leído en novelas o descrito por las amigas, cuando soltera, pero nunca lo había experimentado en su organismo. Algún placer había sentido por momentos, claro está, cierto cosquilleo agradable con el cual se daba por satisfecha cuando lo alcanzaba, pero hasta ahí: Nada comparable a la teoría. Claro que, si no iba más allá de esas mínimas sensaciones, no era culpa del marido —hombre ducho en el tema, experimentado, que hasta había estado casado antes—, sino de ella, por frígida, según diagnóstico calificado de El Ingeniero, quien contaba con abundantes nociones de fisiología femenina entre sus muchas competencias.

María T se enteraría un día de esa maravilla, oyendo hablar a la amiga, pero no de que nunca la había llevado al orgasmo.

Él había identificado el trastorno, y su mujer lo aceptaba como cierto, y muy ajustado a la realidad.

Era frígida.

«Eres frígida, pero te gustan demasiado los machos, es algo que se te sale por los ojos», la acusaba cada vez que le daba por recordar que no había ido virgen a la cama con él. Por eso la velaba, le advertía. Por eso grababa en su mente cuanto gesto hacía, o cuanta palabra o simple mirada intercambiaba con alguno de los colegas en el trabajo, mientras fue empleada. «No creas que no me di cuenta...», reclamaba cada cierto tiempo, «No creas que no vi cómo se te iban los ojos detrás de ese tipo... Total, no sé ni para qué... Si a uno solo no eres capaz de satisfacerlo, qué vas a hacer

224

con otro más... Lo tuyo es de puro vicio, tú bien sabes que eres una inútil... En todo... Por no servir, no sirves ni para

la cama. Dale gracias a Dios que al menos me tienes a mí...».

Frígida, ya se dijo.

Anorgásmica, desde luego.

Pero le gustaban demasiado los machos.

No eran conceptos antagónicos.

Algún día eso podría acarrear consecuencias.

El a no olvidaba que en cierta ocasión las acarreó.

El Ingeniero había entrado, sin llamar antes, a la oficina de quien ya era su mujer ante la ley, pero todavía era empleada de otros, y encontró un colega sentado junto a el a, mirando

ambos una revista, muy próximos, sonrientes.

«Era una revista técnica», se había defendido el a más tarde, ya en casa, cuando la emplazó; el colega le mostraba fragmentos de un artículo que le habían publicado, muy bien redactado gracias a su colaboración. Por eso sonreían, la publicación era importante para su currículum.

Entró, vio, se retiró de inmediato, sin siquiera un comentario.

El colega se sorprendió por la conducta inusual, y el a se aterrorizó, pero en ese momento no sucedió nada. Una escena de celos en el lugar hubiera significado acaso la pérdida del empleo para El Ingeniero, y él lo sabía; era el tipo de faltas difícilmente perdonables en la empresa, por muy eficiente empleado que fuera; ya bastante excepcional era que, siendo casados, les permitieran trabajar en departamentos cercanos. Por tanto, se mantuvo aparentemente impasible durante el resto de la jornada.

Sin embargo, en casa dio rienda suelta a la ira que antes debió contener.

225

María T no supo a ciencia cierta hasta qué extremos había llegado el altercado, pero imaginó que había sido lejos: Cuando se encontraron, unos días más tarde, María S no quiso profundizar en el tema, aunque en algún momento admitió que, en la discusión, él la había lanzado contra la cama. Sin darse cuenta, claro. Solo eso.

«¿Solo eso?».

«Solo eso, solo eso..., ¿y qué más querías que pasara?...»

«Yo pienso que pasó otra cosa...».

La entonación final de la frase no dejaba lugar a duda

sobre qué era eso que pensaba María T.

«Pero, ¿qué te pasa?... ¿tú estás loca?, ¿cómo puedes pensar una cosa así...? Ni sé por qué te lo conté, debí haberme quedado callada...».

«¡Pero te...!».

María T interrumpió la frase, acaso intimidada por lo que había estado a punto de decir..., o temerosa de la respuesta que habría de oír. Se llevó la mano a la boca, en gesto no pensado.

«Él nunca me ha levantado la mano, te lo juro», replicó María S, «Y nunca lo haría., yo sé que nunca lo haría», se defendió ante la posible insistencia de la amiga, pues seguramente se encapricharía en hacerla admitir que había habido algo más que un empujón no intencional en esa discusión.

No se equivocaba, María T se había repuesto de la impresión inicial y se decidía a expresar lo que pensaba.

«¿Cómo te voy a creer que fue solo eso? Suponiendo que sea verdad, y no te creo..., eso que pasó..., ¿no te parece suficiente? ¡Para mí que hasta es demasiado!... No te creo que no pasó nada más..., ¡y tú no tienes por qué soportarlo!...

Él no tiene derecho..., nadie tiene derecho... Si él se atreve

226

contigo es porque tú se lo aguantas... Si fueras otra mujer no lo hacía... ¡Ese hombre no te respeta!».

María S se lamentaba interiormente de haberle comentado a María T el episodio. ¿Por qué era tan floja que terminaba

contándole cosas que la amiga no comprendía? La verdad era que el a había empezado, fue la principal culpable, por haber provocado a un hombre como él, con un carácter difícil, ¿acaso no lo conocía?

No debió haberlo provocado. No debió subirle la voz.

«Porque yo lo hice primero... Le subí la voz... Eso lo desquicia...».

No debió haber levantado la voz, repetía.

Tampoco debía haber estado en la oficina, sentada tan cerca de su colega, solos y con la puerta cerrada, cualquiera podía pensar cualquier cosa. No debió ayudarlo con el artículo.

No debía haber comentado el incidente con María T.

No debía...

No debía esto...

No debía aquello...

La reacción de marido era entendible, después de todo;

con las malas experiencias de su matrimonio anterior, aquel a

mujer que tan mal se portó con él, que lo engañó, era de esperar que desconfiara. Y encontrarse a su mujer encerrada en la

oficina con otro hombre, sentada muy cerca él, sonrientes...

Cualquiera se hubiera alterado, cómo no iba a hacerlo él.

«¡Hasta yo misma me hubiera puesto celosa, si hubiera ocurrido al revés! Ahora, imagínate, alguien como él, de por sí tan desconfiado...», exclamó en tono que intentaba ser jocoso, buscando concluir la conversación. «Bastante que se

aguantó y no armó un escándalo allí mismo».

227

«Así que bastante se aguantó..., y tú también te habrías puesto celosa..., claro. ¡Pero no le hubieras puesto un ojo

morado!...», respondió María T, indignada.

María S saltó en la silla al oírla. Se llevó las manos a la cara, en gesto defensivo.

«¿Qué dijiste...? ¡Tú estás loca...!».

«A ver, ¿por qué no te quitas esas gafas?... ¡Dime! ¿Te crees que no me doy cuenta?... ¿por qué no te las quitas? ¡No estamos debajo del sol!».

María T perdió la paciencia al ver la expresión contrariada de la amiga; fuera de sí, se abalanzó a quitarle las gafas.

«¡Es mentira!...», gritó María S, mientras echaba el rostro hacia atrás y apretaba las gafas con las manos. «¡Eso que estás insinuando es mentira!... Tú la tienes cogida con él..., te la pasas imaginando cosas... ¡Eso es mentira!».

Se echó a llorar.

«¡Déjame!», gritó, y se quitó de encima la mano que María T intentó ponerle en un hombro, avergonzada por la violencia que, sin querer, había ejercido sobre la amiga.

«Ni sé por qué hablo contigo..., ¡tú no me entiendes!».

Se levantó y se fue, sin despedirse ni volver la mirada atrás a los pocos pasos, como hacían desde jovencitas. María T se sintió mal al verla alejarse, pensando que algún día esa separación sería definitiva, acaso ya lo era.

Sin embargo, al día siguiente recibió su llamada; le pedía que la disculpara por la forma en que se había marchado, hablar de ese tema la había puesto muy nerviosa; conversaron algunos minutos de asuntos intrascendentes y, en algún momento, como de pasada, se refirió a una supuesta conjuntivitis que la obligaba al uso de gafas oscuras.

228

«Discúlpame tú a mí», respondió María T, avergonzada todavía por haberse exaltado, pero se sentía molesta al ver

que la amiga acudía a ese subterfugio para ocultar lo que había sucedido, en lugar de enfrentar la realidad y actuar en correspondencia.

Tuvo deseos de decirle lo que pensaba.

Se contuvo, fingió creerla.

«Ya bastante tiene con esa vida que lleva, para qué voy a maltratarla yo también», se reprendió, «Tal vez algún día se dé cuenta de que no puede seguir por ese camino, tal vez un día tenga el valor para salir de esa relación que la está anulando».

Solo le preocupaba que acaso cuando ese día llegara fuera demasiado tarde.

O nunca llegara.

Y había pasado mucho tiempo desde aquel a escena.

229

Intermezzo

(Un banco en Estocolmo)

El hombre va caminando por la acera, llevando en las manos lo que parece ser un gran ramo de flores. Se detiene a

las puertas de un banco. Entra. Mira en todas direcciones y se dirige hacia la caja que está disponible.

El nombre del banco es Kreditbanken. Fue fundado cincuenta años atrás, y está situado en un edificio levantado entre 1884 y 1886 en una esquina de la plaza de Norrmalmstorg, en

el centro de Estocolmo, capital de Suecia.

Los negocios marchan bien y los accionistas, felices, se preparan para festejar el medio siglo de existencia.

Es el jueves 23 de agosto de 1973. Todavía en las calles el sol se muestra generoso con los nórdicos, y muchos suecos aún disfrutan de sus vacaciones; otros, como la empleada que se dispone a atender al recién llegado, acaban de reincorporarse al trabajo.

El hombre que ha entrado en el banco parece llevar un ramo de rosas y está frente a la empleada, se llama Jan-Erik Olsson —Janne para los amigos—, y es un exconvicto.

Janne Olsson, el exconvicto, como cualquier persona bien educada, saluda a la cajera y, con una sonrisa en la cara, espera a que la muchacha le responda al saludo y le pregunte a su vez, también mostrando un rostro amable:

«¿En qué puedo servirle?».

El hombre, sin dejar de sonreír, desenvuelve sin prisa lo que lleva en la mano —así nos enteramos de que,

definitivamente, no se trataba de ningún ramo de flores, sino de una metralleta, ante cuya visión la muchacha sufre

un vahído—, y exclama, de modo que todos puedan oírlo:

«La fiesta acaba de empezar; tírense al suelo, que esto es un asalto».

Que los nórdicos no son como el resto de los mortales se

pondrá de manifiesto este día. No solo este, sino durante los

cinco próximos días, pues, como él debió suponer, las cosas se le han complicado a Janne Olsson —nada más que a un sueco

se le podía ocurrir asaltar él solo un banco—, de manera que

termina atrincherándose en las bóvedas con cuatro rehenes,

tres mujeres y un hombre que se había escondido al darse

cuenta de la situación.

Todo terminará cuando la policía logre introducir gases

lacrimógenos por un agujero en el techo de la bóveda y los

rehenes sean rescatados, el día 28 de agosto...

Se afirmará más adelante que durante los cinco días en

que permanecieron encerrados los rehenes confraternizaron con

el secuestrador y con un colega que Janne Olsson exigió que

la policía sacara de la cárcel para que se uniera al grupo;

también se comentará que trataron de interceder por ellos,

que los visitaron en la cárcel y hasta que una de las empleadas le dio un beso de despedida a Janne cuando terminó la

aventura.

Hasta circulará el rumor de que una de ellas tuvo sexo con

Janne Olsson durante el encierro, pero eso no pasará de una

habladuría para hacer más picante la narración.

234

Se escribirán libros y artículos periodísticos, científicos y pseudocientíficos, relacionados con el hecho; un criminólogo

dará nombre a un síndrome y otros especialistas lo rebatirán;

un cineasta hará una película de corte psicológico; Almodóvar

otra, de corte Almodóvar, y acaso hasta alguien que apenas ha

visto suecos en su vida intente escribir, décadas después, una novela de segunda categoría que nada tiene que ver con lo

sucedido, salvo, acaso, el título.

El origen de todo estará en este hombre que ha entrado en

un banco de Estocolmo con lo que parece un ramo de flores

en la mano, ha mirado en todas direcciones y ahora se dirige

hacia la caja que está disponible...

235

Segunda jornada

«Los casos difíciles, complicados, no solo son un reto, también son una manera de estar en forma y de que las neuronas no se anquilosen», solía comentar Ricardo Z a sus colegas

cuando, en ocasiones, sentían que les caían encima uno tras

otro casos cuya solución los obligaba a sesiones intermina-

bles de interrogatorios, búsquedas en archivos y revisión de

análisis e informes de criminalística. Y de discusiones entre

ellos, a veces acaloradas, en busca de la verdad.

«Pero no hay que exagerar», siempre puntualizaba alguno.

Como en la oportunidad presente.

Los jefes les habían concedido tres días de asueto a él y su

equipo, como compensación por el tiempo invertido en una larguísima investigación gracias a la cual se había puesto tras las rejas a un asesino que mantuvo a la población en un puro terror durante varios meses. Como les prometieron, los dejaron descansar, y durante setenta y dos horas Ricardo Z no se vio obligado siquiera a responder alguna llamada de la oficina, lo cual no siempre ocurría en sus vacaciones.

A su regreso a la oficina al tercer día, bien temprano, no alcanzó siquiera a acomodarse en el asiento: El jefe inmediato lo reclamaba. ¿Qué sería eso tan urgente que no podía esperar un poco?

Para darle la bienvenida no sería...

Tampoco para preguntarle por la salud de la familia ni sobre cómo le había ido durante el descanso. Era para

239

ponerle delante de los ojos un expediente con muy pocas hojas en su interior: Un caso fresco. «Acabadito de

llegar... Y es todo tuyo, no vayas a decir que te aburres».

Que no era nada del otro mundo, comentó mientras se lo entregaba. Cosa de todos los días, nada que no estuviera cansado de ver.

Lo que no era tan de todos los días era la ausencia casi absoluta de pistas y de sospechosos, como agregó el jefe cuando Ricardo Z tomó el expediente en las manos. Pero casi siempre era así en el primer momento.

«Por ahora, concéntrense en esto, para que vaya haciendo

boca, no ha de ser nada muy complicado...».

Solo entonces se acordó de preguntarle cómo le había ido en su descanso y qué tal andaba la familia.

La expresión *ausencia absoluta de pistas*, Ricardo Z la sabía de sobra, suele no ser exacta, si bien en el caso que

tenía delante lo único reflejado era el acta policial inicial, al producirse la denuncia de la muerte, y las primeras

declaraciones tomadas en el lugar, nada de mucho valor;

el resto de las pericias todavía estaba en andamiento, y

posiblemente el cadáver aún esperara por la autopsia.

«Realmente, más fresco no puede estar», concordó

Ricardo Z con su superior.

En el crimen se evidenciaba una combinación de

meticulosidad y pasión, comprobó en el lugar de los hechos

y ratificó después, al leer el primer informe forense.

«Algo aquí no me encaja bien, capitán», comentó uno de

los asistentes, «Por el ensañamiento, apunta hacia un delito

pasional...; como de alguien que, en un arrebato de celos, o

240

de rabia, golpea y golpea aunque la víctima ya esté más que muerta... Eso es ira, mucho odio».

Con solo observar el cadáver se podía llegar a esa

conclusión, y, hasta sin verlo, la sangre esparcida por todas

partes mostraba que se había producido una golpiza más

al á de toda razón —«Si es que se puede hablar de razón en

estos casos», comentó Ricardo Z consigo mismo mientras

oía al colega—. Quien había hecho derramar tanta sangre

tenía que haber actuado, cuando menos, impulsado por un acceso momentáneo de locura.

«O estar loco de remate», acotó otro asistente.

«Pero, como regla, ni un loco perdido, ni nadie que se

encuentre en medio de un acceso de furia asesina, resulta tan

cuidadoso con lo que hace», les recordó Ricardo Z. Puede haber excepciones, cierto, pero pocas. Lo habitual era que el pasional dejara un reguero de pistas como consecuencia de su propio

arrebato, del apasionamiento que no le permite serenidad

suficiente para eliminar todo indicio capaz de incriminarlo.

«Hay crímenes pasionales cometidos metódicamente,

con larga preparación, a veces imposibles de descubrir, pero,

aparte de ser la minoría, tales asesinos no actúan movidos

por la rabia, al menos esa irracional que se conoce, sino otra, totalmente cerebral...».

«Porque aplican aquello de que la venganza es un plato

que se saborea mejor cuando está frío», interrumpió un

asistente.

«Digamos que así mismo es...» concedió, «Son capaces

de cortar en pedazos a una persona y distribuirlos por

toda la ciudad, pero lo hacen con limpieza, todo muy bien

premeditado para imposibilitar que los agarren...». Esta

vez se interrumpió él mismo; miró en derredor antes de

241

continuar. «Pero esta sangre por todas partes, esa salvajada de golpes..., eso no parece premeditado... Como si el asesino

fuera dos personas a la vez...».

Esa sangre por todas partes, esa cantidad salvaje de golpes,

no podían ser premeditadas: Alguien se había ensañado rompiendo piel y huesos, alguien gozó viendo cómo los tejidos se rompían y la sangre brotaba de cada herida. Más parecía el accionar de un poseso que se excitaba según la sangre brotaba del cuerpo.

«Un poseso, un energúmeno en pleno arrebató, excitado cada vez más por la sangre, como en un macabro acto sexual..., acaso hasta llegó al orgasmo en algún momento...», comentó uno de los investigadores.

«De acuerdo, pero, ¿y lo demás que nos dice la escena?», preguntó a los colegas, y a sí mismo, Ricardo Z.

Lo demás no concordaba con el comportamiento de un energúmeno. No había señales de irrupción violenta en la vivienda, pero eso no significaba mucho. Los investigadores intercambiaron impresiones, tratando de imaginar un ambiente posible:

«El asesino pudo haber entrado con la anuencia de la víctima, si era un conocido, o usó algún truco para ganar su confianza».

«O pudo haber usado alguna herramienta; la cerradura es sencilla, no habrá sido demasiado difícil».

«Si fue así, o entró cuando no había nadie, y esperó, o entró sin ser advertido, con la víctima ya en casa».

«Bien, ya tenemos al asesino en casa..., ¿y ahora qué viene?», los incitó Ricardo Z. «¿Cuándo aparece en escena

el famoso acceso de furia? ¿Hubo alguna discusión, algún enfrentamiento?».

242

«No, porque en ese caso debía haber alguna señal de lucha..., a no ser que el asesino también se haya ocupado

de borrarla...».

«Difícil, pero no imposible», concedió Ricardo Z,

«Pero me inclino más por la sorpresa... Es más, apostaría que la víctima estaba sentada en ese balcón..., vean las salpicaduras..., cuando el asesino le asestó el primer golpe en la cabeza».

«Hasta ahí tenía control de sí mismo, evidentemente... El desenfreno le vino al ver la sangre», opinó un colega.

«¿Y después?», lanzó la pregunta Ricardo Z.

Después tuvo que haber recuperado el dominio sobre sus

acciones, volver a ser un individuo cerebral. De lo contrario, el lugar no daría esa impresión de que, salvo el punto exacto

donde se cometió el asesinato, todo estaba en orden. Por la

inspección de las habitaciones se había concluido que el asesino había registrado todos los rincones, pero no de cualquier

manera, sino con método. En el interior de las gavetas, por

ejemplo, todo estaba revuelto, como si el contenido se hubiera lanzado al suelo y después vuelto a guardar, pero el as se

veían cuidadosamente cerradas. Lo mismo sucedía con el

guardarropa. Incluso en un amplio librero se podía observar

que se había buscado algo en él, pero los libros no estaban

tirados al piso, sino colocados en los anaqueles; se notaba

que se habían movido por las marcas de polvo, que no eran regulares, y porque el orden de colocación por títulos y autores aparecía alterado en algunos tramos y no se correspondían

con las marcas de localización que, evidentemente, el dueño les había puesto para mejor orientarse.

Por lo demás, ninguna huella digital, lo que indicaba que el asesino usó guantes todo el tiempo:

243

«El tipo venía preparado», coincidieron todos.

«Sí, pero nuestro hombre no solo venía preparado, sino también se tomó su tiempo para buscar lo que quería encontrar y dejar las cosas más o menos en su lugar, como vimos... Eso también lo tenía calculado», resumió Ricardo Z.

«Y acaso también lo tuvo para cambiarse de ropas», acotó uno de los asistentes, «Con esa carnicería, se habrá llenado de sangre... No iba a salir a la calle en esa facha, cualquiera se fijaba en él».

«Buena observación», respondió su jefe.

«¿Se ha dado cuenta, capitán...?», comentó otro colega,

«¿De que estamos dando por sentado que se trata de un hombre? También podría ser una mujer, ¿no le parece? El as también pueden ser asesinas...».

Ricardo Z admitió que le resultaba chocante imaginar una mujer cometiendo un crimen de tanta crueldad, aunque la crueldad no es privativa de ningún sexo.

«Pero en este caso no se trata solo de eso, hay algo más», acrecentó, «Aunque hay mujeres de gran fuerza física, no

son la mayoría, y quien cometió ese asesinato tenía más fuerza que una mujer común. O sea, o tenemos un hombre más o menos fornido asestando esta golpiza, o tenemos una atleta».

Dos elementos se agregaban al razonamiento: El primero lo proporcionaría la autopsia: Por la irregularidad de las contusiones, el arma homicida podía ser una herramienta, quizás una llave de las conocidas como sargento, o algo similar; alzarla y descargarla repetidamente contra alguien hasta matarlo exigía cierta fortaleza física. De ser mujer, sería bastante corpulenta. El otro elemento representaba el único rastro dejado por el asesino: Las dos huellas de zapatos, 244

una parcial y otra completa, a ambos lados del cuerpo de la víctima. Tal vez había asentado los pies junto al cuerpo

del hombre que había matado, como una señal de triunfo, como para verse a sí mismo vencedor de una batalla con el derrotado debajo de sí.

«En realidad, para mejor asestar sus golpes», le aclararía el forense más tarde, y agregaría, sonriente. «Aunque no le discuto su versión, la mía es la más probable, cuando terminen los estudios se verá...».

«¿Y por qué no para ambas cosas? Primero para matar, después para vanagloriarse consigo mismo de lo hecho...».

El forense concordó.

Como fuera, el hombre se había preocupado por eliminar cualquier otra huella; sin embargo, esa de la pisada la dejó.

¿Significaba algo?

«¿Qué les parece?», preguntó Ricardo Z, «¿Se descuidó nuestro hombre?».

Pregunta retórica, por supuesto; no pensaba que se tratara de algún descuido, sino del deseo de dejar una señal, algo que dijera *Yo lo hice*, aunque el destinatario del mensaje fuera su propio autor.

«¿Y por qué no...? También puede ser», consideró

Ricardo Z. El asesino a veces dialoga consigo mismo, se deja un mensaje. «Dejó la huella como una marca, como una forma de autorrealización, de decirse que ha sido capaz de consumir un hecho que considera extraordinario».

El informe forense, cuando lo recibiera, si bien no negaría por completo la posibilidad de un acto de autorrealización, situaría las cosas en la perspectiva más realista y conforme con lo anunciado por el especialista: La dirección de los golpes y la forma de las heridas no dejaban dudas en cuanto

245

a que el asesino se habría colocado en esa posición y se habría acucillado, o acaso hasta se sentó en el cuerpo del

cadáver, para proceder a hacerle múltiples heridas con un objeto punzante.

«Todas provocadas después de muerto, pues el gran traumatismo en la cabeza, más los que siguieron, eran incompatibles con la vida...; aunque el asesino no tenía que saberlo por obligación, debe de haberlo imaginado», le comentaron en el laboratorio.

«Ensañamiento..., regodeo al apuñalar», se dijo Ricardo Z.

Repitió en su interior las palabras del colega: Como en un macabro acto sexual...

También se confirmaba la hipótesis que había adelantado:

No había habido lucha, y al menos el primer golpe en la cabeza la víctima lo había recibido sentada en el balancín.

Era poco probable que hubiera caído directamente al suelo,

lo cual llevaba a pensar que el asesino lo empujó, antes o después de haber dado un segundo golpe. El apuñalamiento sí había sido, sin lugar a duda, ya en el suelo.

Con el asesino cada vez más excitado. Como en un macabro acto sexual.

De cualquier modo, aquel a marca de zapatos les ponía en la mano el único dato disponible acerca del autor de esa muerte: Se trataba de un individuo de entre 1,70 y 1,80 m de

estatura, acaso algo pasado de peso. El calzado era masculino, de tipo corriente y con algún tiempo de uso, lo cual no aportaba indicio alguno para la identificación de su propietario.

«En síntesis, lo único que tenemos para comenzar es que el autor del crimen parece ser un varón de entre 1,70 y 1,80 de estatura, con algunos kilos de más. No se puede decir que sea demasiado», resumió Ricardo Z, «El hombre se cuidó

246

de no dejar nada al azar, ni los zapatos, usó unos que no condujeran a nada».

Su personalidad, en cambio, parecía ser bien peculiar, y no había que esperar a la psicóloga para advertirlo. Se podía pensar en un individuo meticuloso, con una mente crimi-

nal, capaz de representarse con antelación el algoritmo del crimen que piensa cometer, de sopesar los riesgos y las posibles incidencias, y planearlo todo hasta el mínimo detalle para no dejar el menor rastro... Y capaz a la vez de dejarse arrebatado por la pasión durante un tiempo, para después volver a controlarse.

Recordó sus propias palabras en el lugar del crimen:

Como si el asesino fuera dos personas a la vez. ¿Se habrían alternado?

«¿Qué opina usted, capitán?», interrumpió su meditación un asistente.

«No hay manera de tener certeza alguna, pero, por lo que tenemos, es posible imaginar que primero estudió a la víctima, sus horarios y costumbres, el lugar de los hechos, o los conocía de antes, y se trazó el plan; ejecutarlo fue actuar sobre seguro.

Sabía que después de matarlo podía tomarse su tiempo, realizar sin prisas el registro».

«¿Y no al revés?».

«Y no al revés, estoy convencido. Para hacer las cosas con calma, la víctima tenía que estar ya muerta».

Que al mismo tiempo fuera capaz de dejarse llevar por un paroxismo de violencia y continuar dando golpes a la víctima incluso después de muerta, para después serenarse y volver a ser metódico y frío, era lo que resultaba interesante.

247

«Usted habló de paroxismo, capitán; yo diría que un verdadero orgasmo, como alguien comentó hace poco»,

acotó uno de sus ayudantes.

«Quien sabe si hasta eyaculó», apoyó otro.

«En definitiva, orgasmo o paroxismo, da igual» concluyó Ricardo Z, «El resultado es el mismo: Una golpiza salvaje sobre un cuerpo ya muerto. Y después, una vez saciada la furia asesina..., o alcanzado el orgasmo psíquico o material, como ustedes quieran..., volver en sí, actuar con parsimonia y hacer un registro en busca de quién sabe qué, acaso algo que pudiera inculparlo, dejar en orden el lugar... Un tipo bastante complicado, a decir verdad. Inteligencia y autocontrol combinados con animalidad».

«Un psicópata peligroso, en conclusión», concordaron todos.

Precisamente en ese punto la situación podría complicarse, opinaba Ricardo Z.

«¿Qué tal si el individuo gozó tanto la experiencia, que un día de estos se sienta tentado de repetirla?».

Incluso aunque su propósito inicial hubiera sido otro, al haber disfrutado tanto de su crimen pudiera enviciarse.

«Siendo así, se pudiera transformar en un asesino en serie...».

«Si no es que en realidad ya lo es, capitán...; este pudiera no ser el único caso, solo que nosotros no lo sabemos todavía...», se atrevió a proponer un colaborador.

«Ya hubiéramos oído hablar de él, no me parece... Pero no es imposible... No habría que descartarlo... Encárgate tú

mismo de averiguarlo; date un paseo por los casos pendientes a ver qué te encuentras».

248

Mirando hacia otras direcciones, quedaba claro que el robo no había sido el motivo del crimen: En una de las

gavetas se encontraba una fuerte suma de dinero sin indicios de siquiera haber sido tocado, y en el apartamento había objetos valiosos con los cuales cualquier ladrón hubiera cargado. En cambio, faltaban algunas pocas fotos en un álbum hal ado sobre el escritorio junto al cual se había encontrado el cadáver.

«Si no faltaban de antes, cabe pensar que esas fotos resultaban importantes para nuestro hombre, y por eso se las llevó», comentó Ricardo Z. A juzgar por las que quedaron en el álbum, se trataría de fotos antiguas, de varias décadas atrás, acaso de la etapa de estudiante universitario de la víctima. «Si las arrancó, algo hay en el as que lo podría delatar, o él imaginó que pudiera delatarlo de alguna forma, no hay otra explicación». Acaso en el as apareciera el propio asesino, o personas que, reconocidas, pudieran conducir hasta él. Que el álbum se encontrara encima del escritorio y no en una gaveta junto a otros también podría tener un significado. Esa colocación no habría sido obra del asesino, quien habría tenido el cuidado de regresarlas al lugar de donde las extrajo; si el álbum estaba allí era porque siempre había estado, por alguna razón la víctima

había querido tenerlo al alcance de la mano. El asesino lo vio, lo hojeó, encontró las fotos que podían interesarle y las arrancó; el registro general, entonces, podría responder a

la búsqueda de otros elementos que pudieran incriminarlo.

«Otras fotos, dedicatorias en libros, recuerdos...». Eso explicaría el registro en el librero.

«Y si buscaba eso, puede significar que el crimen tiene algo que ver con el pasado de ambos», concluyó uno de sus

249

hombres, «En cierto sentido, eso me explica bastante lo que pasó aquí».

«¿Como qué?».

«Como la mezcla de meticulosidad y salvajismo...».

Pudiera ser, concordaron todos; habría que tomarlo en cuenta.

«Hay dos cosas más que podemos saber sobre nuestro hombre», anunció de repente Ricardo Z.

«Lo primero, que no le llama la atención la poesía»,

agregó mientras tomaba del escritorio un libro de poemas

de César Vallejo, que debería de tener más de treinta años de publicado, y un cuaderno de poemas escritos a mano,

quizás pertenecientes a la víctima, pues tenía sus iniciales a continuación de lo que parecía ser un título: Están andando en el corazón. Ricardo Z había notado que el asesinado guardaba

varios libros de poesía en su biblioteca, y en lugar destacado en las paredes de la sala se observaba un cuadro con la

inscripción pirograbada:

La peor consecuencia

de ser adulto

es no poder gritar

¡MAMÁ!

Cuando la vida nos toma por el cuello

Podría tratarse de un texto más de los que se venden en

cualquier parte para colgarlos en la pared como adorno, pero al capitán le pareció que podía no serlo, pues las iniciales grabadas 250

en la esquina inferior derecha del cuadro correspondían a las de la víctima.

Los colegas se miraron, preguntándose en silencio qué

relación pudiera tener la afición por la poesía con el caso.

«No mucha, o ninguna... Pero lo segundo es que no es tan inteligente como seguramente se cree», continuó, ahora con aire triunfal. «Creo que acabo de sorprenderle un gazapo...

Tal vez el único que se le escapó...».

Agitaba el libro que tenía entre las manos mientras

hablaba.

Un gazapo, o un error grave. Porque el libro de poesía

estaba dedicado a una mujer.

«Eso podría ser una pista, jefe... Tanto como podría no significar nada», le recordó uno de sus ayudantes: El asesino

no encontró en la dedicatoria nada que lo comprometiera, por

eso no arrancó la página o se llevó el libro, porque ese nombre no se relacionaba en nada con él.

«Puede haber ocurrido así..., desde luego», admitió

Ricardo Z, «Y en tal caso no tengo nada en la mano».

Pero había un elemento que lo llevaba a imaginar que no

se equivocaba: La dedicatoria.

«¿Y qué tiene esa dedicatoria para que usted piense así, capitán? Eso es precisamente lo que...», lo contradijo el mismo subordinado.

Ricardo no lo dejó terminar. Abrió el libro, mostró las primeras páginas,

«¿No lo ven?».

Y vieron. Entre las primeras páginas no se encontraba ninguna dedicatoria, sino en una de las finales, con el libro vuelto de cabeza. El muerto sabría la razón por la cual lo hizo, pero se la llevó a la tumba.

251

«¿Y eso qué?», era la pregunta no formulada que se reflejaba en los rostros de los colaboradores de Ricardo Z.

«¿No lo ven?», repitió. «¿Y si ese nombre que está en la dedicatoria sí nos interesa?... Imagínense que el criminal vio el libro sobre la mesa, lo tomó, miró las primeras páginas buscando una posible dedicatoria, precisamente para la mujer cuyo nombre vemos... Como no encontró nada ahí, donde suponía que estuviera, despreció el libro, no siguió hojeándolo. A fin de cuentas, él no había venido a este lugar para hojear libros de poesía...».

Porque no se entretuvo mirando, les había dejado ese regalo...

«Tampoco es obligado que sea una pista...», volvió a contradecirlo el subordinado, «También pudo ocurrir que sí lo hizo, que encontró la dedicatoria al á atrás, pero el nombre no significaba nada para él y lo

puso donde lo encontró...».

Ricardo Z admitió que podía ser como el otro decía, pero le llamaba la atención la coincidencia de que tanto el libro como el álbum obligaban a remitirse a décadas atrás. Podrían ser indicios de que la muerte actual tuviera hilos que vinieran de mucho tiempo.

«Puede ser como tú dices... Pero nada quita que este nombre de mujer sea lo que nos lleve a nuestro asesino. No me parece demasiado arriesgado imaginar que lo arrancado del álbum eran precisamente fotos donde él aparece... Y acaso él».

Tal vez encontrando a esa mujer pudieran llegar al criminal. Se trataba de simples especulaciones de todas formas, lo admitía; lo real era la total ausencia de verdaderas pistas. «Pero algo es algo, ¿no?; al menos podemos ir pensando en esto para comenzar», se consoló Ricardo Z.

252

Álbum y libro fueron conservados como posibles evidencias, desde luego.

«Al contrario de lo que la gente piensa, para un investigador con experiencia los muertos sí hablan», le gustaba repetir a sus colegas la frase preferida de uno de sus amigos forenses. «Puede ocurrir que uno no sepa nada sobre la persona asesinada, o lo conocido sea irrelevante, pero siempre aparece algún elemento a partir del cual se puede trabajar. Y ese primer dato es el muerto quien lo aporta. Si quiere hablar, si no hay en él nada evidente a simple vista, la autopsia lo obliga a hacerlo...».

La autopsia proporciona tantos datos como la ciencia y la inteligencia del forense son capaces de extraer de el a.

«Nuestro trabajo es procesar todos esos datos en información y ponerla a nuestro servicio».

En el caso que los ocupaba, que se tratara de alguien encontrado muerto en su propia casa proporcionaba una relativa abundancia de datos, por haber una identidad establecida, documentos, fotos familiares, un entorno privado que aporta información para el ojo entrenado; sin descontar los vecinos, que aportan lo que saben o suponen acerca del difunto y sus costumbres, lo que vieron, escucharon o imaginaron en relación con él.

«Que todos esos datos resulten útiles o no ya es otro tema», pero esa nunca era una preocupación para Ricardo Z cuando comenzaba una investigación. «Nada se desperdicia, todo puede tener un significado, todo puede servir de ayuda para aclarar un crimen... Hasta los datos equivocados».

253

Había quedado establecido desde el principio que la víctima contaba sesenta y cuatro años al momento de

la muerte. Si en el álbum de su juventud había fotos que interesaran al asesino —aunque podía no ocurrir así—, no había que despreciar la idea de que fueran contemporáneos, incluso antiguos colegas de estudio que mantuvieran alguna relación —«Lo cual acaso explique por qué la puerta no fue forzada», comentaban los investigadores.

Tal vez se encontrara algo interesante buscando por

esa vía.

También se conocía que la víctima vivía de las rentas de una herencia, y que colaboraba como voluntario con algunos grupos de autoayuda. Había realizado estudios de psicología en su juventud, aunque los abandonó en el último curso. Los colegas de Ricardo Z no tuvieron que esforzarse mucho para obtener ese último dato, pues era de conocimiento general en los grupos que frecuentaba, ya que él no lo ocultaba que no era graduado. Sin embargo, nadie pudo aportar información acerca de las razones por las cuales había interrumpido los estudios. «Eso fue hace tantísimos años, ¿a quién podía interesarle?», respondían los interrogados, ninguno de los cuales lo conocía de entonces.

«Era una persona con vocación de servicio; un verdadero monje», aseguró más de uno. Disponía de conocimientos muy variados de los cuales se valía para ayudar a los demás, lo mismo con consejos que con ejercicios, masajes y técnicas diversas; esa afirmación se correspondía con los diplomas de cursos de varios tipos encontrados en su apartamento, entre ellos de masaje, yoga, acupuntura, medicina natural y reiki.

«Yo lo conocí poco tiempo después de su regreso al país, hace como cinco años, y le garantizo que todo el mundo lo

254

quería, nadie se explica cómo alguien podía querer matar a una persona como él».

«El que lo mató tiene que ser un loco», aseveró la guía de

un grupo de autoayuda para mastectomizadas con el cual la víctima colaboraba. «A no ser que lo haya confundido con otra persona, ¿no le parece? Esas cosas pasan a veces...

De otra manera no me lo imagino. Era generoso, ayudaba a todo el mundo. No había quien no lo amara... Nosotras lo adorábamos, no sé qué nos vamos a hacer ahora sin él...».

«¿Y no podría ser que ese loco al que se refería la señora sea el marido de alguna de ellas?», preguntó Ricardo Z cuando

terminó de oír el informe de sus colegas sobre las primeras averiguaciones, «¿Qué tal si a uno de esos maridos le pareció que la adoración de su mujer por el consejero espiritual iba más allá de ciertos límites?...».

«Todo puede ser, capitán, desde luego, un celoso patológico ve rivales hasta en su propia sombra, pero no parece muy probable en este caso...».

El investigador dejó en suspenso la expresión, como midiendo el efecto de las palabras en su jefe.

«Sigue, sigue, no te me hagas el interesante», lo incitó

Ricardo Z, al advertir el mensaje implícito en el silencio, de que a continuación vendría información relevante.

El policía continuó hablando, pero no fue directo a la idea fundamental. Leyó en voz alta la parte del expediente donde se afirmaba que en los últimos treinta años la víctima había vivido en el extranjero, hacia donde había partido poco después de abandonar la carrera de psicología. Durante ese tiempo había realizado algunas visitas breves al país, más

bien esporádicas, y había regresado definitivamente hacía poco más de cinco años, después de la muerte de su pareja...

255

Ricardo Z notó que otra vez su colega interrumpía el relato, como para darle particular relevancia. Siguió el juego.

«Muy bien, regresó después que enviudó, ya lo oí, y además lo sabía. ¿Y qué hay con eso? Antes de continuar, dime, por curiosidad..., ¿quién era esa pareja?».

«Un profesor, capitán... Nuestra víctima era homosexual...».

«¡Ah!, ¿eso?... Imaginé que ibas a decir algo de más importancia. Homosexual, bisexual, heterosexual... ¿Qué tiene que ver eso con lo que estábamos hablando? Es irrelevante. No veo cómo afecte el caso...».

El colega iba a replicar, pero lo interrumpió, ganado por nuevo interés:

«Está bien..., no importa; mejor dime: ¿Qué se sabe de esa relación?, ¿era estable, seria, de larga data..., reciente? ¿Ese profesor era alguien conocido?, ¿puede existir alguna vinculación entre su muerte y la que nos ocupa?, ¿una venganza tal vez? ¿Celos?».

No había vinculación alguna entre las dos muertes; tampoco había nada en particular que referir sobre la pareja de la víctima, un profesor de cierto renombre en la universidad extranjera donde trabajaba, pero nada más.

Llevaban una vida modesta y recatada, y rara vez aparecían en reuniones sociales. Sin embargo, no carecían de recursos, pues el profesor disponía de una pequeña fortuna que le venía de familia, y evidentemente la administraba muy bien.

Fue la fortuna que, a su vez, heredó la víctima.

«¿Significa que, luego de muchos años en el extranjero, muere su pareja, cobra la herencia que le dejó y decide regresar a su país, a ese mismo país que hasta entonces visitaba muy poco? Suena algo raro, ¿no?... Y esa muerte que le dejó a nuestra víctima una herencia, al parecer suficiente

256

para garantizarle la vida, ¿fue natural, por causas bien establecidas..., o sospechosa?».

«Fue natural, capitán, y nada sospechosa... Aunque, a decir verdad, hay un sospechoso...».

A Ricardo Z le pareció que esa tarde a sus subordinados les había dado por tomarle el pelo.

«Ven acá, ¿te vas a pasar la tarde jugando a las adivinanzas?

¿Qué me quieres decir con eso de natural y nada sospechosa, pero hay un sospechoso? Parece que te hicieron daño esos días de descanso... Vas a tener que descansar menos».

«Nada de eso, capitán, nada de eso...; no se preocupe por el descanso, que me vino muy bien... Solo que... Que con el cáncer de pulmón que tenía lo más natural era que se muriera..., leímos los informes médicos, no hay duda alguna... Pero el sospechoso de la muerte es el cigarro, pues era fama que ese profesor echaba más humo que una chimenea antigua».

Ricardo Z recordó que en el apartamento de la víctima se veían varios cuadros con anuncios contra el hábito de fumar; ahora oía lo que podría ser la explicación de tantas advertencias. Pero no quiso dejar pasar sin castigo la ocurrencia macabra del subordinado.

«Como chiste, no lo veo nada gracioso, se diría que más bien bastante malo. ¿No te parece?... Y, en fin..., ¿Eso es todo lo que tienes que decir?».

«Bueno, lo demás ya lo sabe, capitán, se trataba de un ciudadano tranquilo..., no era ostentoso ni llamaba la atención por nada en particular; salía poco de casa y, salvo su relación con los grupos de autoayuda, sobre todo uno de fumadores empedernidos y el de las mastectomizadas,

mantenía pocas actividades sociales. Ya conoce el buen

257

criterio sobre su persona... No parece que diera motivos para ganar enemigos... Tampoco hay indicios de que llevara

una doble vida».

«Sin enemigos conocidos... Entonces no hay que desgastarse mucho buscando por esa línea...», pensó en voz alta Ricardo Z.

«Una señora habló de la posibilidad de un crimen por equivocación, pero... Pero nosotros sabemos que no puede ser... Matar puede ser, pero ¿tanto ensañamiento? No, ese tipo sabía bien a quién estaba matando..., y por qué», intervino otro investigador.

«En eso estamos de acuerdo... Aquí no hubo casualidad...», lo apoyó Ricardo Z. «Así que vayan y vean si aparecen otras relaciones..., además de esos grupos de autoayuda, entre tanta gente tal vez se pueda obtener algo que valga la pena... Aunque me da la impresión, no sé por qué, de que sería bueno buscar mejor entre las mastectomizadas...». Se detuvo unos instantes, como ordenando las ideas antes de proseguir, «Alguna de esas señoras pudo tener una relación más cercana con él y decirnos algo interesante, algo que nos sirva de orientación... Miren bien entre las que andan alrededor de los sesenta años, alguna pudo conocerlo de joven..., ¡y hasta ser la mujer del libro de poemas y las fotos!... Quién sabe si hay una historia antigua, una deuda de mucho

tiempo que alguien quiso cobrarle ahora...».

«Ya estamos trabajando en eso...; pero recuerde: Era homosexual, no es tan fácil que entre esas mujeres y él...».

«Y sigue este hombre con su manía de la homosexualidad... ¿Y eso qué tiene que ver...? ¿Me puedes explicar?».

«Tiene que ver, claro que sí... Si el occiso fuera heterosexual, podría pensarse que el asesino, celoso, lo vio como

258

un rival posible que debía eliminar, o al que debía cobrarle la ofensa, si imaginaba que estaba efectivamente con su mujer...

En fin... Ahora, siendo homosexual, ¿cómo iba un hombre a sentirse celoso?... Ese no podía ser el móvil...».

«Creo que voy a tener que enviarte de nuevo a la academia..., estás simplificándolo todo de mala manera...

En la vida las cosas no son tan simples», lo amonestó Ricardo Z. «¿Estás seguro de que un psicópata, como seguramente es el personaje que andamos buscando, no se sentiría celoso si su mujer mantuviera trato íntimo con un hombre, aunque sea homosexual?... Eso es como pensar que en las relaciones humanas dos más dos suman cuatro... Yo no estaría tan seguro de eso...».

«No sé qué le diga, capitán; en primer lugar, no sabemos nada del asesino; suponemos que sea un psicópata, pero no nos consta...».

«¿Y lo que vimos en el lugar de los hechos no nos habla de un psicópata?... Si aquello fue obra de una persona

normal...».

«Está bien, está bien, me expresé mal... Lo que quiero decir es que no sabemos nada de él, salvo que cometió ese crimen... Puede ser un tipo con una mente enrevesada, coincido con usted, pero, no sé, nada me parece evidente..., no sabemos nada».

«Por eso mismo, porque no sabemos nada, no podemos eliminar ninguna hipótesis. Para comenzar, el asesino no tenía obligación de saber la orientación sexual de la persona que mató, si no la conocía de antes. No supo nunca que no sentía atracción sexual por su mujer, y actuó como si la sintiera...».

«Tampoco nos consta que conociera a su víctima, es verdad...».

259

«No, solo podemos suponerlo... Lo conocía de antes, lo conoció recientemente..., pero tuvo un fuerte motivo para

actuar como actuó, fuera real o imaginario».

«Pudo conocerlo, de antes o de ahora, relacionarse con él y saber que era homosexual, pero de todos modos sintió que debía matarlo... Entonces habría que buscar otro móvil que no fueran los celos..., es lo que trato de decir», se explicó mejor el investigador.

«Si Sherlock Holmes nos agarra en esta charla nos envía de nuevo para la academia», cambió el rumbo de la conversación Ricardo Z. «Nada de lo que estamos haciendo es científico. Ante todo, estamos especulando, lo que decimos no es más que un ejercicio retórico que solo sirve para prejuiciarnos,

porque en la práctica no tenemos nada en la mano que nos guíe en una dirección u otra. No es un buen método de investigación, debemos teorizar un poco menos e investigar más».

Con la última afirmación se podía dar por concluido el tema, pero Ricardo Z continuó teorizando, a pesar de haber sugerido lo contrario. Los demás sonrieron ante la contradicción entre el decir y el hacer del jefe, pero no dejaron de prestar atención a sus palabras.

«Hay otro tipo de celos, más peligroso, y hasta más propenso a que la gente cometa cualquier disparate que el simplemente sexual... Es el miedo a perder el control sobre alguien... Eso que llamamos celos muchas veces no es más que el temor a la pérdida de esa forma del poder que es dominar a la pareja. El dominador se siente seguro, fuerte e importante gracias a la persona dominada. Si la perdiera volvería a sentirse como lo que en realidad es, una persona débil, un don nadie, un fracasado... A algunos eso puede llevarlos a cometer un delito grave, ejemplos hay de sobra».

260

En el caso que analizaban, podía haber ocurrido que el asesino considerara al fallecido como un peligro para él,

aunque el peligro no guardara relación directa con el sexo.

«Claro que continuamos en el mundo de las conjeturas; esto que estoy diciendo carece de valor si no encontramos al menos algún indicio concreto que lo sustente», admitió antes de continuar, al advertir el fondo de burla en las miradas

de sus compañeros. Si el asesino sabía que su víctima era homosexual, sabía también que no existía el peligro de compartir su mujer, pues no habría sexo entre ellos; mucho menos el a lo abandonaría por ese motivo. Pero esa misma condición de que las mujeres no interesaran al hipotético competidor pudiera significar un peligro mayor. El rival homosexual no está limitado por el sexo; su condición femenina, aunque envuelta en un cuerpo masculino, lo hace cercano al sentir de una mujer, y puede ejercer mayor influencia sobre el a que cualquier otro. Siendo amiga y a la vez amigo, su compañía es más cercana, y sus consejos más escuchados. Puede abrirle los ojos a la mujer maltratada o con autoestima baja, y ayudarla a romper el círculo en que se encuentra encerrada.

«Oír consejos y, sobre todo, hacerles caso, eso es lo más

grave..., hacerles caso... Siendo así, difícilmente el dominador no va a advertir algún cambio en la conducta de la mujer,

algún indicio de que a su poder le ha surgido una amenaza...

Y de ahí a pensar que debe ponerle fin a cualquier precio no hay más que un paso».

«Todo eso está muy bien, capitán, muy claro y bien pensado», intervino uno de los agentes, cuando advirtió que su jefe había terminado de expresar todo lo que tenía en mente. «Aquí nadie discrepa de lo que usted afirma...,

261

pero, yo me pregunto qué nos hacemos con todas esas ideas; como usted mismo ha dicho antes,

solo especulamos, no tenemos nada en las manos... Y eso hasta pudiera perjudicar la investigación, si nos prejuiciamos, si dirigimos muestra mente en una única dirección».

Agarrado en falta, Ricardo Z sonrió.

«Es cierto, me dejé llevar, no me hagan demasiado caso... Mejor nos dejamos de inventar hipótesis que...». Dejó en suspenso la frase, como si no estuviera seguro de qué iba a continuación, «Que no se sustentan en nada... Aunque, a decir verdad, en fin, no sé por qué, pero algo me dice que a nuestro asesino lo movió..., que algo de lo que hemos hablado aquí estuvo presente en su actuación...».

«¿Una corazonada, capitán?», se atrevió otro.

Ricardo Z, sin argumentos, inició una respuesta, sin convicción.

«No quise decir...».

Se detuvo unos instantes, sonrió, dándose cuenta de que no tenía nada que decir.

«Bueno, muchachos, ya les dije: No me hagan demasiado caso...; cada uno a lo suyo. Vamos a trabajar con los datos que tenemos hasta ahora».

262

A la mañana siguiente, mientras se rasuraba, Ricardo Z se sorprendió a sí mismo divagando acerca de un tema ya viejo que cada cierto tiempo regresaba a su mente. Era

aquel caso por cuya solución estuvo a punto de abandonar su carrera.

«Eso queda entre usted y yo, teniente», había expresado su jefe, mientras tomaba la placa y la pistola que el investigador había dejado sobre la mesa y hacía ademán de devolvérsela,

«No voy a perder a uno de mis agentes más prometedores por un prurito de conciencia por algo que, a fin de cuentas, no tiene mayor trascendencia».

«Pero no cumplí mi obligación, capitán».

«No me venga con esa, teniente, no sé de qué obligación me está hablando...».

«Tenía que haberlo arrestado..., pero...».

«¿Arrestarlo? Sí, desde luego, esa era su obligación, arrestar al asesino... ¿Y acaso no lo hizo? Fue eso lo que me contó, ¿no?»

Ah, sí, es verdad, se le escapó..., pero usted no es el primero ni será el último a quien le ocurra algo así..., ¿sabe cuántos se me escaparon a mí en su momento? No me venga con esas a estas alturas...».

Ricardo Z no entendía las palabras de su jefe. Para colmo, su sonrisa enigmática lo desorientaba.

Él le había contado los hechos tal como habían sucedido, sin pasar nada por alto; más que un informe, resultó una

263

confesión. Y el jefe parecía narrar una historia diferente. Se atrevió a contradecirlo: Eso no era así.

«Pero el hombre no se me escapó, capitán..., yo lo solté y, peor todavía, usted lo sabe, me fui y dejé que terminara lo que había ido a hacer».

«Se le escapó bien escapado, colega; créame, usted no lo dejó ir... Escapó y de la mejor manera... En aquellas condiciones, ¿quién hubiera podido detenerlo? ¡Nadie!».

El capitán se levantó de su silla, fue hasta Ricardo Z, le puso una mano en el hombro y apretó suavemente. Fuera por la diferencia de edades, fuera por el tono de la voz o por la sonrisa, ya no enigmática, sino más bien de comprensión o complicidad camaraderil, Ricardo Z recibió la impresión de que era su padre quien le había puesto la mano en el hombro.

El superior aproximó una silla, se sentó junto a Ricardo Z y le habló en voz baja. Ciertamente, ya no era el jefe quien hablaba, sino el colega de más experiencia en el oficio, el que más había vivido, el conocedor de lo que no enseñan los manuales.

Tal vez fuera verdaderamente su padre, vestido de uniforme. Acaso por eso ahora lo tuteaba.

«Mira, muchacho. Todavía eres nuevo en el oficio, aunque ya no seas un novato..., te falta mucho por ver y por vivir. En la academia te enseñaron que nosotros estamos para capturar a los que violan la ley, para eso nos pagan... ¿Cierto?».

«Cierto».

«Pero a veces sucede que, por aplicar la ley, llegamos a cometer injusticias... Cuando uno lleva mucho tiempo en este negocio, se sorprende a veces pensando que no es lo mismo la ley que la justicia... ¿Te parece? ¿No lo has pensado?».

264

«No sé..., no estoy seguro. No he pensado mucho en eso..., será que, como dice usted, me falta tiempo todavía».

«Y quizás sea mejor no pensar en esas cosas, porque

nosotros no tenemos derecho a decidir si lo que hacemos

es justo o no. Si lo hiciéramos sería el caos, imagínate, cada cual actuando a su albedrío, sin atenerse a las leyes, sino

solo a su conciencia. ¿Y quién define si su conciencia tiene la razón?...».

«Por eso mismo, capitán, en mi caso..., actué como se me antojó, no cumplí mi obligación...».

«Acabáramos... Ya estás de nuevo con la obligación... Claro que la cumpliste... Llevaste el proceso con total dedicación, dejaste de descansar, de atender a tu familia, pusiste toda tu inteligencia al servicio del trabajo...».

«Pero no llegué hasta el final...».

El jefe no respondió. Volvió a ponerse de pie e hizo ademán de dirigirse a su asiento, pero se detuvo. Movi6 la mano como si de repente hubiera recordado algo. Ya no lo tuteaba:

«¿Oí mal, o usted me contó que esposó al hombre?».

«Oyó bien, lo esposé... Pero lo solté después...».

«Bueno, lo segundo no lo pregunté..., haré como que no lo oí... ¿Ve lo que le digo? Descubrió al delincuente,

fue a capturarlo... Por cierto, violó las reglas de seguridad, pudo haberse puesto en peligro por imprudente..., pero

vamos a pasar eso por alto ahora... Esposó al hombre, como correspondía..., y él se le soltó, él se le escapó...».

«Pero no fue así...».

El capitán hizo como si no hubiera oído la interrupción y

continuó su idea.

265

«Él se le escapó usando la única arma contra la cual usted no estaba preparado...; no sabría decir si hay mucha gente

preparada para defenderse contra el a..., no sé si yo mismo

lo estoy, ojalá no me vea en ese trance...».

«Disculpe, no entiendo, estoy confundido».

«Claro que tiene que estar confundido... Pero es muy sencillo...».

Esta vez el capitán hizo una pausa intencional, pero

Ricardo Z permaneció en silencio, intentando encontrar el

verdadero sentido de sus palabras. Lo cierto era que sí las

entendía, pero no estaba seguro de lo que creía entender.

«Mire qué sencillo, teniente: El agente de la ley que es usted llegó hasta donde tenía que llegar cumpliendo su obligación,

detuvo y esposó al violador de la legalidad, cumplió su deber.

Pero resulta que ese agente de la ley es, además, un ser humano.

Y ahí fue todo: El policía fue sustituido por el ser humano que es él mismo cuando se encontró con otro ser humano que estaba

actuando, a su vez, como agente de la justicia. Dos seres

humanos se encontraron: Uno de ellos iba a cumplir con la ley, el otro con la justicia. En ese momento el policía se descuidó, y desapareció el delincuente. A partir de entonces allí solo se encontraban dos hombres actuando según su conciencia...

Ah, para terminar, déjeme decirle que estoy seguro de que no

falta mucho para que vea otra vez al delincuente... Debe de

estar al llegar».

El capitán se dirigió nuevamente a su asiento y, todavía de

pie, ordenó de repente, asumiendo un aire solemne:

«Teniente, haga el favor de reincorporarse ahora mismo a su oficina y no me haga perder más tiempo conversando.

Ese hombre va a entrar en cualquier momento preguntando por usted para entregarse. Quizás sea lo último que haga en

266

su vida... Pero vaya, vaya de inmediato; ni a usted ni a mí nos interesa que los pormenores del asunto se desparramen por

los pasillos, así que váyase a atenderlo..., ».

Y ya cuando Ricardo Z estaba junto a la puerta:

«No olvide hacer primero un borrador del informe final y entregármelo personalmente, como de costumbre... Y no lo olvide: Las cosas sucedieron tal como yo le he dicho. Es una orden».

Como había asegurado su jefe, mal se había acomodado Ricardo Z en su silla, cuando un agente tocaba a la puerta de su despacho y le anunciaba que un anciano lo esperaba; tenía algo que informar, pero solo hablaría con él.

En conclusión, Ricardo Z no renunció a su puesto como había pensado, y el juicio por aquel caso nunca se efectuó:

La causa fue sobreseída por fallecimiento del reo, un par de meses después.

Con el tiempo, muchos otros crímenes que resolver ocuparon su mente, y nunca más tuvo que volver sobre aquel; sin embargo, su recuerdo regresaba cuando menos lo esperaba. No había logrado que el tiempo le borrara por

completo de la memoria la noche en que se vio obligado a elegir entre dos conceptos en apariencia sinónimos y en esencia diferentes. Y se le había convertido en una especie de reflejo interior sobre el cual no tenía control: Cuando una investigación se le mostraba particularmente complicada, desfilaban por su cabeza los principales hechos de aquellos días; era como una tradición que se hubiera instalado en su subconsciente. Se había acostumbrado a que le sucediera, aunque nunca llegó a explicarse la relación que en su mente se establecía entre lo ocurrido tanto tiempo atrás y los casos difíciles que lo ocuparan.

267

Pero el caso actual todavía estaba en sus inicios, no había mostrado toda su complejidad. Entonces, ¿por qué volvía

aquel a historia a su mente? ¿Sería un presagio de que tenía enfrente un problema más difícil de lo que parecía? ¿Se le complicaría al punto de no poder resolverlo?

Tal vez fuera otra de sus conocidas corazonadas; si lo era, llegaba un poco adelantada, y no lograba descifrar todavía su significado.

Cuando Ricardo Z mencionaba la palabra corazonada,

sus hombres sonreían, pero estaban lejos de burlarse. En él

eso era todo lo contrario de una fantasía. Y ya no recordaban la primera vez que la oyeron. Se habían habituado a que la usara

poco antes de la solución de un caso, de que las piezas del rompecabezas que los había tenido sin descanso muchos días de repente ocuparan su lugar y la investigación concluyera.

Trabajaban duro bajo sus órdenes, en espera del momento

en que, al finalizar la lectura de un informe o el análisis de un conjunto de indicios, expresara en voz baja, como hablando

consigo mismo:

«No sé, pero me está dando la corazonada de que...».

Era la señal que les indicaba el punto, desde luego nada

científico, en que los datos dispersos —esos sí, en su mayoría, obtenidos aplicando el raciocinio — comenzaban a ordenarse

en el cerebro del jefe, y ellos a imaginar la solución al alcance de la mano. Claro estaba que no siempre el desenlace era

positivo, el ordenamiento de los datos había resultado erróneo y la corazonada no conducía a lugar alguno, incluso los hacía

perder horas o días de trabajo, pero en otras ocasiones, la

mayoría, el éxito les sonreía.

268

Que Sherlock Holmes o los profesores de la academia opinaran lo que quisieran, pero para ellos era verdad. A

la postre, lo importante es lo alcanzado, y el equipo tenía

un buen inventario de resultados positivos siguiendo

corazonadas de Ricardo Z. Algunos colegas, en broma,

afirmaban que era brujo y consultaba fuerzas sobrenaturales

cuando se le complicaba demasiado un caso.

Pero Ricardo Z no veía nada sobrenatural en sus

corazonadas, y hasta teorizaba sobre el as. Las comparaba

con la inspiración de un escritor, como una fuerza

interior que conducía su razonamiento por un camino al

que no había prestado atención. Cuando, siguiendo una

corazonada, lograba alcanzar la solución que hasta entonces se le escapaba, se tomaba después un tiempo para analizar el proceso seguido y advertía que, por lo general, había tenido siempre la información necesaria guardada en la mente, pero hasta entonces no había sido capaz de establecer de manera consciente las conexiones invisibles entre los datos. Se trataba de elementos sin relación evidente, no pocas veces discordantes, almacenados sin orden, de modo acumulativo, en algún lugar del cerebro. De intentar encontrar alguna conexión entre ellos, el menor escrutinio racional la encontraría imposible o disparatada.

«Cuando procuramos la lógica interna de los acontecimientos para llegar a un resultado bien fundamentado, tendemos a desechar lo que parece no venir al caso o no tener ninguna relación con lo que se procura o ya se ha obtenido», advertía. Sin embargo, el dato continúa registrado, alguna neurona se encarga de conservarlo aunque la conciencia no le haya hecho caso. «La corazonada, ese movimiento supuestamente ajeno a toda lógica, sustituye a la conciencia, juega

269

con reglas de otro tipo, y se convierte en el puente que salva los espacios vacíos entre esos datos que la lógica estricta no fue capaz de poner en relación».

Así de sencillo, se decía.

«Si se sigue el camino que la corazonada indica, la mayoría de las veces se acierta».

Aunque el método aplicado no hubiera tenido, en

apariencia, nada de científico.

«Es lo que hacemos casi siempre», aseguraba Ricardo Z a sus colegas cuando les hablaba sobre el tema, «Seguimos la corazonada, y después nos servimos de la ciencia para corroborarla».

Y era mejor cuando la corazonada se basaba en un trabajo fuerte anterior, puntualizaba.

«Vista la cantidad de diplomas y títulos que había entre sus papeles, es de suponer que la víctima era alguien muy a propósito para aconsejar a esposas maltratadas o, cuando menos, insatisfechas por su matrimonio...», comentó María C, la psicóloga del departamento, que había llegado un poco antes y escuchaba en silencio la conversación entre los colegas acerca de posibles motivos para el asesinato, «Digo esto para seguir la misma línea de pensamiento que ustedes traían al comienzo, no estoy adelantando conclusiones».

Sería muy conveniente para el trabajo encontrar algún grupo de autoayuda de esposas maltratadas o insatisfechas que se relacionaran con la víctima, opinaba el a, pero ni Ricardo Z ni los investigadores conocían que existieran grupos así.

270

«Que hayan sufrido maltrato físico y tratan de recuperarse del trauma psíquico que les quedó en herencia sí los hay»,

aclaró María C. «Pero las que continúan sufriendolo más bien acuden a consulta individual, y a escondidas por lo

general..., tienen miedo a las represalias».

«¿Cree usted que entre las mujeres que componen el grupo de las mastectomizadas pudiera haber quienes sean, a la vez, maltratadas por el marido, o tengan motivos para estar insatisfechas con su vida matrimonial?... Se me antoja que tal vez por ahí podríamos encontrar algo. No sé por qué, pero esa idea del controlador y la maltratada que buscó ayuda no se me va de la cabeza».

La psicóloga María C estaba al tanto del modo de pensar de Ricardo Z y de su teoría de las corazonadas, aunque le parecía que en este caso se apresuraba. No obstante, no consideraba la idea descabellada por completo.

«Está claro que puede ser así...», lo apoyó, «El que mantiene una relación de dominio-sumisión con su mujer no va a limitarse por algo de tan escaso valor para él como es la salud de esa mujer». Eso encajaba muy bien teóricamente,

aclaró, pero era apresurado y no se sustentaba en evidencia alguna. «Y no me parece que deban limitarse a esa línea de investigación». Y agregó sonriendo, como para no parecer que se extralimitaba «Claro que no soy yo la más indicada para decidir sobre eso último que dije...».

De cualquier modo, si pretendían seguir especulando sobre esa línea de un dominador eliminando a quien considera una amenaza a su ejercicio de poder, debían tener presente que la mujer que deseaban encontrar podía no formar parte del grupo, ni ser una mastectomizada, sino

alguien cercano, como una amiga, o un familiar de alguna que sí perteneciera...

271

«Alguna pudo haber servido de nexo entre la víctima con esa amiga o familiar miembro del grupo; tal vez se

involucraron demasiado afectivamente, sin que hubiera nada de sexo...; en fin, hasta el resultado que ya conocen».

Para haber criticado el subjetivismo de los investigadores, la psicóloga se mostraba bastante creativa, pensó Ricardo Z. Pero le parecía interesante su análisis, los antecedentes pudieron haber sido esos, y los hechos pudieron haberse encadenado, si no exactamente así, al menos de forma parecida.

«Continúe, colega, continúe; imagine para nosotros un posible ambiente, elementos que hayan podido conducir a ese crimen».

«Siguiendo por esa línea de desarrollo», lo complació el a, olvidada de su advertencia contra el apresuramiento, «Acaso la mujer maltratada comenzó a verse con la víctima a menudo. A escondidas, claro está. Aprovechaba ausencias del marido, o inventaba algún pretexto para salir..., por mucho control que el hombre tuviera, con los años el a habría aprendido algunos trucos para burlarlo alguna que otra vez... No sería raro, por el contrario, forma parte del juego que establecen dominador y dominada. Aunque no hubiera ningún interés sexual en esos encuentros, se trataba

de una relación clandestina; a los efectos del marido, su mujer se estaba viendo con otro, lo traicionaba. En resumen: El a

visitaba a la víctima en secreto, le contaba sus cuitas, recibía consejos, acaso algún tipo de tratamiento, como técnicas de

reiki o hipnosis. O simplemente conversaban, que a veces es

la mejor terapia... Ustedes no imaginan la cantidad de gente

que lo único que necesita es a alguien que le preste oídos...

Bueno, me fui de la idea... Decía que..., bueno, pues que

272

eso se reflejaría de alguna manera en el a, en su conducta diaria. El marido seguramente observó pequeños cambios

en la forma de conducirse de su mujer. Por ejemplo, que

se mostrara menos dócil, más segura de sí misma; en fin,

distinta...».

«Y al verla distinta se puso a atar cabos, investigó..., tal vez la siguió», interrumpió Ricardo Z. «Habría pensado que el a

estaba escapando a su control... Pensó en la existencia de una tercera persona... Un tercero a quien había que excluir...».

Que se tratara de un amante o de un consejero no haría

gran diferencia para el interesado, opinaba María C, pues el

resultado, que era lo que contaba, era el mismo: La mujer

escapaba a su control, su poder estaba amenazado, alguien

le disputaba la hegemonía.

«La pérdida de una propiedad, del poder ejercido sobre

esa propiedad...», insistió Ricardo Z. «Eso no iba a soportarlo tranquilamente nuestro hipotético asesino».

«Y decidió eliminar la amenaza: Matar al perro para

acabar con la rabia...», intervino uno de sus colegas.

«Exacto...», lo apoyó Ricardo Z. «Tal vez conocía a la víctima y sus costumbres, o no, como dijimos antes, pero se puso al acecho, y actuó cuando tuvo todos los triunfos en la mano... Solo entonces... Porque si algo está fuera de duda es que el criminal no actuó en un rapto de pasión... Se habrá arrebatado mientras asesinaba a su víctima, pudiera ser, pero antes lo preparó todo con calma. En rigor, eso fue un asesinato a sangre fría, lo pasional fue añadidura».

La psicóloga concordó en que ese era el único punto que se podría considerar demostrado, pues lo afirmaba la propia escena del crimen. Cualesquiera que fueran el móvil y las vías empleadas, el asesino había sido capaz de combinar la

273

más exagerada de las reacciones pasionales con la sangre fría necesaria para preparar cada paso que lo condujera a

obtener su propósito sin dejar nada al azar.

«Una persona más pasional habría actuado de inmediato, acaso hasta hubiera matado juntos a la esposa y el supuesto amante, y habría huido dejando un montón de pistas detrás».

«Si me piden una caracterización inicial, a partir de lo que se tiene, se trata de un individuo metódico o, cuando menos, una persona que necesita seguir ciertos rituales de vida para sentirse seguro; acaso en el fondo sea débil y esconda sus frustraciones tras la meticulosidad y el apego al orden. Al imaginar un rival tal vez se descontroló, pero no se habrá atrevido a actuar de inmediato por temor a las consecuencias,

elaboró un plan de venganza sin riesgos. Solo cuando todo estuvo a punto, cuando tenía ya al enemigo eliminado, se permitió darle rienda suelta a su rabia... Eso es lo que se vio en el lugar de los hechos, y así es nuestro hombre, pueden estar seguros».

El asesino, que tan bien había ocultado sus huellas, había dejado, sin embargo, abundante información sobre su personalidad, concordaron todos.

«Es una buena hipótesis, doctora..., muy sólida», comentó Ricardo Z. «Se puede afirmar que por falta de hipótesis no podemos quejarnos... Ahora solo falta buscar cómo demostrarlas. El problema que tenemos es cómo armar ese muñeco de modo convincente, con pruebas, no con palabras. Y hasta ahora solo tenemos eso, palabras».

Lo real era que ni siquiera tenían un sospechoso, de modo que debían comenzar a buscar alguno cuanto antes.

«Por lo pronto, nada perdemos con buscar entre esas mujeres del grupo de las mastectomizadas; insisto en que

274

algo me dice que por ahí podremos encontrarlo. Busquen a ver si entre ellas hay alguna con antecedentes de haber

sido maltratada, o que tenga un marido conocido como especialmente dominante, o que tenga motivos de peso para quejarse de su matrimonio. Acaso no la encuentren, pero tengan los oídos atentos por si comentan de alguna amiga o pariente. También si alguna de ellas tuvo alguna relación

más particular con la víctima, si lo visitaba en casa, algo que hubiera puesto celoso a un marido...
En fin, encuentren lo

que sea que pueda servirnos para algo..., hagan su trabajo y
tráiganme resultados».

275

«¡María, María T...!».

Esa tarde María T acompañaba por tercera vez a su prima
a la reunión semanal de mastectomizadas.

La prima se había asustado tanto al conocer el diagnóstico
positivo, que, sin pensarlo, dio su consentimiento inmediato

a la idea de realizar la radical de mama cuanto antes. Gracias a ello se había erradicado el mal
con suficiente antelación

como para confiar en que no habría recaídas.

«Estás limpia», le había afirmado el cirujano, «Claro está
que no puedes descuidarte...; deberás seguir todas y cada una
de las indicaciones que te hemos dado y durante el tiempo
que sea necesario; tienes que ser disciplinada, si no quieres
exponerte a complicaciones, pero mi experiencia me indica
que tienes un máximo de posibilidades a tu favor».

En poco tiempo aquello no sería más que un mal recuerdo;
había vencido a la enfermedad, y una nueva vida se abría
delante de él a.

Palabras del doctor.

Una nueva vida sin lugar para el miedo.

Solo pasaba por alto un pormenor en aseveración

tan edificante: A partir de ahí la enfermedad sería solo

un mal recuerdo..., pero dejaría una huella física que imposibilitaría el olvido. Se había salvado, era cierto, pero a partir de ese momento ella ya no sería la mujer que hasta entonces había sido.

276

Pensamientos de la paciente.

Una nueva vida sin miedo, pero mutilada.

Nunca había presumido de la belleza de sus pechos, a decir verdad, acaso porque, en realidad, tenía poco de qué presumir en relación con ellos: No recordaba alguna vez que alguien les hubiera dedicado un piropo. A su cuerpo, a sus piernas, a sus ojos, siempre hubo alguien que les dirigiera alguna galantería. A los pechos, nadie. De manera que nunca los consideró parte de su arsenal estético. Nunca le hicieron falta para considerarse atractiva, así que no se molestaba con eso. «A fin de cuentas, para lo que tenían que servir han servido, y muy bien», comentó convencida alguna que otra vez entre amigas, recordando que había amamantado durante mucho tiempo a sus dos hijos, a quienes en las consultas de puericultura ponían como ejemplo de los beneficios de la lactancia materna.

Sin embargo, apenas le faltó uno de los pechos sintió que había perdido para siempre su belleza de mujer madura.

Más exactamente, se sintió perdida a sí misma como mujer.

Cuando le retiraron el vendaje por primera vez, sintió

vergüenza de aquel cuerpo mutilado que tenía delante de los ojos, y con el cual estaba condenada a vivir a partir de ese momento. Se juró que no dejaría que nadie más viera «Esta cosa horrible en que se ha convertido una parte de mí».

Aunque no se lo propuso de manera consciente, no volvió a permitir que su marido la viera desnudarse.

La psicóloga que la había atendido durante la preparación para la operación intentó disuadirla:

«Entiende que eres mucho más que alguien a quien le falta un pecho, eres una persona, un ser humano con muchos valores..., y sigues siendo una mujer hermosa».

277

Debía valorizar menos lo que había perdido, y más el hecho de que muchas mujeres ni siquiera lograban vencer a la

enfermedad, o no tenían la suerte de una recuperación tan rápida como la suya.

El a no veía con tanto optimismo su situación: «La psicóloga habla así porque no es el a la del problema, soy yo». Además, ¿de qué le valía una recuperación rápida o lenta, si lo que había perdido ya nunca más lo tendría?

«Piensa que no eres la única», insistía la psicóloga, «Hay otras, muchas, que han pasado por lo mismo que tú... Pero han aprendido a vivir con su operación, han sabido reconstruir sus vidas, a disfrutar de esa segunda oportunidad de vivir».

Algunas habían formado grupos y se reunían para apoyarse, intercambiaban información y experiencias, y entre todas

encontraban nuevos alicientes a la vida, trataba de explicarle.

«Deja de decir que tu cuerpo está mutilado, qué tontería es esa...». Le indicó lugares donde funcionaban algunos grupos de ayuda mutua. «Únete a alguno de ellos, verás que eso te ayuda...».

Por mucho que insistiera la psicóloga, el a no encontraba que sirviera para nada encontrarse con otras mujeres «Mutiladas, como yo», y oírlas lamentarse de sus calamidades. «Para desgracias, con la mía tengo de sobra, ¿qué necesidad tengo de oír las de las demás...?».

No, estaba decidido: Eso de juntarse con otras mutiladas no iba con el a.

También decidió un día no asistir más a las citas con la psicóloga, y lo cumplió, a pesar de que el marido insistía en que le sería conveniente.

El tema de la ayuda psicológica que, afirmaba él, el a necesitaba, se convirtió en el primer punto de discordia

278

entre ambos: «¿A qué tanta visita a la psicóloga, si yo no estoy loca?», y de inmediato surgieron otros puntos porque,

sin darse cuenta, sentía la necesidad de discutir con él por cualquier nimiedad.

Hasta que las desavenencias se convirtieron en forma habitual de relacionarse la pareja. Y el sexo pasó al olvido.

Aunque no dejó de asistir a los tratamientos y exámenes periódicos, acudía de mala gana y, a pesar de su recuperación

física ser cada día más evidente, llegó a decirse que, para la vida que llevaba, mejor no se hubiera operado.

«Total..., ya me hubiera muerto... Estaría descansando».

María T se horrorizó el día que oyó a la prima expresarse de esa manera.

«¡Cómo vas a decir semejante disparate! ¿Qué te está pasando? ¿Acaso estás mal de la cabeza?...».

No se hacía la menor idea de cómo funcionaban los grupos de mujeres mastectomizadas, ni de lo que se hacía en ellos; en verdad, ni siquiera había sabido hasta entonces que existieran, pero comprendió que tenía que hacer algo

para sacarla del círculo vicioso en que se había encerrado, si continuaba por ese camino terminaría muy mal.

«Si la psicóloga te recomendó asistir a esas reuniones, no iba a ser por gusto..., seguro que el a sabe de qué está hablando..., es su trabajo».

Debió esforzarse, pero terminó por convencer a la prima de asistir al menos una vez a esas reuniones, «Para que te enteres por ti sí misma de qué se trata».

Que decidiera si valía la pena incorporarse, pero solo después de estar bien informada.

«No hagas como los niños chiquitos, que dicen que no les gusta lo que nunca han comido. Prueba primero, después si

279

quieres di que no te gusta, pero sabiendo por qué lo dices.

Con probar no se pierde nada...».

La aceptación de la prima implicó una condición: Si asistía, no lo haría sola, María T debería acompañarla.

María T estuvo de acuerdo, no tenía opción.

«Pero, recuerda, sin compromiso... No pienso hablar de nada. Y si no me gusta nos vamos aunque no se haya terminado».

«Seguro, sin compromiso... Si no te gusta nos vamos».

Sería, pues, apenas una visita de exploración.

«Y bien..., ¿qué me dices ahora?», preguntó María T al terminar la sesión. La prima había permanecido en silencio todo el tiempo, solo oyendo, sin participar. Sin embargo, María T observó que había estado muy atenta a cuanto se hablaba, y en ningún momento manifestó intención de salir de la reunión.

«No estuvo mal», fue la respuesta. Más escueta imposible, pero era suficiente; tampoco había esperado oír un comentario más entusiasta.

«Entonces, ¿qué?, ¿vienes la semana próxima?».

«No sé..., bueno, está bien, sí, pero..., solo si otra vez vienes conmigo. Sola no vengo».

A pesar del pero y la condición, María T sospechó que iba a ganar esa batalla.

Ya en la segunda sesión, la prima, sin participar propiamente dicho, se había atrevido a formular preguntas a algunas de las mujeres que habían hablado sobre sus experiencias con la

enfermedad y la posterior operación. A María T le resultaba evidente su interés en continuar asistiendo, aunque la prima

280

no lo expresara. Cuando le preguntó una vez más qué le había parecido la reunión, de nuevo la respuesta fue parca,

pero admitió que haría una nueva visita, «Pero tienes que seguir viniendo conmigo. Ya te dije, sola no vengo...».

«Está bien, te acompaño otra vez...», le respondió María T, «Pero va a ser la última... ¡Tercera y última, jovencita!... No seas caprichosa, que ya no te hago ninguna falta, puedes seguir viniendo sola. Ya me di cuenta de que te interesa lo que aquí se habla, no quieras engañarme... Y yo tengo una casa que atender, no puedo dedicarme todo el tiempo a ti...».

La prima aceptó: La liberaba la próxima semana. Una tercera vez de compañía y ya, era la última, después seguiría asistiendo por sí misma.

«Es verdad, no te lo voy a ocultar, me interesa, y claro que puedo venir sola, lo que pasa es que contigo al lado me siento más cómoda...».

Admitió que, si bien las mujeres con que se codeaba allí le resultaban desconocidas, le hacía bien encontrarse con el as, conversar con el as. La psicóloga tenía razón, y el a había estado equivocada, lo aceptaba.

«Como dijo una de el as que le había pasado, a mí el miedo a una nueva vida me ofuscó, y opiné sin conocer de qué estaba hablando».

Encontrarse con personas en su misma situación había resultado muy positivo...

De repente se interrumpió y sonrió, como si le hubiera venido una idea simpática a la mente, e insistió:

«Muy positivo...».

A María T le llamó la atención el brillo pícaro en los ojos y sonrió también, tratando de adivinar, casi adivinando.

281

«¿Así que muy positivo...? Y eso..., ¿cómo se traduce?

¿Hay algo que yo no sepa?».

«Pues mira que sí..., tan positivo que..., que acabo de decidir que esta noche le doy un regalito a mi marido...».

«¡No me digas!», rio María T, «Entonces..., quieres decir que te darás un regalo a ti también, ¿no?...».

«¿Cómo dices, muchacha?... A mí sobre todo...».

Habían llegado demasiado temprano al tercer encuentro, y se habían entretenido conversando sobre asuntos sin importancia, en espera de que llegaran más personas para no ser las primeras en entrar al local. Iban a hacerlo, cuando oyeron una voz que llamaba:

«¡María, María T...!».

Quien llamaba era un desconocido de unos sesenta años,

o un poco más, que se acercaba a ellas con paso apresurado y

una amplia sonrisa en los labios. A María T le pareció que algo en él le resultaba familiar, aunque no imaginó qué pudiera

ser. Él la llamó por su nombre, nuevamente. Significaba que

la conocía, desde luego. Pero, ¿de dónde?

«María...»

El hombre, al observar la expresión extrañada de el a, temió que acaso se había equivocado.

«Disculpe, señora..., pero, ¿usted no es María T?».

Claro que era el a, fue la respuesta, «Yo misma». Lo miró detenidamente. Intentó borrarle arrugas mentalmente, oscurecerle el pelo. Porque era alguien de tiempo atrás, supuso. Pero en aquel cuerpo viejo no lograba insertar una figura joven. En cambio, la voz la trasladó al pasado para traerlo al presente.

282

Era la voz de... Él era..., era... ¿Podía ser la persona que imaginaba?

«¿Amigo?... ¿Eres tú..., Amigo?».

«¿Tan mal me veo que no me conoces?», pareció disculparse él por no ser como el que el a guardaba en la memoria.

«Tan mal, no: Diferente», le respondió.

¿Cuánto tiempo hacía que no lo veía? ¿Veinte años? Menos tal vez. ¿Quince? Sí, eso era, hacía unos quince años, ya se acordaba; quince años y un poquito más. La última vez fue en aquel a fiesta por los veinticinco años de graduados. Pero él estuvo muy poco tiempo, no alcanzó para hablar de nada, con tanto que hubiera querido preguntarle.

En aquel a ocasión él había acudido con su pareja y, aunque ya pasaba de los cuarenta y cinco, se veía radiante.

«Se adivinaba que le iba bien en la vida, que era feliz, lo recuerdo bien».

Fue una pena que no demorara casi nada en la fiesta.

«Tenemos prisa», se había excusado, «Solo pasamos un momento a saludar», porque se enteró de que sus amigas pudieran estar allí, pero debía partir esa misma noche, no podía demorarse. Pero el a siempre estuvo convencida de que no era cierto, que él y su pareja se habían marchado por culpa del marido de María S.

Cierto, había cambiado bastante en ese tiempo. No podría asegurar que ahora se viera tan mal, como había dicho él, pero se le antojó que estaba más avejentado de lo que correspondía; aunque hacía tiempo que ninguno de los dos eran adolescentes, le pareció que podría estar mejor conservado. ¿Acaso ya no le iba tan bien en la vida como hacía quince años?

283

Desde luego, tal vez él pudiera preguntarse lo mismo de el a, no pesan lo mismo quince años después de los veinte

que después de los cuarenta y cinco o los cincuenta, y acaso

él viera en el a ahora a una anciana que no tenía nada que

ver con la persona que guardaba en sus recuerdos. «No solo

por los años uno envejece...claro», comentó consigo misma.

«¿Será que hay una cantidad de envejecimiento que nos

corresponde por la edad, y otra adicional, por lo vivido?», se preguntó. Pensó en el a, en María S...

«Bueno, pero él sí me reconoció al verme..., no debo de

estar tan mal...», se dijo a modo de consuelo.

Pero esos pensamientos ahora carecían de importancia; lo

trascendente era que estaba allí, frente a él, y se trataba de él, el Amigo por antonomasia, suyo y de María S.

Estudiaban en facultades cercanas; se conocieron el primer

día de clases por algún hecho casual que los juntó, y al instante fueron inseparables. Se hicieron uno, siendo tres. De repente, sin previa advertencia, sin que nunca las amigas llegaran a

conocer la causa, abandonó los estudios y desapareció de sus

vidas durante lustros, hasta aquel reencuentro inesperado

—«¡Y tan breve!»— en la fiesta por los veinticinco años de

graduados del grupo suyo y María S.

Había desaparecido de nuevo, y ahora estaba ahí, frente a

él; diferente en el aspecto físico, pero él mismo en su esencia.

Lo notaba en la voz, en la sincera alegría que transparentaba

al verla, en el brillo de los ojos, el mismo brillo que recordaba, cuando algo lo emocionaba. En aquel encuentro en la fiesta

casi no se contaron nada de sus respectivas vidas, no alcanzó

el tiempo, y a esa falta de información de entonces se le

284

habían sumado quince años. Cuántas historias tendría que contar acerca de esa vida vivida Dios sabría dónde y cómo, y

que lo había llevado, al cabo de la vejez, a regresar al punto de donde partió hacía más de cuarenta años.

Lo miraba y lo veía en ese otro cuerpo, pero como era

antes, conversando de varias cosas a la vez, iniciando frases

que luego no concluía, o las concluía cuando una ya les había

perdido la pista. Dejaron de hablar ambos por unos minutos

para mirarse en silencio, como para permitir a los ojos saciar nostalgias buscando en sus rostros envejecidos la frescura de

antes. Al igual que le había ocurrido quince años atrás, en ese breve intervalo le acudieron a la memoria las interminables

charlas de cuando eran unos jovencitos, imaginando el futuro que cada cual construiría, él, ayudando a otros a llevar mejor la vida; él y María S creando fórmulas que erradicarían enfermedades del planeta. Y los grandes paseos a pie, unas veces por falta de dinero, otras por el placer de caminar juntos los tres. Recordó las ocasiones en que lo veían llegar apresurado, para no perder la siguiente sesión de clases: Les llevaba los boletos para el próximo estreno en el teatro, «No vayan a dejarme plantado, las espero a la entrada».

La frase era innecesaria, porque eso nunca sucedía, pero él insistía, era su manera nerviosa de ser.

Y cuántas veces los sorprendió la medianoche discutiendo sobre la pieza acabada de ver, o sobre el último libro leído por alguno de los tres.

¿Y cuando le escuchaban los poemas que escribía y él se encontraban maravillosos solo porque eran del amigo?

María T sonrió nostálgica al recordar aquellas lecturas.

«¿Seguiste escribiendo?».

285

Se recriminó interiormente por haber demorado en hacer la pregunta. ¿Con lo importante que sus poemas habían

sido siempre para él! Seguramente, en ese tiempo habría publicado algunos libros. Le preguntó cuántos.

«Ninguno», fue la respuesta.

Hacía mucho que ni siquiera escribía; decidió no hacerlo más. No había sido por ningún fracaso editorial, ni dejar de escribir le significó trauma alguno: Se dio cuenta de que no tenía mucho que aportar con lo que escribía, que poetas mediocres era lo que abundaba en el planeta, para qué ser uno más en la lista. Ese fue el primer paso, entender que no debía publicar lo que escribía; el segundo fue cuando

decidió no escribir más. Hasta se sintió feliz al llegar a esa conclusión: Se sintió grande, porque había tenido el valor, o

el buen juicio, o la modestia, o el simple conocimiento de sí mismo suficiente, para hacer lo que otros en su situación no hacían. Solo no se atrevió a romper sus cuadernos, y cargaba con ellos todavía, aunque bien escondidos de sí mismo, no fuera a caer en la tentación de organizarlos y pretender publicar algunos con el argumento de que «Después de todo no están tan malos; por ahí publican cosas peores».

Después de la muerte de su pareja había vuelto a escribir algo, pero más bien se trataba de una manera de desahogarse, no intentaba hacer arte, «Acaso nunca lo intenté en serio, ni antes ni después».

Ponía su dolor en el papel intentando obtener consuelo, pero se dio cuenta de que en realidad lo reproducía en letras, y otra vez dejó de escribir.

«Esa fue toda la historia del gran poeta que conociste»,

comentó sonriente, sin amargura.

286

Un día se preguntó qué hubiera querido Él que hiciera al quedarse solo, y se respondió que le habría dicho que rompiera con todo y comenzara a vivir de una manera diferente, que

dejara el encierro de la casa y quebrara las rejas de sí mismo.

Lo hizo, pero se dio cuenta de que le faltaba algo.

«Vivir solo para mí no me llenaba, mi vida seguía

pareciéndome vacía...».

Él le había predicado siempre que vivir para los demás

era la única manera de ser feliz. Quiso cumplirle: Decidió

dedicarse a ayudar a otros.

Para alejarse de cuanto había sido su vida durante más de

cuarenta años, puso distancia física entre esa parte de historia y su presente:

«Decidí que no viviría más donde había vivido con él; era

el primer paso para empaquetar el pasado».

Echó a andar sin idea clara de hacia dónde ir y, casi sin

proponérselo, se encontró con que había regresado al punto

de partida de cuatro décadas antes. Hacía algo más de tres

años que estaba de vuelta. Desde el primer momento había

intentado localizar a sus dos grandes amigas, luego de tanto

tiempo sin verlas; imaginaba que estaban vivas, que se

rencontrarían, pero les había perdido la pista.

«Dejé de buscarlas, pero no abandoné la esperanza

de encontrarlas, sabía que el azar nos reuniría... El

orden universal busca el equilibrio, si no las localizaba,

sería por alguna razón que se me escapaba... Pero terminaría

por encontrarlas cuando las energías de los tres se armonizaran... Y sucedió, ¿ves?».

Había sucedido: Se habían encontrado, porque ambos habían entrado en una misma órbita de generosidad y entrega a los demás: El a, para que su prima pudiera reintegrarse a

287

la vida; él, porque deseaba contribuir con sus conocimientos a que otras personas aprendieran a obtener dentro de sí

misma la fuerza necesaria para continuar viviendo.

«Aunque, a decir verdad, yo sé que, en esencia, es a mí a quien ayudo...; lo que hago me mantiene vivo..., me hace sentir que debo continuar viviendo, para seguir siendo útil. Cuando uno no le encuentra razón a su propia vida, la encuentra ayudando a vivir a los demás».

Se sentía necesario para otros, y eso le llenaba muchos de los espacios que le habían quedado vacíos cuando perdió a aquel que los ocupaba todos.

«No imaginas cuántos».

Ambas amigas estaban algo distanciadas últimamente, oyó apenado Amigo cuando preguntó por María S. «Es un poco complicado el asunto», aseguró María T; demasiado para explicarle en ese momento, debería esperar a otra oportunidad, porque ya les habían robado bastante tiempo a las personas que esperaban por él, algunas comenzaban a mostrar señales de impaciencia.

Acordaron encontrarse dos días después.

«Te va a resultar difícil de entender, porque yo misma no lo

comprendo, y no creo que ni el a pueda», fue la introducción de María T a la explicación que le había pedido Amigo. Intentaría ponerlo en contacto con María S de todos modos, desde luego,

pero le advirtió que «Puede ser que no te resulte demasiado fácil encontrar en el a a la que conociste»; esta de ahora no mostraba nada de aquel a de cuando jóvenes. «No es un problema de edad, no es solo en el físico, porque viejos estamos todos». Era, simplemente, que el a no era el a, sino otra. «Fue dejándose

288

cambiar poco a poco, a pesar de que sus amigas le llamamos la atención un montón de veces. Yo no sé cuántas veces le dije que no podía continuar por el camino que había elegido...». Con

demasiada rapidez fue dejando de ser quien siempre había sido

para convertirse en la que otra persona quería que fuera. «Se

transformó en un ser sin voluntad propia, sin fe en sí misma,

dependiente, que deja su vida a expensas de un personaje muy

retorcido, de alguien que, como quiera que se mire, no puede ser normal».

Alguien con quien llevaba viviendo unos cuarenta años.

«Desde que lo vi por primera vez me di cuenta de que

aquel a relación iba a hacerle daño y traté de advertirla,

pero... ¡en vano!... Yo exageraba, según el a..., y él..., ¡él era

un ser maravilloso!...».

Se alejó de todos los que la querían. Primero dejó de

relacionarse con los varones, para no provocar celos al

marido; después comenzó a alejarse también de las amigas

que a él no le gustaban, a saber por qué, quizás porque

le daban malos consejos o resultaban malos ejemplos

para el a, porque se divorciaban, porque eran demasiado

independientes...

«Para hacerte el cuento breve, prácticamente, la única amiga que le queda soy yo... Y te juro que a veces yo misma no sé ni cómo continúo buscándola, porque llega a exasperarme... Como hace poco».

Estaba tan irritada contra María S, que en ese momento no sabría responderle si deseaba continuar siendo su amiga o no.

«Pero no dejes de serlo..., nunca», exclamó Amigo, a pesar de que apenas había oído un fragmento de la historia, «El a te necesita..., te necesita mucho, estoy seguro».

289

«Sí, yo lo sé..., tienes razón..., el a me necesita..., pero quizás ya sea demasiado tarde para hacer algo por el a...

Está perdida... ¿Quieres saber por qué estoy tan molesta con el a? Molesta no, furiosa. ¿Quieres que te cuente?».

«Tal vez prefiera no saberlo..., pero si tú necesitas desahogarte, hazlo...».

Desahogarse, sí, era eso lo que necesitaba; después de tan larga ausencia, él le adivinaba el pensamiento, como cuando jóvenes. Desahogarse con alguien que fuera capaz de entender la esencia de las cosas, de comprender la razón por la cual, a pesar de todo, el a insistía en ser amiga de María S.

Aunque el actual marido de María T estaba al tanto de la situación entre las amigas desde hacía mucho, no le servía de

gran ayuda; para él, el a perdía su tiempo, y hasta se admiraba de que no quisiera admitir, después de más de cuarenta años

arando en el mar, que su amiga no merecía sus desvelos, ¿acaso no lo demostraban los malos ratos que había pasado por su culpa a lo largo del tiempo, ni los desaires que había recibido de el a?

«No solo de su marido, el falso ingeniero ese, sino también de el a, que es lo que más duele, con tanto que te has ocupado de sus problemas...», le reprochaba el marido.

Pero el a insistía en ser la amiga de María S.

El último incidente no había sido apenas un desaire, sino un montón de ofensas. Incluidas algunas groserías.

Por eso estaban distanciadas, una lastimada; la otra, quizás, avergonzada por haber agredido con sus palabras a quien tal vez fuera la única persona que la quería.

Amigo, que las conoció en otro tiempo, y que tanto significó para ambas, seguramente comprendería lo que sucedía en el interior de María T.

290

«¿Verdad que me entiendes?».

La mirada de Amigo hizo innecesarias las palabras. En cambio, preguntó, realmente intrigado:

«¿Y por qué fueron esas ofensas?, ¿se puede saber...? A decir verdad, no se me ocurre qué pudo pasar entre ustedes».

En cierto sentido, las había provocado el a, consideró María T, pero le resultaba incomprensible que su amiga hubiera llegado a tales extremos. En tantos años, por más

que trataran de evadirlo, era inevitable que el tema de los maltratos psicológicos que recibía de su marido regresara de cuando en cuando a las conversaciones entre ambas..., conversaciones que no pocas veces se transformaban en discusiones, porque María S nunca admitía lo que en realidad sucedía. En ocasiones presentaba signos que a su amiga le indicaban que había sido golpeada, pero ella nunca lo admitía:

«Él tiene un carácter fuerte, pero es incapaz de algo así...»
era su frase preferida.

«Pero, aunque fuera verdad, aunque de veras su marido nunca le haya puesto un dedo encima..., y yo estoy convencida de que no es así, porque le he visto las marcas..., aun-

que nunca la haya golpeado, te digo, el maltrato psicológico que ha recibido día tras día, año tras año, y que se ha vuelto una costumbre, la manera de ellos convivir, es más que suficiente para que ese matrimonio se hubiera roto hace mucho....

¡Cómo se puede vivir así!... Pero ella insiste en echarse la culpa de los problemas con el marido, él la ha enseñado a sentirse culpable de cuanto suceda. Él es un hombre extraordinario, muy trabajador, muy preocupado porque todo vaya bien en la casa..., no tiene culpa de nada..., eso es lo que no se cansa de repetirme... Es ella la que no sabe cómo hacer

291

las cosas bien, la que no sabe tratarlo como se merece, la que se equivoca siempre...».

En fin, ya ella daba por incorregible, ya había llegado a la conclusión de que nada que le dijera, al igual que ningún

desaire que su marido le hiciera, ningún nuevo intento por humil arla más todavía de lo que ya la humil aba y disminuía como persona, sería capaz de hacerla vencer lo que ya no era siquiera miedo, sino una forma de vida a la cual se había adaptado, una forma de vida fuera de la cual quizás ya no sería capaz de vivir.

«Si en tantos años no ha cambiado, María S ya nunca va a cambiar».

El a se daba por vencida, lo confesaba. Se había resignado a ver a su amiga envejecer en ese estado.

«Hay ocasiones en que pienso que el a es feliz así, que disfruta cuando su marido la humil a y la maltrata... He oído decir que eso a veces sucede».

«¿Y tiene hijos?... ¿Sí?... ¿y no sabes qué dicen ellos? ¿Lo permiten...?».

«No vas a creerme...».

Era difícil de creer, realmente, pensaba Amigo mientras la oía.

«A estas alturas los niños, como dice el a, aunque ya deben de andar por los treinta o un poco más, no saben en realidad nada de sus padres. El a nunca ha querido contarles nada que pueda provocar un disgusto entre ellos y el padre..., que los aleje..., bueno, más de lo que ya están, porque yo no creo que allí pueda haber verdadera unión familiar... Ni siquiera ahora, que ya no viven todos juntos, el a ha sido sincera con

sus hijos... Esto no es algo que me imagino, es que lo hemos conversado... Y la verdad es que yo no sé qué decirte..., a

292

veces pienso que el a está convencida de que así como el a vive está bien, que eso es verdaderamente la vida, y no siente que tenga nada especial que conversar con sus hijos sobre eso...».

Desde que nacieron, esos muchachos conocieron que en su casa había una única voz que sonaba alto y decidía, una única voluntad que no se podía contradecir..., como un dios privado, solo de ellos. La madre les prodigaba mimos y cuidados, pero imagino que jamás la vieron discutir para defenderlos de alguna injusticia. Estaban obligados a no hacer ruido y hablar en voz baja cuando él estaba presente, para no molestarlo. Y el a se afanaba de la mañana a la noche para que nada alterara el orden establecido en la casa: Ni los horarios ni la disposición de las cosas..., eso me consta, pues lo conversamos muchas veces...; el a sentía que hacía lo correcto. También los hijos se acostumbraron a verlo ausentarse cada cierto tiempo, y regresar al cabo de dos o tres días, por lo común de mejor ánimo. Nunca se preguntaron si ese orden de cosas estaba bien o mal, pues funcionaba.

Y algo tenían bien claro, ya que ambos progenitores se encargaban de recordarlo a menudo: Si nunca les faltaba nada y vivían una vida envidiable, era gracias a lo previsor, esforzado, inteligente y organizado que era el extraordinario padre que les había tocado en suerte.

Debían agradecerle.

«Aunque parece que nunca se tragarón el cuento del todo, pues, en cuanto pudieron independizarse, se fueron a vivir lejos: Los dejaron solos con su orden y su disciplina...

Imagino que habrán pensado que, si a sus padres les gustaba

vivir de esa manera, pues que se las arreglaran sin los hijos, que ellos se buscarían su propia forma de vida».

293

Era lo mismo que el marido de María T aseguraba que el a debía hacer, desentenderse de su amiga.

«Acaba de comprender que cada cual vive su vida como mejor le parezca...; tú no tienes que meterte en la de el a, mucho menos pretender que piense como tú... El a es feliz así..., o se lo cree, que es igual».

Sin embargo, María T no podía desinteresarse por completo de su amiga, porque su amiga la necesitaba a pesar de las contradicciones y los desencuentros. Si el a la abandonaba, estaría sola por completo en el mundo, pues ese hombre la había aislado para controlarla mejor. Tal vez algún día María S despertaría, y el a estaría a su lado para ayudarla a andar, para sostenerla cuando se decidiera a reclamar el respeto que merecía como persona.

Y no era solo respeto lo que debía reclamar, había también reclamaciones materiales que debería hacer:

«Porque prácticamente es una empleada sin salario de su marido. Él administra a su antojo las ganancias del negocio que es de los dos, sin que el a tome parte en los beneficios,

solo en el trabajo».

De esa manera, con altos y bajos, la amistad entre las dos se había mantenido por décadas. A veces parecía que terminaba, pero recomenzaba constantemente. Sin embargo, en fecha reciente María T se había involucrado más de la cuenta.

María S se molestó tanto con el a que la insultó y le exigió que no fuera tan entrometida, que la dejara vivir en paz y no se

metiera más en su vida.

«Y dijo muchas más cosas..., aquello fue un río de ofensas desbordado, una inundación de reclamaciones contra mí...,

294

y hasta groserías... El a, que tanto cuidaba su lenguaje antes, ¿no te acuerdas?».

Lo peor fue tener que oírle conceptos que, aunque salidos de su boca, respondían al modo de pensar del marido.

«El dominio de ese hombre sobre el a ha llegado al extremo de ser capaz de hablar por su boca».

Sus amigas de siempre, las que más tiempo le fueron fieles, las que a pesar de todo no la habían abandonado por completo, no eran más que unas resentidas que morían de envidia por el matrimonio tan bueno que el a había logrado y por cuánto había durado su relación con ese hombre.

«Porque todas nosotras somos unas frustradas, unas sin marido, otras que cambiamos de marido a cada rato porque

ninguno nos acomoda, y no es que ellos no sirvan, es porque las que no servimos para nada somos nosotras».

En cambio, el a, María S, era distinta, era la única con la suerte de tener un marido de verdad, un hombre que la cuidaba, se preocupaba por el a y la tenía como una reina. La mayoría de esas amigas al menos ya se habían cansado de estar molestándola siempre con lo mismo, por fin la habían dejado tranquila y habían desaparecido de su vida en buena hora; solo el a, María T, seguía encaprichada en amargar la vida del matrimonio con sus monsergas sobre derechos de la mujer y toda esa basura feminista inventada por frustradas y lesbianas.

A pesar de su carácter más bien exaltado y de que, como regla general, jamás aceptaba en silencio ofensas ni exabruptos, María T estuvo un buen rato oyendo a su amiga sin hablar, enmudecida, anonadada, incapaz de reaccionar ante lo que escuchaba. Las palabras de María S estaban tan fuera de propósito, y reflejaban un rencor

295

acumulado tan tremendo, que le impedían refutarla. ¿Podía su amiga haber ocultado tanto resentimiento contra el a, y

durante tanto tiempo? ¿Desde cuándo había dejado de ser su amiga para ser una persona que la odiaba? ¿Era María S quien así se expresaba, o ese discurso era apenas eco del pensamiento de su marido? ¿Tanto había logrado destrozar su personalidad aquel hombre, que la llevaba a repetir sus conceptos como si fueran propios?

Esa disputa había ocurrido unos cuatro meses antes del

encuentro de María T con Amigo. No era la primera vez que, aprovechando que su marido debía ausentarse un par de días por algún motivo, María S llamaba a algunas de las pocas amigas que todavía atendían a una llamada suya, para invitarlas a pasar la tarde en casa con el a, o, más raramente, encontrarse en algún lugar y conversar un rato. Era una de las escasas libertades de que disfrutaba, si bien a María T le constaba, porque en algún momento la propia María S lo confesó, que en ocasiones el marido se había enterado de esos encuentros y le había armado una escena, porque «Esas viejas nada más vienen a ver cómo pueden aprovecharse de ti, que eres medio boba..., a ver, ¿por qué ninguna nos invita a ir a su casa? No, claro que no, vienen aquí a que tú te esmeres matándoles los antojos, a que seas su sirvienta... Y a llenarte la cabeza de chismes y a saber de qué otras cosas, desde luego...». Él, que protestaba, y el a, que lo oía, pasaban por alto que precisamente él era la causa de que no la invitaran a nada, pues, en las escasísimas oportunidades en que aceptó visitar alguna amiga de María S, había actuado de modo de hacer evidente que no se sentía a gusto y preferiría no regresar a ese lugar.

296

«Ahora mismo, en cuanto ponga un pie fuera de la casa, vas a correr al teléfono para llamar a esas viejas..., a que vengan a comerse y a beberse el fruto de mi trabajo, ¿verdad que sí?».

El a negaba con la cabeza mientras él hablaba, «¿Cómo?,

¿que no vas a l amar a las viejas?... Entonces, ¿qué? Ah, sí, ya sé... Vas a aprovechar para juntarte con el as en algún lugar... O con algún amante. Claro, seguro que una de esas alcahuetas te consiguió alguien para que te diviertas cuando yo no estoy en casa. Seguro que sí, esas putas tienen que ser buenas en esas cosas... Pero algo tendrá que costarte..., no creo que nadie vaya a hacerte el favor gratis, vas a tener que pagarle bastante bien, porque contigo es difícil..., sí, contigo es difícil sentir nada, si lo sabré yo...».

Seguramente el a ya lo tenía todo preparado, insistía él, no dudaba de que ya las habría llamado para que vinieran en cuanto él saliera de casa. Pero estaba equivocada si creía que podría usar el dinero que tanto trabajo le costaba ganar para gastárselo con el primer chulo que se encontrara por ahí. «Ni tampoco con esa viejas..., mi dinero no es para que esas tipas se lo coman».

Era lo mismo que repetía cada vez que debía dejarla sola; acostumbrada al discurso, no tendría que hacerle especial caso, pero en esa ocasión él había adivinado en algo: Era cierto que María S había llamado a sus pocas amigas para que vinieran esa tarde a una merienda en su casa aprovechando la ausencia del marido; aunque varias habían expresado que les resultaría difícil asistir por lo intempestivo de la cita — aunque sabían que con el a las invitaciones solían ser de esa manera—, al menos tres se habían comprometido a estar presentes. A el a no le importaba cuántas llegaran, si

acudieran todas mejor, desde luego, pero se sentiría feliz si al menos dos o tres lo hicieran. Una multitud, si se comparaba

con la habitual ausencia de visitantes en su casa.

Una de las tres que asistirían era María T, la única que no perdía oportunidad de encontrarse con el a.

También la única que, al recibir una llamada de la amiga para cancelar de forma repentina el encuentro, adivinó que había algo que no encajaba en esa suspensión. La conocía demasiado bien para no darse cuenta de que ocultaba algo grave. No solo por la voz, entrecortada y como de quien intenta controlar un acceso de llanto, sino también por lo mal hilvanado de la explicación.

O de la no explicación, porque, a decir verdad, no dijo nada con sentido.

«¿Y tu marido está?», preguntó María T después de oír que se suspendía la invitación a encontrarse.

«No, él salió de todas maneras».

¿Qué significaba ese de todas maneras? María S no había hablado de nada que pudiera conducir a esa expresión.

«No entiendo...», comenzó a decir María T, pero se interrumpió. Se despidieron y terminó la conversación.

«No entiendo» repitió para sí misma.

Y por ese no entender se decidió a pasar por la casa de su amiga en cuanto saliera del trabajo. A María S le ocurría algo, y tenía que saberlo.

María S se sobresaltó cuando, al abrir la puerta, vio frente a sí a su amiga. No imaginaba que

fuera a presentarse después
de él a advertirle que no lo hiciera.

298

Demoró en abrir, porque al oír la llamada acudió a lavarse un poco la cara, tratando de ocultar que había

llorado. Inútilmente, por cierto, pues María T lo descubrió al instante. Pero el enrojecimiento de aquel rostro no podía deberse solo a las lágrimas a que la amiga no era propensa: Era la marca de haber sido golpeado con fuerza. María S negó con vehemencia que fuera cierto; como de costumbre, su amiga se inventaba historias alejadas de toda realidad; intentó bromear:

«Tienes demasiada imaginación, siempre te lo he dicho, debías meterte a escritora».

Terminó por confesar que había llorado como consecuencia de una discusión muy desagradable que había sostenido con su marido.

Pero eso había sido todo. Nada de golpes. Cómo iba a pensar eso, él era incapaz de semejante cosa.

María T no se tragaba el cuento.

«Mira, mejor me dices todo lo que pasó, que a mí no me engañas, yo siempre te adivino... ¡Muchacha, acaba de aceptar la realidad, deja de esconder la cabeza como el avestruz!».

No había pasado nada del otro mundo, insistía la amiga; una simple discusión, pero él andaba muy susceptible en los

últimos tiempos; se había molestado con él por una bobería, ambos se dijeron cosas desagradables. Aunque él había salido y demoraba, ella había decidido no reunirse con sus amigas; no se encontraba de ánimo para verlas. Eso fue todo.

«Y tú tampoco habías tenido que venir, si yo te avisé; te preocupaste por gusto».

299

A María T le vino a la memoria en ese momento la primera vez que sostuvieron una conversación similar, muchos años

antes; en aquel entonces su amiga ocultaba tras unas gafas oscuras una supuesta conjuntivitis. Pero la inflamación en los ojos no era debida a dolencia alguna, sino a un golpe que ella negaría por siempre. ¿Sería lo mismo esa vez?

María S lo negaba.

«Te creo, te creo eso fue todo... Claro... Sí, yo soy tan idiota que voy a creérmelo solo porque tú me lo dices. También esa

cara tuya está enrojecida porque sí, porque ahora eres alérgica a las lágrimas, por eso se te hinchó, lloraste y se te hinchó la cara como si te hubieran dado un montón de bofetones...

Mírate bien, si hasta se ven las marcas de los dedos».

No había marca de dedos alguna, pero la mentira funcionó.

«Bueno, sí, es verdad... Me dio...», María S pasaba una mano por el rostro, como acariciándolo, mientras hablaba,

«Pero yo tuve la culpa por impertinente, le dije lo que no tenía que decir... Lo ofendí, lo saqué de sus casillas... Pero él no es así; fui yo, que lo provoqué».

Él no era así, ella lo había provocado, ¿cuántas veces la

había oído afirmar algo parecido? ¿Por qué seguía ocultando que su marido era un salvaje a quien no le bastaba con haberla anulado como persona y tenía también, para sentirse realizado como hombre, que maltratarla físicamente?

«¿Y eso qué es?».

María T acababa de descubrir, en un brazo de su amiga, una marca gruesa de forma alargada.

«Es no es nada..., bueno, debe de ser que... Seguro que eso es de cuando me agarró por el brazo..., porque yo estaba muy descontrolada..., ¿sabes?..., le decía cosas, no me callaba».

300

«Claro, estabas muy descontrolada y él te agarró por el brazo para controlarte... Y, como hiciste fuerza, ahí se te

quedó la marca de un dedo, ¿verdad?».

«Así mismo fue..., yo hice fuerza para zafarme..., estaba fuera de mí..., no me estaba tranquila..., me sacudió para que me recuperara... Parece que me apretó demasiado».

«Por eso te hizo la marca de un dedo de gigante, ¿verdad?»

¿De qué gigante es, de Goliat? Sí, mi amiga, porque a mí no puedes venirme con ese cuento, eso es un golpe dado con un palo, o con un tubo, o algo así, y fue con ganas».

María S no supo qué responder; instintivamente, se había cubierto con una mano la marca en el brazo, mientras su rostro se enrojecía más de lo que ya estaba. Parecía a punto de llorar.

De súbito, una corazonada impulsó a María T: Sin pensarlo, se puso en pie, agarró la blusa de la amiga, la levantó y le miró la espalda. Allí se veía lo que había imaginado.

«¿Y esto qué es....? ¿Y esto qué es..., dime? ¿Tu marido también te agarró por todas esas partes, o son los dedos de otro gigante?».

«Suéltame, ¿quién te dio ese derecho?... ¿quién te crees que eres?», estalló María S; empujó a su amiga y se bajó la blusa con gestos torpes, apresurada, «Déjame tranquila..., no quiero verte más, ¡vete!».

María T se asustó al verle la expresión colérica del rostro, como de loca furiosa.

«¡Soy tu amiga!, ¿te enteraste? Y esto que tienes ahí son marcas de golpes... Así que las marcas de un dedo..., ¿verdad? Ese animal te golpeó con algo, y bien duro..., mira cómo te puso la espalda».

301

María S volvió a gritarle que la dejara sola, su vida era su vida...

«¡No te metas en lo que no te importa!».

Comenzó una sucesión de reproches, un discurso exaltado y sin ilación lógica contra el a y las demás amigas. Llegó a ofenderlas con groserías que María T jamás hubiera imaginado pudieran salir de su boca.

Decidió que no había nada que hacer. Durante cuatro décadas había visto cómo María S se arruinaba

espiritualmente, pero jamás había imaginado verla llegar a tal estado de deterioro. El proceso de degradación había tocado fondo. Estaba de más en esa casa, estaba de más en la vida de su amiga. Tampoco tenía por qué seguir oyendo improperios.

Se encaminó a la puerta.

«¡Vete! Sí..., ¡vete!», oyó la voz de María S, «A nadie le interesa mi vida..., ¿me oíste?... ¿Por qué tienes que meterte tú?... Déjame... ¡Acaba de irte!».

El tono de los gritos ya no era de furia sino de desesperación.

Aunque por la forma pareciera una expulsión, a María

T se le antojaba que en realidad era todo lo contrario. Su amiga estaba suplicando ayuda, pero no sabía cómo hacerlo; su última exclamación era, en el fondo, una desesperada petición de auxilio.

María T se volvió para mirarla en el último instante antes de partir.

Su amiga se abalanzó sobre el a.

Apenas se entendían las palabras de María S cuando, abrazada frenéticamente contra su amiga, como si intentara esconderse de alguien, acaso de sí misma, le confesó que era cierto, que las marcas se debían a que su marido le había pegado con un

302

tubo de goma. Confesó mucho más. Como una represa que hubiera roto los muros que aprisionaban sus aguas, un aluvión

de palabras reprimidas durante décadas salió de los labios de

María S hacia los oídos de su amiga, quien apenas lograba entender la mitad por la forma atropelada de hablar. En otras ocasiones él le había pegado, pero no tanto, ni demasiado fuerte, por lo general eran una o dos bofetadas para finalizar alguna discusión cuyo fin no se veía llegar. A veces también la castigaba por algo que hubiera hecho mal, o por una orden desobedecida, pero no le pegaba de cualquier manera, eran uno o dos golpes solamente, y solo en las nalgas. Él era muy metódico en todo, también en eso. Le ordenaba acostarse en la cama, boca abajo, y le pegaba, como a una niña que se hubiera portado mal; le decía, eso sí, muchos disparates mientras le pegaba, porque él no acababa de aprender a comportarse, pero hasta ahí llegaba.

No era la primera vez que sucedía, estaba acostumbrada, pero no era siempre.

«Solo algunas veces, muy pocas, cuando yo lo exaspero..., casi nunca».

Por eso no entendía por qué ese día se había puesto tan frenético, no actuó como siempre, sino agarró el tubo de goma y comenzó a lanzar golpes por donde la agarrara, totalmente fuera de sí.

María T fue a decir algo, horrorizada por aquella expresión, tubo de goma, pero no pudo, su amiga no paraba de hablar; nunca antes la había visto así. Prefirió dejarla que se desahogara.

«Estaba raro. Ni siquiera me decía disparates como era su costumbre..., no sé qué le habrá pasado..., pegaba como si hubiera enloquecido..., tuve mucho miedo...».

Todo había comenzado porque el marido había imaginado, con razón esta vez, que ella se reuniría con algunas amigas

cuando él no estuviera en casa. En otras ocasiones no se había puesto tan furioso ni mucho menos la había golpeado:

«Decía unos cuantos disparates, hablaba mal de todas ustedes, como para no perder la costumbre, pero eso era todo, por lo general se iba y me dejaba tranquila».

Pero en esa oportunidad parecía como si se fuera acelerando poco a poco, cada palabra que pronunciaba halaba otras, y de repente la acusó de andar poniéndole los cuernos y enumeró las veces que, según él, la había sorprendido flirteando con distintos hombres.

«Pero yo no dije nada para que se pusiera así, yo ni le respondí. Te lo juro que no hice nada, solo me reí cuando dijo que a lo mejor no venía ninguna amiga, que el que iba a venir era un hombre, que me iba a revolcar con otro en su propia cama... Me dio por reír..., nerviosa, me reí..., no podía parar, y de pronto, no sé por qué, serían los mismos nervios, le dije que a lo mejor hacía eso mismo, que no sería mala idea... ¡Cuando me oyó eso fue como si le hubiera estalado algo por dentro!».

La asombrada María T ya no soportaba oír más. Esa historia tenía que terminar. Tomó una decisión. La tomó de una mano y la haló suavemente.

«Vamos al hospital ahora mismo, para que te hagan un examen médico..., y de ahí a la policía... O mejor, no, a la

policía directamente..., que te lleven ellos al hospital... Esta locura tiene que acabarse hoy mismo... Tú no puedes seguir viviendo así, va a terminar matándote».

«¿Policía?», se asustó María S.

304

De ninguna manera, ¿se había vuelto loca? No podía hacer eso. Si él se enteraba de que el a lo había denunciado...

«De eso nada..., ni pensarlo».

María T no podía entender. Con las marcas que tenía en el

cuerpo era suficiente, no hacía falta más para que lo pusieran tras las rejas, «Donde tiene que estar ese energúmeno...».

¿qué se habrá creído?». Podían llevar el tubo de goma como prueba. No habría atenuante posible, le impondrían el máximo que marcara la ley, y el a podría descansar por fin de sus abusos.

Pero María S no aceptaba acompañarla a la policía.

¿Cómo iba a denunciar a su propio marido? ¿Dónde se vio cosa semejante?

«No, no y no, ya lo dije.... ¡Te digo que no insistas!... Es mi última palabra».

¿Tanto era el miedo que le tenía a ese hombre que prefería seguir soportando sus maltratos antes que enfrentarlo?, se asombraba María T. ¿El a no quería que lo castigaran por lo que le había hecho?

Intentó convencerla de que no le pasaría nada si hacía la

denuncia, la policía le daría protección; además, él iría preso por ese delito, pasaría un largo

tiempo en la cárcel, ya no podría hacerle más daño.

Pero María S no aceptaba ningún argumento.

«Hablas así porque no lo conoces...».

Aunque lo metieran preso, él se las arreglaría para salir y vengarse; no iba a quedarse así, nunca le perdonaría haberlo enviado a la cárcel, se lo cobraría bien cobrado...

«Además, aunque lo metan preso..., ¿qué va a pasar cuando salga?».

305

«Cuando salga..., ¿qué? ¿No entiendes que para entonces será un viejo inútil? Además, hasta le pueden prohibir

acercarse a ti... Te digo que ya no podrá hacerte daño..., es tu oportunidad».

«De ninguna manera».

No iría a ninguna parte, estaba decidido; era mejor dejar la cosas como estaban.

«Total, lo peor ya pasó».

«¿Pero no te das cuenta de que no puedes seguir viviendo

así? ¿Y no te das cuenta de que, como tú misma has dicho, se

está poniendo cada vez más agresivo? Puede llegar el día en que, hasta sin que se lo haya propuesto, te dé un mal golpe y te mate».

«Ya dije que no y es no..., ¿no acabas de darte cuenta? No voy a ir a ninguna parte...».

De repente, endureció la expresión del rostro y e tono de la voz:

«Es más, no quiero tu ayuda..., no me hace falta... ¡Yo

hago con mi vida lo que me da mi gana!».

De súbito, María S había vuelto a la agresividad de un momento anterior de la conversación. Se dirigió a la puerta a pasos apresurados, la abrió y, con gesto colérico, indicó a María T que se fuera.

No hubo palabras de despedida.

María T vio el odio reflejado en los ojos de su amiga cuando, en una fracción de segundo, las miradas se cruzaron.

Esa tarde, cuando logró que su mujer le declarara lo que la mantenía enfurruñada, el marido de María T la regañó cariñosamente. ¿Cuándo iba a entender el a que estaba perdiendo su tiempo —y acaso hasta su salud, «¿Viste

306

cómo te has puesto?...», hasta parece que estás a punto del infarto»—, luchando por salvar a quien no quería salvarse?

¿No se aburría de combatir contra molinos de viento?

«No quieres acabar de darte por enterada de una verdad establecida desde que existen personas sobre el planeta: La salvación es un acto individual, mi amor, y nadie puede salvar a quien no está interesado en salvarse».

Admiraba su altruismo a toda prueba, su culto a la amistad, pero estaba llegando a un punto en que, además de no lograr el bien que pretendía hacer a otra persona, se estaba haciendo daño a sí misma.

«Mírate cómo estás, pareces un perro apaleado... Te estás lastimando. Sálvate tú primero, y luego piensa en salvar a los otros... Además, me afectas a mí,

que no tengo arte ni parte
en el asunto..., ¿no te das cuenta? Llegas y ni ganas tienes de
conversar con uno...».

Esta vez el a le dio la razón. Ya había hecho más que
cualquier otra en su lugar; había dedicado años de su vida a
mantener una amistad en nombre de ni sabía bien qué y, a fin
de cuentas, el pago que recibía era ese, el maltrato. ¿Cuántas mejil as más tenía que poner para
que se la golpearan? En

definitiva, María S tenía la vida que había escogido, pues que la disfrutara. Sí, haría lo que él le
recomendaba, ya no se

preocuparía más por quien no quería su ayuda; el a tenía
bastantes asuntos a los cuales dedicar sus energías.

«Y yo soy uno de esos asuntos, ¿no?», dijo él mientras la
abrazaba y le acariciaba el pelo.

«El primero».

Sonrió por primera vez, en respuesta a la caricia.

Se besaron. María T decidió que no se ocuparía más de
los problemas de su amiga.

307

La decisión fue tan firme que le duró poco más de cuarenta horas. Cierto que no volvería a
llamarla en mucho tiempo,

pero dos días después del incidente se dirigió a la sede de
una organización encargada de atender casos de mujeres
maltratadas.

La trabajadora social que la atendió escuchó con atención
el relato que hizo, y tomó nota de las informaciones que le

proporcionaba.

«¿Y qué pueden hacer ustedes...?», preguntó María T al finalizar.

Al oír la respuesta sintió que había perdido su tiempo:

La organización no podía emprender ninguna gestión de manera oficial si la propia interesada se negaba a denunciar o, al menos, a pedir asesoramiento.

«O algún tipo de ayuda..., pero siempre tiene que partir de el a».

«Pero pudiera llegar un día en que él la mate..., se puede volver cada vez más agresivo».

«Lamentablemente, así mismo es, como usted dice... Y no sería la primera vez que ocurra, es la verdad... Pero si el a no da al menos un primer paso, no podemos hacer nada, tenemos las manos amarradas..., iríamos contra la ley».

La organización tenía experiencia y, si el a se decidía, contaba con abogados que la representarían en un juicio —«Y hasta ahora, casi no hemos perdido ninguno, que conste», acotó con satisfacción—. El asunto resultaba un poco más complicado cuando se trataba de maltrato psicológico, pero igualmente se podía echar la pelea.

«Sepa usted que también hemos ganado algunas».

El caso de María S podía ser más sencillo, pues existían marcas de maltrato físico; por tanto, estaba tipificado

un delito de lesiones, y eso se persigue de oficio por las autoridades.

«Fíjese usted cómo es en estos casos, que incluso si la agredida retira la denuncia el proceso continúa hasta el final, hasta la condena por un tribunal..., ese hombre iría a la cárcel de todos modos».

Pero necesitaban algo de qué sostenerse; no bastaba con el deseo de ayudar a la agredida.

«Hace falta que, por su parte, el a haga algo...; que lo denuncie, que muestre las marcas que él le hizo al golpearla... Aunque después se arrepienta, ya estaría el proceso andando... De eso nosotros sabemos bastante».

Existía la posibilidad, incluso, de actuar sin que mediara denuncia, pero en ese caso tendría que haber un hecho evidente socialmente; por ejemplo, que el maltrato físico ocurriera ante testigos.

«En fin, algo que justifique la irrupción policial».

Solo que el as no tenían nada en la mano con que actuar.

Por más que estuvieran al tanto de lo que ocurría con su amiga y del peligro que podía correr, nada podían hacer.

«¿Entonces no se puede hacer nada? ¿Hay que dejarlo todo así, hasta ver qué pasa, hasta que un día de estos la mate?».

«Aunque parezca inhumano, tiene que ser así. Hay un

principio sagrado que todos debemos respetar, y es el derecho a la vida privada. Nosotras no tenemos ningún derecho a intervenir

en la privacidad de nadie... Es un principio establecido en las constituciones de cualquier país moderno. No podemos llegar

a una casa cualquiera y decir que vamos a iniciar un proceso

porque el señor maltrata a la señora... Nos guste o no, es así, y está bien que así sea... Imagínese usted que cualquiera pudiera

invadir la privacidad de uno cuando le venga en gana...».

309

María T no tenía nada que contraponer a ese razonamiento.

«Algo se puede hacer, de todos modos», pensó en voz alta

la trabajadora social. Tampoco era la primera vez que alguien

hacía una denuncia, o buscaba orientación, en lugar de la

interesada, porque el a se negaba a hacerlo o tenía demasiado

miedo.

«He tomado nota de cuanto hemos hablado usted y yo,

y eso queda guardado. Aunque no podamos intervenir

directamente en este caso, nada impide que vayamos a hacerle

una visita a su amiga y conversemos con el a un rato... Claro,

esto es si acepta recibirnos. Tenemos suficientes argumentos

para convencerla, ya lo hemos hecho en otros casos y, no

crea, la gestión algunas veces ha resultado...».

María T suspiró, aliviada; tal vez su visita a ese lugar no

hubiera sido en vano. Tal vez lo que el a no había logrado en

décadas lo obtuvieran esas personas conversando con María S.

El as eran especialistas...

La trabajadora social pareció adivinarle el pensamiento.

Como para que no se hiciera excesivas ilusiones, remató el

discurso con una observación, que hizo bajando un poco la

voz, como a su pesar:

«Claro, que no siempre se logra...».

Se despidieron.

La trabajadora social había pensado algo que no transmitió a María T. El caso la había interesado de manera particular, y ella misma iría a entrevistarse con María S en la primera oportunidad que se le presentara. Aprovecharía que una amiga a quien no visitaba desde hacía unos años vivía en el mismo barrio. Después de despedir a María T, dio

310

entrada en el archivo correspondiente a la denuncia, como era costumbre, pero hizo algo más, acaso indebido:

Elaboró un resumen de la conversación con María T, para comentarlo con su marido.

Su marido era investigador policial.

311

Si se hubieran encontrado por accidente en la calle, tal vez cada cual hubiera seguido su camino sin advertir que se

habían cruzado, ni nada los hubiera llevado a preguntarse al cabo de unos minutos, como tantas veces le sucede a uno, a quién le recordaba esa persona que poco antes le había pasado por delante. Ni eso. Él solo supo quién era él cuando María T

se lo presentó, aunque entonces pensó que, si le hubieran dado alguna pista, por ejemplo, que se trataba de alguien que no veía desde hacía muchos años, tal vez hubiera podido reconocerlo,

acaso comentar: «Después de todo no ha cambiado tanto, solo está un poco más viejo, nada más». Acaso de ninguna manera hubiera podido hacerlo, pues no conservaba en su mente la

imagen de aquel a noche en la fiesta de graduados cuando se

vieron por primera vez luego de veinticinco años; si la hubiera guardado quizás lo habría reconocido al instante, hubiera

tenido un referente con él ya maduro, pero la figura que insistía en permanecer en su memoria era otra, la del joven amigo que

desapareció de su vida más de cuarenta años atrás.

Por su parte, también Amigo adivinó que era María S solo

porque la esperaba y quien venía hacia él en ese instante no

podía ser otra. Si quince años atrás se había asombrado al

verla más envejecida que sus condiscípulas, algunas algo

mayores que el a en edad, ahora comprendía que María T no

había exagerado en sus relatos, que la apariencia marchita de

la amiga no podía achacarse solo al paso de los años.

312

El tiempo habría aportado lo suyo, como a todos, pensó, pero aquello era el resultado de un deterioro más que físico.

Afirmar que María T lo presentó a María S no sería hablar

con propiedad, por cierto.

«Él es Amigo, por si no te acuerdas», manifestó con tono

áspero al verla llegar, «Era para esto que te pedí que vinieras».

Y se marchó, tras un seco «Adiós».

Había prometido que se encontrarían y cumplió, nada más

la retenía allí, pues esa que acababa de llegar era una extraña.

De manera que los dejó solos en cuanto se saludaron; no

tenía deseos de participar de una conversación que no era

con el a. Y menos interés tenía en hablar con su amiga.

«Examiga», rectificó para sí.

Amigo anotó la escena en su mente.

Para María T, la dificultad para cumplir lo prometido a Amigo radicaba en que, para lograr el encuentro entre ellos, debería llamar a María S. Y llamarla significaba entablar una conversación telefónica que podría resultarle incómoda. Si durante el tiempo transcurrido su amiga no había hecho ningún intento de aproximación, en esa actitud se encontraba un mensaje explícito: No tenía intención de reconciliarse con el a.

No era la primera vez que se disgustaban, bien lo sabía, pero nunca hasta entonces con la intensidad de esa última ocasión, y siempre la causante de la ruptura hacía algo para permitir la reanudación del lazo desatado, siempre el amor propio cedía lugar al amor, a la amistad. Pero en esa ocasión quien estaba obligada a dar el primer paso para el deshielo era María S, pues la había agredido no solo injustamente,

313

sino, además, con violencia. María T se había sentido muy lastimada por esa actitud grosera y, sobre todo, tan sin

motivo, pero si solo hubiera hecho una llamada, «Me hace falta hablar contigo, amiga», habría habido suficiente motivo para una nueva reconciliación. No le exigiría disculpa alguna, con ese simple gesto le dispensaría el perdón.

Que no lo hubiera hecho, lo admitía, le provocaba dolor, y las palabras de su marido no eran suficientes para mitigarlo.

Lo que María T desconocía era que, pocos días después de la discusión que las había disgustado, María S recibió en su casa la visita de una trabajadora social interesada en obtener su colaboración en un trabajo que el patronato de protección a la infancia y la adolescencia al cual pertenecía planeaba realizar con algunos muchachos del barrio que andaban un poco descarriados. El a no comprendía muy bien en qué consistía lo que le proponían, y ya su marido había dejado entrever en más de una ocasión el desagrado que le provocaba aquel a visita interminable, pero la señora hablaba y hablaba sin mostrar intención de marcharse.

Por fin, quien se despidió fue el marido de María S, que salió un momento a cualquier parte, hastiado de la charla insufrible.

Apenas se oyó el ruido del automóvil que se alejaba, la visitante cambió de sopetón el tema de conversación, el tono de la expresión y hasta la apariencia del rostro. La funcionaria interesada en vender una idea desapareció y en su lugar surgió una defensora de los derechos de la mujer que de inmediato se acercó un poco más a el a en el asiento y comenzó a hablarle en el tono de quien intercambia confidencias.

314

María S, sorprendida de momento, comprendió que la mujer había estado esperando el momento en que estuvieran solas

para exponer el asunto que en verdad la había conducido a la

casa. No necesitó oír demasiado para comprender hacia qué objetivo apuntaba la visita, e imaginó que se trataba de una jugarreta de María T. La presencia de aquel a desconocida en su casa respondía a una nueva intrusión de la amiga en sus asuntos. No era la primera vez que andaba de entrometida, pero en la ocasión presente resultaba más grave que en cualquier otra, porque ya no se trataba de que intentara influir en su modo de llevar el matrimonio, se inmiscuyera en asuntos que, a fin de cuentas, no le interesaban, y discutieran y hasta se disgustaran por ese motivo. Con toda una vida de relación en que casi se tenían como hermanas, impertinencias como esas, si bien molestas, no se echaban a ver, se pasaban por alto en aras de conservar la amistad. Pero aquello era demasiado, esta vez su indiscreción se había extralimitado más allá de lo permisible. «¿Qué es eso de tomarse la atribución de contar mis intimidades a gente extraña?», se preguntaba.

María T ahora involucraba en sus asuntos a personas que ni la conocían, solo para obligarla a hacer algo que ella le había dejado bien claro que no pensaba hacer jamás.

Hasta un momento antes, había estado a punto de llamar a María T para disculparse por sus palabras, arrepentida

de haberle hablado tan duro —no soportaría una semana más sin hablar con el a, pensaba— pero al oír a esa mujer se prometió no llamarla jamás.

Era evidente: Había llegado la hora de decir adiós a esa amistad. Acaso su marido tenía razón también en ese punto:

Había demorado demasiado en hacerlo.

315

La mujer hablaba de derechos, de igualdad, hasta de amor propio y de orgullo de ser mujer, pero el a apenas la oía. No

le interesaban sus palabras, ¿por qué no se calaba y se iba de una buena vez? Estaba demasiado disgustada con la amiga

para atender a ningún discurso, feminista o machista que

fuera, tanto le daba uno como otro. Disgustada no, indignada,

furiosa, rabiosa, con deseos de golpear, de romper cosas.

Sobre todo, de que la señora se marchara lo antes posible y que no estuviera en casa cuando llegara su marido.

Si fuera sincera con el a misma, aceptaría que no estaba disgustada, ni indignada, ni furiosa, ni rabiosa. Nada. Solo estaba muy asustada. Mucho. Aterrorizada. Por lo que sucedía en ese mismo momento, por esa visita, por ese discurso que la mujer insistía en hacerla oír. Esa conversación no debió haberse producido nunca, esos conceptos no tenían cabida en su vida, no podían tenerla, estremecían sus cimientos.

La culpa la tenía María T.

Más terror todavía sentía por lo que pudiera ocurrir de ahí en adelante: Si quien hasta entonces había tenido como su

única persona de confianza la había traicionado, al punto de contar sus intimidades a esa desconocida, ¿qué podía esperar a partir de ese momento? No quería imaginar hasta dónde podría llegar María T en su atrevimiento, si había sido capaz de hacerle esa jugada sucia.

«Se dice mi amiga, se muestra tan preocupada por mi vida y, sin embargo, en la práctica me está comprometiendo...

¿El a no piensa en las consecuencias?».

Si su marido nada más sospechaba lo que se escondía detrás de la visita de aquel a señora a su casa...

No, definitivamente, no podía continuar viviendo con esa ansiedad, temiendo qué invento nuevo se le pudiera

316

ocurrir a María T en su afán de transformarle la vida. Por lo pronto, que la mujer hablara todo lo que le viniera en

ganar y acabara de marcharse, no le haría ningún caso; sus oídos estaban clausurados para el a. ¿Y por qué no acababa de largarse? ¿No se daba cuenta de que sus palabras no la alcanzaban? No podía permitir que la alcanzaran porque

oírlos, escucharlos, atenderlos, darles entrada en su espíritu, significaba desasosiego. Tenía que defender su tranquilidad,

evitar nuevos sobresaltos y alteraciones a sus rutinas.

Una visita como esa no podría repetirse. No era ninguna jovencita para andar buscándose complicaciones. Ni que fuera jovencita, tampoco se las buscaría. Esas libertades y justicias de que la mujer hablaba ahora, y María T siempre,

no le decían nada, porque nada le aportarían. Lo que debía buscar era reposo, paz: Lo que verdaderamente importaba. De manera que no llamaría más a su amiga, no se disculparía por haberla ofendido, la castigaría con el olvido. A fin de cuentas, era castigo merecido, esa visita lo demostraba.

María T no sabía nada de la visita de la trabajadora social a María S; ni siquiera lo hubiera imaginado, pues tal posibilidad no se mencionó en ningún momento durante la conversación sostenida con la señora. Lo único que sabía era que nunca recibió la llamada esperada durante muchos días. ¿Iba a ser el a quien llamara? No; debía entender el sentido del mensaje implícito en ese silencio: María S no deseaba seguir siendo su amiga, por tanto, hasta ahí habían llegado. Pero Amigo le había pedido que la localizara, la llevó comprometerse, y él a cumpliría. Solo que no acababa de decidirse a llamarla.

317

La costumbre entre ellos siempre fue hablarse por teléfono cuando, como sucedía cada vez con mayor frecuencia,

pasaba el tiempo sin poder encontrarse para charlar un poco; en tales casos, era muy raro que intercambiaran mensajes escritos.

«¡Un mensaje!».

De repente se dio cuenta de que la solución siempre había estado al alcance de la mano. Ensayó varias veces, antes

de encontrar el texto definitivo, que habría de ser lo más impersonal posible:

«Tengo que verte; si puede ser mañana mismo, mejor...».

El encuentro sería en un café donde en ocasiones ambas se habían reunido con otras amigas.

Cuando leyó quién le enviaba el mensaje, María S sintió que su resolución de prescindir de la amistad de María T

se resquebrajaba. Pero no podía permitírselo: Si había

decidido liberarse de esa fuente de tensiones en su vida,

debía mantenerse firme. Tenía ante sí varias opciones. La más

radical, y la que primero le vino a la cabeza, sería no responder al mensaje, borrarlo sin leerlo.

«Ni siquiera voy a leerlo; no me interesa». No tenía por qué hacerlo, mejor dejar las cosas

como estaban; la otra entendería lo que significaba la falta de respuesta y la dejaría en paz para siempre, «Total, no sé qué

cuento me va a inventar para justificar lo que me hizo...».

La opción más débil, y también la más real, porque era la

que mejor reflejaba lo que en verdad le sucedía, consistía en

confesarse a sí misma que no quería perder a la amiga, y no

responderle con otro mensaje, sino llamarla, como siempre,

y decirle que el a también quería verla, cuanto antes mejor,

318

y hasta, si fuera preciso —«Y lo es, y lo es», llegó a decirse, llevando bien a lo profundo su debilidad momentánea—,

pidiéndole que la perdonara; más tarde ya habría tiempo

para manifestarle todo lo dolida que estaba con el a por

haber involucrado gente extraña en sus asuntos íntimos,

«Pero no voy a perderla como amiga».

Optó por una fórmula intermedia y, sobre todo, no comprometedor: Respondió con otro mensaje, escueto como el recibido: Al día siguiente le resultaba imposible, pero al otro sí, y señaló la hora más conveniente.

«De acuerdo», fue la respuesta de María T.

¿De qué se trataría?

Estuvo imaginando el momento del encuentro desde el mismo instante en que leyó aquel De acuerdo, y elaboró infinitas variantes para el discurso que pensaba soltarle a la amiga, aunque sabía —no era la primera vez que le sucedía— que a la hora de la verdad diría cualquier cosa, probablemente un conjunto de frases deshilvanadas por completo. Claro, primero esperaría a oír lo que María T tuviera para decirle. Habría de ser algo importante, tal vez grave, para que se hubiera decidido a pedirle con tanta urgencia un encuentro. Y con tan escasas palabras. No tendría que ver con el tema que las había llevado a disgustarse, le parecía, «No hubiera usado un mensaje».

Por eso se sorprendió al aproximarse y verla acompañada de aquel hombre algo viejo. Enseguida, una idea le cruzó por la mente, y la sorpresa se convirtió de inmediato en indignación: «No puedo creer que se le haya ocurrido traerme a conversar con un abogado».

Era demasiado, tendría que oírla. Se dispuso a una salva cerrada de diatribas. No le importaría la presencia de ese picapleitos desconocido.

No llegó a proferir ni una palabra, María T no le dio oportunidad:

«Él es Amigo, por si no te acuerdas».

Oyó, pero no entendió. Permaneció aturdida durante algunos segundos. Las palabras habían pasado por los oídos y daban vueltas dentro de su cabeza, pero el cerebro parecía paralizado, no procesaba los datos recibidos, no los transformaba en información. ¿Qué había dicho el a, exactamente? ¿Ese señor —ese anciano— era Amigo? ¿El mismo Amigo por cuya ausencia lloró en silencio tantísimo tiempo?

Lo miró, sin hablar, mucho tiempo. No era él. Había algo de él en esa persona, pero no era él. «Amigo no es así». «No me parezco, ¿verdad?», dijo sonriente el supuesto Amigo, viéndola indecisa, «¿Qué esperabas? Son muchos años...».

¿Habría adivinado que el Amigo que María S guardaba en su memoria era todavía un jovencuelo?

Cierto, muchos años habían pasado y no era más aquel, pero sí era él. No lo eran las canas, las arrugas; no lo era el aspecto ligeramente cansado. Pero sí lo era la voz. La apariencia del cuerpo era otra, pero la voz era la misma.

Esa voz que oía era la de él. Esa voz era él, el Amigo de sus recuerdos. El resto era diferente, pero el sonido, la entonación, la calidez, eran los mismos. ¿Cómo podía haber conservado

aquel a voz que el a no había conseguido olvidar?

Por fin se percató de lo que estaba ocurriendo. Para eso

la había citado María T. ¿Significaba que seguía siendo su amiga? Por un instante la pregunta le dolió físicamente, pero la conciencia del momento que vivía la llevó a pasar por alto el dolor. Acababa de producirse el reencuentro esperado

320

por décadas. Sin coros celestiales ni sonido de trompetas, estaban al fin frente a frente. Solos el a y él. Aquel a vez,

quince años atrás, con tanta gente alrededor, con su marido en actitud agresiva, no había sido un reencuentro, sino la corroboración —como si le hubiera hecho falta— de que el sueño que una vez acarició nunca habría podido ser.

Olvidó la actitud áspera de su amiga, el tono desabrido con que había hablado y su prisa por alejarse del lugar, como quien cumple un compromiso molesto y está ansioso por regresar a sus asuntos. De repente comprendió que estaba feliz, durante los minutos iniciales no lo había advertido.

Demasiado feliz para pensar en algo más que el regalo que la vida acababa de concederle. Tomó con las dos manos la que él le ofrecía y, sin soltarlo, caminaron hasta una mesa apartada.

Lo veía y se veía a sí misma, como si estuviera frente a una pantalla de cine, pero lo que sus ojos registraban no eran los dos sexagenarios extrañamente alborozados que otros pudieran estar observando, sino dos jovencitos universitarios que entraban tomados de las manos a otro café, a esas alturas ya inexistente, y permanecían así, mirándose y hablando de cualquier cosa, durante mucho tiempo, hasta que llegaba

un empleado a preguntarles qué iban a ordenar y romper el hechizo: La quimera en que se extraviaba entonces mientras él le sostenía las manos tampoco se materializaría esa vez.

«¿Qué desean pedir?», se acercó un dependiente.

Más de cuarenta años había demorado en llegar hasta

ellos, pues cuando la pregunta los regresó a la realidad ya no eran más los dos jovencitos que el a estaba mirando. La voz

del empleado devolvió sus ojos al presente: Aquel muchacho

que veían ya no existía. La muchacha que el a había sido,

tampoco. En lugar de ambos, la vida había colocado un par

321

de ancianos un poco agotados de vivir, a saber cuál de los dos más.

¿Valía la pena el encuentro en esas condiciones?

¿Vale la pena volver a encontrar una quimera, cuarenta

años después?

Decididamente, no.

¿O sí?

¿Y si, al menos, pudiera servir para conocer las respuestas

a preguntas que durante décadas no le dieron reposo?

¿Tendría sentido, solo por eso, volver a verlo?

«Desapareciste...».

Habían permanecido en silencio casi todo el tiempo, no

lograban ir más al á de algunas frases generales, que, sin saber por qué, los hacían reír. Tenían tanto de que hablar que no

sabían por dónde comenzar. En eso surgió la frase que andaba

por alguna parte, agazapada, esperando su momento de ser

pronunciada.

Por eso la pronunció de súbito, sin proponérselo:

Desapareciste.

«Desaparecí, verdad», respondió Amigo, después de un espacio de silencio en que pareció no saber qué contestar.

Sonrió, nostálgico.

Y regresaron al silencio.

Habían llegado al punto exacto de donde partían todas las preguntas. Pero ellas aún esperaban para ganar vida en forma de sonidos.

«¿Por qué?».

Era de esperar que fuera la siguiente pregunta, pero él continuó como ausente, pensando cuál sería la respuesta verdadera. «¿Por qué?». No lo sabía. O no estaba seguro. O todo lo contrario, lo sabía bien, siempre lo supo.

322

Pero eran varias respuestas, todas verdaderas. ¿Cómo sintetizarlas?

Por fin escogió la más exacta, por ser la primera que le brotó:

«Tenía miedo».

«¿Miedo a qué?».

A nada en particular, lo cual significa, en el fondo, a todo, era la única respuesta posible a la nueva pregunta.

«En especial a cometer un error que me dolería a mí, pero lastimaría mucho más otras personas».

María S no entendía. ¿Por qué la lastimaría también a el a?

Quería oír, y a la vez no quería.

«Yo por entonces estaba muy inmaduro», intentó explicarse, «Vivía en una confusión de sentimientos».

No estaba seguro de casi nada y, por el contrario, vivía lleno de motivaciones encontradas.

Por eso decidió hacer lo único que se le ocurrió, quizás por su propia inmadurez: huir.

El a le pidió ser más concreto, que no siguiera hablando en abstracto. Él no había advertido que hablaba en abstracto para el a. Era demasiado el tiempo transcurrido, hacía mucho no era aquel a que seguía el vuelo de sus metáforas y penetraba en su sentido antes de él haberlas completado.

La persona que era ahora ya no sabía volar tras las alegorías, solo entendía de frases pegadas al suelo.

Preguntas precisas, respuestas concretas.

¿Qué pasó era una pregunta precisa? ¿Había respuesta concreta para el a?

«Llevo más de cuarenta años preguntándome que pasó, solo sé que no volvimos a verte y nunca supimos de ti».

323

Hubo un tiempo en que imaginaba, pero hacía años que también había abandonado ese sueño en algún rincón de la

memoria, y no tenía discurso preparado. Quizás fuera mejor así, pues las palabras surgían sin buscarlas.

Él la miraba, como tratando de encontrar en las preguntas

oídas respuestas que también hacía mucho había dejado de imaginar que daría.

A el a se le antojó que él deseaba cambiar el tema.

«Si no puedes hablar, lo dejamos ahí..., seguiré sin saber; como quiera que sea, ya no es tan importante. Pero si puedes, si no te hace daño hablar, por favor, di las cosas con nombre y apellidos, necesito saber. Ahora que estás aquí, no me dejes peor que donde estaba...».

Pero no le brotaba la pregunta adecuada. Quizás porque tampoco estaba tan segura de que, a esas alturas, quisiera conocer la respuesta.

Él se lanzó a narrar historias de antes, de súbito.

El a se asombraba de las anécdotas que surgían unas tras otras, y se preguntaba cómo era capaz de evocar aquel a infinitud de pequeños actos que ni María T, famosa por su memoria, hubiera podido recordar. El tiempo transcurría, y él la transportaba a momentos lejanos, casi volvía a vivirlos al influjo de sus palabras, pero no alcanzaba el punto que esperaba.

«Memoria de poeta», respondió sonriente, cuando el a lo interrumpió con un comentario sobre aquel interminable caudal de recordaciones que la emocionaban, pero no calmaban sus dudas, «El poeta no guarda hechos, sino sensaciones, después las evoca y reaparecen los hechos...

Aunque entonces ya no son ellos mismos, son solo la huella que dejaron en él».

Una recordación que es realidad nacida de otra realidad; por eso tal vez el a no evocara lo mismo que él.

Ciertamente, no guardaban en la memoria los mismos

acontecimientos ni, de aquellos que ambos atesoraban,

conservaban los mismos recuerdos. No obstante, al oírlo sentía que eran los suyos de siempre. Pero lo que el a recordaba con

más nitidez —y él, desde luego, no tenía por qué recordar, pues nunca lo supo, o nunca lo quiso saber— era cuánto se ilusionaba cuando, estando solos, esperaba hasta el último momento las

palabras que hubieran convertido su vida en algo distinto de

lo que después conoció. Él parecía comenzar a cada instante a

decir las palabras que el a esperaba, mas pasaba el tiempo y, al final, se separaban y no había completado ninguna frase con

sentido... Con el sentido que el a esperaba... Cualquiera otra, en su lugar, hubiera tomado la iniciativa; no hubiera sido la

primera ni la última ocasión en que el hombre, emplazado por

la mujer interesada en él, se ve obligado a definirse. Conocía algunas que no tenían paciencia y en casos semejantes al suyo, iban directo al tema. Pero también se conocía y sabía que

nunca sería capaz de hacerlo, que esperaría todo el tiempo

del mundo sin atreverse a dar ese paso definitorio, porque

significaba arriesgarse a oír que estaba equivocada, que había confundido sentimientos parecidos, pero nunca iguales: «Solo

me interesas como amiga».

No lo soportaría. Prefería la duda que carcome poco a

poco a la certeza mortífera.

Cuarenta y tantos años después, todavía la asustaba un

poco la idea de preguntar, la estremecía, pero ya no era la

misma sensación de terror de entonces: Nadie puede matar

lo que ya está muerto, y el a lo estaba. Hacía mucho, para qué negarlo.

325

¿También lo estaría lo que alguna vez sintió? ¿Y si, pretendiendo conocer, lo mataba ahora?

Pero era ahora o nunca, no habría nueva oportunidad de conocer. Él podría desaparecer una vez más. Ahora sí para siempre.

«Tengo que hacerlo, tengo que... Le voy a decir que...», era su pensamiento. Pero... ¿No sería mejor continuar con la duda? ¿No había sido siempre esa la tónica de su vida, dejar para mañana, no enfrentar, esperar que las cosas por sí solas se encarrilaran? Si hasta ahora había vivido sin conocer...

«Sí, mejor dejar todo como está».

Por eso se sorprendió cuando, en medio de su titubeo interior, se escuchó decir:

«Me pasaba los días preguntándome por qué no me decías nada, por qué nunca me enamorabas... Me lo he preguntado siempre..., hasta hoy. ¿Me veías tan fea?».

«¿Qué pregunta es esa?, ¿de qué fealdad estás hablando?».

Pareció obviar la primera parte de la pregunta.

La María S que recordaba no era fea, aunque quizás no fuera la más bella del grupo de amigas con que se relacionaban. No ostentaba esa avasalladora feminidad de otras, que hacía a los hombres volver los ojos a su paso.

Tenía, en cambio, una peculiar manera de ser atractiva; él

no sabría explicar en qué consistía, era algo indefinible, inmaterial, un aura que la rodeaba. Quizás algunos hombre no fueran capaces de percibirlo, pero él lo había percibido desde el primer momento, y desde el primer momento se había sentido atraído por el a, incluso exageradamente atraído. Era una atracción por completo espiritual, debía haberlo entendido, porque en él no había posibilidad para otro tipo. Pero la relación continuada y cercana lo llevó poco a poco a confundirse, y en algún momento se sorprendió fantaseando juegos eróticos con el a. Se asustó cuando lo advirtió; la fascinación por el a estaba traspasando los límites de lo que podía permitirse. Podía haberle hablado de sus sentimientos, intentar aclarar los términos de cuanto le sucedía, pero no estaba seguro de lo que podría salir de allí, porque ni siquiera estaba seguro de adónde quería llegar. Tal vez sí quería estar con el a, mantener una relación erótica, de pareja, como cualquiera, hasta se preguntó por qué no: Debía intentarlo, acaso funcionara, no sería el primer caso.

«Pero me daba cuenta de la falta de futuro de esa relación si se produjera: Unirme a una mujer solo por complacer la atracción del espíritu significaría construir una relación sobre bases falsas, y provocar mucho dolor más adelante, cuando por fuerza el edificio se fuera abajo».

No estaba dispuesto a provocarle ese sufrimiento. La amaba demasiado para hacerle esa maldad.

El a protestó.

«La mayoría de las relaciones terminan en algún momento, unas duran más y otras menos, pero nadie anda pensando en la duración cuando se enamora... Y tú elegiste por mí, no me diste la oportunidad de hacerlo yo... Y era mi vida, ¿no? Yo también tenía derecho...».

El derecho de él a en aquel entonces era que él formara parte de su vida.

«Además, tú mismo acabas de decirlo, que me amabas mucho».

¿Pero no acababa de darse cuenta?, ¿no era suficientemente evidente? Claro que sí, la amaba, estaba fascinado por él, la tenía por un ser especial, merecedora de tener a su lado

327

a alguien que comprendiera cuánto valía. Y también era cierto que en algún momento llegó a fantasear con ser él esa

persona. Pero solo había sido eso, una fantasía, un desvarío de la imaginación ajeno por completo a toda posibilidad de realización. Lo único que había hecho era espantar una idea sin sentido de su cabeza. Su amor por él no era el que une a las parejas.

Amaba a su esencia, a la mujer-ser-humano que era, no a la mujer-hembra que también era.

Y que le quedara claro que eso no tenía ninguna relación con él, con que fuera fea o bonita. A él podía llamarle la atención la belleza de una mujer, desde luego, como a cualquier persona. Pero solo como un sentimiento estético,

nada más.

Sobre todo, nada relacionado con el sexo.

«Pensé que te habías dado cuenta..., que sabías que no me atraen las mujeres..., yo nunca te lo escondí».

«Es que... Yo no sabía..., no me daba cuenta... Y nunca me dijiste...».

«No se me ocurrió que hiciera falta, si estaba claro...».

Recordó que María T había intentado varias veces alertarla,

«No te ilusiones con Amigo; él es la persona que cualquier mujer quisiera tener a su lado toda una vida, tan tierno, tan amoroso..., pero hasta ahí... No te das cuenta porque no quieres, sus inclinaciones son otras... Y está en su derecho,

fin de cuentas, todo el mundo no tiene que sentir igual». El a no debía continuar soñando con una relación que no podía

ser, «Despierta, mujer...». Menos debía ponerlo en una situación difícil, obligarlo quizás a actuar como quien no era, solo para no lastimarla. Al final, eso no tendría futuro.

Pero el a no quería darse por enterada.

328

«Para mí eras solo un muchacho diferente a los demás, un ser especial... Especial, así como el que yo esperaba..., el

que algún día aparecería en mi vida».

Era el muchacho especial; el príncipe azul de los cuentos de hadas al fin había aparecido en su vida, no lo había esperado en vano. Le había regalado un libro de poemas de su poeta preferido por su cumpleaños, había puesto el libro de cabeza, y escribió un poema suyo como

dedicatoria en la última página,

«Para ser diferente a todo el mundo, porque es para ti...».

Estaba ahí, lo había encontrado; pero no le decía nada. María T

no tenía razón, esas eran inventos suyos... ¿Sería, entonces,

que la veía fea? Si no era así, ¿por qué no aprovechaba, ahora que le regalaba el libro, y la enamoraba al entregárselo?...

Porque era fea y él bonito; eso era.

En casa se lo repetían: «Te va a ser difícil encontrar novio».

«Yo nunca te vi fea, cómo quieres que te lo diga; al

contrario, para mí que eras muy atractiva».

Como si de nuevo rondara los veinte años, María S se hizo

repetir la frase:

«Entonces... ¿verdad que no me veías fea...? ¿Me veías bonita?, ¿no son mentiras tuyas?... ¿bonita? ¿Más que...?».

Se interrumpió de súbito, al percatarse de que sus palabras carecían de sentido. Además, ¿con cuál de sus discípulas iba a compararse, a esas alturas? Y a casi todas las había tenido por más bonitas que el a.

«Bonita..., sí. Supongo que por aquel tiempo había algunas muchachas más bonitas que tú, pero no me acuerdo ahora de ninguna, son muchos años; además, ¿qué importa? Y

tú tenías algo especial, ya te lo dije; algo solo tuyo, que las demás no tenían... Era lo que sentía yo entonces, que eras

diferente».

329

Por el tono de sus palabras sentía que era sincero; esas palabras no eran para servir de consuelo.

Así que era cierto:

Era bonita entonces, aunque quizás no tanto. Y tenía algo especial. ¿Tenía? Claro, hablaba en pasado porque lo especial que hubiera podido tener también lo había perdido. Sí, tenía.

«Ya no tengo nada especial». Nada de nada. Ahora era un adefesio y nada más. Milagro si en cualquier momento no se despedía y no volvía a verlo jamás.

«Ahora también tienes algo, seguro que sí..., aunque quizás ya no sea tan fácil darse cuenta..., das la impresión de haberte apagado».

Al oírse a sí mismo, comprendió que sus palabras podían resultar muy crueles con el a, e intentó suavizarlas para no lastimarla.

«No me refiero al físico..., a mí lo exterior de alguien no me interesa... Es otra cosa, no sé..., como hablas..., como miras... A lo mejor deberías levantar más la cabeza al caminar...».

Calló lo que pensaba; la veía tan maltratada, tan gastada.

Le resultaba difícil encontrar en su figura algo de el a. La pasión que tímidamente a veces asomaba mientras hablaban del pasado quizás fuera la señal indicadora de que, al á, en algún lugar muy recóndito dentro de su espíritu, acaso se encontraran todavía restos de aquel atractivo que él le había encontrado.

«Pero yo presiento que en ti sigue existiendo algo muy

especial, algo que está escondido y espera ser descubierto...,
si le dieras una oportunidad».

Repitió que había alcanzado a descubrir ese algo
escondido, y que ese descubrimiento lo asustó, lo hizo huir.

Huir de el a.

330

Lo dijo de un tirón:

«Hui de ti».

«¿Pero..., por qué? ¿Acaso era algo tan malo?».

No, no era malo. Si él hubiera sido otro, habría sido

maravilloso; pero, por qué lo obligaba a repetirlo, si ya se lo había explicado: Él no podía
comprometerse en una relación

con el a, no tenía sentido.

«Entiende... Si yo alguna vez hubiera podido estar con
una mujer, esa mujer serías tú, ninguna otra. Incluso hoy
mismo, ahora. Y ese fue el dilema que en algún momento
sentí algo dentro de mí, como un deseo de estar contigo...

Físicamente, ¿entiendes?... Y eso no podía ser».

Seguramente el a no lo recordaba, no había razón para
ello. Le contó: Un hecho intrascendente, mas no para él.

Cierto día, por alguna razón, mientras hablaban, él había
puesto una mano en el hombro de el a y apretó con cariño.

Acaso no era la primera vez que lo hacía, y antes no había
sucedido nada.

Pero entonces fue diferente.

«Sentí que pasaba desde ti hasta lo más profundo de mí una

especie de flujo magnético, un choque eléctrico, una energía desconocida que me estremeció... Me asusté mucho».

Se asustó de lo que en ese momento había experimentado,

y más de lo que estuvo a punto de hacer, pues sintió deseos de abrazarla con fuerza, como para recibir con más intensidad

aquel a sensación que el a le transmitía, y corresponderle.

Habría sido una terrible equivocación.

«Me di cuenta de que me estaba enamorando de ti. Eso no podía ser...».

«Pero ¿por qué no?, ¿y si lo hubiéramos intentado? No sé...

Podía haber sido algo muy bonito, algo especial..., teníamos

331

tanto en común. Quién sabe, a lo mejor hubiera durado todo el tiempo».

«Quién sabe..., sí...; siempre pudo haber sido una posibilidad. Pero preferí no intentarlo, porque mi camino era otro y yo debía seguirlo... Ya nunca sabremos si hubiera resultado, pero es mejor así...».

Él tenía razón. Su razón. Era mejor así, fue mejor así.

Pero para él, no para el a.

El a necesitaba aquel a afirmación entonces, y él le había

falto. ¿Podía exigirle algo por eso? Pensó por el a, eligió por el a, ¿o solo por él? Sin tantas palabras: Eligió lo mejor para él. ¿Acaso no es lo que todo el mundo hace? Él no podía

adivinar que esa elección suya había sido la última pieza

que faltaba para completar el libro donde se escribirían sus

próximos cuarenta años. De ninguna manera lo hubiera

adivinado, pues ni siquiera el a lo supo nunca, hasta ese

momento del presente en que rememoraban el pasado.

332

El cazador furtivo sabe cuándo hay una presa en el ambiente. La presiente, la huele, la adivina en el movimiento

del aire. No necesita certezas: sabe.

Este es cazador experimentado. Por eso anda siempre

despacio, sobre seguro, sin perderse en prisas. Todo

pensado, todo pre-goza. Existe la presa posible: La busca,

la localiza, le monta el cerco, escoge las armas, las apresta, elige el momento y el lugar adecuados para atacar: Ni un

minuto antes, ni un minuto después. Cuando suena la hora

precisa, arremete con el ansia acumulada de golpear, aplastar, desangrar, matar. Hasta entonces meditó, midió, calculó.

Solo cuando todo ha sido meditado, medido, calculado, se

deja llevar por la embriaguez y el arrebato. Como un arrebato

de amor.

Porque cacería es juego amoroso, y matar su culminación,

es coito; matar es eyacular.

Eyacular también es morir en vida, y renacer en muerte.

Por eso, después de la caza, al cazador lo embarga la

imperiosa necesidad de derramarse en vientre de mujer.

Una forma de renacer.

No le había resultado difícil percibir las primeras señales.

Ciertas emanaciones flotaban en el ambiente, y sus sentidos

aguzados las captaron.

333

Le repetía tan a menudo: «A mí no puedes esconderme nada, yo siempre te adivino», que había logrado inculcarle

esa idea como verdad absoluta. Eso le facilitaba las cosas, porque el a, cuando intentaba ocultar o disimular algo lo mejor que sabía o podía, lo hacía convencida de que sería descubierta —la mejor manera de serlo—, y terminaba delatándose.

Ni siquiera una confesión implícita necesitó ahora.

Resultaba demasiado notorio que andaba distraída por alguna razón oculta, pues su cuerpo permanecía presente, pero su mente andaba por otro lugar.

«Más de lo acostumbrado», se rectificó, «Porque el a siempre está en Babia».

«Tú andas en algo, y yo lo voy a averiguar», le advirtió, más con el propósito de asustarla que por verdadera convicción de lo que aseveraba. No dudaba de que daría resultado y el a terminaría por delatarse.

Desde hacía una semana, cuando él tuvo que ausentarse durante todo un día, algo había ocurrido, pues la notaba distinta; como no alcanzaba a adivinarlo, debería encontrar modo de llevarla a confesar. Quizás otra persona no notara la diferencia y la viera igual que siempre, pero a él nada se le escapaba. Cada vez que se dirigía a el a parecía como si despertara en ese momento, y en ocasiones se había visto obligado a repetirle lo que le decía.

«Hasta parece que se te olvidó que no me gusta repetir las

cosas».

También estaba seguro de haberla oído hablar sola en algún momento. No era nuevo en el a, pero siempre era indicativo de que algo le daba vueltas en la cabeza. El asunto era averiguarlo, y él lo haría.

334

«Yo no ando en nada y tú lo sabes bien..., ¿en qué voy a andar...?». Hacía tiempo que ni ponía un pie fuera de la

casa, y ni se acordaba de la última vez que la llamó alguna de sus amigas. «Es más, eso es lo que yo debería hacer, llamar

a alguien, salir, visitar alguna amiga..., no pasarme el día encerrada aquí, conversando solo con las empleadas...».

No le hacía falta más para convencerse de que los tiros iban por ahí; el a había visitado a alguien cuando él no estaba, o

alguien había visitado la casa, y en esa visita había ocurrido algo o se había hablado de algo que la trastornaba. Le

recordó que él no era ningún tonto para no suponer que el a aprovechaba cuando se ausentaba para darse una escapada.

De alguna manera se las ingeniaba para zafarse de las trabas que él aprestaba para impedir que dispusiera de tiempo para

salir de casa. Seguramente las empleadas se confabulaban con el a para cubrirle las espaldas, del mismo modo que no

lo informaban si alguien llegaba en su ausencia, como les había ordenado que hicieran. Tampoco era para extrañarse,

«En definitiva, todas son mujeres..., no se puede confiar en ninguna, la que más o la que menos, tienen la manía de engañar a los maridos... Es su naturaleza».

Era la razón por la cual cada cierto tiempo inventaba algún pretexto para despedir a las empleadas que le parecían demasiado apegadas a él, pero nada garantizaba que el método fuera infalible, sin contar que no siempre era sencillo aplicarlo, tampoco era cosa de dejar entrar en casa a cualquiera, podía resultar peligroso para el negocio.

Por ejemplo, no había podido deshacerse de la cocinera —a quien tenía por confidente de su mujer, por haberlas sorprendido cuchicheando en la cocina repetidas veces—; había intentado despedirla una vez, pero las sustitutas que

335

buscó no cubrían las expectativas, y se vio obligado a volver a contratarla. No se perdonaba a sí mismo haberla admitido

de nuevo a su servicio, y la odiaba por esa razón. Ya le pasaría la cuenta algún día, pero por ahora no tenía más remedio

que mantenerla en casa.

Otra señal fueron las llamadas telefónicas. Meses atrás se había dado cuenta de que algo había ocurrido entre él y su

amiga María T, y se dispuso a averiguarlo. No llegó a conocer la causa, pero la había hecho admitir que «Últimamente hemos

hablado pocas veces..., está muy ocupada», palabras que encerraban la confesión de que se encontraban distanciadas por algún motivo, aunque la experiencia le recordaba que esa situación no se extendía nunca demasiado, por desgracia:

Siempre terminaban reconciliándose. Esta vez le pareció que demoraban en hacerlo, lo cual lo satisfacía, pero un día

advirtió que su mujer volvía a sostener largas sesiones de conversación telefónica. ¿Será que había vuelto a encontrarse con su amiga? ¿O sería otra cosa?

«Y es demasiada casualidad que esto ocurra precisamente después que estuve ausente de la casa casi todo un día».

¿Debería declarar abierta una nueva temporada de caza?

Comenzó a vigilar sus llamadas. No era tan sencillo como podría pensarse, pues él tenía por costumbre borrar las señas de las que recibía y de las que hacía, por lo cual, si por algún motivo él tomaba el teléfono, cosa que ocurría a menudo, no encontraba información sobre las llamadas.

También, por lo general, hablaba desde la cocina, lugar al cual él entraba poco, pues debía atender otras áreas del negocio, y no era hombre de andar metiendo la nariz en las

336

as. De todos modos logró sorprenderla hablando, pero solo pudo entender algunas pocas frases referidas a sus tiempos de

estudiante, de modo que del otro lado bien pudiera encontrarse su amiga. Quizás el día de su ausencia se habían encontrado

en algún lugar y se habían reconciliado. Podría ser, pero no le parecía suficiente para explicar el estado de alteración en que se encontraba. Aquellas distracciones se debían a algo más;

lo de la reconciliación con la amiga, a lo sumo, sería mera coincidencia.

«No, esas conversaciones no son con su amigota».

No podía quedarse con la duda, debía averiguarlo. Iba

a averiguarlo. Él era lista escondiéndose de él, pero no

era más lista que él. La próxima oportunidad que tuvo de manosear el teléfono no perdió el tiempo intentando rastrear el origen o el destino de las llamadas, como otras veces, sino se dedicó a revisar la lista de contactos. No era la primera vez que lo hacía tampoco, y la lista era breve, de modo que casi la conocía de memoria.

Esta vez encontró un contacto no visto antes: Amiga.

¿Amiga? ¿Por qué así, sin más indicación? ¿Sin nombre?

No era Juana, ni María, ni Rosa, era solamente eso: Amiga.

Una única explicación era posible: Se trataba de una amiga especial, tanto que lo era por antonomasia. Hasta alguien menos inteligente que él se hubiera percatado de que era un nombre en clave. Conociendo a su mujer, hasta un tonto se daba cuenta, pues la única persona que pudiera responder a esa condición era María T, pero esa aparecía en otra parte, con nombre y apellidos completos, no podía tratarse de el a. O sea, Amiga no era ninguna amiga, sino otra cosa. Por ejemplo, un hombre. Estaba claro, el nuevo contacto de su mujer era un hombre. ¿Y el a había sido capaz de imaginar

337

que con ese truquito infantil de cambiar o por a lo engañaba?

No solo trataba de engañarlo, también menospreciaba su inteligencia.

No podría pasar esa ofensa por alto.

Pero se tomaría su tiempo, no tenía prisa. En ese juego, él tenía todos los triunfos en la mano.

Anotó el número para verificarlo en otro momento.

Primero era meditar.

Tenía varias cosas en qué ocupar su pensamiento, pero una idea se estaba abriendo paso dentro de él, una idea muy clara: El cazador llevaba demasiado tiempo inactivo y, evidentemente, había quedado abierta una nueva temporada de caza.

Era llegada la hora de emprender nueva cacería.

Al fin.

338

Requisitos básicos para una cacería (furtiva) exitosa

Determinar de qué tipo de pieza se trata.

Estudiar sus características, hábitos, gustos, conocer qué hace en cada momento de su día.

Conocer dónde está su madriguera y las vías de acceso y evacuación.

Moverse hasta ella con sigilo; que no sospeche que es acechada y se sienta confiada.

No dejar nada a la improvisación. Actuar solamente cuando se tengan en las manos todas las ventajas y no haya posibilidad alguna de fuga para la pieza.

No dejar rastros, para no convertirse uno mismo en la pieza de otros cazadores.

En sus varias décadas de matrimonio, María S había llevado una cuenta aproximada de las veces que su marido

andaba con alguna amante. Él no lo admitía ni lo negaba.

No tenía por qué: Como quiera que se mirara, ese era un derecho que toda la vida han tenido los hombres, por qué él iba a ser diferente. Mientras a él no le faltara comida y ropa en casa no tenía nada de qué quejarse, bastante dichosa era que no la hubiera abandonado nunca a pesar de sus defectos y lo poco que lo satisfacía en la cama. Con lo muerta que era como hembra, qué más podría pedirle a la vida.

De estar presente en la conversación, cualquier feminista de las que tanto disgustaban a su marido podría considerar que, si la abandonara, el marido haría un pésimo negocio, pues con él en casa se garantizaba una empleada para todos los usos que prácticamente trabajaba por techo y comida, pues de los dividendos que el negocio de ambos reportaba nada iba a parar a sus manos ni por equivocación, pues él administraba las finanzas según su criterio, y raras veces preguntaba la opinión de ella, mucho menos la tomaba en cuenta a la hora de hacer gastos o disfrutar de ganancias.

El a se había acostumbrado tanto a ese orden de cosas, que no se le ocurría imaginar que pudiera ser de otro modo.

En cuanto a la insatisfacción del marido en la cama, acaso otro tanto podría aducir el a —«Y hasta con mayor razón», afirmaría esa feminista que se ha metido en el relato sin que

340

la llamen—, visto que no recordaba una sola oportunidad en que él la hubiera dejado satisfecha. No obstante, tampoco

se le hubiera ocurrido contradecirlo en el punto del disfrute

sexual, pues, a fuerza de oírla, aquel a afirmación se le había convertido en verdad irrefutable:

«Eres lo peor que he conocido en la cama».

Y así lo repetiría el a, convencida, a la entrometida feminista recién mencionada, puesto que, en las escasas ocasiones en que él se le echaba encima a ejecutar su función de varón —no porque lo urgiera el deseo, que no sentía, sino por no dejar de ejercer un derecho que le asistía como marido—, la verdad era que el a se limitaba a entreabrir las piernas y dejarlo actuar, sin alcanzar a experimentar más que, en el mejor de los casos —y eso hacía mucho que no ocurría—, alguna leve sensación de humedecimiento y cosquilleo.

Por eso, en su interior, lo comprendía y no juzgaba mal sus devaneos; a fin de cuentas, ¿qué de extraordinario había en que buscara otras con quienes satisfacerse si el a, que tenía la obligación de hacerlo por ser su mujer, no lo satisfacía?

María S también había notado que, cuando su marido andaba con una amante nueva y la relación le marchaba bien, durante un tiempo se mostraba menos exigente, y hasta dispuesto a disculparle alguna torpeza que cometiera, siempre que fuera de escasa magnitud. También podía ocurrir que se ausentara durante dos o tres días. En tales oportunidades —verdaderas vacaciones para el a en cierto sentido—, era frecuente que cargara con una mochila donde llevaba algo de ropa para cambiarse; en ocasiones también llevaba consigo el maletín de sus herramientas. Luego de

encarecerle el cumplimiento de muy variadas encomiendas

341

—sin duda para reducirle las posibilidades de salir de casa durante su ausencia—, le decía, indistintamente «Voy a ver

un trabajo» o «Voy a tratar de unos negocios», y se marchaba

sin más explicaciones, salvo, acaso, indicarle cuánto estaría

fuera. Eso sí, la última frase era siempre: «Quiero ver que

estás aquí cuando regrese», cuando no: «No quiero saber

que aprovechaste para irte por ahí con tus amiguitas».

Y cuidado con que se enterara de que hubiera andado con

algún hombre: Él siempre iba a tener forma de averiguarlo.

Siendo una costumbre de décadas, María S no sabía

explicarse por qué se sentía molesta cada vez que descubría que su marido tenía una nueva amante; en definitiva, se decía,

cuando él estaba fuera había más tranquilidad en la casa,

y cuando regresaba, si le había ido bien en el trabajo o en

el negocio, esa tranquilidad se prolongaba unos días más.

«Entonces..., ¿qué me pasa?», se preguntaba en ocasiones.

Lo admitía: Se sentía celosa. ¿Qué celaba? No sabía

responderse. ¿Que otra le quitara el cariño que, de todos

modos, él no le daba? Eso no tenía lógica, pero igual sentía

que algo le quitaban. ¿Le quitaban? ¿De qué disponía el a

que alguien pudiera quitarle? No se atrevía a responderse.

Claro que no era a él..., para lo que él le importaba, que se

lo llevara la que pudiera soportarlo. ¿Estaba segura de que

no le importaba? ¿O sí? ¿Por qué dudaba en la respuesta?

No, no era eso, no le importaba que se lo llevara otra. Era el fruto de su trabajo lo que temía perder, la estabilidad de un

matrimonio longevo, en estos tiempos de relaciones a corto plazo. Y las comodidades de que disponía, por qué negarlo, su nivel de vida, logrado luego de muchos años de sacrificio.

Sacrificio de los dos, no solo de el a, porque él tendría todos los defectos que se quiera, pero cuanto habían obtenido era

342

por él, por su inteligencia y su dedicación. Hubo épocas en que vivieron mal, el negocio no prosperaba, y gracias a

que él era tan hábil habían podido colocarse en la situación económica holgada de que ahora disfrutaban.

«Realmente es mucho mejor que yo para este negocio..., es la cabeza... Todo esto fue pensado por él».

Había mucho más que perder: Era su vida, mala o buena, la única que había conocido por más de cuarenta años; estaba acostumbrada a el a y sus rutinas, no sabía si pudiera vivir otra, prefería no averiguarlo. Además, otra vida, ¿cuál?, ¿dónde?, ¿para qué?, ¿con quién?

Sobre todo, eso: ¿con quién? Porque estaba sola en el mundo. Él era cuanto tenía.

Algunas veces pensaba que lo que la molestaba no era el hecho de que él anduviera con otras —qué podría importarle, siempre que no la abandonara a su suerte—, sino la imposibilidad en que se encontraba de probar a hacer lo mismo. ¿Acaso en los tiempos actuales no se afirma que

todos tenemos los mismos derechos?

Recordaba, en cierta ocasión, cuando él se disponía a salir para andar dos o tres días a saber con quién, el a se sintió tan molesta que le preguntó: «¿Y si yo hiciera lo mismo?».

Quizás no quisiera exponer una reivindicación, ni plantearle un reto, sino solamente molestarlo, para que no saliera así de casa, tan tranquilo, a encontrarse con otra mujer.

Lo logró, ciertamente.

Al oírla, estando ya a punto de abrir la puerta para salir, se detuvo y se volvió hacia el a. «Hacer, tú puedes hacer lo que te dé la gana...».

343

Para sorpresa de María S, no había respondido airado, como el a hubiera esperado; ni siquiera alteró el tono de

la voz. Permaneció unos segundos en silencio, mirándola fijamente, sin reflejar ninguna emoción en el rostro. Volvió sobre sus pasos, llegó junto a el a, le puso una mano en el hombro, suavemente, casi con delicadeza; apretó, sin embargo, con violencia. Satisfecho con la mueca de dolor de María S, retiró la mano y volvió a hablar, en voz muy baja para obligarla a atender, y recalcando cada sílaba, como para que se le grabara bien cada palabra que pronunciara:

«Pero que yo no te agarre, porque vas a maldecir el día en que naciste».

Se dirigió a la puerta con lentitud.

Regresó de nuevo junto a el a, como si hubiera recordado

algo de repente. Esta vez el rostro mostraba una expresión de burla.

«¿Y qué pensabas conseguir tú, si yo te lo permitiera? ¿No te ves en el espejo? ¿Eres ciega acaso?».

Ni ahora, ni antes, ¿quién se iba a fijar en el a, si él mismo no se explicaba todavía cómo había cometido ese error en su

vida? ¿Acaso el a imaginaba que él no se había dado cuenta de a cuántos había tratado de sonsacar en esos años? ¿Y qué había obtenido con eso? ¿Quién le había hecho caso, ni quién se lo hubiera hecho? Nadie. ¿Y por dónde andaban todos esos tipos con quienes el a se había entusiasmado?

Cualquiera sabía, desaparecidos..., pero de lo que sí estaba seguro era de que ninguno se acordaba de el a. Y si alguno le

hizo creer alguna vez que estaba interesado, que no se hiciera ilusiones, porque no era por el a, sino porque imaginaba que

podría sacarle algún provecho:

344

«Con la plata que tiene su marido, algo se le podrá sacar a el a», habrían pensado.

Pero por ningún otro motivo.

Que se mirara bien.

«De poco te valdría intentarlo...; porque, de intentar, bien que lo has intentado... No creas que no me doy cuenta cada vez que te pones a coquetear con alguien, a mí no se me escapa nada...».

Él la dejaba hacer, porque sabía que eso no llegaba a ninguna parte. De todos modos, cada vez que alguno se

pasaba de listo, lo había puesto en su sitio.

«Para que no imaginara que conmigo se puede jugar...».

Le dio una palmadita amistosa en un brazo y sonrió.

«Cuidate».

Estuvo tres días fuera.

El a, no sabría decir por qué, en ese tiempo no se atrevió

siquiera a llamar a María T para conversar un poco.

345

Cuando conversaba con Amigo, aunque fuera por teléfono, pero sobre todo si lo hacía personalmente, aprovechando

cuanta oportunidad se le presentaba para ello, María S sentía

que algo dentro de el a renacía. A veces pensaba en sí misma

como una planta marchita, a punto ya de morir, a la cual le

cae encima un chaparrón. Reverdecía pero, al mismo tiempo,

sentía que aquel exceso de nutrientes dentro de sí la ahogaba.

Comenzó a sentir repentinos deseos de cambiar de vida. En

qué sentido, no lo sabía. Pero de algún modo quería cambiar.

Si Amigo le hubiera dicho «Ven a vivir conmigo», tal vez lo

habría hecho al instante, sin pensar. Terminarían de envejecer juntos, vivirían como dos hermanitos, y el a dedicaría el resto de su vida a cuidarlo, a cambio de nada, apenas de la ternura

que él entregaba a cuantos se le acercaban. Sin necesidad de

pensar en sexo, ese monstruo que los había separado una vez.

«Y para qué quiero el sexo», se decía, si había pasado

tantos años sin conocerlo...

Pero era un sueño, uno más de los tantos sin posibilidad

de materialización que atesoraba. Era una mujer casada,

compartía con su marido un negocio propiedad de ambos, de donde los dos extraían su sustento. Ese nudo no sería tan sencillo de soltar. Además, era impensable: Su marido jamás permitiría la ruptura del lazo matrimonial. En alguna ocasión lo había afirmado, en medio de una discusión cuyo origen había olvidado:

346

«Este matrimonio forma parte del negocio que nos da de comer».

Pasara lo que pasara, él nunca iba a romper algo que le garantizaba la comida.

«Prefiero quemarlo todo..., ¡fuego por todas partes!».

Con el a dentro, desde luego.

En aquel momento imaginó que se trataba de una más sus habituales amenazas cuando discutían, pero el mensaje se le había grabado en el subconsciente: Temía a la reacción de él ante alguna decisión radical que a el a se le ocurriera.

No, nunca sucedería que fuera a vivir con Amigo. Él jamás lo propondría, ni el a lo aceptaría.

Tampoco nadie sabría que alguna vez esa idea había cruzado por su mente.

En cambio, había decidido que, ahora que lo había encontrado, no iba a perderlo de vista de nuevo. Acudiría a cuanto

subterfugio se le ocurriera, y se valdría de cuanta oportunidad se le presentara para encontrarse con él. Aprovechando que su

marido estaba últimamente trastornado en sus costumbres, de seguro por alguna nueva amante, o porque había reatado los

lazos con una anterior con quien rompía y regresaba cada cierto tiempo, se dispuso a visitar a Amigo en su casa.

Ya al cazador no le quedaba duda alguna de que había una

pieza esperando ser cazada por él y aceptó el convite. La señal más clara estaba en que su mujer había comenzado, primero

de modo casi imperceptible, después más notoriamente, a descuidar indicaciones que le daba sobre el trabajo diario, a protestar por decisiones que tomaba, e incluso, en alguna ocasión, a encararlo y negarse a obedecerlo.

347

«Esto no está sucediendo sin ninguna razón... , por sí misma el a no es capaz de tanta desobediencia».

Algo la impulsaba a ese cambio.

Y ese algo tenía que ser alguien.

Alguien había aparecido que la estimulaba a tomar el camino de la insubordinación.

No era la primera vez que se volvía protestona, desde luego, eso sucedía de cuando en cuando, siempre instigada por esa tal María T, quien no perdía oportunidad de ponerla en su contra llenándole la cabeza con mil estupideces. Pero estaba convencido de que en esta ocasión el estímulo que la impulsaba era demasiado fuerte para ser obra de su amigota.

«Hay alguien más, y no es esa mujer... No hay confusión posible, un hombre se ha atravesado en mi camino».

Resultaba inaceptable. Era hora de actuar.

Comenzó por fingir una llamada equivocada al número

encontrado en el móvil de su mujer. Resultó como lo pensó:

Del otro lado respondió una voz masculina.

Más claro ni el agua: Amiga era un hombre.

Se preparó para entrar en acción. El primer requisito para una cacería exitosa —conocer la pieza a que se enfrentaba y sus características— pasaba por crear un clima de confianza a su alrededor. Debía aparecer despreocupado, como si

relajara la vigilancia, casi negligente. Cualquiera podría pensar que nada es tan sencillo como aparentar descuido, pero ello

exige gran fuerza de voluntad en quien siempre ha vivido

alerta y blasona de su suspicacia. Ideó un plan de simulación y fue estricto en aplicarlo. Aflojaría la vigilancia en apariencias y, a la vez, haría que se desviara la atención de quien, por su parte seguramente estaba vigilando sus pasos: el a.

348

Eso último sí le resultaba mucho más sencillo, estaba bien entrenado para eso.

En cualquier otra ocasión, María S habría tenido que

esforzarse para no reflejar en su rostro la indignación que le provocaba la falta de disimulo de su marido en relación

con sus amantes. Él no se caracterizaba por ocultarse

mucho en sus aventuras, pero, con todo, guardaba cierto

nivel de decoro, al menos se cuidaba de no asumir

actitudes demasiado ostentosas, pero últimamente no

hacía el menor esfuerzo por disfrazar el entusiasmo que

lo embargaba: Sostenía largas conversaciones telefónicas,

durante las cuales no le permitía acercarse, salía de

casa varias veces al día, desaparecía durante horas, regresaba con expresión de regocijo, se mostraba animado y hasta

menos intransigente.

«Se está poniendo viejo», llegó a comentar consigo misma,

«Está tan emocionado que no se da cuenta de que se porta como un adolescente».

Lo normal en el a, cuando se percataba de esos estados eufóricos de su marido, era que la embargara el habitual resentimiento que no alcanzaba a explicarse. Sin embargo,

en esta ocasión, el disgusto inicial por imaginar al marido en devaneos eróticos a saber con quién, pronto cedió su lugar a

una sensación de liberación: «En qué buen momento se ha aparecido esa mujer».

No tenía la menor idea de quién sería la nueva conquista del hombre, pero le parecía que debía agradecerle.

Y no poco.

Mientras a su marido le durara el arrebató por el nuevo enamoramiento, «Y ojalá que le dure mucho», María S sentiría sobre el a menos presión y menos vigilancia, y hasta

349

dispondría de alguna libertad de movimiento. Y nunca como antes había sentido tanta necesidad de ser libre.

Necesidad de ser libre para poder encontrarse cada vez que quisiera con Amigo.

No era verdad que su libertad fuera tanta como imaginaba, o como deseaba, pero de alguna manera se sentía menos atada a la noria de la cotidianidad de su casa. Advirtió, por ejemplo, que disponía de más oportunidades para llamar

por teléfono a Amigo, y lo hacía con frecuencia, aunque fuera apenas para darle un saludo. No importaba de qué hablaran ni cuánto durara la conversación: Necesitaba oír su voz, saber que se encontraba del otro lado de la línea, que estaba vivo, que existía.

Habían vuelto a verse algunas veces después del primer día, aunque siempre por escaso tiempo. Quizás no fuera tan escaso si se tomaba en cuenta lo señalado por el reloj, pero él siempre lo encontraba mínimo: Quería más. Sentía una necesidad insaciable de hablarle, de contarle su vida, de saber que la escuchaba.

Eso, saber que la escuchaba.

De repente, al reencontrar a Amigo, había descubierto que lo que más necesitaba en la vida era ser escuchada.

Ni María T, tan fiel amiga durante más de cuarenta años, la escuchaba como él; su carácter de mujer independiente la llevaba a interrumpirla, a aconsejarla, a intentar cambiarla. Él no la amonestaba, no se lamentaba de que él hubiera hecho esto o dejado de hacer aquello, no le sugería hacer nada, no intentaba modificarla.

Solo le prestaba oídos.

Claro, sí, desde luego, es verdad, cómo no..., eran las únicas expresiones que le oía mientras hablaba... Y estaban

350

aquellos casi imperceptibles movimientos de asentimiento con la cabeza, como para indicarle que no se detuviera,

que él no estaba allí para criticarla, sino para servirle de

sostén. Que echara al exterior todo lo que por décadas había guardado para sí.

Al cabo de varias semanas en que, rompiendo con lo acostumbrado, apenas habían tenido encontronazos por asuntos domésticos, y en que casi se había mostrado afectuoso por momentos, como el a no recordaba que alguna vez fuera, María S observó una mañana que su marido se preparaba para un viaje. Por la cantidad de ropa que separó, supuso que sería por varios días. Al contrario de muchos hombres, él no permitía que otra persona pusiera las manos en su equipaje: Nadie sería capaz de ordenar sus cosas de la forma en que lo hacía él, aseguraba, de manera que el a nunca sabía con exactitud lo que llevaría consigo. En ocasiones notaba que alguna ropa no regresaba, pero se cuidaba mucho de preguntar; la única vez que preguntó quedó sin deseos de volver a hacerlo: «No te interesa; es mía, yo la compré con mi dinero y hago con el a lo que me dé la gana».

El tono iracundo de la voz completó el mensaje y la lección que el a entendió a la perfección. También en ocasiones, como ese día, cargaba consigo algunas herramientas en un maletín aparte; eso sí que el a no lo extrañaba, pues le constaba el gusto que él tenía por las pequeñas reparaciones caseras, y siempre que podía aprovechaba para algunos trabajos manuales, si bien lo hacía por puro entretenimiento, pues el negocio había alcanzado un nivel de estabilidad suficiente para que no tuviera que realizarlos por necesidad. Ello no significaba que no cobrara por esos trabajos en muchas

ocasiones, desde luego.

351

«Uno no puede andar regalando lo que sabe».

Otra característica suya a la cual María S se había

acostumbrado era que no solía comentar casi nada cuando

se preparaba para salir. No obstante, esta vez, ante la mirada curiosa de la mujer, fue contra su costumbre y le anunció

que debía atender un negocio en otra ciudad, «Ya te contaré

al regreso...», y no agregó nada más, desde luego,

«Acaso haya pensado que no había que exagerar en la

locuacidad», se dijo María S.

Pero unos minutos después quiso agregar alguna

información adicional: En el camino de vuelta pasaría por casa de un amigo para realizar allí un trabajo; iría conduciendo

y regresaría en tres o cuatro días, no más. Por un instante,

María S se sintió importante al oír a su hombre, por lo

común tan reservado, exponerle su plan para los próximos

días. En algún momento le cruzó por la mente la idea de que

todo bien podía ser un cuento, que lo que iba a hacer era

tomarse unos días libres para pasarlos con su nuevo amor.

Espantó la idea al instante: Él no tenía por qué inventarle

ninguna historia, le hubiera bastado con no abrir la boca,

como tantas veces.

Cuando se disponía a salir, como para que el a no imaginara

que le habían cambiado de hombre, su marido le recitó una

por una las habituales advertencias de no aprovechar la

oportunidad para hacer de las suyas durante su ausencia, «No olvides que siempre voy a enterarme». No obstante, estaba tan ansioso por marcharse que apenas le dejó encomiendas que cumplir. Fueron tan pocos los encargos que, aunque los cumpliera todos, tendría tiempo suficiente para hacer de las suyas, como le había advertido él que no hiciera.

352

María S estaba tan habituada al ritual de despedida de su marido, a sus advertencias y órdenes, que estuvo a punto de preguntar si no había algún otro asunto que debiera atender durante su ausencia. Se percató a tiempo del disparate y calló cuando estaba a punto de cometerlo. Hacía más de un hora que no se oía el ruido del motor del auto cuando María S se decidió a llamar a Amigo. Le contó de la partida del marido, habló cuanto quiso, hasta que él le advirtió que debía salir a dictar una conferencia en el grupo de mastectomizadas; ya que estaba libre y quería seguir conversando, la invitaba a asistir, tal vez le interesara, y después podían continuar la charla. El no aceptó: Si iba a verlo no era para escucharlo dar una conferencia, menos para encontrarse entre tanta gente que estaría pendiente de ellos. Acordaron encontrarse en la casa de él al día siguiente, para almorzar juntos y charlar un poco, aunque durante la tarde y parte de la noche él tenía algunos compromisos que cumplir. Saldría de casa con bastante tiempo de antelación, por si tenía dificultades para encontrar la dirección, pues sería la primera vez que lo visitara; los anteriores encuentros habían sido en el lugar de siempre, aquel donde María T los había

hecho reencontrarse. Se añadía la dificultad de que estaba poco práctica en andar sola, hacía demasiado tiempo que no salía a ningún lugar si no era con el marido. Combinó con la cocinera para que la llamara ante cualquier eventualidad, y se pusieron de acuerdo acerca de lo que tendría que decir si se diera el caso de que su marido regresara por sorpresa.

Buena parte del resto de la tarde María S la invirtió en localizar dos tesoros que mostraría a Amigo: El libro de 353

poemas que él le había dedicado con uno suyo tantos años atrás —y que conservaba aunque hacía mucho que no lo

miraba—, y varias fotos en que aparecían ambos y María T.

El libro lo encontró con facilidad, pero las fotos se le habían extraviado; finalmente dio con el as, pero tuvo la decepción

de comprobar que la memoria la había traicionado: No eran tantas como creía recordar, apenas tres. De cualquier modo, siempre sería algo bonito que mostrar. Y más cuando él había confesado que no se acordaba del libro.

Él, en cambio, le tendría también una sorpresa: Una colección de álbumes fotográficos. En uno de ellos, dedicado

a su etapa de estudiante universitario, había dos fotos en que los tres estaban juntos, más dos de el a sola y otra con él. El a solo recordaba vagamente la foto en que estaban los dos.

Almorzaron, miraron fotos: Él le mostró los varios álbumes donde guardaba memoria gráfica de lo que había sido su vida hasta hacía poco tiempo. Luego los guardó todos, aunque dejó sobre un escritorio el álbum donde

conservaba los recuerdos de su vida de estudiante. Pidió que le dejara unos días el libro de poemas, que también puso sobre el escritorio, «Voy a hojearlo un poco, más tarde».

La acompañó hasta cerca de casa. A María S le hubiera gustado que él entrara, que conociera dónde vivía, era un lugar bonito, adornado con elegancia según el criterio de el a —

que era el mismo del marido, al cual se había acostumbrado, aunque al principio no lo compartía—, y le hubiera gustado conocer qué pensaba Amigo al respecto, pues lo recordaba como un crítico muy acertado. Se asustó de sus propios pensamientos: No había que tentar demasiado a la suerte; había disfrutado de una jornada hermosa, para qué exigir más; era preferible no darse ese último gusto y no exponerse

354

a un accidente: Unos ojos que ven si ser vistos pueden encontrarse en cualquier parte, uno nunca sabe. También

una frase indiscreta se le puede escapar a cualquiera. De todos modos lo comentó, pero él se negó de forma rotunda: Tenía otros compromisos, ¿no recordaba que se lo había dicho? Además, no era una opción inteligente, mejor despedirse en un lugar cercano y que el a continuara sola hasta su casa.

Al día siguiente, regresó, esta vez con más tiempo.

El anterior había recorrido todos los rincones de la casa de

Amigo, y se había movido en el a como si fuera la suya propia; descubrió en alguna parte unos diplomas que lo acreditaban

como masajista, uno de ellos, incluso, con dibujos que le parecieron caracteres chinos. «No es chino, es japonés», le explicó él, «Y no son caracteres, son letras de un alfabeto, solo que diferente al que conoces». Él estaba graduado en varios estilos de masaje, uno de los cuales provenía de una escuela japonesa.

«A mucha gente le gusta esa técnica, porque no tiene que desnudarse para recibir el masaje, basta con que la tela de su ropa sea suave».

«Me gustaría un masaje ahora, ¿te atreverías?», exclamó sin pensarlo María S al oír la información.

No habría inconveniente, respondió él; la dificultad radicaba en que después de comer no se da masaje ni se recibe.

«La digestión es sagrada, amiga, el estómago es muy exigente...».

De manera que, si necesitaba un masaje, o simplemente

quería disfrutar de él porque sí, porque la sensación posterior es muy agradable, tendría que ser en otro momento, cuando

355

no hubiera comido. Qué mejor momento que el próximo día, se dijo el a, todavía faltaban dos para que regresara su marido, no había manera de que se diera cuenta de lo bien que había

aprovechado su ausencia.

Y realmente a su cuerpo le sería beneficioso un masaje.

«Ahora te das una ducha tibia y vas a ver cómo te sientes renacer», recomendó Amigo en su segunda visita, después de haberle dado un masaje de todo el cuerpo

en que combinó diversas técnicas. «Tus músculos están necesitados no de una sesión, sino de un largo tratamiento de masajes, para recuperar algo del tono de unos y la elasticidad de otros; pero, sobre todo, para eliminar dolores sin necesidad de tanta medicina como tomas...

Eso no esta bien. No va a ser nada sencillo, pero algo podría obtener con un poco de voluntad y esfuerzo».

Si el a conseguía el tiempo, él se encontraba dispuesto a ayudarla; en unos meses notaría la diferencia.

«Es lo que dijiste...», comentó el a cuando salió del baño, «Es como si acabara de nacer».

Si no acabada de nacer, al menos se sentía rejuvenecida; las manos del Amigo habían arrancado de el a buena parte de los años que la envejecían, y la señora algo achacosa que había llegado unas horas antes a la casa era ahora una muchacha bien dispuesta y con deseos de irse a bailar, a pasear, a hacer cualquier cosa...

Menos regresar a su casa.

Como cualquier jovencita.

Si alguna vez se había sentido así, debió de haber sido mucho tiempo atrás, porque no guardaba el recuerdo de nada

356

parecido. El regocijo que la embargaba era tal, que parecía nacerle de cada poro y de cada vaso sanguíneo. Sin embargo,

al mismo tiempo, al á en lo profundo de sí misma, se sentía avergonzada de esa alegría y de lo que había experimentado

poco antes. No solo porque sabía que ese estado era pasajero y no le pertenecía —en unas horas, de regreso a su vida de todos los días, esa exultación sería pasado—. Había algo más, y era lo que en verdad la avergonzaba: La embargaba el sentimiento de haber cometido un acto infame, una verdadera traición al Amigo; era algo tan perverso, se decía, que no se atrevería a revelarlo a nadie. María T acaso la habría comprendido si le contara, pero ni con él se confesaría —«Si algún día volviéramos a ser amigas», se lamentó. Ya era demasiado con que lo supiera el a misma: Cuando, sentada sobre una colchoneta colocada sobre el piso, vestida con una camiseta y un pantalón de dormir que él le prestó, Amigo comenzó a masajearle, primero levemente, luego con más intensidad, el cuello y los hombros, el calor de sus manos echaron a andar en su interior, sin el a ser consciente, ni mucho menos proponérselo o haber pensado en eso, un mecanismo dormido durante décadas. Era tan grato, que se sentía adormecer. Por momentos se asustó de lo que sentía y estuvo a punto de pedirle que no continuara cuando él le indicó que se echara bocabajo para trabajar sobre la espalda, pero no tuvo fuerza de voluntad para hacerlo. Al contrario, hubiera deseado que no terminara nunca, que continuara por siempre bendiciendo su cuerpo con aquel as manos que la hacían revivir. «En los músculos grandes el masaje tiene que ser bien fuerte para que cumpla su objetivo», le había advertido

antes de comenzar a trabajar más abajo de la cintura, y,

357

ciertamente, los movimientos para relajar glúteos y muslos eran tan enérgicos que él sudaba por el esfuerzo.

Sin embargo, al cerebro de él a llegaban traducidos como caricias delicadas, amorosas...

Como mensajes eróticos.

Al final, cuando, para concluir, Amigo le presionó con la yema de los dedos varios puntos en la línea central de la planta de los pies, María S sintió en su interior una rapidísima contracción, a la vez dolorosa y agradable, y no pudo impedir que se le escapara un leve gemido. Si hasta entonces había logrado controlarse —no podía permitirse que Amigo supiera lo que estaba sucediendo dentro de él—, aquella sensación fue más allá de su voluntad y de sus fuerzas.

«¿Te lastimé?... ¿apreté muy fuerte?», preguntó él, sorprendido y preocupado por quizás haber aplicado demasiada fuerza; como llevaba un tiempo sin practicar, podría haberse excedido y accidentalmente haberle provocado dolor, «Es que esa zona es muy delicada».

«Estoy bien, estoy bien... No te preocupes», fue la respuesta de María S.

Cierto que estaba bien.

Muy bien.

Mejor que nunca.

Mejor que nunca, pero no podía deshacerse del tremendo sentimiento de culpabilidad que la embargaba por aquel orgasmo en miniatura que se le había escapado.

358

Aunque sea avezado en su especialidad, no se ha de suponer que el cazador no es ganado por la impaciencia

como cualquier principiante cuando se encuentra agazapado en espera del momento en que habrá de saltar sobre su víctima. Hay un ansia atávica que lo impulsa a culminar sin más dilaciones aquello que lo condujo a ese lugar. Es un impulso irracional que por momentos trata de imponerse a su voluntad, una bestia interior que intenta liberarse. Pero el cazador se sobrepone, lucha con sus instintos y los vence.

Logra así su primera victoria, quizás la más difícil de obtener.

La espera siempre era la parte más penosa de la cacería para él, pero nunca como en esa ocasión le había resultado casi insoportable. Tampoco nunca antes había preparado las condiciones con tanta meticulosidad y durante tanto tiempo. Había desplegado ante sí mismo la totalidad de sus habilidades. Incluida la simulación: Por algunas semanas encarnó un personaje que no guardaba relación alguna con su manera de ser; debió hacerse violencia para ello, pero

soportó el sacrificio en aras del objetivo supremo, garantizar que el plan trazado resultara perfecto. Y porque, al final,

ello acentuaba el sabor del resultado. En aquel ya lejano día

cuando descubrió que su verdadera vocación era la caza,
percibió, además, en cada paso de la preparación, pequeños
adelantos del disfrute mayor que recibiría en el momento

359

supremo de la realización. Si esta vez debió dilatar el tiempo de cada paso, también se había
prometido que el goce que

recibiría habría de ser superior a cuanto antes había conocido.

No obstante, en esta ocasión sentía que mantenerse

al acecho, vigilando a su presa durante horas, si bien

no había sido complicado, en cambio le había resultado

particularmente incómodo. ¿Estaría envejeciendo? Prefería

no pensar en ello, la idea de envejecer lo afectaba demasiado.

Se había esmerado preparando todas las estratagemas

para localizar a la presa y llegar hasta ella, y ya la tenía a unos pasos. Desde el día anterior
conocía dónde vivía, pues

la propia mujer lo había conducido hasta el lugar; confiada

como estaba, incapaz de imaginar que era vigilada, seguirla

resultó tan sencillo que casi se hizo aburrido: Un poco de

dificultad siempre sirve de condimento al manjar que se

ha de comer. Sin embargo, se le convirtió en un auténtico

martirio mantenerse en calma en el punto de observación, a

sabiendas de que ambos, su mujer y el hombre con quien lo

engañaba, se encontraban al á dentro, protegidos de la vista

de todos, en particular de la de él, por la complicidad de una puerta cerrada.

Al á dentro, haciendo a saber qué cosas.

A saber, no: Traicionándolo.

No importaba qué estuvieran haciendo, aunque apenas conversaran, siempre sería una traición, pues hablarían algo que él no escucharía.

Y él no tenía ningún derecho a encontrarse en ese sitio, a solas con un hombre: Era su mujer y el lugar donde debía estar, en ese momento y en cualquier otro, era su hogar.

360

Por instantes lo ganaba el impulso de ir hasta donde estaban, romper la puerta, golpearlos hasta matarlos... Y

después continuar golpeando hasta quedar sin fuerzas, hasta desahogar la rabia que le provocaba saber que allí dentro su mujer estaba encerrada con otro hombre. Se controlaba recordando que no debía permitirse ese lujo, pues echaría a perder el plan preparado con tanto esmero y la venganza no sería completa. Estaba obligado a contenerse a sí mismo

y sufrir en aras de una meta superior; soportaría la afrenta y mantendría sujeta a la bestia interior que intentaba escapar.

Para contenerse, se decía que, bien vistas las cosas, ese sufrimiento a que voluntariamente se encadenaba incrementaría el disfrute final.

«Qué disfruten ellos ahora, que ya está cerca la hora de la venganza..., de mi venganza...».

Suya era la venganza, suyo era también el poder de disponer sobre la vida de otros. ¿No se acercaba con eso a Dios? ¿Qué importaba ofrecer un poco de dolor a cambio de tanta potencia?

Había supuesto que el a saldría y el hombre permanecería en el apartamento; en tal caso quizás cediera a la tentación de dar por terminada la etapa de acecho y adelantar la ejecución

del paso siguiente, pero los vio salir juntos y juntos tomar un transporte público. Decidió seguirlos. Cuando se bajaron,

unos veinte minutos después, caminaron uno al lado del otro

por un corto tiempo, mas cual si fueran dos desconocidos

cuyos pasos coinciden en una misma acera, sin mirarse; a

la distancia que lo separaba de ellos no podía determinar si

hablaban; en cualquier caso, no gesticulaban y ni siquiera

361

se miraron en el trayecto. Finalmente se separaron en una esquina, y él se percató, si no fue que lo imaginó, de que se

decían adiós con una disimulada señal hecha con las manos.

«Una confesión de culpabilidad», comentó consigo mismo.

En caso de duda sobre la culpabilidad, hubiera bastado ese gesto para condenarlos.

Consideró la posibilidad de adelantarse, esperar a la pieza en su propia guarida y terminar la cacería esa misma noche, como había pensado un poco antes —ya había visto demasiado, qué más información necesitaba—, pero en el último instante una voz en su interior le aconsejó esperar:

Todavía no conocía bien los hábitos nocturnos de la presa, mejor sería estudiarlo un poco más. Sentía, además, curiosidad por saber si la mujer regresaba al día siguiente:

Debía concederse la oportunidad de conocer.

«Eso sí, de mañana no pasa».

Mañana era el día señalado desde el primer momento como definitivo; por tanto, esperar no alteraba en nada el plan.

En temporadas de caza anteriores, el cazador solo se había visto obligado a esperar por el momento propicio, ese en que no hubiera posibilidad alguna de contratiempos, por ejemplo, la aparición de un espectador inesperado —él era cazador de piezas solitarias, no hubiera sabido cómo actuar si se juntaban dos—, para entonces atacar con la ventaja de la sorpresa. No obstante, por más que uno se prepare, la

cacería es una afición siempre expuesta a imprevistos, lo cual, bien mirado, forma parte de sus encantos para la mayoría

362

de quienes la practican. Solo que, por su tendencia natural a la organización, para él cuanto significara improvisar

representaba una molestia inadmisibile. Prefería esperar, demorarse en la acción, pero ir sobre seguro.

Quince años atrás, debió posponer una cacería cuando casi estaba en el momento mismo de entrar en acción.

Entonces le fue forzoso admitir que, por mucho que se procure poner orden en la vida, el a siempre es capaz de hacer una jugarreta y desarticular el plan mejor elaborado.

Fue lo que ocurrió en ese caso: Se aprestaba a ejecutar el acto final de la cacería, cuando se oyó que alguien lamaba con

insistencia. La pieza marcada para la ocasión —hombre algo viejo aunque nada avejentado en su apariencia, y que vivía solo, realmente una víctima con todas las condiciones para una faena sin contratiempos— se levantó de donde estaba sentada, esperando sin saberlo su último momento, y fue a abrir la puerta.

Quien llamaba era una jovencita —acaso una de sus alumnas, pues era profesor universitario— que llegaba para una visita sorpresa. Él había observado durante varios días al profesor, y en ninguna ocasión lo había visto recibir visitas después de las diez de la noche. Sintió una gran contrariedad por esa irrupción que alteraba sus planes; le pareció que también el visitado se había sorprendido por esa aparición a destiempo.

«¿Demorará mucho en irse?», se preguntó, pensado en el mejor lugar para esconderse a esperar que se marchara y le dejara el campo libre.

363

No necesitó esperar demasiado para comprender que el asunto no era tan sencillo: La muchacha había llegado con el propósito de pasar la noche en el lugar, y no parecía que el profesor fuera a hacerla cambiar de opinión. En esas condiciones, nada se podía hacer, de modo que decidió desmontar la operación y escapar por una ventana que, con antelación y como medida de precaución por si ocurría algún contratiempo, había dejado expedita.

Gracias a aquel imprevisto la pieza alcanzó a vivir dos semanas más de lo que le correspondía, pero no escaparía a su destino. Él no era cazador que renunciara así como así a capturar una pieza marcada para abatir. Y menos aquel a, anotada en su cuenta desde el mismo momento en que la conoció. Aunque el otro acaso no lo supiera, había una deuda pendiente entre los dos desde entonces, y él no condonaba deudas.

En este nuevo caso la situación era diferente. De antemano sabía que la pieza andaba acompañada, y se hacía una idea aproximada del momento en que quedaría sola. Indefensa a su merced y ya es otro día. Están de nuevo juntos y él al acecho.

Llevaban mucho tiempo encerrados en la casa, demasiado; el cazador hervía por dentro pero no desesperaba, «De este día no pasa»: La pieza seguía abatida. «Hoy, tiene que ser hoy». La deuda debía ser cobrada. ¿Acaso la que estaba dentro, la que debía salir en algún momento y dejarle el camino libre para actuar, no era su mujer.

El a, su mujer, se encontraba allí, traicionándolo con ese hombre.

Y demoraba en partir; demoraba el momento de saldar deudas.

364

«¿Y qué estarán haciendo en este momento...?».

Solo con un gran esfuerzo lograba apartar esa pregunta de su mente, pero el a regresaba al poco tiempo.

Olvidado de que, en mayor o menor medida, siempre le habían ocurrido episodios de ansiedad poco antes de culminar la cacería, le dio por pensar que esta vez sentía un mayor desasosiego porque estaba envejeciendo. Volvía sobre el tema. No era raro: Desde las primeras canas la idea de la vejez se le había vuelto algo muy cercano a una fobia.

Se miró las manos y observó que temblaban, si bien casi imperceptiblemente. «Estoy demasiado tenso..., debo relajarme».

Se ordenó que debía controlarse; se estaba poniendo ansioso, y la ansiedad conduce a cometer errores.

No iba a cometerlos, porque los errores iban contra su personalidad. Se prometía que esta vez todo resultaría más grandioso que en cualquier cacería anterior. La dosis de placer sería tal que lo compensaría con creces por la agonía de tanta expectación.

«Nada demora tanto que no llegue», se dijo, tranquilizándose, cuando vio que la puerta se abría; su mujer asomaba primero, después el hombre, y se despedían en el umbral con un beso en la mejilla. El hombre, además, apoyó por unos segundos la cabeza en el pecho de ella.

Le agradó la atención que esta vez no partieran juntos. Le hubiera gustado saber la razón, pero aceptó que nunca es posible saberlo todo, y, en definitiva, tampoco valía la pena saber. «¿Qué más da?».

En cambio le causó rabia ese arrumaco desvergonzado de
el a, a la vista pública. Ya había sido demasiado que pasaran
horas encerrados; para colmo, aquel gesto, como si supiera

365

que la veía y lo provocara. También recibió la impresión, aunque a la distancia no pudiera tener la
certeza de que

fuera cierto, de que tenía el pelo recién lavado, «Servicio
completo», ironizó para sí mismo.

Casi no soportaba la sensación de cólera que lo embargaba,
el pecho se le agitaba por el deseo de correr a aplicar el
correctivo merecido, pero logró contenerse: «No vale la
pena», recapacitó, «Cada cosa en su momento».

No tenía derecho a pensar en nada que no fuera su
propósito inicial; debía cumplir su misión por encima de
todo. Nada debería impedirselo, ni siquiera su justa cólera
ante traición tan desvergonzada.

Ya llegaría el momento de ajustarle las cuentas también a

el a: Todavía no le llegaba su turno, pero llegaría. De momento debía olvidarla y concentrarse en
lo único importante, en los

pasos que venían a continuación para culminar la cacería.

Decidió esperar a que fuera un poco más tarde, para tener

la seguridad de entrar sin ser visto por alguien. Si el objetivo salía, que sería lo más conveniente,
lo esperaría dentro

todo el tiempo que fuera necesario; si demoraba mucho en

volver, igualmente lo esperaría, no se dejaría ganar por la

ansiedad o el cansancio: Ese era el día marcado para abatir

la pieza y no se permitiría dejarlo para otra oportunidad.

Necesitaba completar su acto ya, por él, por la parte de creatividad, casi artística, que implicaba la operación..., y por la bestia interior, que a duras penas lograba mantener a raya. Si demorara un día más, acaso no pudiera controlarla y se expondría al fracaso.

El hombre salió al cabo de pocos minutos, como había pensado.

366

«Mejor», pensó al verlo pasar la llave a la cerradura, «Lo que se cierra por fuera, por fuera se puede abrir».

Y él disponía de las herramientas para hacerlo.

Era el dueño de la situación.

«Hasta resultó demasiado fácil», comentó consigo mismo cuando, tras una breve manipulación, logró abrir la puerta y entrar. Había llevado pertrechos para un trabajo más complicado, pero ni siquiera había una cerradura que valiera la pena: O el dueño era muy descuidado, o era realmente tonto. «Así casi que ni da gusto entrar en una casa».

Claro, no iba a disgustarse porque las cosas resultaran

fáciles, pero por un instante recordó casi con nostalgia otras ocasiones en había necesitado emplear más a fondo sus

habilidades como cerrajero, un oficio que desde niño había

amado su atención y dominaba desde adolescente.

No había manera de adivinar de cuánto tiempo dispondría para prepararse para el ataque, pero no sería tan poco que no

le permitiera realizar un recorrido para ambientarse y escoger el mejor rincón donde ocultarse y desde donde actuar. El

apartamento era pequeño; por tanto, sus divisiones internas también lo eran, de modo que el recorrido, aunque en penumbras, no resultó difícil; ayudaba además el que todo estuviera ordenado, no se vio en la contingencia de tropezar con algún mueble mal situado. Consideró que una pieza habilitada como biblioteca o despacho podría ser el lugar más apropiado. Disponía de una mesa, encima de la cual se veían algunos cuadernos, un libro y lo que le pareció un álbum de

367

fotos, ambos con apariencia de ser viejos. Libro y álbum, si estaban allí, no sería por casualidad, se dijo, sino porque su dueño lo puso para mostrar algo que había en ellos. El libro

podría no resultar de interés, pero en un álbum uno guarda testimonio gráfico de personas y circunstancias. Y no había que ser un gran adivino para imaginar quién era una de las personas cuya imagen se guardaba en esas páginas, y por la cual el álbum se encontraba allí. Estuvo tentado de abrirlo y mirar en su interior, pero se contuvo: No podía tocar ningún objeto antes de concluir, no podía hacer nada que pudiera delatar su presencia y poner en guardia a la pieza a punto de llegar.

Ya habría tiempo de revisar todo cuando concluyera, lo suyo era actuar con calma y método.

En el despacho había, además de la silla que acompañaba a la mesa, un balancín antiguo, con escabel delante; a su

izquierda, una lámpara de pie: Se podría presumir, sin riesgo de equivocación, que el dueño de la casa acostumbraba sentarse allí a leer alguno de los múltiples libros que cubrían las paredes.

«Tal vez sea de esos que leen algunas páginas antes de irse a la cama», comentó el cazador consigo. Sería una coincidencia perfecta. Estudió varios posibles escenarios e imaginó cómo se desarrollaría la acción en cada uno: El dormitorio, la cocina... Pero el espacio ideal era el despacho, resultaba evidente. Y seguramente así sería, porque la suerte ayuda a los que se preparan bien para recibirla.

«Como yo».

Buscó la mejor manera de ocultarse y esperar.

368

«Qué raro, hubiera jurado que di las dos vueltas a la llave», se dijo Amigo al abrir la puerta de su apartamento,

«Debo tener más cuidado para la próxima... Aunque lo que debería hacer es cambiarla..., esta cerradura ya está vieja y poco segura; menos mal que el barrio es tranquilo, aquí nunca pasa nada». Encendió la luz de la sala y, siguiendo su costumbre, fue al baño a lavarse las manos. Siempre en penumbras, se sentó a evacuar la vejiga; hacía más de veinte años que había adoptado ese hábito, demoraba unos minutos más, y los aprovechaba para meditar. Se sentía fatigado, con los músculos algo tensos; seguramente al día siguiente le dolerían.

«Ya estoy viejo para esto», se dijo, pensando que había

exagerado al aplicar un masaje tan completo a su amiga, no solo por la edad, sino, sobre todo, por la falta de práctica, hacía mucho tiempo había dejado de realizar la secuencia completa de masajes por lo agotadora que resulta: Eso era trabajo para gente joven. «Pero realmente a él le hacía falta..., está tan tensa...; es una lástima que no pueda repetirlo durante algunas semanas... Dejaría de tomar esos medicamentos que para lo único que sirven es para destruirle el estómago».

Su cansancio tenía también otros motivos: Cuando despidió a su amiga fue casi corriendo a un grupo de Alcohólicos

Anónimos a quienes había prometido hablarles sobre algunas

técnicas de relajación que pudieran resultarles útiles. Entre la exposición y las preguntas que le hicieron consumió mucho

tiempo, y después los asistentes no lo dejaban ir. Mientras estuvo en acción no sintió el cansancio, pero al llegar a casa se dio cuenta de que estaba agotado.

369

Tuvo intención de pasar de inmediato al dormitorio, pero pensó que, por estar tan cansado, posiblemente no pudiera

dormir si antes no hacía algo para relajarse un poco. Decidió no alterar su ritual nocturno de siempre: Mejor primero leía un poco, mientras oía música suave, después haría ejercicios de relajación. Finalmente, a la cama.

Al día siguiente se levantaría tarde, no tenía compromisos temprano.

Se dirigió, pues, al despacho. Encendió la luz y tomó

un libro al azar de la extensa hilera de lecturas pendientes;

encendió también la lámpara de pie, se sentó en el balancín,

colocó los pies sobre el escabel y se echó hacia atrás. Acomodó el libro y se fijó en el título escogido: *Evangelios, encuentros y desencuentros*. No conocía nada de su autor ni de la obra, regalada hacía pocos días, ¿su lectura valdría la pena? En fin, si no leía no podría saberlo; si no le gustaba, con no abrirlo al día siguiente sería suficiente.

Era una novela histórica, y el tema le llamó la atención,

«Bartolomé de las Casas es uno de los personajes más interesante de la conquista de América», pensó. Observó que comenzaba con un fragmento de un poema de Neruda.

«Al menos es un buen inicio», se dijo sonriendo, aunque demasiado sabía que muchas veces los autores llenan sus obras de citas apenas para impresionar al lector, sin que el as tengan nada que ver con el contenido. «Pero no voy a prejuzgarlo».

Cuando menos serviría para alcanzar el sueño, siempre sería una utilidad para una novela.

De repente tuvo la sensación de que no se encontraba solo.

Después de la muerte de su pareja le había sucedido muchas veces sentir que él se encontraba todavía en casa —

370

en el fondo, esa fue una de las razones por las cuales había decidido regresar a su país y a su ciudad—; no oía su voz, no

lo veía, pero casi palpaba su presencia. Llegaba a imaginar que podría tocarlo. «Es su energía, que todavía habita la casa», se decía cuando le ocurría. Pero en el apartamento al cual se

había mudado, tan distante, Él nunca había estado; por tanto,

no había dejado parte de él impregnado en las paredes, como

afirmaba Vallejo que sucede en el lugar donde uno vive, y no había razón para que lo sintiera presente. Además, aquel a presencia invisible le traía nostalgia, añoranza, hasta dolor por lo perdido, pero también lo llenaba de paz interior.

Nunca le produjo desasosiego sentirlo después de estar ausente, apenas una especie de tristeza dulce. No podía ser de otro modo, porque en vida se habían llenado de amor.

En cambio, esta sensación repentina le producía una zozobra inexplicable. Y algo más...

Por un instante tuvo también la sensación de que los espacios a su alrededor se llenaban de una atmósfera asfixiante, hostil. Era como un sentimiento que se adueñaba de todo. Podía respirarlo, olerlo.

Sí, algo allí olía a..., ¿qué?...

«¿A odio?».

Eso era: Repentinamente, el ambiente se había llenado de odio. ¿Cómo había sido posible?

Creyó oír a sus espaldas como un desplazamiento del aire, como un levísimo sonido, casi inaudible, que quizás por eso mismo lo sobrecogió.

Instintivamente, se volvió para mirar.

Le pareció ver detrás de sí una figura masculina que, desde su posición sentada, se mostraba inmensa. No tuvo tiempo de comprobarlo, ni de saber si era real o imaginaria,

ni siquiera de asustarse. Solo de adivinar lo que sucedería de inmediato. O ni siquiera le alcanzó para tanto.

Sintió, eso sí, que un objeto duro golpeaba contra su cabeza;

al unísono, recibió el ruido del golpe y la impresión de que al á arriba, y dentro de él, algo se quebraba irremediabilmente. Lo ganó un dolor agudísimo, como si le clavaran un gigantesco

alfiler en la cabeza, que le atravesaba el cerebro y continuaba avanzando hacia abajo, como buscando la garganta.

Se le aflojó todo el cuerpo y se desplomó hacia adelante,

aunque no llegó a caer del balancín.

Aún le alcanzó la lucidez para percibir un segundo golpe,

ya sin dolor, ya sin otra sensación. Ya sin mente.

El cazador de aves y pequeñas alimañas levanta en la mano

sus trofeos y posa para las cámaras, orgulloso de su ínfima

victoria; otros que, como él, se dedican a la caza mayor, posan con un pie encima del animal derribado, para expresar su

superioridad sobre la pieza, y exhiben en las manos el arma

con que lo abatieron, como símbolo de su poderío. Mucha

gente famosa exhibe en sus salones esos testimonios gráficos

de su pasatiempo, que dejan admirados a quienes los

observan. Él no era inferior a nadie, sus hazañas venatorias

en nada desmerecían —todo lo contrario, si se analizaba con

justicia— de las de otros que aparecen en revistas y libros;

resultaba inicuo que él no pudiera eternizar, como ellos, ese

instante de suprema realización en que uno se siente señor

de la vida y de la muerte.

¿Y por qué no podía, como los demás, colgar la foto que

inmortalizara ese instante? ¿O colgar la cabeza de la pieza

como trofeo en la sala de su casa?

372

Vistas las cosas con imparcialidad, ellos, al igual que él, mataban por el placer de matar, ¿cuál era la diferencia?

Él hubiera deseado no solo fotografiar, sino también filmar, realizar un documental sobre sí mismo donde quedara inmortalizada su obra. Mejor sería decir: La tragedia que había escrito para su propio disfrute, con él como protagonista y espectador.

El animal abatido había quedado desplomado sobre sí mismo, muerto aunque aún con un resto de convulsiones,

pero no había caído al suelo: Permanecía en el asiento. En esas condiciones, el cazador no podía dar por completado su trabajo, no había posibilidad, en esa posición, de tomarse la foto. Movi6 el balancín hacia adelante con fuerza, para que la pieza cayera al piso; era totalmente necesario ese cambio para grabarse su rostro en la mente y, sobre todo, para ejecutar el último movimiento

del ritual que señalaba la culminación exitosa del plan de caza propuesto: Como tantos que había visto retratados en las revistas, debía poner el pie derecho sobre su víctima y posar para aquel a foto que nadie le tomaría, pero que durante unos segundos él

recrearía en su mente.

La foto que luego almacenaría en su memoria.

El cuerpo rodó y quedó encogido en el piso. La sangre continuaba manando en abundancia de la herida. Puso el pie en la cara de la pieza y levantó en la mano derecha, en gesto victorioso, su vieja llave Stil son, que una vez más le había servido para realizar el momento cumbre de la cacería; por un instante se vio a sí mismo en la pose gloriosa, la

foto colgada en la pared de la sala, y el pecho se le llenó de orgullo. Si, por injusticias del mundo, no podía ocurrir en

la realidad, en su imaginación completó la escena, sintió los *flashes* de las cámaras, hasta pestañeó por las luces.

373

Para disfrutar más el momento dio rienda suelta a la memoria y, en un instante, cruzaron por su cerebro imágenes

similares captadas por la cámara de su fantasía, algunas ya amarillentas, como si hojeara las páginas de un viejo álbum.

Era un cazador con varias piezas abatidas, no era un novato. Si lo permitieran, él también podría llenar con sus cabezas las paredes. Un muestrario más valioso que ninguno, porque eran ejemplares de una especie siempre en veda, lo cual hacía que su caza fuera más emocionante.

Apretando con el pie el cuerpo sangrante, comenzó a sentir que, partiendo de la sangre que manchaba sus zapatos,

un ligero estremecimiento le subía por las piernas, se juntaba en el pubis, se esparcía por las entrañas, le henchía el pecho, le alcanzaba la cabeza y le producía un ligero vahído y una

sensación de calor. No era la primera vez que le ocurría:

Sabía lo que venía a continuación y lo esperaba. El cazador cuidadoso y metódico había completado su parte en el trabajo, había posado y se había hecho la foto que inmortalizaría su hazaña. Ahora llegaba el momento en que debía ceder su lugar a la bestia que tanto había pugnado por pasar a primer lugar y él había logrado contener en lo profundo de su espíritu. A partir de ahora, por unos minutos su conciencia no tendría dominio sobre lo que hiciera su cuerpo, aunque le quedaría, al final, la memoria física de lo hecho durante la inconsciencia, un recuerdo corporal

que no lo abandonaría

durante semanas y durante semanas disfrutaría.

Se inclinó lentamente sobre la pieza aún sangrante, mientras sentía cómo su cuerpo era invadido por ese otro yo que, siendo él, no lo era del todo y no le pertenecía, que tenía una vida propia necesitada de manifestarse cada cierto tiempo.

374

Era el momento de permitírselo.

Se dejó ir.

Llegado al clímax del éxtasis, se sintió convertido en dos, primero, y después en uno que ya no era él, sino otro, apropiado de su cuerpo para actuar, con sus miembros y sus sentidos, mientras él permanecía en un rincón oscuro de su propia conciencia, espectador complacido por la actuación del otro. El otro se acercó más a la víctima, hasta casi rozarle el cuerpo con el rostro.

La sangre de la pieza abatida emana un olor peculiar, el de la vida vencida a destiempo por la muerte. Una persona corriente no lo percibe, el propio cazador, en estado consciente, acaso tampoco podría, pero el otro sí.

Mas no acercaba la nariz apenas para disfrutar el placer de los sentidos: Olía porque el perfume de la sangre moribunda lo llevaba a alcanzar su plenitud de bestia.

Aquel a sangre no le era suficiente; debía buscar donde hubiera más, mientras todavía pudiera manar. Se sentó sobre el cadáver, llevó la mano al bolsillo posterior del

pantalón y de allí extrajo un punzón largo y afilado. Lo clavó, ansioso, una, dos, tres, muchas veces en el pecho que ya no

respiraba y en el cuello, buscando liberarle el camino al líquido que deseaba ver salir por todas partes. Golpeó cada vez más rápido, más rápido y más fuerte, en una gradación ascendente de su exaltación, hasta llegar el paroxismo.

Se detuvo repentinamente, consumidas las fuerzas. Debió descansar unos segundos, casi echado por completo encima de la pieza, sin que le importara manchar su ropa de la sangre ya casi coagulada por completo. Recuperadas las fuerzas, se levantó, todavía jadeante.

Permaneció por unos instantes parado, un pie a cada lado

375

de la víctima, reponiéndose del esfuerzo y sintiendo cómo, satisfecha, la bestia que había liberado regresaba despacio a

escondarse en su rincón.

Se percató de que el cansancio que sentía era exagerado.

Siempre terminaba cansado, desde luego, ello no era nada nuevo, pero nunca hasta ese extremo: Los brazos le pesaban, tenía contraídas las piernas, le costaba coordinar los movimientos.

¿Sería por la falta de práctica? Sí era eso, había estado inactivo demasiado tiempo.

«¿Serán los años?». Volvía al mismo tema. No quería ser viejo. «¿Acaso alguien quiere?». No lo aceptaba y le costaba admitir que envejecía, pero comprendía que ya no era el mismo de otras ocasiones, «Ya no soy el de antes..., me

canso», admitió.

Y si fuera así, si había alcanzado una edad en que el esfuerzo físico se le hacía demasiado difícil de realizar. ¿Tendría que parar? ¿Llegaría el día en que no pudiera satisfacer a la bestia?

Inadmisible. La bestia exigía lo suyo.

Y él no estaba viejo. Al menos, no tanto. Ahora mismo

algo se mantenía igual de exuberante en su interior y le

advertía que no se preocupara, que todo marchaba bien. Era

aquel a irritación en el pubis, molesta y a la vez gratificante, propia del jovencito que se ha excitado durante mucho rato

y todavía no ha encontrado dónde desahogarse. Estaba

presente, la sentía en toda su plenitud. Llevó la mano

derecha hasta la entrepierna y acarició satisfecho el órgano

ligeramente entumecido. Se había preocupado sin razón:

«Sigo siendo el de siempre...».

Recordó la primera vez que salió de cacería y permitió a la

bestia liberarse de su encierro, cuando descubrió que el olor

376

de la sangre que manaba de la víctima excitaba sus genitales más que la sensualidad de una hembra. Era joven todavía y

llevaba algunos días sin practicar el sexo; acaso por eso, en

una contracción involuntaria, se le derramaron unas gotas de semen en el pantalón.

Nunca más disfrutó el placer de aquel delicioso susto, pero el mismo conato de erección —unas veces más intenso, otras menos, pero siempre sostenido— se le manifestaba en el órgano cada vez que el olor de la sangre penetraba las narices de la bestia.

Agotado pero feliz consigo mismo, volvía a ser él.

Otra vez era el dueño de su pensamiento y su voluntad; el

otro, la bestia atávica, regresaba a su sitio a esperar el tiempo de una nueva orgía, cuando fuera. El cazador metódico

tomaba el mando. Había llegado el momento de completar la tarea y revisar que no quedara el menor indicio de quién había estado en ese lugar. La secuencia de pasos planeada se había ejecutado con total precisión; correspondía ahora

garantizar la aplicación del último requisito del buen cazador furtivo: No dejar rastro que pueda convertirlo en la pieza de

otros cazadores.

Antes de moverse del lugar, miró cuidadosamente

alrededor, para estudiar cómo dirigir sus movimientos. Se

sacó los zapatos y se alejó descalzo del cuerpo de la víctima, cuidando de no poner los pies encima de alguno de los

abundantes charcos de sangre. Con lo gruesas que eran sus medias, difícilmente dejaría marcas, pensó, de manera que

no habría dificultad por esa parte. Fue hasta el dormitorio y

sacó de debajo de la cama la mochila. Se dirigió al baño, se

lavó la cara sin quitarse los guantes, se secó con una toalla que extrajo de la mochila, se cambió de ropa y se puso otros

377

zapatos. Mudó también de guantes. Guardó todo en una bolsa y la colocó, a su vez, en la mochila.

Todo ordenado, todo con calma.

«Ahora vamos a ver qué nos encontramos por aquí»,

se dijo, y comenzó a revisar cada uno de los lugares de la

casa donde supuso que podría haber algo que de algún

modo condujera hasta él. No encontró nada en las gavetas

de dormitorio, cocina y baño. Miró con atención, aunque

apenas veía, las escasas fotos colgadas en las paredes del

dormitorio, y una idea le cruzó por la mente: «¿Será que este

tipo era gay?... No puedo creerlo».

Era lo último que le faltaba, que su mujer lo engañara con

un marica. Las fotos le decían que sí, que debía creerlo. Sintió a su otro revolverse en su interior.

Se dirigió al despacho,

lleno de ira, pero tratando de aplacarse para no incurrir en

ningún descuido. De cualquier forma, le asestó dos patadas

a la pieza abatida al pasar junto a ella, y con ese recurso logró serenarse; eso sí, pateó por las piernas para no mancharse,

que la bestia se contentara con eso: Aunque estaba furioso,

de nuevo era él quien comandaba las operaciones. Calmado

al fin, continuó el registro. Revisó los álbumes y los libros que estaban en el despacho y el libro que la víctima había estado

leyendo, no vio nada que le llamara la atención. La mesa la

dejó para el final, con toda intención: Como era posible que

allí encontrara algo valioso, no quería que el entusiasmo por encontrarlo le impidiera mirar bien en otros rincones. En definitiva, si encima de la mesa había algo importante, que lo viera antes o después no alteraría el resultado.

El libro era de poemas, según vio en las primeras páginas.

«Era de esperar», se dijo, «Estos maricas se la pasan leyendo poemitas»; buscó una posible dedicatoria, pero no la

378

encontró en ninguna de las páginas iniciales, y lo puso a un lado sin mucho pensar. El álbum, en cambio, le otorgó el

premio que esperaba. En primer lugar, sueltas, había tres fotos viejas, de por lo menos cuarenta años. En las tres aparecía

su mujer. Las tomó y las guardó: «Esto llevaría derecho a mí». Además de estar sueltas en cualquier parte de un álbum que se veía trabajado con esmero, le pareció recordar que, cuando menos, había visto una de ellas en alguna ocasión, lo cual muy bien podía significar —a decir verdad, no tenía duda alguna de que así era— que su mujer las había traído por alguna razón, probablemente la pieza abatida era algún

viejo colega de él, o algún novio de su etapa de estudiante, y se mostraron fotos para recordar tiempos pasados.

«A saber cómo recordaron», se dijo con rabia doble: «Ni siquiera me traicionó con un hombre».

Eso último era un ultraje, y grave; no podría dejarlo sin castigo. Lo ejecutaría pronto, se prometió, quizás ese mismo día.

Revisó con sumo detenimiento el álbum y, como había imaginado, encontró varias fotos, más o menos de la misma época que las tres sueltas en que aparecía su mujer. Arrancó las hojas sin mucho pensar.

Con seguridad los investigadores iban a suponer que en las páginas arrancadas había fotos que pudieran conducir hasta él, pero con eso no tendrían nada en la mano. Con las fotos sí, y mucho.

Cuando entendió que no dejaba detrás nada que lo incriminara, que, salvo las huellas de los zapatos a ambos lados de la pieza, no había la menor marca que pudiera convertirse en un indicio conducente a él, tomó la mochila y comprobó por última vez que dentro se encontraba todo

379

lo que había traído. Observó por una ventana que no pasaba nadie por la calle, abrió la puerta y se marchó. Había dejado

intencionalmente encendida la luz de la lámpara de pie en el despacho, para que, si alguien pasaba, pensara que el dueño de la casa se encontraba leyendo hasta altas horas de la noche.

Caminó bastante, hasta llegar a su auto. Por el camino fue dejando, en depósitos alejados unos de otros, la ropa, los zapatos y los guantes que había usado. Las armas las guardaba en periódicos. No tenía ninguna intención de desprenderse de ellas, que tan buen resultado le habían aportado siempre. En cualquier momento podría volver a utilizarlas.

Cuando encendió el motor tuvo el primer pensamiento sobre lo que había ocurrido esa noche.

«Pensándolo bien, hasta resultó demasiado fácil».

Demasiado fácil, cierto, pero también demasiado difícil, por la fuerza que se vio obligado a hacer contra sí mismo para contener la rabia. «¡Un tipo como ese...! Ni siquiera era un hombre...». A pesar de haber concluido la faena, no lograba apagar del todo el volcán que intentaba entrar en erupción cada vez que recordaba lo que había visto en el apartamento de la pieza abatida. «¿Cómo es posible que eso haya pretendido quitarme a mi mujer?».

Que se le hubiera atravesado en el camino era grave atrevimiento y pensarlo lo llevaba a breves pero repetidos accesos de cólera. Pero lo peor de todo era la pregunta que no podía responderse:

¿El a se habría acostado con eso?

¿Su mujer lo había engañado con un *gay*..., no le interesó que no fuera un hombre?

380

Por otra parte, mientras conducía lo agujoneaba la irritación en el pubis, acaso por la posición de sentado. En

ocasiones anteriores, después de la cacería salía en busca de alguna prostituta —si no tenía alguna amante disponible—, estaba con el a hasta que se le saciara el ardor genital, y solo después regresaba a casa. Se había convertido en un hábito, pero quince años atrás, precisamente cuando cazó al profesor, le había ocurrido algo que lo impresionó al punto

de pensar en no volver más con prostitutas.

Sin ser de lujo, no era un mal prostíbulo. Diríase que tenía cierto empaque; la mujer que lo atendió era algo madura y, aunque todavía hermosa, estaba en vías de dejar de serlo.

Así las prefería él, no solo porque eran más experimentadas, sino también porque, por estar ya en el ocaso, solían ser más complacientes, y algunas hasta llegaban a ser maternas en el trato. Al apoyar la cara en los pechos voluminosos que se

le ofrecieron, por un instante se trasladó a la lejana infancia y evocó a su madre. Como otras veces.

Una rara sensación de deseo y cansancio combinados comenzó a embargarlo.

Cerró los ojos y se dejó estar...

De súbito, la mujer le empujó la cabeza y se separó de un tirón.

«¿De dónde vienes tú?», preguntó asustada.

Lo miró con los ojos muy abiertos, que expresaban un miedo intenso:

«No me digas nada..., no me interesa..., no quiero saber, no quiero saber... Pero tú hueles a muerte... Tú hueles a muerte...».

381

Tomó sus ropas y le lanzó las de él. Le devolvió el dinero:

«Toma, toma tu dinero, no lo quiero... Tú llevas la muerte contigo... Vete, por favor, no puedo hacer nada contigo..., aléjate...».

Mientras hablaba, se persignaba frenéticamente y lo miraba con los ojos muy abiertos, casi sin pestañear, como si frente a él se encontrara el mismísimo Lucifer.

Podía haberse ido con otra, podría, acaso, tomar un baño y perfumarse. Quizás le había quedado algo de sangre encima y ese era el olor que la mujer sentía, pero quedó tan impresionado con la expresión aterrorizada, los gestos y las palabras de la mujer, que se vistió y salió a toda prisa.

Aquel a noche, su mujer, a quien hacía mucho tiempo no tocaba más que una vez al mes, recibió un sorpresivo, violento y afanoso ataque de su marido que la dejó bastante lastimada. Se agitó y gimió encima de él como nunca había hecho y quedó dormido sin antes asearse, por única vez en la vida.

¿Y qué podría hacer esta vez? ¿Rompería el maleficio, se iría a un prostíbulo y se pasaría dos días de una en otra hasta que se le calmara la desazón que no lo dejaba disfrutar de la hazaña recién concluida? Era la resaca, la conocía, y debía aplicar el único remedio existente.

«Al diablo con aquel a puta», se dijo, recordando la anécdota; se iría con alguna y estaría con él hasta que se le pasara. Pero no se decidió; debía admitirlo: No se atrevía a hacerlo. Si en aquella oportunidad la mujer le sintió la muerte que llevaba encima, ¿cómo sería esta vez, cuando él ni siquiera estaba seguro de cuánto había hecho la bestia mientras le cedió su sitio? Ninguna pieza anterior había

sido tan apuñaleada, nunca antes la sangre había corrido

382

tanto. Esta vez no podría desahogarse con nadie, ni siquiera acercarse a nadie, su olor a muerte debía de ser mucho mayor.

¿Iría con su mujer, entonces? ¿Y por qué no? Lo que el a pensara o sintiera no le interesaba para nada, que se asustara si quería, él no le haría caso.

Iría por el a, la tomaría y solo la dejaría cuando lograra sentirse en paz consigo mismo.

En definitiva, tenía el derecho de hacer eso y mucho más, cuanto se le antojara.

Para eso era su mujer. Y él su marido.

Solo que...

Una idea le causaba un desasosiego casi doloroso: ¿Hacerlo con el a, restregar su cuerpo con el de el a, que quizás se había pasado la tarde revolcándose con aquel marica de mierda?

Que quizás todavía se estaba relamiendo por lo que hizo..., que quizás todavía olía a él.

No, no podría hacerlo, equivaldría a disminuirse como hombre.

De todos modos, condujo hasta su casa, acaso por inercia. Ya pensaría al llegar lo que haría. Por lo pronto, debía ocuparse de algo que estaba pendiente: Cobrar por la traición de ese día.

Era tarde cuando llegó a la casa. La mujer ya dormía. Era de suponer que, dado lo avanzado de la hora, no estuviera despierta, pero el hecho de encontrarla tan confiada y

reposada se presentó a sus ojos como una incongruencia tan grande con el estado de agitación en que él se encontraba, que se le antojó una agresión adicional. Y con seguridad lo era: El a, con esa expresión de placidez en el rostro dormido, 383

parecía estar ufanándose de haberlo traicionado y no temer al castigo. Mirándola a la luz de la lamparita de noche, se le antojó que de repente sonreía y hacía pequeños gestos de placer. ¿Soñaría con lo que le había hecho el otro?

No podía permitir eso. Encendió la luz principal del dormitorio, hizo ruido, habló alto para despertarla.

«¿Qué hora es?», preguntó el a, semidormida, la vista ofuscada por la repentina iluminación. No tenía noción de la hora ni del día, pero se daba cuenta de que era muy avanzada la noche, ¿cómo se habría encendido esa lámpara del techo? Al verlo de pie, casi a su lado, se sorprendió; se sentó sobre la almohada, encogió las piernas y rodeó las rodillas con los brazos. Todavía pestañando, alcanzó a verle algo en el rostro que la aterrorizó. No era la primera vez, pero hacía algún tiempo que no le veía esa expresión que se le antojaba diabólica; su mirada reflejaba un odio más allá de toda medida.

Hasta la voz le pareció más ronca de lo habitual en los últimos años.

«No me esperabas, ¿verdad? Claro, pensabas que ibas a seguir con la diversión... Pero, ya ves, se te acabó».

Cierto, no lo esperaba; aunque en no pocas ocasiones había regresado a casa de manera imprevista, esta vez el a

había querido creer que demoraría al menos un día más en volver. Pero lo tenía enfrente, con ese aspecto de quien viene dispuesto a lastimar a alguien. Alguien que solo podía ser el a misma.

«Déjame dormir, por favor», suplicó, sin encontrar qué decir. Ciertamente, se le había escapado el sueño, pero, ¿en qué otro argumento encontrar refugio? Acaso dejara para la mañana siguiente cualquier cosa que quisiera decirle,

384

una retahíla de ofensas por algún motivo imaginado por él. ¿Cuál motivo? No podía tener ninguno: Llegó sin anunciar, antes de tiempo, y la había encontrado en casa, durmiendo en su cama, de qué podría acusarla. A no ser que...

La pregunta que le recorrió la mente terminó de despertarla por completo. ¿Sería que no había ido a ningún lugar en esos días, que en realidad no tenía ningún negocio que atender y había hecho un montaje para vigilarla con más libertad? Si la vigilaba, era porque sospechaba... Y si sospechaba, si la vigilaba..., ¿habría visto cuando el a...?

«De ninguna manera, eso no es posible...», quiso tranquilizarse, ¿por qué tenía que pensar en lo peor?

Simplemente, algo le había salido mal y había regresado antes de lo que pensaba. Eso mismo era, claro, estaba furioso porque algo le había salido mal; la tomaría con el a, como de costumbre, pero el disgusto no era por culpa de el a.

Solo debía permanecer en silencio y oírlo desahogarse. Ya

se le pasaría.

Solo fracciones de segundos consumió en tales pensamientos. No tuvo tiempo de continuar haciéndose preguntas. Y menos, desde luego, de elaborar alguna respuesta. Tampoco llegó a esbozar algún gesto de defensa contra el castigo que, debió adivinarlo, vendría a continuación. Aquel as palabras, aquel tono y aquellos gestos airados no podrían quedar por ahí. ¿Qué esperaba? Ya hasta había demorado demasiado.

Cerró los ojos instintivamente al verlo ir contra el a.

Imaginó el golpe que recibiría.

Se equivocó, no la golpeó. Tenía algo más urgente que hacer.

Sin quitarse la ropa, apenas soltando el cinto del pantalón y abriendo la bragueta con movimientos torpes, se le echó

385

encima, sin decir palabra, emitiendo bufidos de rabia; la forzó a acostarse sobre la espalda y le rasgó la ropa de

dormir, hasta dejarla totalmente desnuda. El a forcejeó un tanto, por más que sabía que era inútil la resistencia: Él le había demostrado en demasiadas ocasiones quién era el más fuerte, y sabía que mejor era no oponer resistencia. Con brusquedad, arañándole intencionalmente los muslos como para hacerla sangrar, le separó las piernas y, soltando un rugido, la penetró de una vez.

El a sintió como si un puñal le atravesara la vagina.

Agarrándola con ferocidad por los hombros, sacudiéndola

como si intentara romper una muñeca de trapo con las manos, durante unos pocos minutos él entró en el a y volvió a salir repetidas veces, con ansiedad y como si, en efecto, la estuviera apuñalando; de repente, se agitó, se echó violentamente hacia atrás y, con un estremecimiento de todo el cuerpo y emitiendo un nuevo rugido, se derramó dentro y fuera de el a.

Todavía le sacudió los hombros un poco más, y enseguida se puso a un lado, resoplando.

No jadeaba de placer, sino recuperaba el aliento perdido por la violencia con que se había movido.

Mientras el a sollozaba en voz queda por el dolor, desgarrada la vagina, contraídos los músculos y sintiendo el ardor de los rasguños en varias partes del cuerpo, él se levantó en silencio y fue a ducharse.

«Mañana hablamos», fue lo único que expresó.

En cierto sentido, se sentía reconfortado. Si bien no estaban compensados el deber y el haber en relación con el a, había logrado resolver de la mejor manera la disyuntiva que se le había planteado poco antes, y eso lo satisfacía: Había saciado 386

la incontrolable hambre de sexo que le despertó la cacería de esa noche, y al hacerlo su condición masculina no había

quedado disminuida. Por el contrario, había dejado bien en claro que era un hombre al que había que respetar y temer.

Con él no se jugaba.

Encogida y envuelta por completo en una sábana, ocupando un espacio mínimo en la cama, el a oyó el demorado ruido

en la ducha y después sintió cuando él regresó y se acostó en el otro extremo. No tenía que verlo para saber que estaba desnudo, ostentando su cuerpo, como siempre que la poseía. Olvidado de que ya no era un cuerpo que tuviera mucho que mostrar, pero satisfecho de haber ejercido el dominio sobre el de el a.

De haber demostrado su superioridad.

Avanzada la madrugada, casi al amanecer y sin haber dormido, el a se levantó para asearse. Antes no había tenido fuerzas para hacerlo, y había temido que él se despertara, a saber qué otra cosa se le ocurriría.

Se sentía aterrorizada.

Se metió en la ducha; el agua tibia sobre la piel llena de rasguños le pareció un baño de fuego; debió salir de inmediato. Echó a llorar, sin ruido: Tampoco sabía hacerlo de otra manera.

Ya no volvió a la cama. Ni lloró más. Se sentía vacía de sensaciones, de pensamientos, de vida. De repente se había convertido en un objeto inanimado, que se movía por inercia, que andaba, pero no era capaz de un único pensamiento.

Había muerto, aunque continuara respirando. Tratando de no hacer ruido, regresó al cuarto, buscó otra ropa de dormir y se vistió, se acomodó en un balancín y dormitó lo que restaba de la noche.

Se despertó temprano, como tenía por costumbre. Por unos minutos no se dio cuenta de por qué no se encontraba

en la cama. El dolor en todos los músculos al intentar levantarse del balancín, aún con la mente obnubilada, la hizo despertar del todo. Debió sentarse de nuevo, presa de intensos temblores. Le resultaba imposible determinar si eran debidos a la posición incómoda en que durmió, a la violencia ejercida sobre él, o al temor a lo que podría suceder a continuación.

No era la primera vez que él la tomaba por la fuerza, bien lo sabía, pero no podría afirmarse que fuera su costumbre; de hecho, hacía bastante tiempo que ni se volvía hacia él en la cama. De cualquier modo, nunca había sido tan violento

como en esta ocasión. Algo tenía que haber ocurrido, algo especial que lo había llevado a ese estado casi de locura, que la hizo temer que intentaba matarla, más que poseerla.

Recordó sus palabras, pensabas que iba a seguir la diversión, pero no encontró en él nada de especial, eran más o menos lo mismo que siempre decía cuando regresaba de pasar algunos días fuera de casa.

¿Por qué le parecía que esta vez el tono era diferente, más cargado de amenazas? ¿Por qué esa forma de agresión, como si le cobrara la cuenta por algo malo que le hubiera hecho él?

No encontraba respuesta dentro de sí. Mas eso no era lo peor, estaba acostumbrada a no tener respuestas a casi nada

en su vida. Lo peor era que estaba convencida de que se enteraría de lo que fuera cuando él despertara.

Y no sería nada agradable para el a.

Preparaba el desayuno cuando él apareció en el comedor, vestido como para salir. Llevaba en la mano izquierda algo que no identificó de inmediato, parecido a un montón de papeles viejos. En la derecha, en cambio, un objeto que conocía bien, aunque hacía algún tiempo que no lo utilizaba: un tubo de goma.

¿Al menos le diría por qué pensaba castigarla?

«¡Mira lo que tengo aquí!», ordenó él, perentorio, lanzando sobre la mesa del comedor los supuestos papeles viejos.

El a no comprendió la orden.

«¡Vamos! ¡Ven y mira!, ¿qué estás esperando?».

Presa de un vahído, debió apoyarse en la mesa cuando sus

ojos se encontraron con lo que el hombre le exigía mirar: tres fotos sueltas y varias hojas evidentemente arrancadas de un

álbum. Un temblor incontenible le recorrió el cuerpo y las rodillas se le doblaron. Quedó por unos instantes con la boca entreabierta, sin saber qué decir, mirando fijamente hacia él, pero sin verlo, momentáneamente perdida la conciencia, como hipnotizada.

Aterrorizada.

«¿Pensaste que no iba a enterarme?... Pues ya lo ves, lo sé todo... Él mismo me las dio... ¡míralas!».

El a seguía sin hacer ni decir nada, solo temblando. Y no

se atrevía a mirar. ¿Cómo tenía esas fotos, de dónde la tomó?

¿Que él se las dio?

Eso no podía ser cierto.

«Es mentira...», se le escapó.

389

No había querido decirlo, no quería ni podía decir nada.

Pero tenía que ser mentira.

Él dijo algo, pero ella no entendía las palabras, solo el mensaje de que algo terrible estaba por suceder. O había sucedido ya.

Su mente se negaba a aceptar lo que veía y lo que oía. Todo era mentira, esas fotos no estaban sobre la mesa, no podían estar

de ninguna manera sobre la mesa mirándola y acusándola de

crímenes horribles; ese hombre que hablaba no era su marido,

ni estaba diciendo nada de lo que le oía decir; ni siquiera era cierto que ella estuviera ahí en ese momento o que alguna vez

hubiera sido su mujer.

O que hubiera existido, simplemente.

«Es mentira», repitió, más bajo, sin saber a derechas a qué se refería ella misma.

«¡Yo no soy ningún mentiroso!», gritó él, al momento de asestarle una bofetada. «Aquí la única mentirosa eres tú...

Mentirosa y puta, como todas las mujeres».

El golpe le movió la cara y la hizo tambalearse; solo no fue al piso porque estaba agarrada de la mesa, tratando de sobreponerse a los temblores.

«Lo único que me faltaba..., que mi mujer me engañara con

un tipo que ni siquiera es hombre..., un tipo que se acuesta con machos».

Que no le inventara ninguna historia, la había visto entrar en su casa más de una vez, la había visto demorarse dentro, la había visto salir tarde, hasta bañada. «¿Me lo vas a negar?».

Él sabía que no era la primera vez que el a se aprovechaba de alguna ausencia suya para salir a divertirse, pero en esta había ido demasiado lejos, ¡engañarlo nada menos con un homosexual! ¡Qué se había pensado el a! Jamás se lo perdonaría... Que ni lo imaginara siquiera.

390

Cuando terminara con el a no iban a quedarle ganas de mirar a ningún hombre..., mucho menos de pretender jugar

con él.

«Le di un susto que se orinó de miedo... ¿Ya ves?, solo me le aparecí en la casa y lo sacudí un poco... No se había imaginado con quién se estaba metiendo... Lloraba de miedo... Y lo obligué a darme esas fotos..., ¿te digo cómo fue? No vale la pena... A estas horas seguro que está bien lejos... Se fue..., se fue bien lejos..., por lo menos ya anda por China...».

Mientras hablaba, se daba golpecitos en una pierna con el tubo de goma, cada vez más rápido, más rápido, siguiendo

el ritmo de su agitación interior. El a permanecía en silencio, solo mirándolo, tratando de descifrar no el significado de las palabras que profería, sino lo que se escondía detrás de el as.

«¡En China por lo menos!», repitió, casi gritando, y

comenzó a reír.

Era una risa nerviosa, estridente, que sobrecogía. De

repente se detuvo, la miró fijamente, los ojos enrojecidos, y le asestó un golpe en el costado izquierdo con el tubo de goma.

El a dio un grito por el dolor y por la sorpresa y giró sobre sí misma, casi perdido el equilibrio por la fuerza del ataque.

Un segundo golpe, que la alcanzó en el omóplato derecho, terminó de desequilibrarla; agitando los brazos, intentó sostenerse en pie, pero no pudo y fue de encuentro contra el borde de la mesa; intentó detener la caída apoyándose en el a, pero solo consiguió derribar lo que tenía encima. Al dar contra el suelo, un fragmento de vidrio le provocó una herida en la cara.

Temblando de dolor y miedo, fue incorporándose poco a poco, rogándole que no la golpeará más, que ya tenía

391

suficiente, que la perdonara. Sin embargo, al darse cuenta de que sangraba del rostro, sintió de repente un acceso de

furia y se lanzó contra él, gritándole insultos y tratando de alcanzarlo con algún manotazo.

Al ver la reacción inesperada de el a, él le lanzó un puñetazo en pleno rostro que le rompió la nariz y la envió nuevamente

contra el suelo. Frenético, le lanzó algunos golpes con el tubo, por cualquier parte, pero dejó de hacerlo para comenzar a

patearla, cada vez con más rabia, mientras emitía sonidos

ininteligibles. Golpeó hasta sentir que disminuía su furia,

sin darse cuenta de que el a ya no se quejaba por el dolor, ni siquiera rehuía los golpes.

Jadeante, sudoroso, la vio por primera vez; hasta entonces

solo veía algo que tenía que golpear, romper, destrozar.

Ahora veía en el piso una mujer manchada de sangre por

todas partes, inmóvil, que parecía no respirar siquiera, acaso muerta. Con un gesto de asco, la tomó por los brazos y la

sacudió violentamente de un lado a otro, pero no observó

que reaccionara. La tomó por las axilas, la levantó y la colocó sobre una silla de forma que no se fuera contra el piso.

Buscó un poco de agua fría y se lo lanzó a la cara. Aunque

inconsciente, ella hizo un gesto que indicaba que no estaba

muerta.

Al menos, no sería un problema que tuviera que resolver

por el momento, se dijo él.

Fue al baño, buscó una toalla, regresó y, viéndola con los

ojos abiertos, aunque inmóvil y en silencio, comentó:

«Mira lo que te hiciste por estúpida»; enseguida, con

gesto despectivo, le lanzó la toalla y le ordenó: «Límpiate esa mierda ahí y recoge todo este desorden, que vengo pronto».

392

Salió a dar un paseo. Tenía que tomar un poco de aire fresco, el ambiente de la casa lo sofocaba.

Ella, que todavía no estaba consciente del todo, oyó

las palabras del hombre como venidas de muy lejos, sin

identificar qué decían ni quién las pronunciaba. Durante

unos minutos luchó por volver en sí, hasta que, agotada,

adormeció.

Cuando despertó, con dolores en todas partes, intentó

recordar lo sucedido. Guardaba memoria de un golpe violento en la cara, la sensación de que caía al vacío, y a continuación una total oscuridad que la rodeaba. Recordaba que distintas

partes de su cuerpo recibían golpes que la estremecían, pero sin dolor, como si hubiera perdido la sensibilidad.

Atontada, trató de ponerse de pie, pero un dolor intenso en la rodilla izquierda la obligó a sentarse nuevamente. El dolor logró que recuperara la conciencia por completo; hasta entonces se sentía como envuelta en una nube y apenas veía. Observó que la rodilla, además de dolerle, estaba muy hinchada. Advirtió también que del rostro le manaba un pequeño hilo de sangre y que tenía la ropa manchada.

Solo en ese momento le vino a la mente la totalidad de lo que había sucedido. Recordó la violencia de la noche, la agresión de poco antes, recordó las fotos. ¡Las fotos! Se volvió hacia la mesa donde las había visto: Ya no estaban, «Pero yo las vi ahí... Se las llevó, seguro».

¿Cómo había arrancado él aquellas hojas al álbum de Amigo? ¿Qué le habría hecho a Amigo? ¿Sería cierto que se había marchado, que ya nunca más lo vería?

Quizás por primera vez en su vida de adulta, con la cara apoyada en la toalla para contener la hemorragia, sollozó ruidosamente durante unos minutos. Cuando se detuvo,

393

agotada, sintió de repente que un enorme peso la aplastaba. Estaba sola. El único momento de respiro que había tenido

en su vida, el apoyo que por fin había creído encontrar, nada de eso ya existía. O nunca había existido; todo lo sucedido en esos días lo había imaginado. Su realidad era esta, golpeada, vejada, aplastada por una circunstancia de la que no sabía cómo escapar. Aplastada también por el miedo. Porque, por encima del dolor y del sentimiento de la pérdida definitiva de las ilusiones, lo que más sentía era miedo. Miedo a que él regresara y continuara maltratándola. Miedo a que no regresara y la dejara morir sola sobre esa silla donde se encontraba y de la cual le parecía que no podría moverse si lo intentaba...

¿Estaría condenada a morir así?

Después de todo, ¿por qué no?

Sí, moriría así, sola. Daba lo mismo, a fin de cuentas, ¿a quién le importaba el a? Se dejaría morir, despacio, silenciosamente;

¿para qué resistirse a lo que, como quiera que se mirara,

significaba una liberación? Tiró la toalla al suelo, que siguiera manando la sangre; dicen que con la hemorragia se entra en

una profunda somnolencia, y que la muerte llega poco a poco,

sin dolor, sin penas.

En fin...

Cerró los ojos, dejó caer la cabeza hacia adelante, apoyó la barbilla sobre el pecho, se dejó ir.

Una gota de sangre que corrió de la herida hasta el pecho despertó de repente el instinto de salvación adormecido.

«¡No quiero morir!», gritó dentro de sí. Tenía que

hacer algo, no podía dejarse morir así, sin que nadie la socorriera, «Muerta como una perra». Con gran esfuerzo y sobreponiéndose a los dolores, apoyada en la silla y la mesa,

394

consiguió levantarse. Ya en pie, debió esperar unos minutos para reponerse. Debía llegar al teléfono, llamar por socorro,

procurar que alguien acudiera a salvarla. La rodilla hinchada

le inutilizaba una pierna, y la otra estaba tan maltratada que apenas la sostenía. Se percató de que no podría caminar una

vez que se apartara de la mesa, pero la había ganado un deseo

irreprimible de salvarse y no iba a detenerse ante nada, si

fuera necesario se arrastraría hasta donde se encontraba su

teléfono, aunque ello también le exigiría un violento esfuerzo.

Invirtió muchísimo tiempo en lograrlo, pues constante-

mente se interrumpía por los dolores y la falta de fuerzas, pero llegó. Apoyada sobre una sola pierna, sudando por el esfuerzo

y emitiendo quejidos por el dolor, lo alcanzó, pero, aunque

apoyó la espalda contra la pared, no pudo sostenerse, y se deslizó hasta el suelo.

Llamó.

Una María T que en un primer momento no entendió el

significado de las palabras, y que al entenderlo se horrorizó, oyó que del otro lado de la línea su amiga le reclamaba:

«¡Ven!..., ¡ahora mismo!, ¡por favor!».

Y no dijo más.

395

Cuando él llegó a la casa, casi al anochecer, la encontró sentada, con un vendaje ligero en la cara y una

pierna apoyada sobre una silla, enyesada.

«¿Y a ti que te pasó?», preguntó, extrañado, o fingiendo estarlo.

El le contó que, asustada, había llamado por ayuda y María T la había llevado a un hospital.

«Claro, a quién si no... ¿Y por qué no me llamaste a mí?

¿Por qué tuviste que llamar a esa? Ya me imagino lo que habrá formado... Siempre metida en lo que no es asunto suyo».

Si lo hubiera llamado a él, podrían haber resuelto el problema sin salir de casa, él hubiera llamado a un médico amigo suyo, una cortadita en la cara no es nada del otro mundo, en los hospitales solo saben enredarlo todo, un simple accidente de casa lo convierten en un escándalo, y más si fue al á con su amiguita, a saber qué se puso a inventar.

¿Y el a qué había respondido cuando le preguntaron por lo que le pasó? ¿Algún policía había hablado con el a?

«¿Qué te dijeron? Tengo que saber exactamente qué le dijiste a esa gente..., no quiero ni imaginar que me metiste en un lío por tu flojera».

Que no había querido meterlo en problemas, juró el a. Sí, los policías le habían dicho un montón de cosas... Querían saber si él le había hecho la herida en la cara, pero el a lo negó.

No podía pasar nada, porque el a había afirmado cuantas

396

veces le preguntaron que había sufrido un accidente, que se había caído.

«Cualquier otra cosa que digan es invento de ellos, yo no tuve nada que ver, yo no hablé nada de ti».

Tampoco había firmado ninguno de los papeles que le dijeron que debía firmar. De todos modos, le dijeron que querían hablar con él, conocerlo, y le habían dejado una citación para que se presentara a la policía en un plazo de veinticuatro horas, para tomarle declaración.

Minimizó lo ocurrido después que su marido salió de

casa: Algo le advirtió que no debía contarle todo, y solo hizo el relato de lo esencial: Que la amiga la había llevado hasta un hospital, y que allí, además de curarla, la condujeron a una habitación donde dos policías le hicieron muchas preguntas.

Pero le juraba, y era cierto, que en todo momento afirmó que había sufrido un accidente; el a no lo había acusado de nada, no tenía por qué hacerlo, de qué iba a acusarlo, si él no tenía la culpa de lo que le había pasado.

«Claro que fue un accidente, y tú lo sabes bien...», afirmó el hombre con total convicción.

Admitía que había estado un poco violento, pero también

el a lo había sacado de quicio, hasta lo había atacado, y, claro, si se cayó y se hizo una cortadita en la cara no había sido

su culpa, sino mala suerte, a cualquiera le pasa. Él bastante

había hecho, que hasta salió un rato para que se le refrescara la cabeza, estaba tan furioso por culpa de el a que sintió

miedo de darle un mal golpe, por eso salió.

«Claro, si no hubieras llamado a tu amiguita, si no la hubieras dejado que te llevara al hospital, todo habría quedado ahí, no habría pasado nada».

«Pero, la pierna...», comenzó a decir el a, pero volvió a callar. No valía la pena.

«¿Y qué te pasó en esa pierna?», preguntó él repentinamente interesado, como si hasta entonces no hubiera advertido el vendaje que inmovilizaba la pierna de su mujer,

«¿Cuándo te hiciste eso?... Yo no recuerdo...».

«Fue cuando tú..., cuando tú...», comenzó a responder el a, tartamudeando y sin poder finalizar la idea.

«Cuando yo, ¿qué?», la emplazó a terminar la frase, pero con una expresión tan amenazadora que el a no supo cómo continuar.

«Bueno, cuando yo..., eso... No sé, me caí, y parece que me rompí algo en la rodilla».

«Así que te caíste y se te rompió algo en la rodilla...».

«Cuando yo lo digo... Mira que eres torpe...».

Desde luego, como la vieron llegar con la herida, y como fue al hospital con esa amiga suya que no lo soportaba, seguramente ahora iban a inventar alguna historia rara y echarle la culpa a él también de ese golpe.

«Que tú misma te diste, por bruta. Para colmo, ahora tendré que recoger toda esa basura del piso y ordenar un poco la casa... Mira, si te pones pronto bien, que eso no es trabajo de hombre».

El a lo miró avergonzada, como pidiendo perdón por haberse golpeado tan fuerte en su caída, por haber roto cosas.

Él la miró con dureza.

«Por tu culpa, tengo que ir a la policía a declarar, a saber qué sale de ahí..., qué inventan».

«Yo dije todo el tiempo que fue culpa mía; yo no te acusé de nada...».

No mentía, era cierto que había afirmado que la culpa era solo suya, y que había sufrido un accidente. Pero en su

398

relato obvió algunos pormenores. No contó, por ejemplo, que debió arrastrarse nuevamente, esa segunda vez hasta

la puerta para abrirla, cuando oyó que su amiga llamaba.

Tampoco que María T no venía sola: Al oír la súplica que le llegaba por teléfono, sospechó que algo terrible le habría ocurrido a la amiga. Por eso había acudido acompañada de su marido y de un amigo de ambos, policía.

La escena que María T encontró al llegar no resultó demasiado distinta de la que había imaginado.

Mucho menos contó María S que, mientras viajaban en dirección al hospital, ganada repentinamente de una necesidad incontrolable de hablar, contó a su amiga todo lo

ocurrido con el a, sin siquiera cal ar, por pudor ante los dos hombres presentes, lo sucedido la noche anterior. También

pasó por alto en el relato que otros policías, vestidos de civil, la habían acompañado hasta su casa, habían fotografiado el

lugar donde había sucedido todo y, al ver sobre un mueble el tubo de goma con que él la había golpeado al inicio, lo guardaron en un sobre plástico y se lo llevaron, a pesar de

que el a intentó una tímida resistencia.

«¿Pero eso qué tiene que ver con lo que pasó?», trató de disuadirlos.

En vano.

«Lo siento, señora, pero esto es posible evidencia y tiene que venir con nosotros».

El a se asustó pensando qué sucedería si a él se le ocurriera buscarlo y no lo encontraba. Intentó decir algo para que se lo devolvieran, pero el que había guardado el tubo no le dio tiempo. Le recordó que, antes de salir del hospital, él mismo le había hecho algunas fotos.

399

«Y todo parece indicar que varias de las lesiones que usted presenta le fueron provocadas con esto que acabamos de encontrar o con algo muy parecido, señora».

Quizás no refirió al marido esa parte de la historia por miedo a la reacción que él pudiera tener al enterarse. O acaso porque su miedo era tanto que lo había borrado de su cerebro. Tal vez por nada de eso, sino porque durante las horas transcurridas, en especial mientras se desahogaba con la amiga que había llegado a salvarla cuando pensaba que moriría abandonada, su espíritu se encontraba a tal punto trastornado por el dolor, el miedo y el esfuerzo realizado para l amarla primero y después llegar hasta la puerta, que no era consciente de lo que hablaba ni de quién estaba oyendo su confesión.

Sin embargo, no mintió en lo que contó al marido, porque era cierto que, después de aquella confesión en extenso ante la amiga y sus acompañantes, en ningún momento posterior admitió que había sido maltratada. Por el contrario, repitió incontables veces la misma versión: Todo se debía a un accidente. Se había caído de sus propios pies, había arrastrado parte de la vajilla en la caída, y por eso se había herido la cara. Como había caído sobre la rodilla, se la había lastimado.

Era todo.

«Mire, señora, lo siento, pero tengo que decirle que usted miente... La comprendo, seguramente tiene miedo, pero está mintiendo», le dijo la doctora que estaba al frente del equipo que le prestó los primeros auxilios en el hospital. La explicación de María S sobre sus múltiples traumatismos

400

estaba demasiado mal hilvanada, «Diga la verdad, señora... Eso que usted afirma no tiene ningún sentido, es imposible de creer, porque es mentira».

Ella seguía insistiendo en que se encontraba limpiando y resbaló.

«Que se haya caído, no se lo niego, y hasta tal vez es verdad que se rompió la rótula con esa caída... Hasta puedo aceptar que la herida en la cara se debe a un vaso roto...

Pero hasta ahí».

«Es lo que yo estoy diciendo hace rato», intentó defenderse
María S.

No negaba esa posibilidad, repitió la doctora, aunque no
la convencía. De todos modos, había muchas contusiones en
su cuerpo que esa caída no explicaba. De eso se trataba.

«Usted muestra múltiples signos de que alguien la golpeó...
Nadie se cae de sus pies y se golpea así como usted... En los
costados, en las piernas, en la espalda, en la cara... Señora,
¿usted cree que yo soy nueva en este oficio? ¿Imagina cuánta
gente verdaderamente accidentada pasa por este hospital?
¿Y cuánta golpeada como usted?».

Que no tuviera miedo, le recomendaba la doctora, que
dijera la verdad, ¿había sido su esposo? Estaba segura de
que sí, no sería el primero en golpear como un salvaje a una
mujer. Pues que lo acusara, para que su delito no quedara
sin castigo. Había medios para protegerla si lo hacía, su
agresor no podría hacerle daño, por ese lado no tenía que
preocuparse. Que lo acusara para que pagara su culpa.

Debía pensar que ese no era un problema solo de el a, era el
de muchas mujeres, y si no hablaba, si no ayudaba a castigar
a quien había abusado de el a, estaba a contribuyendo a
que a más mujeres les ocurriera lo mismo.

401

María S permanecía en silencio mientras la doctora hablaba. Parecía muy atenta a sus palabras.
Cuando pareció

que, por fin, iba a decir algo, solo repitió:

«Pero cómo va a ser eso que usted dice, si yo estaba sola en la casa..., yo estaba sola en la casa, cómo va a ser eso. A mí nadie me maltrató, yo me caí».

La doctora admitió consigo misma que la paciente no iba a cambiar de actitud por más que intentara convencerla, y se declaró vencida:

«Está bien, señora, haga como le parezca, no acuse a nadie si no quiere... Después de todo, yo no soy policía; mi trabajo es curar heridos y enfermos..., pero me hubiera gustado ayudarla..., porque usted necesita ayuda... Y no solo médica».

De todas formas, le advirtió, la policía ya estaba al tanto de lo ocurrido, pues en casos como el suyo, donde incluso hay una lesión en el rostro, los médicos estaban obligados a informar a las autoridades, y el a lo había hecho. Aunque María S no acusara a nadie, la policía ya había levantado un acta y comenzaría a hacer averiguaciones, de modo que seguramente pronto todo se sabría, aunque el a continuara con el cuento de su caída,

«Y con ese cuento no va a convencer a nadie, como no me convence a mí...».

Le anunció que cuando terminara la curación no podría retirarse, porque primero debería responder a las preguntas de los agentes.

«Ellos están ahí afuera, esperando que yo termine con usted».

Aunque era cierto que dos policías estaban en la parte de afuera del salón de cura, no se dirigieron a él cuando

salió en la camilla. Estaban conversando muy animados a un lado del pasillo, y se echaron a un lado para que pasara, sin siquiera mirarla. María S llegó a imaginar que la doctora había pretendido impresionarla, que esos hombres no la esperaban. El camillero la condujo hasta una habitación donde permanecería acostada hasta que se recuperara; allí estaba una enfermera que, ayudada por el camillero, la acomodó en la cama. Entonces los policías entraron, saludaron y pidieron a la enfermera que los dejara solos con la paciente. Se sentaron en sendas sillas, uno a su derecha y otro a la izquierda, de manera que la obligaban a mirar hacia un lado y hacia el otro alternadamente, según le preguntaban. «¿Qué le sucedió señora; por qué la han traído a este hospital», preguntó uno, como si no tuviera ante sus ojos una mujer llena de vendajes. Habló sin ninguna inflexión particular en la voz, casi desinteresado.

«Me caí en mi casa y me lastimé», respondió él de manera automática. Había decidido que esa sería su declaración, y no pensaba cambiar ni una palabra.

«Se cayó y se lastimó... sí, esas cosas suceden todos los días», comentó el otro policía, como si la apoyara, «Mire, para hacernos una mejor idea de las cosas..., por qué no nos explica un poco mejor cómo ocurrió todo... No se apresure;

tómese su tiempo y cuéntelo como usted lo recuerda...».

Los agentes hablaban de tal manera que parecían dos amigos que hubieran llegado hasta allí, interesados en conocer, por solidaridad, lo que el a podría contarles sobre el accidente sufrido, y no dos investigadores enviados con urgencia para las primeras averiguaciones del caso, pero

403

María S no pudo evitar que la voz le temblara en tanto contaba que, mientras hacía la limpieza de la casa, había

resbalado, que parte de la vajil a había ido al suelo y se había lastimado al caer. Al comienzo del relato, la sonrisa y los movimientos de asentimiento que los agentes hacían con la cabeza la llevaron a imaginar por un momento que la creían. Por eso se sorprendió al ver que volvían a hacerle preguntas que ya había respondido, o la interrumpían para preguntarle algo que, en apariencia, no guardaba relación con lo que estaba explicando. Al percatarse de que intentaban enredarla en sus propias palabras, María S comenzó a entrar en pánico: Aquellos hombres la estaban llevando a decir lo que el a pretendía cal ar.

Uno de los policías le soltó de repente, endureciendo el tono y la expresión del rostro:

«Mire, señora, vamos a hablar en serio: Ocurrió un accidente, está bien, pero no fue así... Nosotros sabemos que no fue así».

El otro continuó:

«Lo que sucedió fue que, cuando su marido le pegó, usted se cayó al piso y...».

«Mentira, eso no fue así...», trató de defenderse.

«Por favor, señora, no perdamos más tiempo..., ya sabemos que fue un accidente, él no quiso lastimarla...».

«¡Pero es mentira!».

El primer policía que habló se puso en pie de un salto, apoyó los brazos en la cama y acercó su rostro al de el a.

«¡Basta de jueguitos, señora!», casi le gritó junto al oído,

«Si todavía se ve la marca de los dedos en su cara».

El a se llevó la mano instintivamente al rostro, y lo miró como una niña a quien la madre sorprendió en una falta

404

grave. El hombre había mentido, pero la mentira surtió efecto, como meses antes le había ocurrido con María T.

María S no soportó más la tensión y, balbuceando, sin pensar, dijo lo primero que le vino a la mente.

«Es verdad que él me pegó..., pero fue con la mano abierta..., y no fue tan duro... Él no quería, la culpa es mía..., yo...».

«Claro, es verdad, no fue tan duro..., pero la lanzó contra el piso... Su marido es un hombre muy fuerte, a decir verdad», ironizó el policía, pero el a continuó, como si no hubiera percibido el tono.

«Él es muy fuerte, así mismo es, pero el golpe no fue tan duro..., de verdad. Lo que pasa es que a mí se me enredaron

los pies... No es la primera vez que me caigo de mis pies..., yo soy muy torpe caminando».

«Muy torpe... Se cae de sus propios pies..., sobre todo cuando la ayudan, cuando le dan un impulsito con la mano abierta, ¿verdad? Como ocurrió hoy... Él le dio con la mano abierta, un golpecito suave..., digamos, casi como una caricia... Porque él es un hombre muy cariñoso, ¿verdad que sí?; eso se nota a simple vista, no hace falta ni mirar el atestado de los médicos... Eso, más bien le dio un cariñito... Esos cariñitos que él acostumbra hacerle... También anoche fue muy cariñoso, ¿verdad?».

El a lo miró, suplicante, ¿Por qué tenían que mencionar la noche anterior? ¿Qué sabían ellos?

El otro policía completó, con crueldad:

«Tan cariñoso, que la violó y la dejó totalmente lastimada».

María S se sorprendió, ¿qué podían saber esos hombres de lo que había ocurrido la noche anterior en su casa? ¿Por qué hablaban de violación? Intentó iniciar una negación:

405

«A mí nadie me...».

«Mire, señora», le impidió continuar uno de los policías, «Sabemos que usted se siente mal ahora, por el susto, por los golpes... Está nerviosa y no sabe a derechas lo que dice, pero no tiene nada de qué preocuparse, nosotros estamos para protegerla. Además, mire, para no andar más por las ramas... Nosotros tenemos otra versión de los hechos, bien distinta; ¿no le gustaría conocerla?».

El a negó vehementemente, con la cabeza y las manos.

«Pues vea esto», continuó el policía, sin hacer caso de la negativa, y agitó delante de sus ojos unos papeles. Le informó que tres testigos aseguraban haber oído de sus labios una

historia muy diferente de la que insistía en contarles. Dos personas amigas de el a, más un agente de la autoridad, habían declarado, mientras la revisaban y la atendían de sus lesiones, lo que el a les había contado cuando la trasladaban hacia el hospital.

«Incluida la violación», remató.

Al oír la última afirmación, enrojeció de vergüenza.

«Mentira, mentira..., yo no puedo haber dicho eso», intentaba defenderse, pero las palabras apenas se le entendían.

El agente todavía agregó:

«Esa violación fue comprobada en el examen físico que le hicieron hace un momento, la doctora nos lo dijo, y así aparecerá en el informe que con seguridad está redactando ahora mismo, así que ni piense en negarlo. También le encontraron lesiones menores, y traumatismos diversos por todas partes, algunos de ellos producidas, al parecer, con la punta de un zapato, como si la hubieran pateado hasta el cansancio, casi hasta matarla... Eso está también en el informe de la doctora... Así que vea usted lo que va a

406

decirnos, porque una pateadura no puede haber ocurrido por accidente..., ni tampoco una violación».

Balbuceando y con lágrima abundantes en los ojos,

aunque sin emitir ningún sollozo, repitió, sin fuerzas,
automáticamente: «Fue un accidente..., un accidente».

Los policías continuaron preguntándole, presionándola para que hiciera una declaración completa de lo sucedido, mas ella por momentos no respondía, como si no hubiera oído, o como si su mente no estuviera presente. En efecto, estaba casi ausente, pues sus pensamientos se le escapaban constantemente hacia su casa, ¿ya habría regresado su marido?, ¿qué diría al ver que no había recogido los vidrios rotos ni había limpiado la sangre del piso? ¿Con qué insultos la estaría esperando? ¿Para qué tuvo ella que defenderse y además decirle cosas desagradables? ¿No habría sido mejor dejarlo que siguiera hablando y ofendiendo, total, qué ganaba con contradecirlo? Nada; al contrario, porque lo exasperó más todavía. Y también se había ganado un problema, tener que enfrentar a dos policías que la miraban como si ella fuera un bicho raro, que le hacían preguntas que no sabía cómo

responder, que insistían en que acusara a su marido de haberla violado —«¿Pero cómo va a violarme, si es mi marido», había

tratado de justificar—, de agresión y de abuso continuado, y de un montón de cosas más, «Para que se pudra en la cárcel, a ver si aprende a portarse como un hombre», había expresado uno de ellos, qué maneras eran esas de referirse a quien, por más defectos que tuviera, era su marido, como ella era su mujer, esos policías debían respetar eso.

«Yo no sé nada, no me acuerdo de nada..., estoy muy

confundida», declaró por fin. No recordaba bien lo sucedido, ni tampoco lo que había hablado con su amiga y el marido,

407

estaba asustada, y el dolor no la dejaba razonar, seguramente dijo mil disparates. Solo tenía algo así como la evocación

de que él le había dado una bofetada por algo que el a había

dicho, tal vez lo había ofendido, pero, eso sí, en todo caso, él le habría pegado con la mano abierta, y el a, instintivamente, había retrocedido, se había enredado con algo en el piso, había chocado contra la mesa y se cayó, junto con algunas cosas que

estaban encima, de eso estaba segura, de lo demás no podía

decir nada, no recordaba. No podía explicar los golpes en

todo el cuerpo, ni la rótula lastimada.

«Habrás sido cuando me caí».

«Pues a mí me da la impresión de que él, en un acceso de rabia, intentó matarla a golpes; si no lo hizo fue porque se le pasó la furia, o porque pensó que ya la había matado», afirmó uno de los policías.

Eso era imposible, respondió el a de inmediato:

«Él no sería capaz de eso».

Él era un hombre que había sufrido mucho desde niño,

no lo habían tratado con ternura, por eso tenía un carácter

bastante difícil, y a veces perdía los estribos, pero era una

buen persona y la quería mucho, se ocupaba de el a, que

casi no tenía familia, salvo sus hijos, que no vivían en el país.

No, él nunca le haría daño; él la quería y la cuidaba.

«Él jamás me haría daño conscientemente».

La idea de prestar especial atención al grupo de apoyo de las mastectomizadas se había mostrado productiva,

comentaban Ricardo Z y sus colegas; incluso se podría afirmar que había rendido frutos con relativa facilidad.

Cierto, ninguna de esas mujeres encajaba en el perfil posible elaborado para iniciar la búsqueda, pues no conocían a la víctima de un tiempo anterior, y tampoco se había encontrado alguna que admitiera sufrir o haber sufrido de violencia doméstica, ni parecía que hubiera alguna con una relación de dominio o control excesivo por parte de su pareja.

Sin embargo, habían encontrado un indicio valioso, el único que prometía abrir una vía para iniciar una pesquisa con algo más que suposiciones: La prima de una de las mujeres del grupo conocía a la víctima desde cuando eran jóvenes; luego de muchísimos años sin verse se habían encontrado precisamente en una reunión del grupo.

«O sea, se encontró con su amigo al cabo de muchos años sin verse, y poco tiempo después, lo asesinan... No lo puedo creer», comentó Ricardo Z cuando le llevaron la información. No era nada de peso, admitió; la realidad era que la supuesta pista podía no conducir a ninguna parte, pero también podría ser lo contrario. Cuando menos, ya tenían algo por donde ir comenzando.

«Al menos para ir calentando los motores», comentaron algunos.

«Me da la impresión de que soplamos la flauta por casualidad», comentó Ricardo Z.

«Ni que fuera la primera vez», le replicaron los subalternos, para quienes soplar la flauta por casualidad es lo que más se hace en una investigación policial. Ya otras veces habían disparado en lo oscuro y habían dado en el blanco.

Claro que eso se lograba por la experiencia acumulada, que dirige los pasos de uno en la dirección adecuada sin siquiera darse cuenta, era la opinión de todos.

«No quiere decir que este vaya a ser el caso», frenó Ricardo Z el entusiasmo de sus colegas, «No quiero ser el aguafiestas del grupo, pero me parece exagerado pensar que ya tenemos algo seguro en las manos, hasta ahora solo es un resultado interesante... Un resultado que nos muestra un camino; queda por ver adónde conduce ese camino».

Había que conversar con esa prima. Y averiguar por el marido y sus relaciones con el a.

«Si resulta que encaja en el perfil que suponemos para nuestro asesino...», se apresuró a comentar uno de los subordinados.

«Primero caminar, después correr, y mucho más tarde volar...», le cortó la inspiración Ricardo Z, «Ni siquiera sabemos si tiene marido».

Sí lo tenía, y no tardaron en saberlo. Pero ni soñar en considerarlo sospechoso: Era un militar de alta graduación

y se encontraba en maniobras, bien lejos de donde ocurrió el asesinato, de modo que le hubiera resultado imposible ausentarse sin que lo supieran superiores y subordinados.

Ricardo Z decidió visitar cuanto antes a esa prima de quien le habían hablado.

410

«Hace algo más de una semana que no converso con mi prima», respondió María T cuando Ricardo Z le preguntó

por el a. Había estado muy atareada en el trabajo. Estaba pasada de edad de jubilación, cierto, pero continuaba en ejercicio, y se exigía cual si fuera una jovencita.

«No sé vivir de otra forma», afirmó sonriente.

Ricardo Z supuso que, si había estado tan ocupada, acaso no estuviera al tanto de las novedades, de manera que eludió hablar de inicio de la muerte del amigo recién encontrado, y dirigió la conversación hacia el tema del grupo de mastectomizadas. No obtuvo respuesta que valiera la pena, pues el a solo había asistido a tres sesiones, para acompañar a su prima, dato que él ya sabía, pero aparentó desconocer.

«¿Ocurrió algo interesante en esas sesiones?, ¿recuerda algo especial?».

Nada especial, respondió con naturalidad, eran reuniones agradables y útiles, pero nada más.

—¿Y..., aparte de las sesiones en sí mismas...?

«Bueno, sí..., ocurrió algo muy especial», se rectificó de inmediato, y se le iluminó el rostro, «Pero no tiene nada que

ver con el grupo, sino conmigo... Me ocurrió a mí».

Contó que se había encontrado a un viejo amigo, al que hacía muchos años no veía, y la forma tan casual como habían vuelto a verse.

«Imagínese qué casualidad, él se reunía con el grupo una vez por semana; fue tremenda coincidencia, porque yo pensaba no seguir acompañando a mi prima, pero el a insistió y fui esa tercera vez... Sería la última... Y nos encontramos. ¿Quién me lo iba a decir?».

«¿Usted conoce este libro?», le preguntó de repente, mostrándole el libro de poemas encontrado en la casa de la víctima y poniéndoselo en las manos. El a lo miró varias veces, le dio vueltas, pero no pareció reconocerlo.

411

«La verdad es que no..., no me parece. No le veo nada que... ¿Habría alguna razón para que yo lo conozca?».

A Ricardo Z le pareció sincera su extrañeza; era indudable que el libro no le decía nada.

«A decir verdad, no..., ninguna razón. Fue una ocurrencia, una idea que me cruzó por la mente».

Volvió a tomar el libro, en tanto el a lo miraba extrañada.

Había exagerado al pretender que además reconociera el libro; sabido que el a no era la destinataria de la dedicatoria, había pedido demasiado a la suerte.

«¡La dedicatoria!», algo gritó dentro de Ricardo Z, «¡Cómo no lo pensé antes!».

La palabra dedicatoria que había pasado por su mente pro-

vocó que una nueva idea le cruzara a toda prisa. Intentó probar suerte por segunda vez. Volvió el libro al revés y mostró lo que estaba escrito.

«¿Esto aquí le dice algo?... ¿tiene algún significado para usted? ¿Por casualidad conoce?...».

Mientras hablaba, observaba la expresión del rostro de María T. Esta vez había acertado: Algo allí tenía significado para ella, una repentina concentración en las palabras escritas lo indicaba, pero demoraba en encontrar de qué se trataba. Estaba buscando en su interior; lo que fuera, era algo lejano. Eso, algo lejano, como la fecha de la dedicatoria. ¿Ese disparo habría dado en el blanco?

«¡Claro que sí!, ¡claro que sí!..., ¡eso mismo!», exclamó María T.

Las palabras de la mujer no parecían dirigidas a Ricardo Z, sino a ella misma. Aunque no hubiera hablado, los gestos mostraban que había realizado una búsqueda en las profundidades de la memoria y allí había encontrado algo.

«Ese libro... ¡Como ha pasado el tiempo!... Claro que lo conozco..., ya me acordé... Por la fecha..., y lo demás...

412

¿Usted sabe? Siempre me han dicho que tengo muy buena memoria... Esta estuvo difícil, pero sí..., ¡ya me acuerdo, cómo no!».

Su amigo, al que acababa de reencontrar, le había dedicado ese libro hacía muchísimos años a una amiga que tenían en común, la del nombre que aparecía en la dedicatoria...

«Pero imagínese, eso fue hace tantísimo tiempo, éramos

casi unos niños..., ¡cómo iba a acordarme del libro...!,

Claro, al ver la dedicatoria..., ¡como si lo estuviera viendo de nuevo! ¿Se fijó en eso?...
Dedicatoria con el libro al revés...

Así era él...».

Súbitamente sobresaltada, detuvo su repentina locuacidad.

Algo estaba mal, se dijo. ¿Qué pasaba con el libro, por qué

le preguntaba por él? ¿Qué tenía que ver ese libro con la

policía? ¿Cómo había llegado a sus manos?

Desde el primer momento había tenido la impresión de

que aquel a visita de un investigador policial a su casa no era tan inocente como el hombre
pretendía aparentar, mas no

le había prestado demasiada atención a su sospecha, estaba

acostumbrada a hablar con uniformados; a fin de cuentas, su

marido era un uniformado también, aunque no fuera policía.

Sin embargo, al reconocer el libro sospechó que la razón que

había conducido a aquel hombre a su casa se relacionaba

con algo muy grave.

Algo muy grave que tenía que ver con dos personas que

eran sus grandes amigos.

«¿Qué está sucediendo, señor investigador? Estoy muy

confusa... Usted disculpe, pero... ¿Ese libro?...».

Ricardo Z, que ya había admitido consigo mismo que

aquel a señora le simpatizaba, se dio cuenta de que estaba

obligado a ser más explícito y exponer el verdadero motivo de

su visita; no podía seguir alargando el momento de declararlo

de forma directa. Lo había mantenido en silencio para no

413

influir en las respuestas, pero la situación había cambiado; la mujer no solo conocía tanto al autor de la dedicatoria

como a la dueña del libro, sino también demostraba sentir un afecto especial por el hombre que él debía anunciarle que estaba muerto.

Muerto no: Asesinado.

Realizar ese anuncio siempre resultaba uno de los peores momentos de cualquier investigación en que se involucraba.

María T se negaba a creerlo. Lo afirmado por ese hombre no podía ser verdad. ¿Quién iba a querer matar a su amigo...?

Nadie.

«Amigo provocaba amor; por donde pasaba dejaba una estela de amor...; era como un aura que lo acompañaba, casi se podía tocar..., nadie que lo conociera podría odiarlo...».

Un vahído momentáneo la interrumpió. Le indicó a Ricardo Z dónde podría encontrar agua y le pidió el favor de alcanzarle un vaso, no se sentía con fuerzas para ir él a misma, y estaban solos en la casa. Cuando se recuperó, él le explicó que el libro se había encontrado en el escritorio de Amigo, así como un álbum con fotos, evidentemente propiedad de la víctima, al cual le habían arrancado hojas.

«Es de suponer que las hojas arrancadas contuvieran fotos que pudieran conducir al asesino, o, al menos, arrojar alguna pista... ¿Sabía usted de ese álbum, lo vio alguna vez?».

María T negó con un movimiento de cabeza, Ricardo Z continuó.

«No estamos seguros de si el libro puede servirnos para algo o no, pero, ¿quién sabe?... A lo mejor nos indica alguna pista».

A Ricardo le pareció que había hablado más de la cuenta, pero se justificó ante sí mismo diciéndose que, en rigor, tampoco era una indiscreción tan grave, pues la frase no tendría demasiado sentido para quien la había oído, y él

414

no había afirmado ni negado nada que no hubiera podido imaginar el a por sí misma.

Efectivamente, María T se preguntó, al oír las palabras del investigador, cómo podría ser una pista el libro que Amigo le había regalado a María S hacía cuando menos cuarenta años. En cambio, su imaginación echó a andar cuando oyó las preguntas que Ricardo Z le hizo a continuación, luego de meditar durante unos pocos minutos:

«Y esta amiga suya..., ¿continúa siendo su amiga?..., ¿la frecuenta?..., ¿hace mucho que no la ve?».

Aunque prefirió no mencionar el motivo que las había alejado por un tiempo, le contó que su relación con María S provenía de los años de estudiantes universitarias, y que por su intermedio el a y Amigo habían vuelto a encontrarse.

«Supongo que por eso el libro estaba con él; es posible que el a se lo haya llevado por cualquier motivo..., tal vez para

que viera que todavía lo conservaba».

Ricardo Z asintió con la cabeza, como aprobando la conclusión a que María T había llegado, mas no hizo ningún comentario, para darle oportunidad a que se expresara con espontaneidad. Sin embargo, el a no continuó por esa vía.

Según hablaba, en su cerebro habían comenzado a formarse ideas que al inicio le parecieron descabelladas, aunque muy pronto se convenció de que pudieran no serlo del todo. No lo eran en absoluto, se dijo, en el mismo momento en que

Ricardo Z preguntó:

«Y el a, ¿es casada, soltera, viuda...?».

«Casada...», respondió, sin más aclaración.

Miró fijamente a Ricardo Z, y él a el a. Tuvo la impresión de que el cerebro de él andaba por caminos similares al suyo.

No demoró en comprobar si acertaba o no.

415

«¿Cómo es la relación de su amiga con el marido? ¿Diría que es... armónica?».

Ricardo Z podía conocer la respuesta sin oír su manifestación verbal; la expresión del rostro de la mujer al oír la pregunta lo evidenciaba.

«¿Armónica?».

Sonriendo con amargura, respondió que preferiría no opinar, porque no se llevaba bien con el marido de su amiga.

«Para quien no esté en antecedentes, es un matrimonio normal, como tantos otros».

Ricardo Z le pidió por favor que fuera sincera, que dijera lo que pensaba. Lo que tuviera que decir no iba a ir más al á del lugar donde se encontraban. Sonrió.

«Es simple curiosidad..., o manía de saberlo todo, quizás...».

El a no lo creyó, pero de todos modos se sinceró; en definitiva, le daba igual:

«No sé cómo alguien puede vivir con un hombre así», comentó en voz bastante baja, cual si hablara consigo misma.

«¿Así?, ¿cómo?, ¿borracho, vago, antipático?».

Hizo una pequeña pausa para recalcar la palabra que diría a continuación:

«¿Abusador?...».

El a pareció no advertir la intención del investigador.

«No, borracho no..., borracho no, al menos que yo sepa..., aunque alguna vez, hace mucho, por un problema económico que tuvieron, muy grande, por un tiempo él anduvo bebiendo más de la cuenta, según me contó el a...; pero, que yo sepa, eso pasó... Tampoco vago...».

«¿Entonces...?».

«Entonces nada, ya le dije..., prefiero no opinar, pero...

Dejémoslo ahí...», se detuvo, como para tomar aliento.

416

Ricardo Z permaneció en silencio: Estaba convencido de que el a ya no dejaría de hablar.

«Bueno, pues..., ¿qué quiere que le diga? Es un tipo todo

lo antipático que pueda imaginarse..., y todo lo demás que se le ocurra a usted pensar... Siempre que sea negativo, está claro».

Él repitió la palabra que le parecía clave.

«Pues a mí lo se me ocurre pensar es que puede ser un..., un abusador..., ¿sí?».

«Eso, también un abusador. Sí, señor. Mejor diría que sobre todo un abusador, ¿se puede ser algo peor que un abusador?».

El investigador no pudo evitar una sonrisa de simpatía

ante el énfasis que María T daba a sus palabras. Se acomodó

mejor en el asiento y se dispuso a oír todo lo que el a dijera, sin emitir ningún comentario que interrumpiera su discurso.

«Antes le dije que el a y yo hacía un tiempo que no nos comunicábamos, ¿recuerda?».

Ricardo Z asintió con la cabeza, y el a le refirió de manera

resumida las últimas discusiones con María S, «Que en

definitiva son de toda la vida... Y el a se mantiene aferrada

a un matrimonio que no tiene sentido, con un hombre que

durante años la ha maltratado psíquicamente, por decir lo

menos».

Él grabó bien la aclaración: Por decir lo menos.

Estaba convencida de que el maltrato también era físico,

por ciertas marcas que a veces le había visto, pero su amiga

lo negaba. Decidió manifestar lo que había intentado no

revelar al principio de la conversación:

«Hace unos meses nos vimos y era demasiado evidente que

él le había dado una paliza...: Me atreví a denunciar el caso ante una asociación de defensa de las mujeres maltratadas... Nos

disgustamos».

417

«¿Y el a se disgustó con usted por eso, por denunciar que la habían golpeado?», se extrañó Ricardo Z.

«Sí, claro, porque, me metí en sus asuntos sin su permiso..., según me dijo el a. Para el a, lo que yo veía como una monstruosidad no había sido más una pelea sin mayor trascendencia, algo que ocurre en cualquier matrimonio...».

«Y para usted no era así..., no era algo sin mayor trascendencia...».

«Claro que no, ningún hombre tiene derecho a golpear a una mujer».

«Aunque a veces...».

Ricardo Z dejó intencionalmente sin finalizar la frase, en realidad una provocación emitida para observar su reacción; el a chasqueó la lengua antes de responder.

«No hay a veces que valga, señor, y el a no tenía por qué soportar esa paliza que, además, hasta le había dejado marcas... Por mi parte, yo nunca le acepté a nadie que me levantara la mano».

Viendo la sonrisa ambigua de Ricardo Z, le contó la historia de su primer divorcio, precisamente de un hombre de quien

después de eso continuó enamorada mucho tiempo.

«Seguía enamorada, pero no admitía la idea de vivir al lado de alguien que se había atrevido a darme una bofetada».

«Entonces, según usted, ¿el marido de su amiga la maltrata físicamente?, ¿le consta?», llevó Ricardo Z la conversación hacia el punto que le interesaba.

«Sí, ya se lo dije; el a lo negaba siempre, pero yo a veces le veía moretones sospechosos... Eso último que le dije era el resultado de una buena paliza, no había modo de negarlo, pero el a se disgustó mucho cuando discutimos... Todavía hace pocos días, la golpeó otra vez... Casi la mata...».

«Entonces, para resumir; ¿calificaría usted al marido de su amiga como una persona violenta?».

418

«Sí, pero...».

«¿Pero...?».

«Pero, como le dije antes..., más que todo abusador.

Violento con el a, por ejemplo, eso sí... Yo diría que es más bien oportunista, abusador oportunista; creo que sabría controlarse si se da cuenta de que le puede ir mal... Pero abusa de quien, como el a, no sabe o no puede defenderse».

Ricardo Z no grababa la conversación ni tomaba notas, pero iba registrando cuidadosamente los elementos esenciales de lo que oía. ¿Estaría acercándose al maltratador que había imaginado?

«O sea, ¿no es un hombre capaz de arremeter contra

cualquiera en un ataque de furia, por ejemplo?».

«No me parece, creo que solo si se sabe con ventaja suficiente... Si entiende que tiene todas las de ganar».

«Con ventaja suficiente», repitió mentalmente Ricardo Z, «Por ejemplo, si está oculto en la penumbra y tiene un objeto contundente en la mano, y el otro no tiene la menor posibilidad de defensa...».

Esa podría ser la condición psíquica del asesino que procuraba encontrar.

«Ahora dígame, ya para concluir... ¿Sabe usted si la víctima y el marido de su amiga se conocían? Me pregunto si en algún momento habrán sostenido algún tipo de relación, de amistad o enemistad, por ejemplo, cuando eran estudiantes».

No, no se conocían, estaba segura, pues para cuando su amiga conoció al que sería su marido ya hacía bastante que Amigo había salido de la vida de ambas.

«Hasta donde sé, solo se vieron de casualidad una vez, hace unos quince años, pero por muy poco tiempo... Eso sí, ¡no simpatizaron ni un poquito!».

419

Contó lo que recordaba del encuentro en la fiesta de graduados.

«Fue antipatía a primera vista».

Al decirlo, recordó que lo mismo había sucedido con el a, aunque no lo comentó con el investigador.

«Pero Amigo nunca más regresó, hasta ahora, él mismo me lo contó..., y no creo que el marido de mi amiga sepa que está aquí..., que estaba...».

«Pero el a sí ha estado viéndolo, ¿no?».

«Sí, claro, estoy segura».

«Viéndolo, digamos..., ¿clandestinamente?».

«Esa palabra me parece un poco fuerte..., da idea de..., de amantes que se encuentran..., qué sé yo..., no sería el caso».

«De acuerdo, de acuerdo..., digamos que..., se veían sin que el marido de el a lo supiera porque, de saberlo, él no iba a permitirlo».

María T, que ya sospechaba por dónde iba el pensamiento de su visitante, sintió que sus últimas palabras ratificaban lo que imaginaba.

«Espere un momento, por favor..., usted está pensando que... ¿Usted piensa que puede haber una relación entre esa muerte y...? ¿Usted cree que el marido de mi amiga pudo haberlo asesinado...?».

Ricardo Z fingió una súbita seriedad.

«Señora, lo que yo crea no es muy importante ahora...».

Suavizó el tono:

«Sin embargo..., sin embargo, me gustaría saber lo que usted piensa, puede resultar interesante..., acaso pueda ayudarme a mí a pensar, a fin de cuentas usted los conoce a todos, yo no... Dígame: ¿Piensa usted que el marido de su amiga sería capaz de haber cometido

ese asesinato, por ejemplo, por celos...? Digamos que se

420

enteró de que la mujer se veía con otro y, en un ataque de celos, lo mató...».

«Pienso, no..., no lo pienso... no lo creo... ¿Matar él por celos?... ¿de ella? No sé, depende de a qué llamemos celos... ¿Temor de perder a la mujer que quiere? No me lo imagino queriendo a alguien que no sea él mismo...

Y menos a ella..., a ella la desprecia, de eso estoy convencida... Ah, pero vea... Por despecho tal vez sí lo hiciera... Digamos, por imaginar que alguien estuviera poniendo en peligro su dominio de tantos años... Él ha trabajado día a día, minuto a minuto, durante años sobre ella... Esa mujer sumisa es su obra de toda una vida... ¿Será que eso también es celos, el temor a perder el poder sobre alguien?...».

«En fin, olvidemos la palabra... Por la razón que sea..., ¿cree usted que él es capaz de cometer un crimen si se entera de que su mujer está viéndose con otro hombre?».

«No sé cómo pudiera haberse enterado, aunque con él todo es posible, es un controlador absoluto, y si supo que ellos se estaban viendo a escondidas, tiene que haberse irritado mucho... En ese caso buscaría la manera de vengarse..., para él ha de ser inadmisibles que el a escape a su control, por lo que sea... No es ningún tonto, y se quiere mucho; nunca haría nada que pueda perjudicarlo. Pero si

encuentra la forma de vengarse sin peligro para él... Si no corriera riesgos... Ahí sí, ¿lo ve? Ahí sí que no me cabe duda, él haría cualquier salvajada...».

Ricardo Z podía estar convencido, el a se lo aseguraba:

El marido de su amiga era capaz de realizar una venganza de las más terribles, si se sentía seguro de que todo saldría a su gusto y no arriesgaba nada. Si se había enterado de que Amigo le disputaba su control sobre María S «Pero solo si se cumplió esa condición imprescindible, la de no ponerse él

421

mismo en riesgo», el a era capaz de poner su mano sobre el fuego: Él había matado a Amigo.

El a podía imaginarlo disponiendo hasta el mínimo detalle para lograr su venganza, disfrutando la preparación tanto como la propia ejecución. Pero, eso sí, tendría que ser con método, nada en un arrebato.

«Porque es metódico, hasta obsesivo; con él, aquello de un

lugar para cosa y cada cosa en su lugar tiene que cumplirse al pie de la letra, ¡hasta con las comidas! Según los cuentos que me ha hecho mi amiga, en su casa hay días señalados para

comer o no comer esto o lo otro. Cuando el a se equivoca en algo, él se pone fuera de sí».

Antes de despedirse, Ricardo Z le encareció a María T que no se comunicara con su amiga en los días siguientes, que él se encargaría de informarle personalmente de lo ocurrido. A

el a no le resultaría nada difícil cumplir la recomendación, le respondió, pues no se sentía con valor para conversar sobre

el tema con María S, seguramente la noticia la afectaría

mucho.

«Ya bastante tengo con saberlo yo, para también andar diciéndoselo a el a».

422

«Ya les dije que no tengo nada nuevo que declarar, y que no pienso acusar a mi marido de nada... No pierdan

más su tiempo conmigo, y no me hagan perderlo a mí, por favor, que no me sobra».

Al recibir a aquellos dos agentes vestidos de civil, un hombre y una mujer, María S imaginó que su visita estaba

relacionada con el incidente por el que estuvo en el hospital, o con los papeles que la policía quería convencerla de

firmar. La mujer tal vez fuera médico, al menos lo parecía,

y seguramente venían a comprobar a saber qué. Pero si ya

había dejado en claro que no iba a realizar ninguna demanda,

¿qué insistencia era esa?

Deseaba olvidarlo todo y esperar a recuperarse para que

la vida retomara su ritmo normal en la casa. No le veía

ningún beneficio a andar metida en enredos de tribunales y

abogados por algo que, dígase lo que se diga, ya era pasado,

nada se iba a resolver con ello; al contrario, serían más y más complicaciones, desasosiegos, el cuento de nunca acabar.

Y el a necesitaba un poco de paz en su vida.

Aunque Ricardo Z disponía de los datos y las apreciaciones

que la tarde anterior le había proporcionado María T, todavía

no conocía los resultados de las averiguaciones que sus

hombres estaban realizando, por lo que se sorprendió por

423

las palabras de recibimiento. Se fijó en el yeso en una pierna y la cura en el rostro; la amiga de esa mujer le había hablado de los maltratos que la llevaron a hacer una denuncia, y de

un maltrato reciente, pero lo que observaba era superior a lo que había imaginado.

«Efecto bola de nieve», se dijo, «Una vez que un controlador de estos se lanza por el camino del maltrato físico, ya no se detiene...». Miró a su acompañante —no la había presentado como psicóloga, solo como agente, para no poner en guardia a la entrevistada—, y vio en su mirada que María C albergaba similares pensamientos.

Algo más le llamó la atención: La figura de la mujer que tenía ante sí concordaba casi perfectamente con la descripción que habían obtenido entre los vecinos acerca de una visitante que había

estado en la casa de la víctima horas antes del asesinato y que, al parecer, había estado también el día anterior. «Es la misma persona, no tengo ninguna duda», se dijo, «¿Debo suponer que

esos golpes tienen relación con el asesinato?».

Pudiera ser, ¿por qué no? A uno lo asesina, a la otra la golpea hasta casi matarla.

«No vinimos para hablarle de ninguna denuncia, señora, nosotros no tenemos nada que ver con eso», respondió de inmediato Ricardo Z, sintiendo que su inicial sentimiento de solidaridad con la persona maltratada que tenía delante

de sí se enfriaba un tanto ante la actitud que asumía. «Es otro asunto el que nos trae aquí... En cuanto a lo que dijo, usted

es dueña de hacer lo que mejor le parezca..., aunque está

protegiendo a un criminal... Bueno, ya le dije que nuestra visita no tiene nada que ver con eso...».

«¡Discúlpenme, por favor!», exclamó María S, casi sin dejarlo terminar, «No sé qué estaba pensando...».

424

Ricardo Z se asombró del brusco cambio en el tono y la actitud. María C, en cambio, no pareció sorprendida,

y hasta sonrió. El rostro de María S se había modificado radicalmente: De la mirada desafiante, casi colérica, con que los había recibido cuando se identificaron, había pasado a una expresión avergonzada, casi humilde.

«Se escuda en una pose agresiva para no enfrentar la realidad», pensó Ricardo Z, luego de un breve análisis de la situación —su compañera más tarde le aseguraría que lo había sabido desde el primer momento—. ¿Cómo reaccionaría cuando se enterara de la verdadera razón de su visita? ¿Qué papel habría desempeñado en el drama que había culminado con la muerte de un hombre?, ¿sería también una víctima?, ¿una cómplice? Y, si era cómplice, ¿era voluntaria?, ¿obligada? ¿Y los golpes?

Aunque le iba a resultar difícil, intentaría demorar lo más posible la información sobre el asesinato; debía evitar que su introducción imposibilitara llevar la charla hasta el punto que le interesaba.

A María S aquel a visita le resultaba más incómoda de lo que estaba dispuesta a soportar, aunque el motivo no fuera el que había imaginado. Sentía deseos de decirles a los agentes que no se encontraba en

disposición de hablar, que se sentía mal, que hacía pocos días había tenido un accidente, tenía la rótula de una pierna fracturada y le dolía, que vinieran otro día, si no les parecía mal, entonces hablarían. Sin embargo, se sintió incapaz de imponerse, por falta de costumbre; en lugar de decirles que regresaran en otro momento, como era su deseo, los invitó a pasar y sentarse, y hasta preguntó si deseaban beber algo.

425

Tuvo una fuerte contracción en el estómago cuando oyó que le preguntaban desde cuándo conocía a Amigo. Demoró

en responder; pidió que le repitieran la pregunta, para darse tiempo a pensar lo que diría.

«Queremos saber exactamente desde cuándo lo conoce», le especificó el hombre.

Le pareció raro que eso les interesara. ¿Esas dos personas le habrían mentado, y la verdad era que sí habían venido por el incidente de hacía unos días? Claro, podría tratarse de eso, pero, como quiera que fuera, no tenían por qué saber que la discusión con su marido había sido por Amigo. ¿O lo habrían averiguado de alguna manera?

Por María T, seguramente.

Sin embargo, su mayor preocupación no era esa, sino que su marido podía llegar en cualquier momento, ¿y si la encontraba hablando de Amigo con esos policías?... «Mejor ni imaginarlo».

Preferible sería contestar sin perder tiempo, se dijo,

responder lo que quisieran y terminar cuanto antes para que se marcharan, para que no quedara ni el recuerdo de ellos cuando

él llegara. Contó, incluso sin que le preguntaran —lo que le pareció más adecuado al momento—, que lo había conocido en la universidad, que eran muy amigos, que un día había desaparecido sin avisar y solo volvió a verlo hacía años...

«Hace unos quince años nos vimos otra vez, en una fiesta de graduación... Pero volvió a irse..., enseguida... Vivía en el extranjero y tenía que viajar...».

Omitió mencionar el reciente reencuentro.

«¿Entonces usted desconoce que hace unos cinco años regresó?», soltó Ricardo Z, hablando rápidamente y observando su reacción.

426

«Sí..., no... No sabía...».

«¿No sabía que había regresado hace unos cinco años, después de la muerte de su pareja?...».

María S negó repetidamente con la cabeza, los ojos muy abiertos; su rostro evidenciaba que se sentía caída en una trampa.

«No lo sabía... No lo sabe... Bueno, es verdad..., no tiene cómo saberlo», afirmó Ricardo Z, como si diera crédito a las palabras de María S.

Al menos, así lo quiso creer el a.

Él no le dio tiempo a engañarse.

«No lo sabía antes, pero lo supo hace poco..., ¿o me equivoco?»

No, no me diga nada, los dos sabemos que no me equivoco, una amiga se lo comentó a usted, que el amigo de ambas había regresado. Y ha estado viéndose con él últimamente..., incluso ha estado en la casa de él. Y claro está que el marido de usted no sabe nada de esos encuentros...».

A María S le pareció que iba a estallarle la cabeza. Se echó hacia atrás en el asiento y se agarró las manos con fuerza, intentando disimular su temblor. ¿Adónde quería llevarla ese hombre? ¿Y qué sabía, o qué trataba de saber? Le cruzó por la mente la idea de que no tenía dos policías enfrente, sino dos personas al servicio de su marido por alguna razón. ¿Qué estaría él tramando que le envió a esos dos haciéndose pasar por policías, acaso alguna confesión de su parte? ¿Pero qué iba a confesar el a, salvo que, al encontrar a Amigo nuevamente, había llegado a pensar que podía comenzar una nueva vida, aunque no imaginaba cómo pudiera ser? Tener a Amigo cerca, poder conversar con él, contarle sus años no vividos..., ¿no sería eso ya una nueva vida? Pero eso nunca lo confesaría a nadie.

427

Ricardo Z interrumpió sus lucubraciones, pero dejó el tema en suspenso. Por momentos miraba hacia la psicóloga, que aparentaba no estar atenta a la conversación.

«Aquel a fiesta de graduación..., hace quince años, ¿recuerda usted algo de el a?, más o menos, claro, no tiene

que ser exacta, sabemos que ha pasado mucho tiempo. Pero siempre algo debe de haber quedado en su memoria, ya que se trata del reencuentro con un gran amigo que hacía décadas no veía..., eso no pasa todos los días, ¿verdad? Ha de haber sido muy emocionante para ambos...».

María S recordó que, como afirmaba el investigador, había sido un momento muy emotivo, que su amigo había llegado para saludarla pero se había marchado de inmediato, pues debía viajar, y estaba acompañado por un desconocido que supuso sería algún amigo. No mencionó que no había sido un encuentro agradable para ninguno de los presentes, por la actitud agresiva de su marido, y Ricardo Z aparentó estar complacido con la historia, por más que no concatenaba con la antes escuchada a María T, seguramente más cercana a la verdad. Procuraba que se relajara y se confiara, para sorprenderla con el siguiente tema. Hizo como si escribiera algo en su cuaderno de notas. Cerró el cuaderno con parsimonia y lo guardó en el portafolio, miró a la psicóloga, que a su vez lo miró, extrañada. Dijo «Bien», e hizo ademán de levantarse, como si fuera a retirarse.

Al ver sus movimientos como de quien ha concluido aquel o que vino a hacer, María S se distendió de inmediato, imaginando que había terminado la sesión y al fin su mente descansaría.

Se le escapó una leve sonrisa.

De repente, Ricardo Z se echó hacia atrás otra vez en el asiento, y mirándola fijamente, le preguntó:

«Señora, antes de marcharme, por qué no me cuenta algo acerca de las dos últimas visitas que le hizo a su amigo».

Le recordó las fechas de esas visitas, para demostrarle que estaba al tanto.

Pero no le reveló su muerte.

Comprendiendo la jugarreta, María S se desplomó en el asiento. Se sentía acorralada. Durante unos minutos no pudo articular palabra alguna; solo miraba a Ricardo Z, preguntándose cuál sería la verdadera razón de la presencia de ese hombre y aquel a mujer con aspecto de médico que no había despegado los labios en ningún momento, pero la miraba con una fijeza que la impresionaba, como si estudiara sus reacciones. ¿Quiénes serían en realidad?, ¿por qué él le hacía preguntas que ella no quería ni podía responder? Además de admitir que las realizó, ¿qué podría contarle acerca de esas visitas? ¿De sus conversaciones con él? De ninguna manera hablaría de cómo había admitido ante el amigo verdades que a sí misma se había ocultado durante décadas, de la sensación de libertad espiritual que experimentaba cuando él estaba cerca. Mucho menos se permitiría referirse al masaje recibido, a las sensaciones placenteras y casi desconocidas que había experimentado mientras las manos del amigo intentaban relajar y tonificar sus músculos.

La idea de que esas personas estaban al servicio de su marido regresó a su mente. ¿Sería él capaz de acudir a ese extremo? Desde luego que sí, ¿cómo podía el a dudarlo? Su marido los había enviado para sacarle información; esa era la explicación para aquel a conversación cuyo sentido no acababa de encontrar.

429

«¡Ustedes no son policías!», casi gritó, «Ustedes quieren perjudicarme..., ustedes quieren obligarme a que diga

cualquier cosa para después ir con el chisme a mi marido...».

Ricardo Z no hubiera podido imaginar tal reacción. Miró a María C, y advirtió que también estaba sorprendida. «No está fingiendo», se dijo. Esa explosión no podía haber sido inventada para evadir la pregunta.

«De ninguna manera, señora..., usted se equivoca..., claro que somos policías, por eso estamos aquí... Los problemas suyos con su marido no nos interesan». Aunque habían

mostrado sus placas al inicio, tomó la suya y se la puso en las manos. «Vea bien, señora..., revise... Si hemos venido hasta

aquí es porque...».

Se detuvo un instante, dudando si declaraba o no el motivo de la visita; hubiera preferido dejar esa información para más adelante, pero no era pertinente seguir ocultándola.

«Porque estamos investigando un crimen...».

«Investigando..., ¿un crimen?», exclamó María S, con una mezcla de asombro y desasosiego, «No entiendo...,

qué tengo yo que ver con..., eso. ¿Y qué tienen que ver esas preguntas tuyas con...?».

Mientras trataba de hilvanar las palabras y dar coherencia a lo que intentaba expresar, una idea iba abriéndose paso en su mente. Pero no podía ser, eso que acababa de cruzar por su cabeza no tenía sentido. ¿No lo tenía? No estaba tan segura; eso que no podía ser y que no tenía sentido, no obstante..., era. Algo en su interior acababa de afirmarlo.

Con voz temblorosa, haciendo un gran esfuerzo, se atrevió a preguntar, temblando de antemano por la posible respuesta:

«¿Qué tiene que ver mi amigo con ese crimen?».

430

«Lo lamento mucho, señora, pero estoy en el deber de informarle que investigamos el asesinato de su amigo, ocurrido la noche de ese día en que usted lo vio por última vez... Cualquier información que pueda darnos sería de mucha ayuda».

431

«Para mí hay varias cosas que están bien claras», comentó María C, «Y la primera de todas es que esta

mujer está dispuesta a encubrir al marido hasta las últimas consecuencias...».

«Es más que evidente...», la secundó Ricardo Z, «Si es capaz de no acusarlo por sus maltratos, y hasta de negar que esos golpes en todo el cuerpo se los propinó él, qué otra cosa podemos esperar... De el a no

obtendremos información

que nos ayude contra él... Creo que ni aunque supiera que es el asesino... Lo protege y lo protegerá..., supongo que por miedo... Está aterrorizada».

«Miedo, terror..., pánico solo de imaginar la reacción del hombre... Todo eso está presente, no lo niego... Pero para mí esa no es la esencia...».

«¿No es la esencia?, ¿de qué? ¿Y por qué no lo es?».

«El problema de esa mujer no es que pretenda encubrirlo o protegerlo de manera consciente...; es otro..., es que no sabe, que no puede actuar de otra forma. Esa es la esencia...».

«Muy claro todo, pero..., ¿me puede traducir eso a lenguaje de simple policía?».

María C sonrió ante la falsa modestia de Ricardo Z.

«¿Simple policía?... Yo no estaría tan segura... En fin...».

«¿En fin?»

432

«Pues, casi nada, estimado colega... Simplemente, en el fondo, el a no está encubriendo o protegiendo al marido: Se

está protegiendo a sí misma..., a su integridad psíquica, si lo prefiere...».

«Repito lo del simple policía...».

«Y yo no voy a hacerle caso, sé que puede entenderme...».

No había mucho que explicar, añadió. Si María S denunciaba a su marido, por los maltratos, por ejemplo —como debía suceder si las relaciones humanas se ajustaran a la lógica

aristotélica—, y además contaba en un juicio lo que había sido su vida junto a él, más lo que podían atestiguar otras personas, con seguridad lo enviarían a la cárcel por mucho tiempo. Supuestamente, de esa manera el asunto del abuso quedaba resuelto.

«Y llegada el a a ese punto, digamos, de liberación, de ruptura de las cadenas..., ¡cadenas de varias décadas!, ¿qué iba a hacer con su vida...?».

Faltando el astro alrededor del que llevaba girando toda una vida, ¿Qué iba a pasar con todo ese esfuerzo empeñado en adivinar qué lo complacía y qué lo disgustaba, en mantenerlo satisfecho y evitarse castigos?

«Seguramente a usted no se le habrá ocurrido jamás pensar en una disyuntiva como esa, pero el fenómeno se da con más frecuencia de la que uno pudiera imaginarse», aseguró María C, observando la expresión escéptica de Ricardo Z y sus colegas. «Tome en cuenta esto: Esa señora ha vivido al menos las dos terceras partes de su vida en función de ese hombre; para sobrevivir, miraba el mundo desde una perspectiva que no era la suya, miraba con los ojos del marido... Trató de ordenar las cosas de manera que no produjeran fracturas en el equilibrio establecido en su casa, el único que tenía como

433

posible... Si su amiga no ha exagerado, el objetivo de esta mujer ha sido siempre mantener ese equilibrio... Romperlo

por sí misma le resulta impensable».

María S había estabilizado su universo vital y creado su zona de confort —«De una manera o de otra, es lo que todos hacemos, ¿no?», acotó—; si, de repente, ese universo dejara de existir, su desorientación sería completa.

«Pongámonos en su lugar. Ese marido que abusa de el a y la maltrata es, a la vez, su único punto de apoyo, material y emocional, y además su medio de relación con el mundo.

A estas alturas, el a ya no puede imaginarse a sí misma sin la presencia de él... Sin él, no existe..., o al menos así lo siente el a, aunque no sea consciente de sentirlo... Aunque no lo crea, capitán, en estos momentos, la salud emocional de esa señora depende de que esa relación de dominación-subordinación se mantenga. Si termina de repente, lo más probable es que el a se venga abajo psicológicamente...

Tendría que descubrir una nueva fórmula para regresar a su zona de confort, mejor dicho, de crear una nueva, y eso no resultaría nada sencillo... Al menos, nunca podría sin ayuda profesional..., y ni siquiera hay garantía de que salga

del círculo vicioso... No se trata de algo consciente en el a, le repito, es su subconsciente, que lo presiente y le advierte que no puede perderlo... Por eso el a nunca haría algo que

la ponga en riesgo de enfrentar semejante catástrofe... En su

interior, la disyuntiva es aferrarse a esa vida que lleva, a ese equilibrio, o enfrentar el caos para el cual no se encuentra

preparada».

Ricardo Z oía el largo discurso de la psicóloga y se

preguntaba de qué modo todo aquello podría ayudarlo

en su trabajo. Le parecía que, mirando con objetividad, lo

434

único que ocurría era que no había avanzado un centímetro en su investigación. Aunque seguía pensando que había

acertado en sus iniciales evaluaciones del crimen, y estaba

convencido de que había transitado por una senda correcta

y sus hipótesis acertadas, con ello no tenía nada en la mano,

y las palabras de la colega se lo advertían: Si atrapar al supuesto criminal pasaba por una declaración de esa mujer que

implicara a su marido en el crimen, podía dar el caso por

perdido.

Con María S había obtenido algunas certezas, ciertamente,

pero no información productiva. ¿O tal vez sí? En cualquier

caso, no conseguía relacionar las piezas de que disponía. Había obtenido mucho conocimiento acerca de la relación de esa

mujer con su marido, pero en la conversación no encontraba

nada que estableciera una conexión comprobable entre él y

el asesinato investigado. Lo más elemental, la coartada que

alejaba al sospechoso del lugar del crimen, lo aportaba el a

al afirmar que habían estado juntos esa noche. La prueba era

nada menos que la violación de que había sido objeto por él.

Violación comprobada aunque el a lo negara, por cierto, pues

solo admitía que él se había mostrado algo rudo al tener sexo con ella esa noche. Fuera lo uno, fuera lo otro, haber estado esa noche con su mujer eliminaba la posibilidad de considerar al marido como sospechoso del crimen, pero se resistía a aceptar ese resultado, «Algo aquí ha de estar mal contado..., mi problema es que no sé en que momento se aparta de la realidad». Si ella, como afirmaba la psicóloga María C, era capaz de defender su relación disfuncional a como diera lugar, ¿mentiría también en ese caso? Pero entonces se convertía nada menos que en cómplice del asesino de una persona a quien, evidentemente, amaba de una manera muy especial.

435

«¿Llegará a tales extremos ese afán por proteger el equilibrio emocional de que habla mi colega? ¿Protegerá al

asesino de su amigo?», se preguntaba. Le costaba admitirlo, ante todo porque la reacción de la mujer al conocer de la muerte del amigo no había sido ninguna simulación. «Cuesta pensar que sea cómplice o encubridora de ese crimen».

Pero le quedaba claro que nunca iba a colaborar en contra de su marido.

«¿Ni aunque supiera que es el asesino?», se preguntó.

«Ni aunque lo supiera», oyó dentro de sí la respuesta de su colega María C.

No era la primera vez que se veía obligado a informar a alguien de la muerte de una persona cercana, desde luego, y

en cada ocasión debió asistir a las manifestaciones de dolor

por la noticia. Casi siempre eran verdaderas, pero en no pocas oportunidades eran fingidas, o al menos sobreactuadas,

sospechosamente exageradas. Había aprendido a discernir

unas de otras. Por ello no le cabía duda de que el sentimiento expresado por María S al conocer la muerte de su amigo

había sido sincero.

Al oír de labios de aquel policía vestido de civil que Amigo

había sido asesinado, María S no lloró, no gritó, no formó

algarabía alguna: Se llevó una mano a la boca, para contener

un grito de sorpresa, abrió los ojos desmesuradamente y se

echó hacia atrás en el asiento. Había perdido el conocimiento.

Cuando los dos visitantes lograron hacerla volver en sí,

María S permaneció sentada en la misma posición en que se

había desmayado, desplomada sobre el asiento, como si un

gran peso le impidiera moverse. Ricardo Z consideró que no

debía seguir la conversación, para no afectarla más, pero él se negó a dejarla para otro momento.

436

«De ninguna manera, siga usted... Ya se me pasó... Peor no voy a estar... Y no quiero repetir esto».

A pesar del reciente episodio, la expresión de su rostro

mostraba una gran serenidad. Su colega explicaría más tarde

a Ricardo Z que no se trataba de serenidad, sino de que su

sistema nervioso había quedado tan agotado que estaba

prácticamente insensible.

En resumen, Ricardo Z no pudo obtener de aquel a

conversación ningún dato consistente. Según lo expuesto por el a —y que coincidía de manera general con los datos que poseía—, nada ligaba al marido con la víctima, salvo el hecho de haberse encontrado quince años antes, por una única vez y durante pocos minutos, en una fiesta de graduados.

En realidad, comenzó negando cualquier relación entre los dos hombres: A la pregunta de Ricardo Z acerca de si ellos se conocían, afirmó que no se habían visto nunca en la vida, «Cuando me casé hacía tiempo que Amigo vivía en el extranjero». Desde luego, su marido tampoco sabía, ni tenía modo de saber que su amigo estaba de regreso en la ciudad. «Si ni siquiera sabía de su existencia, ya se lo dije..., ¿cómo quiere que se lo repita?».

«Señora, sé que se siente mal, la entiendo», la contradujo Ricardo Z, «Pero, aun así, usted no puede haber olvidado que ellos sí se conocieron... Fue una vez, hace bastante tiempo, como quince años... En una fiesta de graduados, no puede haberlo olvidado... Hay testigos de sobra, haga memoria».

No mencionó a María T al hacer la afirmación, pero no fue necesario: El a supuso que la información provenía de su amiga.

«A saber cuántas cosas más les habrá contado», se dijo, asustada.

437

«También sabemos que el encuentro no resultó demasiado agradable para nadie...», oyó la afirmación del policía.

«Es verdad, sí..., ya me acuerdo... Fue hace mucho, ¿quince años, dice? Disculpe, No me acordaba..., la memoria me fal a un poco... Sí, es verdad..., hace quince años. En la fiesta...».

Intentó restar importancia a lo ocurrido aquel día. No se había producido ninguna discusión, ni nada parecido, pero a su marido no le había gustado lo efusiva que el a se había mostrado en ese reencuentro y se puso muy serio; fue algo descortés, era cierto, ni respondió al saludo... Pero eso había sido todo, de ahí no había pasado, pues el amigo se había retirado muy pronto.

«A decir verdad, la culpa fue mía, por haber exagerado la nota, actué como la muchachita que era antes, no como la señora responsable que ya era, y acompañada por el marido».

Ricardo Z tendría que estar de acuerdo con el a, afirmó, en que, como quiera que se mirara, era lógico que a un hombre le disgustara que su mujer mostrara tanto entusiasmo al ver a otro hombre.

«Cualquiera entendería eso».

Al menos, el a lo entendía. Y cualquier marido hubiera actuado del mismo modo.

De todos modos, su amigo había partido aquel a misma noche y no regresó en quince años. Así que ellos nunca más se vieron, y no había forma de que se hubieran encontrado en ese tiempo.

«Para el caso, es lo mismo... No se conocían...».

Ya de pie, a punto de marcharse, y haciendo como si fuera una idea que se le hubiera ocurrido en el último momento, Ricardo Z preguntó si creía que su marido, en un acceso de

438

celo, o de ira, o en respuesta a una provocación, sería capaz de agredir a alguien. El a respondió, convencida, que no, de ninguna manera.

«Él no sería capaz de hacer eso; es un hombre normalmente tranquilo, solo que a veces se exalta, cuando lo llevan al límite... Hay que entenderlo, tuvo una infancia muy dura, ha pasado por mucho y a veces se violenta, eso no se borra tan fácil... Pero es de muy buen corazón, no le haría daño a nadie».

«Pero lo que yo tengo ahora ante mí no es el resultado de un poco de exceso, sino de un mucho. Usted...».

Ricardo Z no pudo controlarse y la contradijo, mientras con la mano señalaba hacia distintas partes del cuerpo de María S.

El a no lo dejó terminar, casi gritó:

«¡Eso fue un accidente, ya lo dije!...».

«Sí, claro, un accidente...».

Ricardo Z no pudo evitar tampoco el tono sarcástico que, de todos modos, el a no advirtió.

«Ese accidente que tuve..., es verdad que fue mi culpa.

Yo lo hice perder los estribos y así empezó todo..., y, para colmo, soy tan torpe que me caí...».

Como la mujer se escudaba en el pudor y en su derecho a no describir escenas escabrosas, Ricardo Z no pudo obtener información precisa sobre lo ocurrido en aquella casa la noche del crimen, y debió aceptar que el marido había estado durante ese tiempo con ella, lo cual eliminaba, de hecho, la posibilidad de cometer el asesinato.

Anotó en su mente que debería averiguar más sobre el marido de esa mujer y sobre la reciente golpiza que le había propinado. Aunque en apariencia no aportaría nada a su

439

investigación, su instinto le indicaba que había algo en esa dirección que él debía conocer. Como la agresión física era

un delito que no necesitaba denuncia del agredido para ser procesado, debería de haber un acta en alguna parte, y la iba a buscar. Tal vez en lo recogido en ese expediente hubiera algún dato que le resultara útil.

Más tarde comentó con María C que le había llamado la atención que, a pesar de por momentos perder la voz a causa de la emoción, en ningún momento la mujer había llorado.

«No sabe», le explicó la colega, «Mejor dicho: Seguramente desaprendió, y ya no puede hacerlo...; al menos, no delante de otros».

«¿Por qué será que no me asombra nada de lo que estoy viendo?», se preguntó Ricardo Z al terminar de leer el expediente iniciado por la agresión de que había sido objeto María S. Sonrió.

«La pregunta era totalmente retórica», se respondió, «La respuesta es obvia».

En esas hojas se podía comprobar que la mayoría de las expresiones de María S durante la conversación era la repetición casi literal de lo respondido durante el interrogatorio hecho en el hospital y registrado en el documento: Había ocurrido un accidente, se había caído porque era muy torpe, su marido no le había dado ninguna patada. Pero en el expediente se recogían también declaraciones de médicos y otras personas que mostraban una versión opuesta: Las evidencias médicas desmentían sus palabras, y las desmentían también los testigos que la encontraron herida en su casa y la condujeron al hospital.

440

Una de las declaraciones era de María T, y la otra de su esposo. Ello pudiera llevar a pensar en acuerdo previo

para declarar, aunque fueron interrogados por separado.

Sin embargo, el tercer texto que Ricardo Z tomó en sus manos quedaba fuera de toda duda: Se trataba de un agente de policía llamado para acompañar a María T y su esposo cuando acudieron a atender la petición de auxilio de su amiga.

«Este solo ya sería suficiente...», se dijo Ricardo Z, si bien de inmediato admitió: «¿Suficiente para qué, si yo no estoy siguiendo un caso de abuso doméstico?»

Las declaraciones tenían sus pequeñas divergencias —

como siempre sucede y se admite, cualquiera sabe que una persona no recuerda la mismas cosas de la misma manera que otra—, pero en lo fundamental coincidían: María S les abrió la puerta y, al momento, cayó al suelo, sin poder sostenerse; su rostro evidenciaba fatiga y dolor, sudaba por el esfuerzo —«Ya era casi un milagro que hubiera llegado hasta la puerta para abrirla», rezaba la declaración de María T—.

La cara le sangraba, y no podía mantenerse en pie. Los tres textos coincidían también en que, ya en el automóvil, mientras la conducían al hospital y el agente le apretaba un pañuelo contra la herida en el rostro, de súbito, temblando e interrumpiéndose por momentos a causa del dolor por los golpes en casi todo el cuerpo, comenzó a hablar. Lo hacía a gran velocidad, como si una fuerza interior la obligara a desahogarse. Y así contó la agresión de que había sido objeto por parte de su marido esa mañana.

«Lo que había escondido por más de cuarenta años le salía a borbotones por la boca», constaba en el registro de lo declarado por María T.

441

Cierto que la coincidencia en la esencia de las tres declaraciones era valiosa para incoar un juicio por agresión,

y hasta por violación, con independencia de que la agredida hiciera o no la denuncia; pero Ricardo Z se repetía que, a los efectos de su investigación, nada de eso tenía mayor relevancia. No obstante, volviendo a revisar los pormenores de ese caso que no era suyo, se percató de que había una

frase coincidente en los tres testimonios, y eso prometía ser trascendente: En algún momento de su precipitada narración en el automóvil, María S se había referido a que su marido se le echó encima y la poseyó a la fuerza cuando llegó a la casa en la madrugada.

«En la madrugada», se dijo Ricardo Z, y repitió varias veces la frase. «El hombre llegó a su casa en la madrugada. Esa sí que es una información relevante... Y tres personas testifican que la oyeron afirmar eso..., entre ellas un agente de la policía».

Según el informe forense, la muerte investigada se había producido en horas tempranas de la noche. Conduciendo su propio vehículo, en horas de menor circulación por las calles, si el marido de María S hubiera cometido el asesinato como suponía Ricardo Z, habría dispuesto de tiempo

suficiente para realizarlo y regresar a casa, incluso antes de la madrugada. El porqué de la violación a esa hora y de la

agresión de la mañana siguiente no le quedaba claro, aunque acaso estuviera relacionado de alguna manera con un deseo de castigar la infidelidad real o imaginada de su mujer con la víctima. Ese era otro tema, por el momento no habría que detenerse en él, pero pudiera entrar en el perfil de la

motivación para el asesinato: Quizás en la mente del asesino no era suficiente matar al amante, también se debía castigar a

442

quien había traicionado; violarla y después golpearla serían dos modos de reivindicar la potencia

viril ofendida. O,

simplemente, con ello se procuraba una coartada segura:

El a no olvidaría la agresión sexual de esa noche, y con eso le cubría las espaldas incluso sin desearlo.

Cualquiera que hubiera sido la razón, lo importante era

que con esa expresión, en la madrugada, la coartada del

hombre perdía solidez. A partir de la frase, los investigadores podrían contar con al menos un elemento para una posible

inculpación, la oportunidad: Había dispuesto de tiempo

suficiente para ejecutar el crimen.

Poder probar que el marido de María S había dispuesto

de tiempo para cometer el crimen y regresar junto a su

mujer, a decir verdad, no era demasiado. Por ejemplo,

faltaba establecer el motivo de modo fehaciente, no a partir

de suposiciones; desde luego, podían inferirse los celos o

la venganza, pero la información de que se disponía hasta

el momento no era concluyente. Por último, ni siquiera

con esos dos elementos en la mano se podía afirmar

que había un caso contra ese hombre y encausarlo. Para

llegar hasta ese punto, Ricardo Z debía responderse a

dos preguntas: ¿Cuál era y dónde se encontraba el arma

homicida? ¿Cómo situar al presunto criminal en el lugar

de los hechos?

En cuanto al arma, los forenses afirmaban que, por la forma

de las lesiones, podría haber sido utilizada una herramienta

de mecánica, u objeto semejante.

«Si de veras ese hombre es el homicida, quizás la guarde en casa, entre sus herramientas», pensaba Ricardo Z, «Debiéramos revisar su taller».

443

Pero no había justificación alguna para solicitar una orden de registro, en ese sentido no había nada que hacer.

«Y sin contar que ha tenido tiempo suficiente para limpiarla a conciencia».

Más difícil todavía era situar al hombre en la escena del crimen, pues no se había encontrado ningún testimonio que permitiera ubicarlo cerca del lugar: Nadie había visto hombre alguno entrar en la casa, ni siquiera detenido por algún tiempo cerca de el a. Las escasas declaraciones obtenidas se referían a una mujer que estuvo en la casa esa tarde, pero también la habían visto salir acompañada por la víctima, quien poco después regresó solo. En ambos casos, había testigos que los vieron. La mujer descrita quedaba fuera de sospecha como ejecutora del crimen, pues para que el golpe hubiera sido tan demoledor se requeriría la fuerza de alguien de mucho mayor tamaño y con varios kilos más de peso, una persona tan menuda como la que recordaban haber visto los testigos nunca hubiera podido actuar sola.

«Pero eso no niega que haya participado, pudo haber ayudado al asesino», opinaron algunos de sus colegas.

«¿Que haya sido cómplice del marido?... No, de ninguna manera me parece posible...».

Admitía que no sería la primera vez que algo semejante

sucediera, pero no en el caso de el a.

«No me la imagino ayudando al asesino.... Tendría que ser una actriz muy bien entrenada para que su desvanecimiento al oír la noticia de la muerte de su amigo hubiera sido fingido».

444

«Es decir», trató de resumir uno de los subordinados, «Nadie vio a ningún hombre sospechoso por allí, y la mujer a quien vieron no pudo ser la asesina, por no tener el físico apropiado para ello...».

«Eso es lo que tenemos...», lo secundó otro.

«Sí, pero, por otra parte, la persona descrita es la mujer de nuestro mejor candidato a sospechoso...», puntualizó Ricardo Z, «Y para mí que tiene que haber alguna relación entre la visita de el a a la víctima y el crimen... Sigo viendo que no tenemos nada concreto en la mano, pero este es nuestro hombre..., no quisiera soltarlo por el momento, al menos mientras no aparezca algo más sustancioso que apunte en otra dirección. Vamos a trabajar en ese sentido. Vamos a buscar toda la información que se pueda recopilar sobre él, a ver si encontramos alguna pista que nos conduzca a algún lugar».

Estaba convencido de que una búsqueda en su casa acaso pudiera aportar ese hilo que no encontraban, pero no podía realizarla. Despachó a los colegas, pidió que no le pasaran

l amadas hasta que avisara, y se encerró en su oficina a meditar sobre cómo obtener una orden de registro.

Aunque trabajaban en departamentos diferentes, entre los

que llevaban el caso por agresión y violación contra el marido de María S había antiguos colegas de estudios de Ricardo Z

que, cuando les contó su interés en ese hombre, se prestaron

a ayudarlo en lo que pudieran y le facilitaron copias de todo

lo que tenían archivado. Además, le informaron que había

un elemento a su favor: El hombre no se había presentado de

modo voluntario a declarar, como se le había solicitado; en

consecuencia, se acudió a la vía de apremio, pero tampoco se

presentó, y en esos momentos estaba declarado en rebeldía

445

por una jueza y había orden de captura contra él. Pero ello tampoco era razón válida para obtener una orden de registro

como pretendía Ricardo Z, le recordaron, de modo que no

tenía cómo hurgar entre sus herramientas en busca de la que

se pudiera considerar el arma asesina.

«Ya lo tengo», se dijo: Él podría valerse de la situación de

rebeldía del hombre para presionar a la mujer y obtener su

autorización para revisar el lugar donde el marido guardaba

las herramientas, sin necesidad de una orden de registro.

Quería, además, sostener una segunda conversación con

el a. Para eso último no necesitaba permiso alguno, pues

ninguna regla de procedimientos le impedía visitar a la

señora, siempre que actuara de manera que el a no pudiera

reclamar por acoso policial. Cuando fuera a visitarla, llevaría un par de técnicos consigo, pues él la llevaría a conceder el

permiso para revisar las herramientas de su marido.

446

Antes de visitar por segunda vez a María S, Ricardo Z realizó una revisión completa de la información obtenida por sus colaboradores.

«Vio qué interesante, jefe», exclamó uno de los investigadores, «Aunque se hace llamar El Ingeniero, nuestro hombre no llegó a graduarse».

Gracias a la cooperación de los agentes que llevaban el caso por agresión, habían tenido acceso a los antecedentes de su posible sospechoso, y la información abarcaba incluso sus tiempos de estudiante universitario.

Ricardo Z les comentó que había observado una tarjeta de visita en casa de María S, y el nombre aparecía precedido por la abreviatura Ing.

«O sea, que no es un mote por el que lo conocen y seguramente le gusta; se trata de un fraude... El hombre se apropia de un título que no le pertenece».

«Por eso podría ser llevado a juicio..., es un delito», añadió otro; aunque de inmediato se rectificó: «Pero eso no es con nosotros..., lo nuestro es ponerlo tras las rejas si podemos demostrar que es el asesino...».

En su juventud el pretendido ingeniero había matriculado ingeniería mecánica, pero mientras cursaba el penúltimo

año fue arrestado por la golpiza propinada a una colega de la carrera con quien mantenía relaciones íntimas. —«Como ven, hay antecedentes bastante tempranos de violencia contra

447

una mujer», recalcó Ricardo Z—. En contra de los deseos expresos de los alumnos de la facultad, que exigían una

sanción ejemplarizante, el tribunal lo trató con benevolencia y lo condenó a una sentencia de arresto domiciliario, tomando en cuenta su juventud y la falta de antecedentes.

Puesto que la sanción no le impedía continuar estudios, trató de reincorporarse a las aulas, pero cuando las muchachas lo vieron llegar protestaron; los varones se les sumaron, también los grupos de otras facultades y en poco tiempo se formó una manifestación que exigía su expulsión de la universidad.

No fue necesaria: Él mismo decidió no continuar la carrera.

En cuanto al rendimiento académico, en su expediente constaba que obtenía los mejores resultados en las materias

de corte práctico, aunque en las teóricas no sobresalía; nunca reprobó, eso sí, pero tampoco obtuvo notas destacadas.

En el expediente también se registraba que tenía dos hijos de un primer matrimonio. El divorcio, planteado por la esposa, había sido por mutuo acuerdo —«Al menos es lo que consta en acta», acotó Ricardo Z, «Nada nos asegura que no haya habido violencia también»—. Llevaba algo más de cuarenta años con la segunda esposa, María S, con quien

tenía dos hijos, residentes en el extranjero.

También se consignaba que unos meses antes, en una organización defensora de los derechos de las mujeres, se había producido una denuncia anónima contra él, por presunta violencia contra su esposa, pero no se había incoado proceso alguno, por lo cual no se aportaban pormenores.

«La verdad es que nuestros colegas se han lucido...», comentaron algunos investigadores, «No han dejado rincón sin escarbar».

448

«Y a mí me parece cada vez más que este hombre puede ser nuestro hombre», comentó Ricardo Z consigo mismo,

«Encaja tan bien en el perfil...».

«Pues sí que hay casos similares anteriores, capitán...

Todos pendientes... algunos de muchos años», informó, mientras le entregaba un paquete de expedientes, el investigador a quien se había ordenado revisar en los archivos en busca de crímenes semejantes al que investigaban.

«En concreto, ¿de qué similitudes me hablas?».

«Pues combinación de método y pasión, muerte por golpe en la cabeza, al parecer una herramienta, señales de que el asesino buscaba algo..., en fin: Lo mismo que en el caso que nos ocupa. La forma de actuar del criminal es la misma...».

Apasionamiento y saña; meticulosidad evidente; ausencia de huellas, salvo las de los zapatos a ambos lados del cuerpo; gavetas revueltas en su interior, pero cuidadosamente

cerradas: Todo coincidía. Incluso la evidencia de que el robo no había sido el motivo de las muertes.

«Por lo que veo, no solo el proceder es similar, también está la misma ausencia de pistas», comentó Ricardo Z con el colega, mientras hojeaba los expedientes. «El mismo asesino, por lo que se ve, pero todos son casos pendientes».

¿Sería ese el destino que esperaba al esfuerzo que él y su grupo estaban desplegando? Hizo un gesto de negación con la cabeza, tratando de espantar la idea que había cruzado por el a. «Mejor no pensar en eso».

«Lo curioso que les encuentro...», comentó el agente, «es que, aunque todo indica que se trata de la misma persona, lo cual nos colocaría ante un asesino en serie, no hay una

449

secuencia fija entre las muertes... Quiero decir, en lo temporal..., porque hay diferente separación entre un caso y

otro, y siempre son años... Eso no es muy común tratándose de asesinos en serie... Como si el tipo dejara correr el tiempo, de repente le entrara la gana de matar y saliera a buscar alguien para matarlo...».

Se unía a esa falta de sistema en cuanto al tiempo la falta de elementos que indicaran alguna correspondencia entre las víctimas; al menos en una primera revisión, no se encontraba un denominador común entre el as, alguna circunstancia que pudiera relacionarlas en la mente del asesino: Los muertos no coincidían en profesión, procedencia,

círculos que frecuentaban o intereses.

«Claro que nosotros sabemos que esa ausencia de relación suele ser relativa, la mente de un asesino puede establecer conexiones entre sus víctimas de difícil comprensión para quien no sea él... Pero esa relación existe..., dalo por

seguro... El reto es encontrarla, y lo vamos a hacer, es nuestro trabajo... Cuando eso pase, tendremos al asesino. No fal a...

Ni que fuera la primera vez que lo hacemos».

Uno de los expedientes llamó la atención de Ricardo

Z. Era el asesinato, poco más de quince años antes, de un profesor universitario. En todo era similar a los otros dos

cuya documentación tenía sobre la mesa, y no había relación

evidente con ellos, como ya sabía, pero lo que le interesó fue la especialidad de la víctima y el lugar donde había ejercido

su profesión: Era la misma facultad donde estudiaron María

S y María T. Si el profesor había trabajado más de treinta años en esa misma facultad, era imposible que no hubieran

450

coincido en algún momento, incluso era casi seguro que el as hubieran sido sus alumnas.

«Y eso establece una relación, aunque indirecta, entre

ambas víctimas: Ambos las conocieron cuando eran

estudiantes... Y pienso que no solo eso relaciona a las dos víctimas...».

«Pienso lo mismo que usted, capitán... ¿Y dice que hay algo más?».

«Me parece evidente: Un profesor con tanto tiempo de

actividad, seguramente sería invitado a las reuniones de graduados, él sería uno de los profesores más antiguos, ¿no te parece? Siendo así, por qué no suponer que asistió a aquel a que se celebró hace unos quince años..., a la que ya sabemos que asistió nuestra víctima».

«¿Cree que coincidieron en algún momento?».

«Para mí, no sería descabellado suponer que ambas víctimas pudieran coincidir en algún momento, en esa fiesta».

«Pudieron coincidir o no...», puntualizó el investigador.

«De acuerdo: Pudiera ser que no... Pero pudieron

coincidir..., e incluso con los maridos de las dos amigas,

como dije antes. Ello nos da una posible relación, un contacto, aunque sea mínimo, entre seis personas en un momento

dado..., dos de las cuales fueron asesinadas con posterioridad,

una un poco después, la otra ahora, luego de quince años».

Puesto que la muerte del profesor se había producido

poco menos de tres meses después de aquel a reunión de

graduados, Ricardo Z se preguntaba si habría ocurrido algo

especial, algo que pudiera haber conducido a su asesinato.

«Y al actual... Quince años después».

«Dos observaciones, capitán...», lo interrumpió el colega,

«La primera, es que tenga en cuenta que al pensar así ya está

451

dando por sentado que uno del grupo es el asesino, y por inferencia lógica solo podría serlo el marido de María S...,

¿no le parece un poco apresurado?».

«¿Y la segunda?», evadió Ricardo Z dar una respuesta, comprendiendo que no tenía ninguna válida.

«La segunda no tiene nada que ver con la primera...

Simplemente..., se me ocurre que la explicación de los quince años entre una muerte y la otra es que, como la segunda víctima pasó a vivir en el extranjero, su asesino lo perdió de vista durante ese tiempo... Al enterarse de que estaba otra vez cerca, completó su trabajo».

«Idea interesante... Seguramente ocurrió eso... Al menos, de falta de ideas interesantes no podemos quejarnos... Solo hay que buscar con qué probarlas», concluyó Ricardo Z la conversación.

Por lo pronto, entendió que debería dilucidar con María S varios puntos relativos a ese profesor asesinado, incluida su posible presencia en la fiesta de graduados.

Sin embargo, no lo haría de inmediato. Antes se

encontraría con su amiga, para tratar de obtener de ella a cuanta información fuera capaz de recordar de aquel encuentro, e

incluso, de ser posible, de la etapa de estudiantes. Podría no coincidir con lo que María S le dijera después, pero hasta esa posible contradicción serviría para obtener algo de luz.

María T confirmó la presencia del profesor asesinado en el encuentro de graduados. Recordaba no haber conversado mucho con él, pero en algún momento se habían saludado e intercambiado las habituales cortesías; tampoco tenían mucho de qué hablar, pues, aunque había recibido clases de él, nunca le había resultado demasiado simpático.

«Recuerdo que era atractivo, pero me chocaba que estuviera tan convencido de que lo era... Lo curioso es que daba la

impresión de que ese convencimiento era lo que lo hacía tan solicitado».

Ricardo Z sonrió.

«Si sonrío porque imagina que yo pudiera haberme sentido desairada..., que por eso me chocaba..., pues se equivoca...

En ese entonces no me escaseaban los pretendientes... No necesitaba que me incluyera en su lista».

Esta vez era el a la que sonreía, con un dejo de coquetería.

«Está bien, me rindo...», bromeó Ricardo Z, mientras pensaba que sí, que en su momento a el a no le faltarían pretendientes, se notaba que debió de ser bel a en sus años mozos.

«En fin..., ¿recuerda si su amiga también se encontró con el profesor en la fiesta?»

«Es de suponer que lo haya visto en algún momento, desde luego... En un encuentro de ese tipo todo el mundo ve a todo el mundo. La idea es precisamente esa, reencontrarse».

«¿Y sabe, o recuerda usted, si el marido de María S estuvo presente cuando se vieron?».

«Sí, claro..., mejor dicho, tanto como saberlo, saberlo, claro que no..., pero lo supongo, sería lógico, porque el a y

su marido estaban juntos allí, él no la hubiera dejado ir sola a la reunión...; en algún momento se habrán saludado, por

lo menos».

«¿Y recuerda si en esa ocasión ocurrió algún hecho particular...?».

«No sé qué le diga..., recuerde que yo no estaba con ellos en el momento en que posiblemente se encontraron...».

453

«Pero, su amiga, ¿no le comentó nada más tarde?, ¿no le contó si se había producido algún incidente entre los

hombres..., digamos, algún tipo de disgusto, un intercambio áspero de palabras, una discusión...?».

«¿Comentar?... Bueno..., sí, creo recordar más o menos que algo de eso me comentó días después, pero no sería nada de particular...; yo lo recordaría».

«¿Qué quiere decir con eso de nada de particular? ¿Podría explicarlo mejor?».

«Vamos a ver..., ah, sí; recuerdo que el a me dijo algo así como que a su marido no le había gustado para nada El Profesor... No recuerdo bien lo que me contó, le digo..., eso es lo que me quedó de lo que hablamos... Por eso digo que nada de particular, porque que alguien no le simpatizara a su marido no es cosa del otro mundo, es la regla... Habría sido muy extraño que un antiguo amigo, profesor, o simple conocido le cayera bien a él, que ha pasado toda la vida alejándola de sus amistades... Y bastante bien que lo ha logrado, a decir verdad... Porque, salvo yo y alguna que otra amiga, el a no tiene a nadie, ¿entiende eso? A nadie. Y no digamos hombres. Eso ni pensarlo... Yo incluso me asombré

cuando los vi en la fiesta. Me pareció casi un milagro que fueran...».

Ricardo Z meditó durante unos segundos. Por esa línea no quedaba mucho camino por recorrer. Había que pasar a otro punto.

«Haga ahora un poco más de memoria... Vaya un poco más hacia atrás en el tiempo; digamos..., cuando estudiaba en la universidad... Usted y María S eran muy buenas amigas ya por aquel entonces, si no me equivoco... Es de suponer que se contaban algunas intimidades...».

454

Se detuvo intencionalmente unos segundos, para permitirle retrotraerse a sus años de estudiante. El a, sin

embargo, habló de inmediato:

«No esté tan seguro, el a siempre fue muy reservada...

Pero muy amigas, sí; eso sí, siempre lo fuimos».

«Pero, aunque fuera reservada, algo comentaría de su vida, digo yo..., siendo tan amigas, siempre hay algún momento en que la lengua se dispara...».

«Claro, siempre se cuenta algo... ¿Y qué es lo que quiere usted saber..., en particular?... ¡Estamos hablando de cosas de hace más de cuarenta años!».

«Tiene razón, disculpe... Pero... Solo una cosa más... Solo me gustaría saber si usted recuerda haberse enterado, digamos, por algún comentario suyo, por alguna conversación que ahora le venga a la memoria, de que el a

y ese profesor del cual hablamos hayan sostenido alguna relación..., una relación más al á de la normal entre alumna y maestro...».

«¿Una relación...?, ¿íntima, dice usted?».

«Eso, digamos que íntima...».

«No me parece».

«¿No le parece, no recuerda, o no sabe?».

«No lo recuerdo bien, pero tampoco lo creo... Algo me hubiera quedado en la memoria... No recuerdo ahora que me haya comentado nunca, aunque..., no sé..., tampoco creo que me lo hubiera confesado, en caso de que..., mmm..., de que hubiera sostenido una relación con..., con El Profesor. No, no me la imagino en una relación con él, de esas instantáneas... Porque con él era así, el sexo como juego, como distracción, y de corta duración, imagino que se aburría. Y si hubiera sido algo que durara, impensable con

455

él, yo se lo habría sacado, el a era demasiado romántica, y yo la hubiera hecho hablar si hubiera sospechado algo...».

«Es decir, si algo hubo, acabó tan rápidamente que ni usted se enteró».

«Podría haber sido así; sí, por qué no..., no sé..., tal vez... En fin, que no la imagino en una relación de esas..., deportivas, como las que otras muchachas tenían con El Profesor».

«No recuerda algo especial en su comportamiento que

hubiera podido indicar... Sé que ha pasado mucho tiempo, pero, tal vez si hace un esfuerzo...».

María T hizo el esfuerzo. Meditó unos minutos. Por fin recordó que hubo un tiempo, andaban por el cuarto o quinto año de la carrera, «No estoy segura del tiempo, pero recuerdo que pasó», en que acaso pudo ocurrir algo.

«Le dio por imaginar que El Profesor se había fijado en ella; sí, recuerdo que alguna vez discutimos sobre eso...

Yo la alertaba para que no se dejara seducir. Él era muy buen tipo, muy atractivo, ya se lo dije, y tenía detrás de sí a un buen número de admiradoras. Bueno, usted debe de haber oído eso del amor de estrado...».

«Y El Profesor no le hacía caso, ¿o sí?».

«No recuerdo bien, pero creo recordar que precisamente por eso discutimos alguna vez..., es casi seguro que yo le insistía en que él galanteaba con todas, si le había dicho alguna palabra agradable no sería por nada especial, que no se hiciera ilusiones. El a se esforzaba porque él se fijara en el a, digamos, un poquito..., porque, para mí que él no la veía.

... Y el a era bonita, es verdad, pero le faltaba algo para ser atractiva... Quizás porque era un poco tímida y no le gustaba l amar la atención... Y sí, en algún momento le encomendó

456

hacer algo... Me parece recordar, si no lo estoy inventando ahora, que en alguna ocasión él le indicó una tarea especial,

una investigación, una búsqueda en bibliotecas, algo así...».

«¿Una tarea especial?».

«Sí, alguna investigación..., como le dije, o cosa semejante, lo que hacen todos los profesores... Y en algún momento el a tenía que reunirse con él..., sí, así mismo fue, ahora lo recuerdo mejor... Un día él la citó a su casa, a discutir el trabajo, o lo que fuera...».

«Y es posible que en esa oportunidad haya ocurrido algo especial...»,

«Ahí sí que no sé qué decir, no aseguraría nada...

Tampoco lo negaría... En definitiva, él era un donjuán empedernido: Si invitaba a una alumna a su casa, lo más seguro era que... Bueno, en definitiva ocurrió que..., y eso sí me parece que la estoy viendo delante de mí..., nada, que, después de eso, de repente dejó de hablar de él y de tratar de que se fijara en ella. Aquello me extrañó, pero ella nunca comentó nada... Nunca supe si había pasado algo o no».

«¿Como si sintiera vergüenza por algo que hubiera pasado? ¿O estuviera decepcionada, digamos, porque su ídolo se le derrumbó, dejó de ser esa persona maravillosa que el a había imaginado?».

«No sé, no sé... No puedo ir más al á, no recuerdo; lo siento..., ha pasado demasiado tiempo..., acaso la mitad de lo que dije acabo de inventarlo... Pero es posible que usted tenga razón..., tal vez...».

Hasta entonces, en ningún momento Ricardo Z había mencionado el asesinato de El Profesor. Había anotado, en cambio, que por momentos su interlocutora usaba el tiempo

457

presente al referirse a él, como si lo creyera vivo. Decidió averiguarlo de modo indirecto.

«Cambiando de tema... Después de aquel encuentro, hace quince años, ¿volvió usted a ver a ese profesor, digamos, en otros encuentros de graduados?».

«A decir verdad, no. Cuando se cumplieron los 30 años algunos se reunieron, pero mi marido y yo estábamos en el exterior y no pudimos asistir... Y no sé si se han organizado otros encuentros, la amiga que me avisaba falleció y dejé de interesarme... Así que no he vuelto a ver a El Profesor, ni a casi ninguno de mis condiscípulos, a decir verdad... Peo a él siempre lo invitaban, era muy popular...».

Ricardo Z agradeció la ayuda y se despidió. En definitiva, no mencionó la muerte de El Profesor. Tampoco había sido necesario.

«¿Y para qué andar anunciando muertes a diestro y siniestro?» se dijo.

Incluyendo la víctima más reciente, Ricardo Z contaba cuatro expedientes sin cerrar; como había comentado su colega, no había una línea de separación temporal congruente entre los casos. Quince años habían transcurrido entre el asesinato de aquel profesor y el que le habían

encomendado, y no había constancia de que se hubieran producido otros crímenes similares en esos tres lustros.

Un tiempo considerable, si se tomaba en cuenta que, en cambio, entre los dos primeros había un lapso de cinco años y entre el segundo y el tercero habían transcurrido siete. En síntesis: Cinco, siete, quince. ¿Tendría eso algún significado?

Un colega había mencionado la posibilidad de que los

458

asesinatos respondieran apenas a una especie de impulso criminal repentino, como accesos de locura temporal que

atacaran al asesino y lo obligaran a actuar. Pero podía haber más explicaciones.

«Como que el asesino solo actuara en respuesta a determinada motivación provocada por el azar, por ejemplo, cuando considerara amenazada su seguridad por el accionar o la presencia de alguien. O sintiera amenazado su ejercicio del poder sobre otra persona..., como su mujer, por ejemplo», recordó Ricardo Z a sus colegas la idea que les había expresado el primer día.

Tuviera significado o no, lo que resultaba indiscutible era que, como le había asegurado el colega al entregarle los expedientes, los casos eran tan semejantes entre sí que se podría imaginar un mismo ejecutor; que difícilmente podría tratarse de simples coincidencias.

También estaba convencido Ricardo Z de que las dos víctimas de que tenía constancia habían tenido intimidad de una forma u otra con María S, en el último caso probablemente

había sido solo platónica, pero en el de El Profesor debió de haber sido material, aunque de muy breve duración. Que se tratara de historias del pasado podría no tener importancia para el asesino, que acaso tuviera por falso el refrán de que agua pasada no mueve molino, y prefirió no arriesgarse a que le movieran el suyo.

«Y en aquel a fiesta algo ocurrió... Algo que lo convenció de eliminar la amenaza...».

En los dos casos más antiguos, no obstante, en los expedientes no había nada que indicara vínculo alguno entre los asesinados, ni de ellos con los dos últimos; tampoco había nada que los relacionara con María S o con su marido.

459

«Que en el expediente no aparezca algo no quiere decir que no exista, capitán», le recordó uno de sus colegas, «¿No es eso lo que usted nos repite a cada rato?».

Cierto, esa relación de las primeras víctimas con María S podía existir, pero en las pericias realizadas en su momento no se alcanzó a conocerla y por eso no había nada registrado. Como pensaban que existía, les correspondía a ellos encontrarla.

Todos concordaban en ese punto.

«El problema es encontrar cómo hacerlo... Tenemos que pensar ese cómo», concluyó Ricardo Z.

«De la manera más sencila del mundo, estimado colega», afirmó sonriente la psicóloga, María C, que se había incorporado al grupo y escuchaba a todos sin

participar. Aunque trabajaba

con el equipo de Ricardo Z, no era propiamente su subordinada, y alguna que otra vez se daba el lujo de no usar las fórmulas

prescritas por las ordenanzas; sobre todo, le gustaba usar la

palabra colega cuando sabía que estaba aportando una idea que

además de buena, era tan sencilla que él a no se explicaba cómo a nadie se le había ocurrido antes.

«¿Cuál, si me puede decir..., colega?», preguntó él,

convencido, por la sonrisa, el tono y la forma de tratamiento, de que sería algo realmente simple, adonde debió haber

llegado sin que él a lo ayudara.

«Pues preguntarle a él a misma, colega... A María S. Si ha

sido el punto de conexión entre los dos últimos asesinados,

¿no podría serlo también de los dos primeros? Pues con

preguntarle se resuelve el problema»

Cierto: Era la manera más sencilla del mundo, y él debió

haber pensado en ello antes.

De acuerdo: Ahora faltaba saber ejecutarla.

460

Aunque lo intentó —más para no reprocharse después a sí mismo no haber agotado todas las posibilidades que por

confiar en el éxito de la gestión—, Ricardo Z no obtuvo la

orden de registro que pretendía para realizar una búsqueda

en la casa de su sospechoso.

«Lo que tenemos contra ese señor es una causa por abuso

doméstico, incoada de oficio», le objetó la jueza, «Y observe

que es de oficio por el tipo de delito, pues la esposa, aunque en un primer momento refirió ante

tres testigos confiables la

golpiza recibida, de inmediato se negó a sostener la denuncia.

Así que nos tocó actuar por nuestra cuenta en cumplimiento de la ley, pero sin la anuencia de la perjudicada».

Con el testimonio de esas tres personas y el certificado de

lesiones del hospital había material suficiente para juzgar y

condenar. En consecuencia —«Y es deber de usted saberlo»,

acotó mirándolo con expresión severa—, no había razón para

autorizar un registro. Ya el mismo día de la agresión se había incautado un objeto con el cual el agresor presuntamente

había golpeado a su víctima.

«Por tanto, no hay nada más que buscar en esa casa».

Que el agresor no hubiera comparecido por su propia

voluntad ante las autoridades y existiera una orden de cap-

tura contra él no alteraba en nada la situación: Se buscaba

una persona, no un objeto. Por otra parte, aunque a título

personal podría compartir sus ideas, y hasta pensar que el

inculpado pudiera ser el autor de los asesinatos que inves-

tigaba, no por ello iba a faltar a su obligación de atenerse

estrictamente al procedimiento establecido.

«Su solicitud no procede, capitán..., nada justifica lo que

usted pide. Lo siento, puede retirarse».

461

De cualquier modo, el resultado no lo tomaba por sorpresa: Lo suponía, de manera que, en cuanto salió de la oficina de

la jueza, Ricardo Z puso en práctica su plan alternativo, que

no era tal, sino el verdadero plan.

«¿Qué probabilidades de éxito supone usted que tengo con mis preguntas?», quiso consultar antes a María C, no porque su opinión pudiera hacerlo desistir, sino para tener una idea aproximada de lo que, según la especialista, podía llegar a obtener.

«Muchas, imagino», fue la respuesta inmediata. Por la actitud que había asumido ante la agresión, por sus declaraciones y hasta por el lenguaje corporal que el a analizaba mientras Ricardo Z conversaba con María S, la colega estaba convencida de que no era demasiado difícil llevarla al terreno propicio para obtener información.

«Basta con que usted encuentre los puntos adecuados donde presionar..., entonces logrará que el a le permita hacer lo que se propone... Pero, ojo: Sea ambiguo, evada declarar sus verdaderas intenciones..., que no sospeche que eso que usted busca puede servir para inculpar al marido de alguna manera, porque va a protegerlo... Recuerde: No importa lo que le haya hecho, el a ya no concibe el mundo sin él y va a protegerlo cueste lo que cueste... Debe hilar fino, muy fino...».

462

Ricardo Z llegó a la casa de María S con la intención de cumplir al pie de la letra las recomendaciones de la psicóloga.

Iba acompañado por dos especialistas en Medicina Legal.

Su idea inicial había sido, si encontraba alguna herramienta

que, por sus características, pudiera corresponderse con alguna de las armas homicidas, llevarla al laboratorio para analizarla allí; sin embargo, después de la conversación con María C comprendió que esa opción pudiera no resultar conveniente, por lo que instruyó a los especialistas para que, si lograba el permiso de la mujer para revisar el taller, analizaran en el propio lugar lo que se encontrara.

Aunque después comentaría que no le había resultado tan complicado —él esperaba mayor dificultad—, lo cierto fue que, cuando le expresó a María S que deseaba entrar al taller, el a se negó en forma rotunda, casi con susto: «¡Nadie puede entrar allí!», y él debió entrar en un juego de sutilezas y presiones hasta que obtuvo su permiso. Le mencionó la orden de captura contra su marido por no haberse presentado cuando lo citaron. El a afirmó desconocer esa orden, y protestó por considerarla injusta: En su entender, no había razón para procesar a su marido.

«Suponiendo que algo de lo que dicen ustedes fuera verdad, ¿cómo van a llevarlo a juicio si yo no lo acuso? Las desavenencias entre marido y mujer dentro de su casa no interesan a nadie, cada uno es dueño de su vida privada... La privacidad de las personas está protegida por la ley...».

463

Ricardo Z le explicó que no siempre para la ley las cosas no eran como el a pensaba:

«Hay delitos que se persiguen de oficio, señora... Eso quiere decir que las autoridades proceden aunque no haya denuncia previa... Las lesiones entran en ese grupo».

«¡Pero es que yo...!», intentó protestar María S, pero Ricardo Z la interrumpió.

«Eso no es lo importante ahora, señora, lo importante ahora es que él, sea culpable, sea inocente, tiene una orden de arresto en su contra, está declarado en rebeldía por los tribunales...».

Tratando de mostrarse interesado en cómo quitarle a su marido ese problema de encima, fue encaminando la conversación en el sentido que le convenía, y se las ingenió para convencerla de que si cooperaba con él las cosas le irían mejor al marido. Esa cooperación incluía echar un vistazo entre las cosas del hombre.

«Como su taller, pues supongo que alguien como él ha de tener un pequeño taller, o un lugar donde guarda sus herramientas».

Aunque no estaba convencida de que debía hacerlo, el a aceptó que visitaran el taller, tal vez eso ayudaría a salir de esas visitas de los policías que tanto la alteraban, pero puso una condición:

«Miren lo que quieran, tomen todas las fotos que les dé la gana si quieren, pero no pueden tocar nada: Mi marido se va a dar cuenta y la culpa la voy a cargar yo».

«La culpa la va a cargar el a», comentó Ricardo Z consigo mismo. «¿Qué le hará, si ve que tocamos sus cosas?».

464

En el pequeño taller que el dueño se había hecho construir al final de la casa reinaban el orden y la limpieza en forma

exagerada; en nada se parecía ese local a otros que Ricardo Z conocía. Se consideraba a sí mismo una persona organizada, pero lo que tenía ante sí lo superaba con creces. Una especie de panel de madera ocupaba casi toda una pared y allí estaban colocadas las herramientas en orden: Pinzas de corte en una parte, pinzas de presión en otro. Lo mismo para los distintos tipos de destornilladores o de martillos. Cada objeto ocupaba el lugar que señalaba un dibujo. Arandelas, tuercas, tornillos y puntillas estaban ordenados en cajuelas según finalidad y medida. Escuadras, cintas métricas, niveles y otros instrumentos de medición o verificación también estaban colocados según su uso.

Demoró unos minutos recreando la vista en aquel lugar donde era imposible que algo desapareciera.

Era un orden tan estricto que para mantenerlo había que ser un maniático, comentaron sus acompañantes. Aunque permaneció callado, se dijo que estaba de acuerdo con la afirmación.

En aquel lugar tan ordenado, en que nada faltaba del sitio en que le correspondía estar, dos espacios dibujados se mostraban sin las herramientas correspondientes. No pudo evitar que el corazón se le acelerara:

Faltaban exactamente las que él buscaba. ¿Dónde estarían?

¿Desaparecidas?

No estaban desaparecidas, se encontraban en un rincón:

Una llave Stil son y algo que parecía haber sido inicialmente un destornillador, convertido en un punzón muy aguzado.

La hipótesis de Ricardo Z estaba a punto de corroborarse.

Y de una manera relativamente fácil.

465

«No nos sirven para nada, capitán», lo desilusionaron los especialistas. «Vea...».

No era descabellado imaginar las dos herramientas como las armas homicidas, pero resultaría inútil intentar encontrar en ellas el menor resto de material orgánico.

Ambas se encontraban sumergidas en un recipiente con aceite. El presunto asesino habría previsto la posibilidad de

un registro en el taller, las habrá lavado bien, y después las colocó en aceite, para eliminar hasta el menor vestigio de

sangre o cualquier otro elemento que lo incriminara, si algo hubiera quedado después de la limpieza.

Los colegas del laboratorio se despidieron de la dueña de la casa, pero Ricardo Z permaneció para conversar con ella. Le comentó con la entonación más inocente y admirada de que fue capaz la impresión que le había causado el orden reinante en el taller.

«Es extraordinario, señora, la de talleres que he visto en mi vida..., pero con ese orden, con esa limpieza, créame, ninguno. ¡Ahí no se pierde ni un alfiler!».

Como al descuido, comentó el hallazgo de dos herramientas en un recipiente con aceite, hecho que, aseguró, lo había sorprendido, cómo era posible que alguien tan cuidadoso

las dejara así fuera del lugar que les corresponde.

El a le explicó que su marido acostumbraba limpiar con aceite las herramientas siempre que las usaba, después las secaba y las colocaba de nuevo en su sitio,

«Porque él sí cumple con aquello que dice: Un lugar para cada cosa, y cada cosa en su lugar».

De todos modos, admitió que resultaba insólito que aquellas dos no estuvieran donde les correspondía.

466

«Es muy estricto en eso... Cuida sus herramientas de una forma que usted no puede imaginarse».

«Seguramente las usó y no tuvo tiempo de colocarlas en su lugar, con todo lo que ha pasado en estos días...», comentó Ricardo Z nuevamente fingiendo inocencia, y tratando de incitarla a comentar algo al respecto.

«Sí, eso fue, claro... Unos días antes de..., del accidente, él anduvo unos días fuera, me dijo que aprovecharía para hacer un par de trabajos de plomería en casa de un amigo..., no habrá tenido tiempo cuando regresó...».

Sí, probablemente la situación confusa de esos días lo había obligado a romper su rutina...

«Ha sido una situación lamentable», se solidarizó falsamente Ricardo Z y, adoptando una entonación amistosa, casi cómplice, le recomendó: «De todas maneras, señora, si usted tiene manera de comunicarse con su marido, convéncalo de que se presente por sí mismo..., puede estar

segura de que el juez tomará en cuenta esa presentación voluntaria... No es lo mismo... Si en lugar de ir por sí mismo lo arresta la policía, será peor para él... Es lo que siempre ocurre... Convénzalo».

Una sensación ambigua embargaba a Ricardo Z. Esa visita lo ratificaba en su convicción de no estar equivocado: Ante todo, por características, las herramientas encontradas se correspondían con lo señalado por el informe forense. Había

tenido la precaución de llevar consigo fotos de las heridas en la cabeza de las distintas víctimas, y los peritos coincidieron en la similitud de las marcas dejadas por las armas homicidas

y las que pudieran dejar las herramientas encontradas en el taller del marido de María S. En ese sentido, se sentía convencido de haber encontrado al autor tanto del asesinato

467

investigado por él como de los archivados. Sin embargo, no disponía de nada material con qué sostener esa convicción,

nada tenía valor probatorio. Que una persona mantuviera en un recipiente con aceite unas herramientas semejantes a las usadas en un crimen no significaba nada; hasta el defensor más inepto sería capaz de destrozar su hipótesis y ponerlo en ridículo, pues en cualquier tienda podrían encontrarse todas las llaves Stil son que quisiera, y también punzones idénticos al encontrado en la casa de su sospechoso.

Recordó que le faltaba un elemento por averiguar, con el disgusto por el fracaso casi se le olvidaba.

Ya había agradecido a María S la gentileza de permitirle

entrar en el taller, y se disponía a despedirse cuando se acordó: También debía preguntarle por las primeras dos víctimas.

«Hay algo más, señora, pero no tiene nada que ver con lo que hemos hablado hasta ahora; es un favor que le pido. Resulta que ando averiguando el paradero de dos personas y no tengo la menor idea de por dónde empezar, le pregunto a todo el mundo lo mismo que a usted ahora, por si alguien pudiera ayudarme. Por favor, haga memoria; por casualidad, no habrá conocido usted en algún momento a...».

Mencionó los dos nombres, y por la expresión de la cara de María S advirtió que hacía un esfuerzo por recordar.

«No, la verdad es que no..., bueno, no me parece..., aunque, no sé..., pudiera ser, me suenan... Si me diera más información...».

Le mostró algunas viejas fotos encontradas en los expedientes. No mostró las de los cadáveres; tampoco en ningún momento se había referido a que estuvieran muertos; no le pareció conveniente.

468

María S reconoció casi al momento ambas fotos.

«Ah, sí, cómo no..., es que hace tantos años que no sé de ellos, había olvidado los nombres... Pero sí, ya me acuerdo.

Los conocí..., hace mucho».

Uno de ellos —Ricardo Z anotó mentalmente que se

trataba del primer asesinado— era un excolega de trabajo, de quien recordaba que otrora habían mantenido una buena relación, pero después de casada el a se había ido alejando de sus amistades masculinas, para que su marido no pensara lo que no era, y hacía años no sabía de él.

«Imagino que quizás viva en el extranjero...; alguna vez habló de establecerse en otro país... Pero, le digo, no sé».

«Vaya, por lo que veo su marido era muy celoso por aquel tiempo...», comentó Ricardo Z aparentando una curiosidad de un tipo diferente de la que verdaderamente sentía.

«¿Celoso? No... Bueno, un poco..., como todo el mundo..., tampoco demasiado... normal... En todo caso, más o menos lo normal para alguien a quien la primera esposa lo engañó con otro».

«Ah, porque usted no fue su primer matrimonio», comentó fingiendo desconocer el dato.

«No, yo soy la segunda esposa... Ya hasta había tenido hijos con la primera».

«Por lo que me cuenta usted, a pesar de tener hijos con él, la señora lo engañó».

«Imagínese..., así es la vida...».

María S esbozó una sonrisa como de quien se disculpa por algo.

A Ricardo Z le cruzó por la mente la idea de que se sentía culpable por ser mujer.

«Por eso él es desconfiado..., y yo nunca quise darle motivos de celos».

«Hizo muy bien, claro... Pero imagino que con el tiempo se le haya ido pasando... Digo, si ha vivido con usted tanto tiempo es por algo ¿no?... Es porque confía en usted».

Ricardo Z advirtió que el Sí, claro respondido por su interlocutora expresaba cualquier cosa menos convicción.

La otra foto correspondía a alguien que fue vecino suyo, pero tampoco sabía nada de él desde hacía mucho tiempo.

«En alguna ocasión oí que lo habían matado, pero no podría asegurarle que sea verdad, la gente inventa mucho...

Recuerdo que era una persona muy simpática y muy servicial...».

También recordaba que su marido lo tenía por un mujeriego, «Y quizás fuera verdad...».

«¿Por qué me dice eso de que quizás fuera verdad? ¿Era que tenía su poco de fama o...? ¿Alguna vez le insinuó algo..., a usted?».

«¿A mí? ¡No, de ninguna manera!... Es una forma de hablar... Aunque, sí, es cierto, tenía su poco de fama de mujeriego. Además, era muy atractivo, para qué mentirle...

Seguro que por eso era la fama. También parece que tuvo sus aventuras con mujeres casadas... Y ahora que lo digo recuerdo... Sí, precisamente eso fue lo que comentó mi marido cuando le dije que lo habían matado..., me dijo

eso, que no le extrañaría... con la fama que tenía, que con esas cosas no se juega... Lo de las casadas, quiero decir... Yo, a decir verdad, solo puedo decir que conmigo siempre fue muy respetuoso... Era amable, pero nunca llegó a... En fin..., a insinuar nada».

470

Adoptando un tono jocoso, como si hubiera gran familiaridad entre ellos, Ricardo Z comentó que casi le

parecía que el marido de María S veía en su mente las cosas antes de que se produjeran. Terminó afirmando, entre risas:

«Bueno, por lo que veo, mejor no visito más esta casa, no vaya él a pensar mal de mí... Imagínese, yo muerto por un marido celoso, qué va a pensar mi mujer cuando se entere...».

María S esbozó una sonrisa para ser cortés, pero no gustó de la supuesta broma, y de inmediato negó cualquier posibilidad de que su marido matara a alguien, por celos o por la causa que fuera.

«Eso nunca va a pasar..., él no sería capaz de matar a nadie, ni por celos ni por nada del mundo...; tiene su carácter, es verdad, y a veces se pone difícil, pero... ¿Matar? Eso no, ni pensarlo, señor... Él es un buen hombre».

471

Unos días después, el buen hombre se presentó voluntariamente ante la jueza que lo había citado. No llegaba solo, lo acompañaba un abogado.

«Estuvieron de nuevo aquí los policías... Dicen que tienes que presentarte, cuanto antes mejor..., que si vas por ti

mismo te evitas problemas...».

«Y dale con la misma bobería... No tenías que molestarme a esta hora por eso, estoy ocupado... ¿Qué más dijeron?

Quiero decir, algo que valga la pena que yo oiga».

El Ingeniero no había permitido a su mujer completar el recado. Estaba convencido de que era lo mismo de siempre, algún truco de el a para obligarlo a regresar a la casa. Si, como el a aseguraba, no había hecho ninguna denuncia, no veía por qué tendría él que presentarse ante ningún policía o ningún juez. Un truco, eso era, para que tuviera que estar al tanto de sus lamentaciones, ahora que se veía obligada a andar de un lado a otro de la casa con muletas... Si no hubiera sido tan estúpida...

«Solo eso, que es mejor para ti que vayas por ti mismo, declaras lo que tengas que declarar y vuelves para la casa..., si te detiene la policía es peor, porque hay una orden de captura contra ti, te encierran porque..., porque eres un prófugo...».

472

Aquello no tenía visos de ser una invención, no le parecía que el a fuera capaz de imaginar tanto. Y, si no era una

invención, significaba que el a le había mentado antes y sí había hecho la denuncia contra él. Entonces era eso, por la denuncia de el a lo buscaban, estaba metido en un problema por su culpa. Tenía que ver cómo lograba salir de eso, pero también tenía que darle un correctivo a esa mujer que quería

desgraciarle la vida con sus estupideces, ¿de veras creería que podía salir de él así como así?
¿No había tenido suficiente

con la muestra que le dio de que con él no se podía jugar?

No se lo iba a perdonar, de eso podía estar segura.

«¿Estás contenta? Eso es lo que querías, ¿verdad?», fueron las palabras de El Ingeniero cuando llegó a la casa, unas horas después. «Me denunciaste, me metiste en problemas con la policía... ¿Te imaginas que así vas a salir de mí?».

María S negaba con las palabras y con todo el cuerpo. Eso no era verdad, el a no había hecho ninguna denuncia, cómo

quería que se lo dijera, fueron los policías del hospital, que se pusieron a llenar papeles y papeles, después querían obligarla a firmarlos, pero el a se negó, él podía comprobarlo, que les preguntara; no firmó nada, que exigiera que le mostraran los papeles para que viera. Él continuaba recriminándola, porque por su culpa había ocurrido una gran alteración en su vida, él para quien el orden y la tranquilidad eran lo primero de todo, que detestaba ese ambiente de policías y delincuentes, y ahora tendría que andar mezclándose con ellos.

«Si no hubieras sido tan aparatosa, si no hubieras armado todos esos aspavientos, nada de esto hubiera ocurrido...

473

Mírame, estoy hasta el cuello metido en este problema por tu culpa».

María S continuaba negando repetidamente con la cabeza mientras él hablaba.

«No fue mi intención..., yo no quería perjudicarte...,

pero estaba muy asustada, tenía miedo..., me salía sangre de la cara y me dolía todo..., te fuiste, me dejaste sola..., tenía tanto miedo...».

«Tanto miedo, tanto miedo...», se burló él. «Eso vamos a verlo después, cuando pase todo este lío... A ver, ¿qué más dijeron?, ¿de qué otra cosa hablaron?».

«De nada..., de nada más...».

Pasó por alto las preguntas de Ricardo Z acerca de aquellos dos amigos que había dejado de ver muchos años atrás. No estaba muy segura de por qué lo ocultaba, pero a sí misma se dijo que, si aquello no venía a cuento en la conversación, no había razón para traer a colación dos nombres que, en su momento, habían sido causa de disgustos con su marido. Era un tema muerto y enterrado entre ellos, para qué revivirlo, si no tenía nada que ver con lo que estaba pasando. Ya era

bastante que, por su causa, estuviera él metido en esos enredos de policía y hasta quizás de juicios y cárcel, que Dios no lo

quisiera, qué iba a ser de él si lo encerraban.

«Entonces..., ¿fue todo?, ¿no pasó nada más?».

«Bueno..., esto..., sí...».

«Sí..., ¿qué?».

Titubeó antes de decirlo, pero lo soltó de un tirón. La voz le temblaba un poco.

«Que estuvieron mirando en tu taller».

«¡Estuvieron andando en el taller!».

El Ingeniero gritó por dentro y hacia fuera. Se abalanzó sobre María S y la sacudió por los hombros. El a temió que la

mataría en ese mismo momento. Pero no era la idea que se había adueñado de su marido, fue solo un momento de exaltación. Cuando volvió en sí, a los pocos segundos, ambos temblaban, el a por miedo a que la matara, él por un torrente de ideas que comenzaron a darle vueltas vertiginosamente y a atormentarlo. En definitiva: También por miedo. La policía había entrado en el taller para registrarlo; entonces, no se trataba de que el a lo hubiera acusado por golpearla, pues en tal caso no habrían tenido nada que buscar en ese lugar.

¿Habría otra razón?

«¿Se llevaron algo?... ¿Viste si se llevaron algo del taller?

¿Lo desordenaron...? No me escondas nada...».

El a estaba sorprendida por su actitud, pero no recordaba que se hubieran llevado nada, ¿qué pudieran llevarse?; además, eran policías, si hubieran creído que debían llevarse algo se lo hubieran informado, no iban a robárselo, cómo él iba a pensar eso.

«Si hasta se asombraron de lo ordenado y limpio que

tienes todo..., me comentaron que nunca habían visto algo

así... Pero mejor mira tú mismo..., tú eres el que mejor sabe

lo que hay allí, si algo falta te das cuenta enseguida con solo mirar por arriba..., tú mismo siempre lo dices...».

Cierto, era lo que tenía que hacer. Las palabras de la

mujer le hicieron recuperar la serenidad. No tenía sentido

permanecer allí, frente a él, pensando disparates, cuando con dar unos pasos todo quedaba aclarado. No obstante, aun así demoró unos segundos en dirigirse al taller.

No lo confesaría ni a sí mismo, pero el miedo a lo que pudiera encontrar le demoraba los pasos.

475

¿Qué hacer si, al llegar al taller, se encontraba con que...?

Se obligó a recobrar la serenidad. No podía continuar en la indecisión, y cuanto más pronto supiera la magnitud del problema, más rápido podría pensar en la solución.

Así fuera desaparecer.

Decidido al fin, se apresuró a llegar al taller. No perdió tiempo recorriendo rincones con la mirada: Sus ojos fueron directamente hacia lo que le interesaba: Un rincón. Un rincón donde se encontraba un recipiente con aceite. Se detuvo, se recostó a una mesa de trabajo, respiró aliviado. Todo estaba en su lugar. Una mínima mancha de aceite en el suelo, reciente, acaso una gota que inadvertidamente cayó cuando el investigador forense extrajo las herramientas, era la única huella de que alguien había estado allí.

De cualquier modo, él no la vio.

Fingiendo ahora el aspecto preocupado que su mujer le había visto antes, pues se sentía exultante, regresó junto a María S. Sin embargo, no pudo dejar de comentar que todo estaba en orden.

«No sé qué andarían buscando, pues perdieron su tiempo».

«Por fin, ¿te vas a presentar?», se aventuró el a a preguntar.

«Qué remedio», respondió. «Por culpa tuya, no se te olvide».

Lo haría al día siguiente, pero no iría solo, se buscaría un buen asesoramiento, que no pensara ningún policía ni ningún juez que con él podían hacer lo que les diera la gana.

«Eso sí, no olvides que la que empezó todo esto fuiste tú, así que mira bien cómo te comportas si tengo que ir a juicio».

476

A la jueza no le resultó nada simpático que aquel abogado se le apareciera casi poniendo por delante una protesta

porque su cliente era víctima de acoso policial. «Parece que este no sabe con quién se las tiene que ver», comentó consigo misma.

El a era joven y estaba recién nombrada en el puesto; el abogado, en cambio, era un hombre maduro y ducho en el

oficio, pero la jugada era demasiado evidente, casi una burla, de modo que lo interrumpió en medio de su peroración y

le recordó que era su obligación conocer que, en los casos de agresión y daños en las personas, las autoridades están capacitadas para incoar de oficio la causa correspondiente, sin mediar denuncia de la parte perjudicada.

«Por otra parte, señor letrado, usted no ha de desconocer que su representado ha hecho caso omiso de cuantas citaciones este tribunal le ha enviado, y hasta de los apremios correspondientes. Ha incumplido su obligación

como ciudadano y ha irrespetado a la autoridad. No es por casualidad que existe orden de arresto contra él, firmada por mí misma... Dígame, señor letrado, con tales antecedentes, ¿continuaría usted afirmando que este tribunal, y en particular mi persona, está acosando a su representado?».

El abogado se dio cuenta de que se había pasado de listo, se disculpó y trató de improvisar algún discurso conciliatorio.

El a no lo dejó continuar.

«Me alegra que se dé cuenta de que usted se equivocó..., así podremos entendernos. Pero permítame poner las cosas en claro, para evitar malas interpretaciones. Yo no suelo dejarme enredar en artificios retóricos; contra su representado existe un caso muy sólido, y su actitud hasta ahora no contribuye en nada a mejorar su situación... Es

477

más, si no fuera por la falta de funcionarios que en estos momentos nos aqueja y de la cual seguramente usted está

enterado, su representado hace mucho que estaría tras las rejas. De modo que, si no quiere perjudicarlo más de lo que él mismo ha hecho, hágame el favor de mostrar más respeto por la inteligencia de este tribunal que lo juzgará..., y de mi persona».

El abogado comprendió que lo mejor era batirse en retirada; no obstante, no quiso hacerlo sin antes dejar en claro que no era ningún párvulo en asuntos legales.

«De cualquier modo, Su Señoría, quiero dejar constancia

de que considero desproporcionado que se haya producido un registro en la casa de mi representado, para colmo, sin que él estuviera presente».

Dio en el blanco: La jueza no pudo evitar que se le contrajera el rostro por un instante. Aunque se repuso de inmediato, él alcanzó a advertirlo y, a su vez, tampoco pudo evitar una leve sonrisa de triunfo.

El a, que advirtió la sonrisa, no podía permitírselo:

«No olvide nunca, señor letrado, que quien decide lo que es proporcionado o desproporcionado en mi jurisdicción soy yo... Si considera que he prevaricado, siga el procedimiento establecido para el caso, y seré la primera en asumir las consecuencias».

«Más vale una retirada a tiempo», se dijo el abogado al oír la respuesta. Le molestaba que una mujer, y para colmo menos experimentada que él, se le enfrentara con tanta soberbia, pero si pretendía imponer su superioridad en ese primer encuentro podía dar por perdida la causa de su cliente. De la mejor manera que pudo, salvó la situación y llevó la conversación hacia el tema que lo traía allí: Presentar 478 al reo directamente ante el tribunal, y escuchar los cargos que había contra él.

La jueza aparentó haber quedado satisfecha con el cambio de actitud del abogado; no obstante, como le solicitaba que permitiera a su representado esperar el juicio en casa, impuso el pago de una fianza exageradamente elevada, lo que lo obligaría a permanecer en arresto por algún tiempo, al menos

mientras se reunía la suma.

Al abogado le llegó muy claro el mensaje implícito de que una buena parte de aquel a cifra se debía a haber subestimado a la jueza.

Ricardo Z recibió su parte por el disgusto de la jueza.

Debió escuchar una violenta reprimenda por haberla desobedecido, cuando acudió a su despacho en cumplimiento de una citación urgente.

«¿Se da cuenta de que ha irrespetado mi autoridad y ha violado las leyes de procedimiento penal? ¿Conoce que puedo exigir a sus superiores que lo suspendan de empleo, e incluso procesarlo por ese motivo?».

Bajó la cabeza, en señal de acatamiento. Sin embargo, tuvo

la sensación de que el tono de la jueza —si bien era de disgusto, como esperaba, pues imaginaba el motivo—, denunciaba que

no estaba tan convencida de sus palabras como aparentaba.

El a le estaba exigiendo una satisfacción, por desconocer su autoridad, pero no lo amenazaba seriamente. Pidió permiso para explicar lo ocurrido, tras asegurar que en ningún momento había tenido la intención de irrespetarla, y le fue concedido.

479

Contó que no había realizado ningún registro no autorizado, pues había contado con el permiso de la dueña

de la casa. Admitía haber hecho trampa para convencerla, pero ni había mentido con una orden falsa, ni había usado la

fuerza o la coacción. Que el interesado no estuviera presente en ese momento era lógico, pues andaba escondiéndose.

Además, ni siquiera se trató de un registro propiamente dicho: Entraron al taller, vieron lo que habían ido a ver y se retiraron.

«¿Y eso fue todo?».

«Eso fue todo, Su Señoría».

«¿Seguro?».

«Por mi hija».

La jueza sonrió, ¿qué clase de capitán de policía era ese que juraba, así como así, por su hija? No le quedó más remedio que admitir consigo misma que no estaba tan molesta con él como había supuesto.

«Y, en fin, ¿qué obtuvo desobedeciendo mis instrucciones?».

Por el tono, era evidente que no estaba reprendiéndolo.

Ambos sonrieron por un instante, aunque la sonrisa de Ricardo Z se cortó de repente. Le costaba admitir que no había obtenido nada.

«Nada, Su Señoría. Nada que sirva de prueba, aunque sí una confirmación de que mis sospechas no son infundadas:

Ese hombre es el asesino que estoy buscando, y el autor de, al menos, tres asesinatos más».

«¿Cómo es eso? ¿Dice confirmación, cuando acaba de afirmar que no obtuvo nada?».

«Es verdad, parece que no tiene sentido, pero..., ¿me permite extenderme un poco?».

«Adelante».

Ricardo Z hizo el relato de sus suposiciones iniciales, de lo averiguado acerca de los asesinatos, tanto el que investigaba como otros tres anteriores; del elemento que ponía en relación a las cuatro víctimas, precisamente la mujer del sospechoso;

de la forma de las heridas y las características que deberían tener los objetos usados como armas homicidas; de las herramientas.

«Esas posibles armas homicidas las encontramos en el taller de ese hombre, Su Señoría, allí estaban, su forma correspondía exactamente a lo que los forenses han descrito».

«¿Y entonces?, ¿es eso?... Este maltratador de mujeres es, según opina usted, también un asesino..., y no uno cualquiera, sino múltiple».

«Así mismo, Su Señoría, así mismo. Estoy absolutamente convencido... Pero...».

«¿Pero...?».

Ricardo Z suspiró. Bajó la cabeza una vez más, avergonzado, y dijo, de modo tan inaudible que debió repetirlo:

«Pero no tengo modo de probarlo, Su Señoría..., habían sido limpiadas cuidadosamente».

481

La jueza hizo la concesión a Ricardo Z de permitir que asistiera, sin hacerse visible al reo, a los interrogatorios que se le hicieran a El Ingeniero, y que junto a él estuviera la psicóloga María C, para estudiar su lenguaje corporal. Solo no podían

entrometerse ni interferir en lo que sucediera; oficialmente, ellos no tenían nada que hacer en ese lugar, pues no había ninguna acusación de homicidio contra el acusado.

«No creo que resuelvan nada con estar allí, pero no quiero que piense que obstaculizo su trabajo por razones puramente técnicas. Por el contrario, con lo que ese señor le ha hecho a su esposa durante tanto tiempo, confieso que me alegraría saber que es también el asesino, que usted lo va a probar y que se va a podrir en la cárcel... Se lo tiene bien merecido».

Sonrió y concluyó:

«Espero que olvide que dije eso..., no fue correcto de mi parte».

Ricardo Z correspondió con otra sonrisa. «No es correcto que lo diga, pero lo piensa», comentó consigo mismo. A decir verdad, esa jueza le resultaba simpática. «Se muestra dura y aplica de forma estricta la ley, pero es una persona como cualquier otra».

482

«¡Ese es su hombre!», exclamó María C, mirando con expresión risueña a Ricardo Z, cuando terminó el

interrogatorio a El Ingeniero. «No me cabe duda. Su corazónada estaba bien encaminada, capitán, lo felicito... Con lo que sabemos sobre él y la forma en que ha respondido aquí, estoy convencida... Si no es él el asesino, no imagino quién otro pudiera ser».

«Ya somos tres los que pensamos así», respondió él.

«¿Tres?, ¿quién es la otra persona?».

«La amiga de su mujer siempre afirmó que, si se daba la oportunidad y tenía ventaja suficiente, él podía haber cometido cualquier asesinato. Ventaja y oportunidad de sobra tuvo; eso es indiscutible..., por eso tampoco me cabe duda de que lo hizo».

«Solo que llegar hasta ese punto no es suficiente, ¿verdad, colega?», puso María C el dedo en la llaga.

Ricardo Z concordó. Afirmar que sabía quién era el asesino que buscaban sonaba muy bien, era como decir que habían logrado poner todas las piezas de un rompecabezas en su lugar, pero en esencia eso apenas equivalía a haber recorrido una parte del camino hasta la solución del problema. Nada más. Faltaba la parte más difícil: Demostrar, sin dejar lugar a la duda, que era esa persona, y no otra cualquiera, quien cometió los asesinatos. Y para ello no valía referirse a sospechas ni a suposiciones, sino mostrar evidencias irrefutables, presentar ante un tribunal testigos creíbles y elementos probatorios que ningún defensor pudiera destruir con sus argucias.

«Como reza el principio jurídico, la inocencia se presupone; la culpabilidad es lo que hay que probar... Y no tenemos cómo... Por más que pensemos lo que queramos

483

pensar, si no lo probamos, el tipo es tan inocente como un recién nacido».

A primera vista parecía que tenían mucho, mas en realidad no tenían nada en la mano. Habían descubierto a un asesino, sabían cómo había actuado y por qué, hasta las armas que había usado. Tenían todas las certezas. Pero ninguna prueba.

484

Epílogo

(Coloquio de la Ley y la Justicia)

por lesiones contra el marido de María S. Una luz intensa

ilumina el local. Al fondo, un estante con libros; delante de él, el escritorio del Fiscal con una silla ejecutiva de un lado y dos sillas corrientes del otro. Un teléfono fijo, estilo antiguo, sobre el escritorio, a la derecha. A la izquierda, una mesa de computadora con los equipos necesarios. Cerca de la entrada, junto a la pared, un par de butacones y, entre ellos, una

pequeña mesa con revistas. Las paredes están desnudas, y las ventanas, dos, están cerradas, pues hay aire acondicionado.

Entra Ricardo Z, precedido por la secretaria del Fiscal.

Después de los saludos de rigor, el Fiscal lo invita a sentarse en un butacón, mientras él ocupa el otro.

Fiscal: Capitán, no se puede negar que, gracias a sus corazonadas, a sus famosos pálpitos, ha llegado al asesino. Individualizado, identificado; sabe todo acerca de él: Qué hizo, cómo lo hizo, qué lo motivó. Sin embargo, yo no tengo nada... A pesar de lo que usted ha descubierto hasta ahora, yo no puedo armar un caso. Lamentablemente, en nuestro oficio de acusadores públicos las corazonadas nos sirven para muy poco; para nada sería mejor decir, porque en nuestro trabajo ni siquiera saber significa mucho. Ni que los demás sepan tanto como nosotros. Nosotros estamos obligados a

probar lo que sabemos y hasta lo que todo el mundo sabe.

487

Así es la ley. Nos guste o no, tiene que ser así, para bien y para mal; de otra manera no sería ley, sino cualquier otra cosa sin pies ni cabeza, y no se necesitarían juicios ni tribunales. Ni mundo tal vez. Es sencillo: No tenemos pruebas, no tenemos

caso... Por más que lo sepamos todo. No hay que darle más vueltas al asunto, capitán.

(*Ricardo Z sonríe mientras oye las palabras del Fiscal.*

Por los gestos y la afabilidad del trato se nota que se conocen desde mucho tiempo atrás. Por esa razón no se le escapa

que en la exposición del colega hay cierto matiz de ironía):

¿Entonces...?

Fiscal: Sé que esta es una conversación informal, que usted no espera otra cosa de él sino un intercambio de ideas entre colegas...; sé de su seriedad y la dedicación con que trabaja... Y de sus motivaciones éticas cuando enfrenta un caso...

Ricardo Z (*Interrumpiéndolo*): Pero... Porque ahora viene un pero..., ¿no? (*Sonríe*).

Fiscal (*Sonriendo también*): Desde luego..., pero es un pero que no lo sorprende, ¿me equivoco?

Ricardo Z: No, no se equivoca, sé adónde va... Siempre supe lo que iría a decirme, pero igualmente sentí la necesidad de entregarle el expediente...

Fiscal: Expediente que he leído con interés y mucho detenimiento. Por cierto, debo expresarle que está impecable desde cualquier punto que lo mire, hasta el del lenguaje. En ese sentido, permítame felicitarlo.

Ricardo Z (*Que ha percibido el énfasis en la frase*): «En ese sentido»: Me felicita, pero solo en ese sentido, desde

luego.

488

interrumpe. Permanece unos segundos en silencio, mientras

juguetea con el expediente que tiene entre las manos, como midiendo las palabras que pronunciará):

Fiscal: No se ofenda (*la voz asume un tono grave*)...

Ricardo Z: Despreocúpese.

Fiscal (*Admonitorio*): No debió entregarme esas notas adicionales con sus apreciaciones personales... No proceden.

Ricardo Z: Disculpe, fue un impulso... No podía quedarme con eso por dentro. Como si necesitara desahogarme.

(*Mientras Ricardo Z habla, el Fiscal lo mira fijamente, como reprochándolo*).

Fiscal: Un Fiscal no es un sacerdote... Todo lo contrario...

Convengamos en que es la persona menos indicada para una confesión.

Ricardo Z (*Algo amoscado por el regaño*): Le pido una vez más que me disculpe.

Fiscal (*Sonriendo*): Bromeaba, hombre, bromeaba... No

se tome las cosas tan a pecho... (*Se echa hacia atrás en el asiento*). Hizo bien; es más, lo tomo como una deferencia y una muestra de confianza en mi persona... En fin, ya le dije

que leí con mucho interés. Interés es la palabra exacta: Su

texto despierta el interés del lector... Y, como también dije, está muy bien escrito, no parece un informe policial. Incluso

me atrevería a afirmar que no lo es. Acaso debía ir pensando

en hacerse escritor, el día que decida dejar este mundo de crímenes sin castigo y leyes que a veces nos atan las manos y nos impiden hacer justicia...

489

También sonriendo, aliviado): No lo había pensado..., pero tal vez no fuera mala idea... A veces me

desanimó un poco, aunque me gusta mi trabajo. Y, volviendo a lo nuestro...

Fiscal: Concordamos, concordamos, está más que claro.

Su exposición es acertada, usted tiene razón en todo, es difícil no concordar con usted... Pero nada de eso cuenta para lo que

nos interesa, y usted lo sabe. Ambos somos servidores de la ley, y la ley nos impone límites que no podemos traspasar...

Ricardo Z (*Desanimado*): La ley no siempre nos permite la justicia...

Fiscal: Recuerde la máxima, *dura lex, sed lex*. Es necesario que haya leyes, aunque resulten duras, aunque a veces nos

parezcan injustas. Lo contrario es la falta de leyes, que cada cual ejerza la justicia según su criterio. No creo que apruebe eso...

Ricardo Z: No. (*Volviendo al tema*). Todos sabemos que ese hombre es el asesino de esos infelices.

Fiscal: Claro que lo sabemos, como todos sabemos que se ha pasado la vida maltratando a su mujer, destruyéndola como persona; lo sabe usted, lo sé yo, lo sabe el presidente del tribunal, y hasta la opinión pública declararía saberlo si le preguntáramos.

Ricardo Z: Pero no podemos preguntarle..., ni siquiera podemos decir nada...

Fiscal: Esa es la idea, no podemos decir nada que no podamos probar fehacientemente. De hecho, ni siquiera podemos enunciar la posibilidad de que sea el asesino. Eso significaría, cuando menos, violar los procedimientos, por no decir que incurriríamos en el delito de difamación. Si estuviéramos en otra ciudad, tomándonos un café o unos

490

tragos, en conversación entre amigos, hablando por el simple placer de hablar, cualquier juez nos confesaría que también

está convencido de que nuestro hombre es el asesino, que no necesita pruebas para saberlo, y hasta comentaría por cuánto tiempo lo pondría tras las rejas...

Ricardo Z (*Interrumpiendo*): Yo lo pondría de por vida...

Fiscal: Cualquiera... Yo también... Pero hasta ahí..., solo en el pensamiento. Lo que usted piense o crea no significa nada.

Es cierto que existen algunos indicios, posibles motivaciones, oportunidad, pero nada concreto, y sin pruebas materiales

nadie puede acusarlo, ningún tribunal aceptaría ni una sola

de sus teorías. En lo que respecta a la ley, que es de lo que se trata, y no de lo que usted y yo pensemos o sintamos que es

justo, no hay nada en contra de su sospechoso... A los efectos legales, en relación con esos asesinatos ese individuo es una

hermanita de la caridad...

Ricardo Z: En fin, que no hay nada más que hacer... El asesinato de esos hombres quedará impune aunque sabemos quién los mató.

Fiscal (*Como si hablara consigo mismo*): En el estado

actual, no hay alternativa... Ni la habrá si no tengo en la mano pruebas irrefutables... *Probatio incumbit ei qui dicit, non qui negat...*

Ricardo Z: ¿Decía usted?

Fiscal: No me haga caso, disculpe el latinazgo, son vicios de abogado... Pero es así, probar incumbe a quien afirma, no a quien niega..., la inocencia se presume, la culpabilidad hay que probarla. Eso es inviolable.

Ricardo Z: Un juicio por lesiones a su mujer es lo que tenemos seguro hasta el momento.

491

Fiscal: No es poca cosa, si trabajo bien. Trataré de demostrar que hay maltrato continuado..., no se la voy a

poner fácil al defensor. Voy a pelear por la pena máxima.

Ricardo Z (*Como recordando algo*): Me enteré de que el abogado de la defensa recusó a la jueza y la demanda le fue concedida. Una jugada atrevida... Evidentemente, ha enviado un mensaje a todo el mundo: Con él el juego es rudo.

Fiscal: Una jugada atrevida, tiene razón. Inesperada e impactante... Adujo que su cliente corría el peligro de no ser juzgado con imparcialidad, por la militancia feminista de la jueza...; tuvo acceso a su tesis de graduación, y allí encontró ciertas afirmaciones demasiado radicales que, de suscribirlas hoy... Las esgrimió y le hicieron caso, pusieron a un hombre en lugar de la jueza. En fin, argucias de leguleyo...

Ricardo Z: En definitiva, no creo que eso influya demasiado en el resultado del juicio, es solo una prueba de

fuerza.

Fiscal: Cierto... Y una payasada para impresionar a su representado...; está justificando los honorarios, lo entiendo... Lo que no sabe es que se equivocó.

Ricardo Z (*Intrigado*): ¿Se equivocó? ¿En qué sentido?

Fiscal: En primer lugar, porque (aunque eso es muy subjetivo de mi parte, usted debería pasarlo por alto) ha agredido al gremio, y eso nunca es bueno. Pero, lo más importante: Olvidó aquello de que más vale malo conocido que bueno por conocer.

Ricardo Z (*Curioso*): Y, en este caso en particular, ¿qué consecuencias tendría el cambio? ¿Qué hay con el bueno por conocer?

Fiscal: Pues que conozco al juez recién nombrado desde hace mucho tiempo, desde niño..., y le puedo asegurar que

492

es más feminista radical que la jueza. Ese leguleyo, feliz por haber quitado de su camino a la jueza, no se puso a estudiar

los antecedentes del sustituto... (*Sonríe y se interrumpe, como disfrutando sus palabras*).

Ricardo Z (*Animándolo a seguir*): Y, según esos antecedentes...

Fiscal: Pues nada, amigo, o casi nada..., que precisamente ese juez es hijo de una madre maltratada. Si hay algo que

detesta en este mundo es el abuso contra las mujeres, porque lo tiene en la cabeza desde la infancia. Por esa razón trata de no trabajar en casos de maltrato doméstico, afirma que así no

corre el riesgo de parcializarse y aplicar sanciones injustas.

Ricardo Z: Entonces el abogado puso él mismo la soga al cuello de su representado...

Fiscal: Tal vez no sea exactamente así, pero puede que

haya algo de eso. Como quiera que sea, por mi parte, le repito que intentaré arrancarle la pena máxima al tribunal por el

delito de abuso continuado, que en este caso resulta más que

evidente; ese leguleyo no va a salirse con la suya. (*Cambiando de tema*): Ahora, en cuanto a usted, ha desarrollado un gran trabajo, pero ese criminal también ha sabido hacer las cosas

muy bien. Quizás el crimen contra esos hombres quede

impune..., aunque... (Se interrumpe de súbito).

Ricardo Z: Aunque... (*hace un gesto con la mano, como incitándolo a hablar*).

Fiscal: Pues, quién sabe, durante su encierro tal vez

aparezca un nuevo indicio, acaso usted logre conseguir

alguna buena prueba, un testigo... O él mismo se confiese

con alguien que, a su vez, se vaya de lengua... Como dicen:

Mientras hay vida...

493

Recordando algo): Ahora que usted dice eso...,

¿sabe? Cuando observábamos el interrogatorio que le hicieron,

mi colega psicóloga me comentó que se sentía capaz de hacerlo

confesar, tal vez no ahora, pero sí más adelante, si se diera la oportunidad. «Ese hombre es ególatra en grado sumo», me

aseguró, «Se siente muy satisfecho de sí mismo; incluso es posible que esté convencido de que escapará ileso del juicio actual, pero necesita tener a alguien a quien impresionar. Terminará por

alardear ante alguien de lo que ha hecho». ¿Qué le parece?

Fiscal: No me parece descabellado, pero son solo

suposiciones, algo que tanto puede ocurrir como no ocurrir.

(*Se detiene por un instante; va a cambiar de tema*). Pero lo que tenemos en concreto es este juicio, y ahí sí le aseguro que, si su abogado le ha hecho creer que escapará al castigo, ya

tendrá tiempo para salir de su engaño. En fin, que, mientras tanto, al menos pondremos a esta mujer a salvo por unos años de ese monstruo con quien vivía. Tal vez todavía el a esté a tiempo de comenzar otra vida...

Ricardo Z (*Con expresión dubitativa*): ¿A salvo?, ¿comenzar otra vida? ¿Usted lo cree..., de veras?

(*Desanimado*) Por lo que he visto hasta ahora, no me siento muy seguro de eso...

Fiscal (*Extrañado*): ¿No? ¿Por qué razón? ¿No piensa que el tribunal sea todo lo severo que el caso merece? ¿Piensa que el defensor logrará una sanción benigna?

Ricardo Z: No sé; no se trata de eso... Por mis conversaciones con mi colega, la psicóloga, creo que el daño que ese hombre le hizo a su mujer es para toda la vida.

Fiscal: ¿Entonces...? ¿Piensa que seguirá dependiendo de él, y él seguirá maltratándola de un modo u otro? ¿Incluso desde la cárcel?

494

Ricardo Z: ¿Incluso desde la cárcel? Sería difícil, ¿no?

Pero..., ¿será imposible? Repito que no sé... No me haga caso; son tonterías mías.

Fiscal: Yo quiero creer que hemos logrado algo. Quiero creer que nunca es demasiado tarde...

Ricardo Z (*Recordado algo de repente*): ¿Ha pensado que tal vez la señora no coopere con la fiscalía en el juicio?

¿Qué tal vez intente evitar la condena del hombre que la ha maltratado...?

Fiscal: Ya tuve una entrevista con el a; es increíble cómo la ha penetrado el miedo o, mejor decir, cómo él la ha moldeado a su antojo. Sí, tiene razón, sería raro que no intente protegerlo. Pero estoy preparado también para eso...

Pienso acorralarla hasta llevarla a admitir que los maltratos

físicos que él le infligió durante décadas... (*Lo interrumpe el sonido del teléfono. Se levanta, va al escritorio y atiende.*)

Mientras habla, busca entre unos papeles. Cuelga, recoge

una carpeta, guarda los papeles y se mueve hacia la puerta mientras habla con Ricardo Z). Lo siento, colega; debo marcharme, reunión urgente en el tribunal..., lo de siempre.

Me hubiera gustado que se demorara un poco más, ha sido un placer conversar con usted, como de costumbre... ¿Qué me decía...?

Ricardo Z: Nada, no tiene importancia.

Fiscal: Sí, claro, no cree... (*Se dan la mano. Abre la puerta. Salen.*)

Ricardo Z (*Para sí mismo, mientras va saliendo*): Es solo un palpito..., eso, un palpito, una corazonada. Yo y mis corazonadas, como dicen mis colegas...

Lentamente, las luces se van apagando.

495

Epílogo prescindible

El pequeño grupo de mujeres aguarda la hora señalada; están sentadas en una especie de sala de espera en la parte interior de los muros que separan a sus hombres

del resto del mundo. A unos metros de ellas se levanta el enorme portón que da entrada al edificio principal, y que nunca se abre.

En el momento preciso indicado en el reglamento, el parpadeo de una luz roja y el discreto sonido de un timbre dan la señal de que ha llegado la hora de la visita. Las mujeres se levantan y se dirigen hacia el postigo que se abrirá en un extremo del portón. Algunas, las más jóvenes, se apresuran por llegar a él antes que las demás; desconocen u olvidan que su impulso es inútil, pues ya dentro tendrán que esperar a que hayan pasado todas y el postigo vuelva a cerrarse. Y una vez cerrado no se abrirá más hasta la hora exacta en que deberán partir: Todo cronometrado. Cuando estén todas de la parte de adentro, todavía esperarán unos minutos antes de comenzar el viaje, que será el tiempo que demorarán en oír las advertencias de las autoridades acerca del comportamiento que deben observar durante su permanencia en el lugar, y las consecuencias que acarrearía, para ellas y quienes están dentro, el no cumplimiento de las normas establecidas. Después serán llamadas por su nombre una a una, y acudirán a un mostrador a identificarse. De inmediato pasarán a unos cubículos donde

499

deberán desnudarse ante dos funcionarias de la prisión que las revisarán, y otras dos las acompañarán hasta un pasillo

enrejado donde otras uniformadas las conducirán al sitio

en que sus respectivos hombres las esperan.

La última en entrar parece ser la más vieja del grupo, aunque en su documento de identificación se consigna una edad mucho menor que la indicada por las arrugas del rostro. En la cara muestra no solo arrugas, también una cicatriz bastante fea. Nunca protesta por el tiempo de la espera o por la revisión, como hacen las novatas, viejas o jóvenes, ni se burla en voz baja de las advertencias, como las más jóvenes, novatas o no, que siempre están como en una fiesta y conversan y ríen por cualquier cosa.

El a presta la misma atención cada vez, aunque conoce el mensaje de memoria.

Nada para el a es nuevo ni enfadoso, conoce el procedimiento también de memoria: Hace cinco años que lo repite.

Fue la última en pasar, y es también la última en atravesar el pasillo que la conduce hasta el hombre que la espera. Será la última en llegar, además, pues no consigue caminar con mayor velocidad, se lo impide una pierna que arrastra, por lo que debe apoyarse en un bastón para andar. Desde que se lastimó la rótula en un accidente no ha podido volver a caminar como antes.

Tampoco tiene demasiada prisa en llegar. Llegue antes o llegue después, él habrá de reñirle cuando la vea. Es lo acostumbrado.

En cada visita, lo mismo: Habrá de reprenderla por llegar

tarde, por no haberle traído algo que le solicitó o el a debió adivinar que le pediría, porque no le explicó con claridad

500

lo que estuvo haciendo durante todo este tiempo, sola al á fuera, sin él para vigilarla...

Por tonta, por inútil, por no saber ser la esposa que él

quería...

Octubre de 2016

501

Índice

Preámbulo (Llamada a visita) / 7

Primera jornada / 13

Intermezzo (Un banco en Estocolmo) / 231

Segunda jornada / 237

Epílogo (Coloquio de la ley y la justicia) / 485

Epílogo prescindible / 497